


SIGILLVM·ACADEMIAE·HARVARDIANAE·IN·NOV·ANG·
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS



De Domingo de Dalmau

y de Amat

EL PROTESTANTISMO

COMPARADO CON

EL CATOLICISMO

en sus relaciones

CON LA CIVILIZACION EUROPEA.

POR

D. Jaime Balmes, presbítero.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA.

IMPRENTA DE JOSÉ TAULÓ, CALLE DE LA TAPINERÍA.

1842.

PRÓLOGO.

Entre los muchos y gravísimos males que han sido el necesario resultado de las hondas revoluciones modernas, figura un bien sumamente precioso para la ciencia, y que probablemente no será estéril para el linage humano: la aficion á los estudios, que tienen por objeto al hombre y la sociedad. *Tan recios han sido los sacudimientos, que la tierra por decirlo así, se ha entreabierto bajo nuestras plantas; y la inteligencia humana, que poco ántes marchaba altiva y desvanecida, sobre una carroza triunfal no oyendo mas que vítores y aplausos, y como abrumada de laureles, se ha estremecido tambien, se ha detenido en su carrera, y absorta en un pensamiento grave, y do-*

minada por un sentimiento profundo, se ha dicho á sí misma «¿quien soy? ¿de dónde salí? ¿cuál es mi destino?» *De aquí es que han vuelto á recobrar su alta importancia las cuestiones religiosas; por manera que mientras se las creía disipadas por el soplo del indiferentismo, ó reducidas á muy pequeño espacio por el sorprendente desarrollo de los intereses materiales, por el progreso de las ciencias naturales y exactas, y por la pujanza siempre creciente de los debates políticos, se ha visto que lejos de estar ahogadas bajo la inmensa balumba que parecia oprimirlas, se han presentado de nuevo con todo su grandor, con su forma gigantesca, sentadas en la cúspide de la sociedad, con la cabeza en el cielo y los piés en el abismo.*

En esta disposicion de los espíritus, era natural que llamase su atencion la revolucion religiosa del siglo XVI; y que se preguntase, qué es lo que habia hecho esa revolucion en pro de la causa de la humanidad. Desgraciadamente, se han padecido en esta parte equivocaciones de cuantía; ó bien por mirarse los hechos al traves del prisma de las preocupaciones de secta, ó por considerarlos tan solo por lo que presentaban en su superficie: y así se ha llegado á asegurar que los reformadores del siglo XVI, contribuyendo al desarrollo de las ciencias, de las artes, de la libertad de los pueblos, y de todo cuanto se encierra en la palabra, civilizacion, *habian dispensado á las sociedades europeas un señalado beneficio.*

¿Qué dice sobre esto la historia? ¿qué enseña la filosofía? Bajo el aspecto religioso, bajo el social, bajo el político y el literario ¿qué es lo que deben á la reforma del siglo XVI el individuo y la sociedad? ¿Marchaba bien la Europa bajo la sola influencia del catolicismo? ¿Este, embargaba en nada el movimiento de la civilizacion? Hé aqui lo que me he propuesto examinar en esta obra. Cada época tiene sus necesidades; y fuera de desear, que todos los escritores católicos se convenciesen de que una de las mas imperiosas necesidades de la presente, es el analizar á fondo ese linage de cuestiones: Belarmino y Bossuet trataron las materias conforme á las necesidades de su tiempo; nosotros debemos tratarlas cual lo exigen las necesidades del nuestro. Conozco la inmensa amplitud de las cuestiones que arriba he indicado; y asi no me lisongeo de poder dilucidarlas cual ellas demandan: como quiera, emprendo mi camino con el aliento que inspira el amor á la verdad; cuando mis fuerzas se acaben me sentaré tranquilo, aguardando que otro que las tenga mayores, dé cumplida cima á tan importante tarea.

EL PROTESTANTISMO

comparado

CON EL CATOLICISMO.

CAPITULO PRIMERO.

I

EXISTE en medio de las naciones civilizadas un hecho muy grave, por la naturaleza de las materias sobre que versa; muy trascendental, por la muchedumbre, variedad é importancia de las relaciones que abarca; interesante en extremo, por estar enlazado con los principales

acontecimientos de la historia moderna: este hecho es el *Protestantismo.*

Ruidoso en su orígen, llamó desde luego la atencion de la Europa entera, sembrando en unas partes la alarma, y excitando en otras las mas vivas simpatías; rápido en su desarrollo, no dió lugar siquiera de que sus adversarios pudiesen ahogarle en su cuna; y al contar muy poco tiempo desde su aparicion, ya dejaba apénas esperanza de que pudiera ser atajado en su incremento, ni detenido en su marcha. Engreido con las consideraciones y miramientos, tomaba brios su osadía, y se acrecentaba su pujanza; exasperado con las medidas coercitivas, ó las resistia abiertamente, ó se replegaba y concentraba para empezar de nuevo sus ataques con mas furiosa violencia; y de la misma discusion, de las mismas investigaciones críticas, de todo aquel aparato erudito y científico que se desplegó para defenderle ó combatirle, de todo se servia como de vehiculo para propagar su espíritu y difundir sus máximas. Creando nuevos y pingües intereses, se halló escudado por protectores poderosos; mientras convidando con los mas vivos alicientes todo linage de pasiones, las levantaba en su favor, poniéndolas en la combustion mas espantosa. Echaba mano alternativamente de la astucia ó de la fuerza, de la seduccion ó de la violencia, segun á ello se brindaban las varias ocasiones y circunstancias; y empeñado en abrirse paso en

todas direcciones, ó rompiendo las barreras ó salvándolas, no paraba hasta alcanzar en los paises que iba ocupando, el arraigo que necesitaba para asegurarse estabilidad y duracion. Logrólo así en efecto; y á mas de los vastos establecimientos que adquirió, y conserva todavía en Europa, fué llevado en seguida á otras partes del mundo, é inoculado en las venas de pueblos sencillos é incautos.

Para apreciar en su justo valor un hecho, para abarcar cumplidamente sus relaciones, deslindándolas como sea menester, señalando á cada una su lugar, é indicando su mayor ó menor importancia, es necesario examinar si sería dable descubrir el principio constitutivo del hecho; ó al menos si se puede notar algun rasgo característico, que pintado por decirlo así en su fisonomía, nos revele su íntima naturaleza. Difícil tarea por cierto al tratar de hechos de tal género y tamaño como es el que nos ocupa; ya por la variedad de los aspectos que se ofrecen, ya por la muchedumbre de relaciones que se cruzan y se enmarañan. En tales materias, amontónanse con el tiempo un gran número de opiniones, que como es natural han buscado todas sus argumentos para apoyarse; y asi se encuentra el observador con tantos y tan varios objetos, que se ofusca, se abruma, y se confunde: y si se empeña en mudar de lugar por colocarse en un punto de vista mas á propósito, halla esparcidos como

por el suelo tanta abundancia de materiales, que le obstruyen el paso; ó cubriendo el verdadero camino, le extravian en su marcha.

Con solo dar una mirada al Protestantismo, ora se le considere en su estado actual, ora en las varias fases de su historia, siéntese desde luego la suma dificultad de encontrar en él nada de constante, nada que pueda señalarse como su principio constitutivo: porque incierto en sus creencias las modifica de continuo, y las varía de mil maneras; vago en sus miras, y fluctuante en sus deseos, ensaya todas las formas, tantea todos los caminos; y sin que alcance jamas una existencia bien determinada, sigue siempre con paso mal seguro nuevos rumbos; no logrando otro resultado que enredarse en mas intrincados laberintos.

Los controversistas católicos le han persegido y acosado en todas direcciones; pero si les preguntais, con qué resultado? os dirán que han tenido que habérselas con un nuevo Proteo, que próximo á recibir un golpe le eludía, cambiando de forma. Y en efecto, si se quiere atacar al Protestantismo en sus doctrinas, no se sabe á donde dirigírse; porque no se sabe nunca cuales son estas, y aun él propio lo ignora; pudiendo decírse que bajo este aspecto el Protestantismo ès invulnerable, porque invulnerable es lo que carece de cuerpo. Esta es la razon de no haberse encontrado arma mas á própósito para combatirle que la empleada por

el ilustre Obispo de Meaux; *tu varías, y lo que varía no es la verdad*. Arma muy temida por el Protestantismo, y por cierto digna de serlo; pues que todas las transformaciones que se empleen para eludir su golpe, solo sirven para hacerle mas certero y mas recio, ¡Qué pensamiento tan cabal el de ese grande hombre! el solo título de la obra debió hacer temblar á los protestantes: es la *Historia de las variaciones*: y una historia de *variaciones* es la historia del *error* (1).

Esta variedad que no debe mirarse como estraña en el Protestantismo, ántes sí como natural y muy propia, al paso que nos indica que él no está en posesion de la verdad, nos revela tambien que el principio que le mueve y le agita, no es un principio de vida, sino un elemento disolvente. Hasta ahora siempre se le ha pedido en vano que asentase en alguna parte el pié, y presentase un cuerpo uniforme y compacto; y en vano será tambien pedírselo en adelante: porque vano es pedir asiento fijo á lo que está fluctuando en la vaguedad de los aires; y mal puede formarse un cuerpo compacto por medio de un elemento, que tiende de continuo á separar las partes, disminuyendo siempre su afinidad, y comunicándoles vivas fuerzas para repelerse y rechazarse. Bien se deja entender que estoy hablando del *exámen privado en materias de fe;* ya sea que para el fallo se cuente con la sola luz de la razon, ó con particulares

inspiraciones del cielo. Si algo puede encontrarse de constante en el Protestantismo, es este espíritu de exámen; es el sustituir á la autoridad pública y legítima el dictámen privado: esto se encuentra siempre junto al Protestantismo, mejor diremos en lo mas íntimo de su seno; este es el único punto de contacto de todos los protestantes, el fundamento de su semejanza; y es bien notable que se verifica todo esto á veces sin su designio, á veces contra su espresa voluntad.

Pésimo y funesto como es semejante principio, si al menos los corifeos del Protestantismo le hubíeran proclamado como seña de combate, apoyándole empero siempre con su doctrina, y sosteniéndole con su conducta, hubieran sido consecuentes en el error; y al verlos caer de precipicio en precipicio, se habria conocido que era efecto de un mal sistema, pero que bueno ó malo, era al menos un sistema. Pero ni esto siquiera: y examinando las palabras y hechos de los primeros novadores, se nota que si bien echaron mano de ese funesto principio, fué para resistir á la autoridad que los estrechaba; pero por lo demas nunca pensaron en establecerle completamente. Trataron sí de derribar la autoridad legítima, pero con el fin de usurpar ellos el mando: es decir que siguieron la conducta de los revolucionarios de todas clases, tiempos y paises: quieren echar al suelo el poder existente para colocarse ellos en su lugar. Nadie ignora

hasta que punto llevaba Lutero su frenética intolerancia; no pudiendo sufrir ni en sus discípulos, ni en los demas, la menor contradiccion á cuanto le pluguiese á él establecer, sin entregarse á los mas locos arrebatos, sin permitirse los mas soeces dicterios. Henrique VIII, el fundador en Inglaterra de lo que se llama *independencia del pensamiento,* enviaba al cadalso á cuantos no pensasen como él; y á instancias de Calvino fué quemado vivo en Ginebra Miguel Servet.

Llamo tan particularmente la atencion sobre este punto, porque me parece muy importante el hacerlo: el hombre es muy orgulloso, y al oir que se déja como sentado que los novadores del siglo XVI proclamaron la *independencia del pensamiento*, seria posible que algunos incautos tomáran por aquellos corifeos un secreto interes, mirando sus violentas peroratas como la expresion de un arranque generoso, y contemplando sus esfuerzos como dirigidos á la vindicacion de los derechos del entendimiento. Sépase pues para no olvidarse jamas, que aquellos hombres proclamaban el principio del *libre exámen*, solo para escudarse contra la legítima autoridad; pero que en seguida trataban de imponer á los demas el yugo de las doctrinas que ellos se habian forjado. Se proponian destruir la autoridad emanada de Dios, y sobre las ruinas de ella establecer la suya propia. Doloroso es el verse precisado á presentar las pruebas de esta asercion; no porque no se ofrezcan en abun-

dancia, sino porque si se quiere echar mano de las mas seguras é incontestables, hay que recordar hechos y palabras, que si bien cubren de oprobio á los fundadores del Protestantismo, tampoco es grato el echárselos en cara; porque al pronunciar tales cargos la frente se ruboriza, y al consignarlos en un escrito parece que el papel se mancha (2).

Mirado en globo el Protestantismo solo se descubre en él un informe conjunto de innumerables sectas, todas discordes entre sí, y acordes solo en un punto: *en protestar contra la autoridad de la Iglesia*. Esta es la causa de que solo se oigan entre ellas nombres particulares, y exclusivos, por lo comun solo derivados del fundador de la secta; y que por mas esfuerzos que hayan hecho, no han alcanzado jamas á darse un nombre general, expresivo al mismo tiempo de una idea positiva; de suerte que hasta ahora solo se expresan á la manera de las sectas filosóficas. Luteranos, Calvinistas, Zuinglianos, Anglicanos, Socinianos, Arminianos, Anabaptistas, y la interminable cadena que podria recordar, son nombres que muestran plenamente la estrechez y mezquindad del círculo en que se encierran sus sectas: y basta pronunciarlos para notar que no hay en ellos nada de general, nada de grande. A quien conozca medianamente la Religion Cristiana, parece que esto debería bastarle para convencerse que estas sectas no son verdaderamente cristianas;

pero lo singular, lo mas notable, es lo que ha sucedido con respecto á encontrar un nombre general. Recorred su historia, y vereis que tantea varios, pero ninguno le cuadra, en encerrándose en ellos algo de positivo, algo de cristiano; pero al ensayar uno como recogido al acaso en la Dieta de Spira, uno que en sí propio lleva su condenacion, porque repugna al orígen, al espíritu, á las máximas, á la historia entera de la religion cristiana; un nombre que nada expresa de unidad, ni de union, es decir nada de aquello que es inseparable del nombre cristiano, un nombre que no envuelve ninguna idea positiva; que nada explica, nada determina; al ensayar este, se le ha ajustado perfectamente, todo el mundo se lo ha adjudicado por unanimidad, por aclamacion; y es porque era el suyo: *Protestantismo* (3).

En el vago espacio señalado por este nombre todas las sectas se acomodan, todos los errores tienen cabida: negad con los Luteranos el libre albedrío, renovad con los Arminianos los errores de Pelagio, admitid la presencia real con unos, desechadla luego con los Zuinglianos y Calvinistas; si quereis negad con los Socinianos la divinidad de Jesucristo, adheríos á los Episcopales ó á los Puritanos, daos si os viniere en gana á las extravagancias de los Cuakaros, todo esto nada importa: no dejais por ello de ser protestante, porque todavía *protestais* contra la autoridad de la Iglesia. Es ese un espacio tan

anchuroso del que apenas podreis salir por grandes que sean vuestros extravíos: es todo el vasto terreno que descubris en saliendo fuera de las puertas de la Ciudad Santa (4).

CAPITULO SEGUNDO.

Pero, ¿cuáles fueron las causas de que apareciese en Europa el Protestantismo, y de que tomase tanta extension é incremento? Digna es por cierto tal cuestion de ser examinada con mucho detenimiento, ya por la importancia que encierra en sí propia, ya tambien porque llamándonos á investigar el orígen de semejante plaga, nos guia al lugar mas á propósito para que podamos formarnos una idea mas cabal de la naturaleza y relaciones de ese fenómeno, tan observado como mal definido.

Cuando á efectos de la naturaleza y tamaño del Protestantismo se trata de señalarles sus causas, es poco conforme á razon el recurrir á hechos de poca importancia; ya porque lo sean de suyo, ó porqué estén limitados á determinados lugares y circunstancias. Es un error el suponer que de causas muy pequeñas pudiesen resultar efectos muy grandes; pues que si bien es

verdad que las cosas grandes tienen á veces su principio en las pequeñas, tambien lo es que no es lo mismo principio que causa, y que el principiar una cosa por otra, y el ser causada por ella, son expresiones de significado muy diferente. Una leve chispa produce tal vez un espantoso incendio; pero es porque encuentra abundancia de materias inflamables. Lo que es general ha de tener causas generales, lo que es muy duradero y arraigado causas muy duraderas y profundas. Esta es una ley constante asi en el órden moral como en el físico, pero ley cuyas aplicaciones son múy difíciles, particularmente en el órden moral; pues en él, á veces están las cosas grandes encubiertas con velos tan modestos, está cada efecto enlazado con tantas causas, y por medio de tan delicadas hebras, y tan complicada contextura, que al ojo mas atento y perspicaz, ó se le escapa enteramente, ó se le pasa como cosa liviana y de poco resultado, lo que tenia tal vez la mayor importancia é influjo: y al contrario, andan las cosas pequeñas tan cubiertas de oropel, tan adornadas y relumbrantes, tan acompañadas de ruidoso cortejo, que es muy fácil que engañen al hombre, ya muy propenso de suyo á juzgar por meras apariencias.

Insistiendo en los principios que acabo de asentar, no puedo inclinarme á dar mucha importancia, ni á la rivalidad excitada por la predicacion de las indulgencias, ni á las demasías

que pudieran cometer en esta materia algunos subalternos: pudo todo esto ser una ocasion, un pretexto, una señal de combate, pero en sí era muy poca cosa para poner en conflagracion el mundo. Aunque tal vez sea mas plausible, no es sin embargo mas puesto en razon, el buscar las causas del nacimiento y extension del Protestantismo en el carácter y circunstancias de los primeros novadores. Pondérase con énfasis la fogosa violencia de los escritos y palabras de Lutero; y hácese notar cuan á propósito eran para inflamar el ánimo de los pueblos, arrastrarlos en pos de los nuevos errores, é inspirarles encarnizado odio contra la Iglesia Romana; encarécense no menos la sofística astucia, el estilo metódico, la expresion elegante de Calvino, calidades muy adaptadas para dar alguna aparente regularidad á la informe masa de errores que enseñaban los nuevos sectarios, poniéndola mas en estado de ser abrazada por hombres de mas fino gusto: y á este tenor se van trazando cuadros mas ó menos verídicos de los talentos y demas calidades de otros hombres: ni á Lutero, ni á Calvino, ni á ninguno de los principales fundadores del Protestantismo, trato de disputarles los títulos con que adquirieron su triste celebridad; pero me parece que el insistir mucho sobre las calidades personales, y el atribuir á estas la principal influencia en el desarrollo del mal, es no conocerle en toda su extension, es no evaluar toda su gravedad, y

de la disciplina. Sin embargo, y á pesar de todo esto, no puedo inclinarme á dar á los abusos tanta influencia en el nacimiento del Protestantismo como le han atribuido muchos; y á decir verdad, me parece muy mal resuelta la cuestion, siempre que para señalar la verdadera causa del mal, se insiste mucho sobre los funestos resultados que habian de traer consigo los abusos; así como por otra parte no me satisfacen las palabras de *libertad* y *de atrevido vuelo del pensamiento*. Lo diré paladinamente: por mas respeto que se merezcan algunos de los hombres que han dado tanta importancia á los abusos, por mas consideraciones que tenga á los talentos de otros que han apelado al espíritu de libertad, ni en unos, ni en otros encuentro aquel análisis filosófico é histórico á la par, que no se aparta del terreno de los hechos, sino que los examina y alumbra, mostrando la íntima naturaleza de cada uno, sin descuidar su enlaze y encadenamiento.

Se ha divagado tanto en la definicion del Protestantismo, y en el señalamiento de sus causas, por no haberse advertido que no es mas que un hecho comun á todos los siglos de la historia de la Iglesia, pero que tomó su *importancia y peculiares caractéres de la época en que nació*. Con esta sola consideracion, fundada en el testimonio constante de la historia, y confirmada por la razon y la esperiencia, todo se allana, todo se aclara y explica: nada hemos

de buscar en sus doctrinas, ni en sus fundadores, de extraordinario ni singular: porque todo lo que tiene de característico, todo proviene de que nació en *Europa, y en el siglo XVI*. Desenvolveré este pensamiento, no echando mano de raciocinios aéreos, que solo estriben en suposiciones gratuitas, sino apelando á hechos que nadie podrá contestar.

Es innegable que el principio de sumision á la autoridad en materias de fe, ha encontrado siempre mucha resistencia por parte del espíritu humano. No es este el lugar de señalar las causas de esta resistencia, causas que en el curso de esta óbra me propongo analizar; me basta por ahora consignar el hecho, y recordar á quien lo pusiere en duda, que la historia de la Iglesia va siempre acompañada de la historia de las heregías. Conforme á la variedad de tiempos y paises, el hecho ha presentado diferentes fases: ora haciendo entrar en torpe mezcolanza el judaismo y el cristianismo, ora combinando con la doctrina de Jesucristo los sueños de los orientales, ora alterando la pureza del dogma católico con las cavilaciones y sutilezas del sofista griego: es decir presentando diferentes aspectos segun ha sido diferente el estado del espíritu humano. No ha dejado empero este hecho de tener dos caractéres generales, que han manifestado bien á las claras que el orígen es el mismo, á pesar de ser tan vario el resultado en su naturaleza y objeto. Estos caractéres

son: *el ódio á la autoridad de la Iglesia, y el espíritu de secta.*

Bien claro es, que si en cada siglo se habia visto nacer alguna secta, que se oponia á la autoridad de la Iglesia, y erigia en dogmas las opiniones de sus fundadores, no era regular que dejase de acontecer lo mismo en el siglo XVI; y atendido el carácter del espíritu humano, me parece que si el siglo XVI hubiera sido una escepcion de la regla general, tendríamos actualmente una cuestion bien difícil de resolver, y seria: ¿cómo fué posible que no apareciese en aquel siglo ninguna secta? Pues bien: una vez nacido en el siglo XVI un error cualquiera, sea cual fuere su orígen, su ocasion y pretexto; luego que se haya reunido en torno de la nueva enseña una porcion de prosélitos, veo ya el Protestantismo en toda su extension, en toda su transcendencia, con todas sus divisiones y subdivisiones, con toda su audacia y energía para desplegar un ataque general contra cuantos puntos de dogma y de disciplina se enseñen y observen en la Iglesia. En vez de Lutero, de Zuinglio, de Calvino, poned si os place á Arrio, á Nestorio, á Pelagio, en lugar de los errores de aquellos, enseñad si quereis los de estos: todo será indiferente, porque todo tendrá un mismo resultado. El error excitará desde luego simpatías, encontrará defensores, acalorará entusiastas, se extenderá, se propagará con la rapidez de un incendio, se dividirá

luego, y tomarán sus chispas direcciones muy diferentes; todo se defenderá con aparato de erudicion y de saber, variarán de contínuo las creencias, se formularán mil profesiones de fe, se cambiará ó anonadará la liturgia, y haránse mil trozos los lazos de la disciplina: es decir tendréis el *Protestantismo*. ¿Y cómo es que en el siglo XVI haya de tomar el mal tanta gravedad, tanta extension y transcendencia? porque la sociedad de entónces es muy diferente de todas las anteriores, y lo que en otras épocas podria causar un incendio parcial, habia de acarrear en esta una conflagracion espantosa. Componíase la Europa de un conjunto de sociedades inmensas, que como formadas en una misma matriz, tenian mucha semejanza en ideas, costumbres, leyes é instituciones; habíase entablado por consiguiente entre ellas una viva comunicacion, ora excitada por rivalidades, ora por comunidad de intereses; en la generalidad de la lengua latina existia un medio que facilitaba la circulacion de toda clase de conocimientos; y sobre todo acababa de generalizarse un rápido vehículo, un medio de explotacion, de multiplicacion, y expansion de todos los pensamientos y afectos; un medio que poco ántes saliera de la cabeza de un hombre, como un resplandor milagroso preñado de colosales destinos: *la imprenta*.

Tal es el espíritu humano, tal su volubilidad, tanto el apego que cobra fácilmente á toda clase

de innovaciones, tal el placer que siente en abandonar los antiguos rumbos para seguir otros nuevos, que una vez levantada la enseña del error, era imposible que no se agrupasen muchos en torno de ella. Sacudido el yugo de la autoridad en paises donde era tan vasta, tan activa la investigacion, donde fermentaban tantas discusiones, donde bullian tantas ideas, donde germinaban todas las ciencias, ya no era dable que el vago espíritu del hombre se mantuviera fijo en ningun punto, y debian por precision pulular un hormiguero de sectas, marchando cada una por su camino, á merced de sus ilusiones y caprichos. Aquí no hay medio: las naciones civilizadas, ó serán católicas, ó recorrerán todas las fases del error; ó se mantendrán aferradas al áncora de la autoridad, ó desplegarán un ataque general contra ella, combatiéndola en sí misma, y en cuanto enseña ó prescribe. El hombre cuyo entendimiento está despejado y claro, ó vive tranquilo en las apacibles regiones de la verdad, ó la busca desasosegado é inquieto; y como estribando en principios falsos siente que no está firme el terreno, que está mal segura y vacilante su planta, cambia continuamente de lugar, saltando de error en error, de abismo en abismo. El vivir en medio de errores, y estar satisfecho de ellos, y transmitirlos de generacion en generacion, sin hacer modificacion ni mudanza, es propio de aquellos pueblos que vegetan en la

ignorancia y envilecimiento: allí el espíritu no se mueve porque duerme. . . . .

Colocado el observador en este punto de vista, descubre el Protestantismo tal cual es en sí; y como domina completamente la posicion, ve cada cosa en su lugar, y puede por tanto apreciar su verdadero tamaño, descubrir sus relaciones, estimar su influencia, y explicar sus anomalías. Entónces situados los hombres en su lugar, y comparados con el vasto conjunto de los hechos, aparecen en el cuadro como figuras muy pequeñas, que podian muy bien ser sustituidas por otras, que nada importa que estuvieran un poco mas acá, ó un poco mas allá, que era indiferente que tuviesen esta ó aquella forma, este ó aquel colorido; y entonces salta á los ojos que el entretenerse mucho en ponderar la energía de carácter, la fogosidad y audacia de Lutero, la literatura de Melancton, el talento sofístico de Calvino, y otras cosas semejantes, es desperdiciar el tiempo, y no explicar nada. Y en efecto: ¿qué eran todos esos hombres y otros corífeos? ¿tenian acaso algo de extraordinario? ¿no eran por ventura tales como se los encuentra con frecuencia en todas partes? Algunos de ellos ni excedieron siquiera de la raya de medianos; y de casi todos puede asegurarse que si no hubieran tenido celebridad funesta, la hubieran tenido muy escasa. Pues: ¿porqué hicieron tanto? porque encontraron un monton de combustible

y le pegaron fuego: ya veis que esto no es muy difícil; y sin embargo ahí está todo el misterio. Cuando veo á Lutero loco de orgullo, precipitarse en aquellos delirios y extravagancias que tanto lamentaban sus propios amigos, cuando le veo insultar groseramente á cuantos le contradicen, indignarse contra todo lo que no se humilla en su presencia, cuando le oigo vomitar aquel torrente de dicterios soeces, de palabras inmundas, apenas me causa otra impresion que la de lástima: este hombre que tiene la singular ocurrencia de llamarse *Notharius Dei*, desvaría, tiene medio perdido el juicio, y no es extraño; porque ha soplado, y con su soplo se ha manifestado un terrible incendio; es que habia un almacen de polvora, y su soplo le ha aproximado una chispa; y el insensato que en su ceguera no lo advierte, dice en su delirio: *muy poderoso soy; mirad, mi soplo es abrasador, pone en conflagracion el mundo.*

Y los abusos ¿qué influencia tuvieron? Si no abandonamos el mismo punto de vista en que nos hemos colocado, verémos que dieron tal vez alguna ocasion, que suministraron algun pábulo, pero que están muy léjos de haber ejercido la influencia que se les ha atribuido. Y no es porque trate ni de negarlos, ni de excusarlos; no es porque no haga el debido caso de los lamentos de grandes hombres; pero no es lo mismo llorar un mal, que señalar y analizar su influencia. El varon justo que levanta su

voz contra el vicio, el ministro del santuario devorado por el zelo de la Casa del Señor, se expresan con acento tan alto, y tan sentido, que no siempre sus quejas y gemidos pueden servir de dato seguro para estimar el justo valor de los hechos. Ellos sueltan una palabra que sale del fondo de su corazon; sale abrasada, porque arde en sus pechos el amor, y el zelo de la justicia: y viene en pos de ellos la mala fe, interpreta á su maligno talante las expresiones, y todo lo exagera y desfigura.

Sea lo que fuere de todo esto: bien claro es que ateniéndonos á lo que dejamos firmemente asentado con respecto al orígen y naturaleza del Protestantismo, no pueden señalarse como principal causa de él los abusos; y que cuando mas, pueden indicarse como ocasiones y pretextos. Si así no fuere, seria menester decir que en la Iglesia ya desde su orígen, aun en el tiempo de su primitivo fervor, y de su pureza proverbial tan ponderada por los adversarios, ya habia muchos abusos: porque tambien entónces pululaban de contínuo sectas, que protestaban contra sus dogmas, que sacudian su autoridad, y se apellidaban la verdadera Iglesia. Esto no tiene réplica; el caso es el mismo; y si se alegare la estension que ha tenido el Protestantismo, y su propagacion rápida, recordaré que esto se verificó tambien con respecto á otras sectas; reproduciré lo que decia San Gerónimo de los estragos del Arria-

nismo: *Gimió el orbe entero y asombróse de verse arriano.* Que si algo mas se quisiere citar con respecto al Protestantismo, bastante se lleva evidenciado, que lo que tiene de característico, todo lo debe, no á los abusos, sino á la *época en que nació*.

Lo dicho hasta aquí es bastante para que pueda formarse concepto de la influencia que los abusos pudieron ejercer; pero como este asunto ha dado tanto que hablar, y prestado orígen á muchas equivocaciones, será bien antes de pasar mas adelante, detenerse todavía mas en esta importante materia, fijando en cuanto cabe las ideas, y separando lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo incierto. Que en los siglos medios se habian introducido abusos deplorables, que la corrupcion de costumbres era mucha, y que por consiguiente era necesaria una reforma, es cierto, indudable. Por lo que toca á los siglos XI y XII, tenemos de esta triste verdad testigos tan intachables como San Pedro Damian, San Gregorio VII, y San Bernardo. Algunos siglos despues, si bien se habian corregido mucho los abusos, todavía eran de consideracion, bastando para convencernos de esta verdad los lamentos de los varones respetables que anhelaban por la reforma; distinguiéndose muy particularmente al cardenal Julian en las terribles palabras con que se dirigia al papa Eugenio IV, representándole los desórdenes del clero, principal-

mente del de Alemania. Confesada paladinamente la verdad, pues que no creo que la causa del Catolicismo necesite para su defensa del embozo y de la mentira, resolveré en pocas palabras algunas cuestiones importantes.

¿Quién tenia la culpa de que se hubiesen introducido tamaños desórdenes? ¿Era la Corte de Roma? ¿Eran los obispos? Creo que solo se la debe achacar á la calamidad de los tiempos. Para un hombre sensato bastará recordar, que en Europa se habian consumado los hechos siguientes: la disolucion del viejo y corrompido imperio romano; la irrupcion é inundacion de los bárbaros del Norte; la fluctuacion, y las guerras de estos entre sí, y con los demás pueblos por espacio de largos siglos; el establecimiento y el predominio del feudalismo con todos sus inconvenientes y males, con todas sus turbulencias y desastres; la invasion de los sarracenos, y su ocupacion de una parte considerable de Europa. La ignorancia, la corrupcion, la relajacion de la diciplina, ¿no debian ser el resultado natural, necesario, de tanto trastorno? La sociedad eclesiástica ¿podia menos de resentirse profundamente de esa disolucion, de ese aniquilamiento de la sociedad civil? ¿podia no participar de los males de ese horroroso caos en que se hallaba envuelta la Europa?

¿Faltó nunca en la Iglesia el espíritu, el deseo, el anhelo de la reforma de los abusos? se

puede demostrar que no. Pasaré por alto los santos varones, que en todos aquellos calamitosos tiempos no dejó de abrigar en su seno; la historia nos los cuenta en número considerable, y de virtudes tan acendradas, que al paso que contrastaban con la corrupcion que los rodeaba, mostraban que no se habia apagado en el seno de la Iglesia católica el divino fuego de las *lenguas del Cenáculo*. Este solo hecho prueba ya mucho; pero prescindiré de él para llamar la atencion sobre otro mas notable, menos sujeto á cuestiones, menos tachable de exageracion, y que no puede decirse limitado á este ó aquel individuo, sino que es la verdadera expresion del espíritu que animaba al cuerpo de la Iglesia. Hablo de la incesante reunion de concilios en que se reprobaban y condenaban los abusos, y se inculcaba la santidad de costumbres, y la observancia de la disciplina. Afortunadamente este hecho consolador está fuera de toda duda; está patente á los ojos de todo el mundo, bastando para convencerse de él, el haber abierto una vez siquiera algun libro de historia eclesiástica, ó alguna coleccion de concilios. Es sobremanera digno este hecho de llamar la atencion, y aun puede añadirse que quizá no se ha advertido toda la importancia que encierra. En efecto: si observamos las otras sociedades repararemos que á medida que las ideas ó las costumbres cambian, van modificando rápidamente las leyes; y si estas les son muy contrarias,

en poco tiempo las hacen callar, las arrollan, las echan por el suelo. Pero en la Iglesia no sucedió así: la corrupcion se habia extendido por todas partes de una manera lamentable; los ministros de la Religion se dejaban arrastrar de la corriente, y se olvidaban de la santidad de su ministerio; pero el fuego santo ardia siempre en el Santuario: allí se proclamaba, se inculcaba sin cesar la ley; y aquellos mismos hombres, ¡cosa admirable! aquellos mismos hombres que la quebrantaban, se reunian con frecuencia para condenarse á sí mismos, para afear su propia conducta, haciendo de esta manera mas sensible, mas público el contraste entre su enseñanza y sus obras. La Simonía y la incontinencia eran los dos vicios dominantes; pues bien, abrid las colecciones de los concilios, y por donde quiera los encontraréis anatematizados. Jamás se vió tan prolongada, tan constante, tan tenaz lucha del derecho contra el hecho; jamás como entónces se vió por espacio de largos siglos á la ley colocada cara á cara contra las pasiones desencadenadas; y mantenerse allí firme, inmóvil, sin dar un paso atrás, sin permitirles tregua ni descanso hasta haberlas sojuzgado.

Y no fué inútil esa constancia, esa santa tenacidad: y así es que á principios del siglo XVI, es decir á la época del nacimiento del Protestantismo, vemos que los abusos eran incomparablemente menores, que las costumbres se ha-

bian mejorado mucho, que la disciplina habia adquirido vigor, y que se la observaba con bastante regularidad. El tiempo de las declamaciones de Lutero no era el tiempo calamitoso llorado por S. Pedro Damian, y por S. Bernardo: el caos se habia desembrollado mucho; la luz, el órden, y la regularidad se iban difundiendo rápidamente; y por prueba incontestable de que no yacia en tanta ignorancia y corrupcion como se queria ponderar, podia la Iglesia ofrecer una exquisita muestra de hombres tan distinguidos en santidad como brillaron en aquel mismo siglo, y tan eminentes en sabiduría como resplandecieron en el concilio de Trento. Es menester no olvidar la situacion en que se habia encontrado la Iglesia; es necesario no perder de vista que las grandes reformas exigen largo tiempo; que estas reformas encontraban resistencia en los eclesiásticos y en los seglares; y que por haberlas querido emprender con firmeza y constancia Gregorio VII, se ha llegado á tacharle de temerario. No juzguemos á los hombres fuera de su lugar y tiempo; no pretendamos que todo se ajuste á los mezquinos tipos que nos forjamos en nuestra imaginacion: los siglos ruedan en una órbita inmensa, y la variedad de circunstancias produce situaciones tan extrañas y complicadas, que apenas alcanzamos á concebirlas.

Bossuet en su *Historia de las Variaciones*, despues de haber hecho una clasificacion del di-

ferente espíritu que guiaba á los hombres que habian intentado una reforma ántes del siglo XVI, y despues de citar las amenazadoras palabras del cardenal Julian, dice: «Asi es, como en el siglo XV, ese cardenal, el hombre mas grande de su tiempo, deploraba los males previendo sus funestas consecuencias; de manera que parece haber pronosticado los que Lutero iba á causar á toda la cristiandad, empezando por la Alemania: y no se engañó al creer que el *no haber cuidado de la reforma*, y el aumento del ódio contra el clero, iba á producir una secta mas temible para la Iglesia, que la de los Bohemios.» De estas palabras se infiere que el ilustre obispo de Meaux, encontraba una de las principales causas del Protestantismo; en no haberse hecho á tiempo la reforma legítima. No se crea por esto que Bossuet excuse en lo mas mínimo á los corifeos del Protestantismo, ni que trate de poner en salvo las intenciones de los novadores; ántes al contrario, los coloca en la clase de los reformadores turbulentos, que lejos de favorecer la verdadera reforma deseada por los hombres sabios y prudentes, solo servian para hacerla mas difícil, introduciendo con sus malas doctrinas el espíritu de desobediencia, de cisma y de heregía.

A pesar de la autoridad de Bossuet no puedo inclinarme á dar tanta importancia á los abusos, que los mire como una de las principales causas del Protestantismo; y no es necesario

repetir lo que en apoyo de mi opinion he dicho ántes. Pero no será fuera del caso advertir que mal pueden apoyarse en la autoridad de Bossuet los que intenten sincerar las intenciones de los primeros reformadores; pues que el ilustre prelado es el primero en suponerlos altamente culpables; y en reconocer que si bien existian los abusos, nunca tuvieron los novadores la intencion de corregirlos, ántes sí de valerse de este pretexto para apartarse de la fe de la Iglesia, substraerse al yugo de la legítima autoridad, quebrantar todos los lazos de la disciplina, é introducir de esta suerte el desórden y la licencia.

Y á la verdad ¿cómo sería posible atribuir á los primeros reformadores el espíritu de una verdadera reforma, cuando casi todos cuidaron de desmentirlo con su vergonzosa conducta? Si al menos se hubieran entregado á un riguroso ascetismo, si con la austeridad de sus costumbres hubiesen condenado la relajacion de que se lamentaban, entónces podriamos sospechar si sus mismos extravíos fueron efecto de un zelo exagerado, si fueron arrebatados al mal por un exceso de amor al bien; pero ¿sucedió algo de semejante? Oigamos lo que dice sobre el particular un testigo de vista, un hombre que por cierto no puede ser tildado de fanático, un hombre que guardó con los primeros corifeos del Protestantismo tantas consideraciones y miramientos, que no pocos los han calificado de cul-

pables: es Erasmo, que hablando con su acostumbrada gracia y malignidad dice así: «Segun parece, la reforma viene á parar á la secularizacion de algunos frailes, y al casamiento de algunos sacerdotes: y esa gran tragedia se termina al fin por un suceso muy cómico, pues que todo se desenlaza, como en las comedias, por un casamiento.»

Esto manifiesta hasta la evidencia cual era el verdadero espíritu de los novadores del siglo XVI, y que lejos de intentar la enmienda de los abusos, se proponian mas bien agravarlos. En esta parte, la simple consideracion de los hechos ha guiado á Mr. Guizot por el camino de la verdad, cuando no admite la opinion de aquellos que pretenden que «la reforma habia sido una tentativa concebida y ejecutada con el solo designio de reconstituir una iglesia pura, la iglesia primitiva; ni una simple mira de mejora religiosa, ni el fruto de una utopia de humanidad y de verdad.» (Historia general de la civilizacion europea. Leccion 12.)

Tampoco será dificil ahora el apreciar en su justo valor el mérito de la explicacion que ha dado de este fenómeno el escritor que acabo de citar. «La reforma, dice M. Guizot, fué un esfuerzo extraordinario en nombre de la libertad, una insurreccion de la inteligencia humana.»

Este esfuerzo nació segun el mismo autor, de la *vivísima actividad* que desplegaba el espí-

ritu humano, y del estado de *inercia*, en que habia caido la Iglesia Romana: de que á la sazon caminaba el espíritu humano con fuerte é impetuoso movimiento, y la Iglesia se hallaba *estacionaria*. Esta es una de aquellas explicaciones que son muy á propósito para grangearse admiradores, y proselitos; porque colocados los pensamientos en terreno tan general y elevado, no pueden ser examinados de cerca por la mayor parte de los lectores, y presentados con el velo de una imágen brillante, deslumbran los ojos, y preocupan el juicio.

Como lo que coarta la libertad de pensar, tal como la entiende aqui M. Guizot, y como la entienden los protestantes, es la *autoridad* en materias de fé, infiérese que el levantamiento de la inteligencia debió de ser seguramente contra esa *autoridad*: es decir que aconteció la sublevacion del entendimiento, porque él marchaba, y la Iglesia no se movia de sus dogmas, ó por valerme de la expresion de Guizot: «la Iglesia se hallaba *estacionaria*.»

Sea cual fuere la disposicion de ánimo de M. Guizot con respecto á los dogmas de la Iglesia católica, al menos como filósofo debió advertir que andaba muy desacertado en señalar como particular de una época, lo que para la Iglesia era un carácter de que ella se habia gloriado en todos tiempos. En efecto: van ya mas de 18 siglos que á la Iglesia se la puede llamar *estacionaria* en sus dogmas; y esta es una prue-

ba inequívoca de que ella sola está en posesion de la verdad: porque la verdad es *invariable* por ser *una*.

Si pues el levantamiento de la inteligencia se hizo por esta causa, nada tuvo la Iglesia en aquel siglo que no lo tuviera en todos los anteriores, y no lo haya conservado en los siguientes: nada hubo de particular, nada de característico, nada por consiguiente se ha adelantado en la explicacion de las causas del fenómeno; y si por esta razon la compara M. Guizot á los gobiernos *viejos*, esta es una *vejez* que la tuvo la Iglesia desde su cuna. Como si M. Guizot hubiese sentido él propio la flaqueza de sus raciocinios, presenta los pensamientos en grupo, y como en tropel; hace desfilar á los ojos del lector diferentes órdenes de ideas, sin curarse de clasificaciones, ni deslindes, paraque la variedad distraiga y la mezcla confunda. En efecto: á juzgar por el contexto de su discurso, no parece que entienda aplicar á la Iglesia los epítetos de *inerte*, ni *estacionaria* con respecto á los dogmas, sino que mas bien se deja entender que trata de referirlo, á pretensiones bajo el aspecto político y económico: pues por lo que toca á la *tiranía é intolerancia* que han achacado algunos á la Corte de Roma, lo rechaza M. Guizot como una calumnia.

Como en esta parte presenta una incoherencia de ideas que parece no debíamos esperar de su claro entendimiento, incoherencia que á

muchos se les haria recio de creer, me es indispensable copiar literalmente sus propias palabras, y en ellas aprenderemos que nada hay mas incoherente, que los grandes talentos, una vez colocados en una posicion falsa.

«Habia caido la Iglesia, dice M. Guizot, en un estado de inercia, se hallaba estacionaria: el crédito político de la Corte de Roma se habia disminuido mucho: la direccion de la sociedad europea ya no le pertenecía, puesto que habia pasado al gobierno civil. Con todo, tenia el poder espiritual las mismas pretensiones que antes, conservaba aun toda su pompa, toda su importancia exterior: sucedíale lo que ha acontecido mas de una vez á los gobiernos viejos, y que han perdido su influencia: se dirigian de contínuo quejas contra ella, y la mayor parte eran fundadas.» ¿Cómo es posible que M. Guizot no se apercibiese en este trozo, de que nada señalaba aquí que tuviese relacion con la libertad del pensamiento, nada que no fuera de un órden muy diferente? El haberse disminuido el influjo político de la Corte de Roma, y el conservar aun ella sus pretensiones, el no pertenecerle ya la direccion de la sociedad europea, y el conservar ella su pompa é importancia exterior, ¿significa acaso otra cosa que las rivalidades que pudieron existir con respecto á asuntos políticos? ¿Y cómo pudo olvidar M. Guizot que poco antes habia dicho que el señalar como causa del Protestantismo la *rivali-*

dad de los Soberanos con el poder eclesiástico, no la parecia *fundado*, ni muy *filosófico*, ni en correspondiente *proporcion con la extension é importancia de este suceso?*

Si algunos creyesen que aun cuando todo esto no tuviera relacion directa con la libertad del pensamiento, no obstante se provocó la sublevacion intelectual con la intolerancia que manifestaba á la sazon la Corte de Roma: « No es verdad, les responderá M. Guizot, que en el siglo XVI la Corte de Roma fuese muy tiránica: no es verdad que los abusos propiamente dichos, fuesen entónces mas numerosos y mas graves de lo que hasta aquella época habian sido. *Al contrario nunca quizás* el gobierno eclesiástico se habia mostrado mas *condescendiente, y tolerante*, mas dispuesto á dejar marchar todas las cosas mientras no se cuestionase sobre su poder, mientras se le reconociesen, aun dejándolos sin ejercicio, los derechos que tenia, mientras se le asegurase la misma existencia, se le pagasen los mismos tributos. De este modo el gobierno eclesiástico hubiera dejado tranquilo al espíritu humano, si el espíritu humano hubiese querido hacer otro tanto con respecto á él. » Es decir que no parece sino que Guizot se olvidó completamente de que asentaba todos esos antecedentes para manifestar que la reforma protestante había sido un *grande esfuerzo en nombre de la libertad, un levantamiento de la inteligencia humana:* pues que nada nos alega, nada

recuerda que se opusiese á esta libertad; y aun si algo pudiera provocar el *levantamiento*, como habria sido la *intolerancia*, la crueldad, el no dejar tranquilo al espíritu humano, ya nos ha dicho M. Guizot que el gobierno eclesiástico en el siglo XVI, no era tiránico antes bien era *condescendiente*, *tolerante*, y que de su parte hubiera *dejado tranquilo al espíritu humano*.

A la vista de tales datos es evidente que el *esfuerzo extraordinario en nombre de la libertad de pensar*, es en boca de M. Guizot una palabra vaga, indefinible; y al proferirla parece que se propuso cubrir con brillante velo la cuna del Protestantismo, aun á expensas de la consecuencia en sus propias opiniones. Desechó las rivalidades políticas, y apela luego á ellas; no da importancia á la influencia de los abusos, no los juzga por verdadera causa, y se olvida que en la leccion antecedente habia asentado, que si se hubiera hecho á tiempo una reforma legal *tan oportuna y necesaria*, tal vez se hubiera evitado la revolucion religiosa; traza un cuadro en que se propone presentar puntos de contraste con esta libertad, quiere alzarse á consideraciones generales, elevadas, que abarquen la posicion y las relaciones de la inteligencia, y se detiene en *la pompa y aparato exterior*, recuerda las *rivalidades políticas*, y abatiendo su vuelo, hasta desciende al terreno de los *tributos*.

Esa incoherencia de ideas, esa debilidad de raciocinio, ese olvido de los propios asertos,

solo podrá parecer extraño, á quien esté mas acostumbrado á admirar el vuelo de los grandes talentos que á estudiar la historia de sus aberraciones. Cabalmente M. Guizot se hallaba en tal posicion que es muy difícil no equivocarse y deslumbrarse: porque si es verdad que el caminar rastreramente sobre los hechos individuales trae el inconveniente de circunscribir la vista, y de conducir al observador á la coleccion de una serie de hechos aislados mas bien que á la formacion de un cuerpo de ciencia, tambien es cierto que divagando el espíritu por un inmenso espacio donde haya de abarcar muchos y muy variados hechos en todos sus aspectos y relaciones, corre peligro de alucinarse á cada paso; tambien es cierto que la demasiada generalidad suele rayar en hipotética y fantástica; que no pocas veces alzándose con inmoderado vuelo el entendimiento para descubrir mejor el conjunto de los objetos, llega á no verlos cómo son en sí, quizás hasta los pierde enteramente de vista; y por eso es menester que los mas elevados observadores recuerden con frecuencia el dicho de Bacon: «*no alas, sino plomo.*»

M. Guizot tenia demasiada imparcilidad para que pudiese menos de confesar la exageracion con que habian sido abultados los abusos; además tenia mucha filosofía para desconocer que no eran causa suficiente para producir un efecto tamaño; y hasta el sentimiento de su propia dignidad y decoro no le permitió mezclarse con

esa turba bulliciosa y descomedida, que clama sin cesar contra la crueldad y la intolerancia; y así es que en esta parte hizo un esfuerzo para hacer justicia á la Iglesia Romana. Pero desgraciadamente sus prevenciones contra la Iglesia no le permitieron ver las cosas como son en sí: Columbró que el orígen del Protestantismo, debia buscarse en el mismo espíritu humano; pero conocedor del siglo en que vive, y sobre todo de la época en que hablaba, y presintiendo que para ser bien acogidos sus discursos, era menester lisongear el auditorio apellidando *libertad*, templó con algunas palabras suaves la amargura de los cargos contra la Iglesia; pero procurando luego que todo lo bello, todo lo grande y generoso, estuviera de parte del pensamiento engendrador de la reforma, y que recayesen sobre la Iglesia todas las sombras que habian de oscurecer el cuadro.

A no ser así hubiera visto sin duda que si bien la principal causa del Protestantismo, se halla en el espíritu humano, no era necesario recurrir á parangones injustos; no hubiera caido en la incoherencia, que acabamos de ver, hubiera encontrado la raiz del hecho en el propio carácter del espíritu humano, y hubiera explicado su gravedad y trascendencia, con solo recordar la naturaleza, posicion y circunstancias de las sociedades en cuyo centro apareció. Habria notado que no hubo allí un *esfuerzo extraordinario*, sino *una simple repeticion* de lo

acontecido en cada siglo; un fenómeno comun, que tomó un carácter especial á causa de la particular disposicion de la atmósfera que le rodeaba.

Este modo de considerar el Protestantismo como un hecho comun, agrandado empero y extendido á causa de las circunstancias de la sociedad en que nació, me parece tan filosófico como poco reparado: y asi presentaré otra observacion que nos suministrará juntamente razones y ejemplos. Tal es el estado de las sociedades modernas, de tres siglos á esta parte, que todos los hechos que en ellas se verifiquen han de tomar un carácter de generalidad, y por tanto de gravedad, que los ha de distinguir de los mismos hechos, verificados empero en otras épocas en que era diferente el estado de las sociedades. Dando una ojeada á la historia antigua observaremos que todos los hechos tenian cierto aislamiento, por el cual ni eran tan provechosos cuando eran buenos, ni tan nocivos cuando eran malos. Cartago, Roma, Lacedemonia, Atenas, y todos esos pueblos antiguos mas ó menos adelantados en la carrera de la civilizacion, siguen cada cual su camino; pero siempre de una manera particular: las ideas, las costumbres, las formas políticas, se suceden unas á otras, pero no se descubre esa refluencia de las ideas de un pueblo sobre las ideas de otro pueblo, de las costumbres del uno sobre las costumbres del otro, ese espíritu propagador que tiende á confundirlos á todos en

un mismo centro: por manera que excepto el caso de violenta commixtion, se conoce muy bien que podrian los pueblos antiguos estar largo tiempo muy cercanos, conservando integramente cada uno sus propias fisonomías, sin experimentar á causa del contacto considerables mudanzas.

Observad empero cuan de otra manera sucede en Europa: una revolucion en un país afecta todos los otros, una idea salida de una escuela pone en agitacion á los pueblos, y en alarma á los gobiernos: nada hay aislado, todo se generaliza, todo se propaga, tomando con la misma expansion una fuerza terrible. Hé aquí porque no es posible estudiar la historia de un pueblo, sin que se presenten en la escena todos los pueblos; no es posible estudiar la historia de una ciencia, de un arte, sin que se compliquen desde luego cien relaciones con otros objetos que no son ni científicos, ni artísticos: y es porque todos los pueblos se enlazan, todos los objetos se asimilan, todas las relaciones se abarcan y se cruzan; hé aqui porque no hay un asunto en un pais en que no tomen interés, y aun parte si es posible, todos los demás: y he aquí porque, concretándonos á la política, es y será siempre una idea sin aplicaciones la de *no intervencion;* pues no se ha visto jamás que cada cual no procure intervenir en todos los negocios que le interesan.

Estos ejemplos tomados de los órdenes poli-

ticos, literarios y artisticos, me parecen muy á propósito para dar á entender mi idea sobre lo que ha sucedido con respecto al órden religioso; y si bien despojan al Protestantismo de ese manto filosófico con que se le ha querido cubrir aun en su cuna, si le quitan todo derecho á suponerse como un pensamiento que lleno de prevision y de proyectos grandiosos, encerraba grandes destinos, tampoco rebajan en nada su gravedad y su extension, en nada limitan el hecho, antes si indican la verdadera causa de que se haya presentado con aspecto tan imponente.

Desde el punto de vista que acabo de señalar todo se descubre en su verdadero tamaño: los hombres apenas figuran, casi desaparecen; los abusos se ofrecen como son, ocasiones y pretextos; los planes vastos, las ideas altas y generosas, los esfuerzos de independencia, se reducen á suposiciones arbitrarias; el cebo de las depredaciones, la ambicion, las rivalidades de los Soberanos, juegan como causas mas ó menos influyentes, pero siempre en un órden secundario: ninguna causa se excluye, solo que se la coloca en su lugar, no se permite la exageracion de su influencia, y señalándose una causa principal no deja de mirarse el hecho como de tal naturaleza, que en su nacimiento y desarrollo debieron de obrar un sin número de agentes. Y cuando se llega á una cuestion capital en la materia, cuando se pregunta la causa del odio, de la exasperacion que han manifestado los sectarios con-

tra Roma; cuando se pregunta si esto no revela algunos grandes abusos de su parte, y si no hace sospechar su sinrazon, se puede responder tranquilamente: que siempre se ha visto que las olas en la tormenta braman furiosas contra la roca inmóbil que les resiste.

Tan lejos estoy de atribuir á los abusos la influencia que muchos les han asignado con respecto al nacimiento y desarrollo del Protestantismo, que estoy convencido de que por mas reformas legales que se hubieran hecho, por mas condescendiente que se hubiera manifestado la autoridad eclesiástica en acceder á demandas y exigencias de todas clases, hubiera acontecido poco mas ó menos la misma desgracia.

Es necesario haber reparado bien poco en la extrema inconstancia y movilidad del espíritu humano, y haber estudiado muy poco su historia, para desconocer que era esta una de aquellas grandes calamidades que solo Dios por providencia especial, es bastante á evitarlas (5).



CAPITULO TERCERO.

La proposicion sentada al fin del capítulo anterior me sugiere un corolario, que si no me engaño ofrece una nueva demostracion de la divinidad de la Iglesia Católica.

Se ha observado como cosa muy admirable la duracion de la Iglesia Católica por espacio de 18 siglos, y eso á pesar de tantos y tan poderosos adversarios; pero quizá no ha notado bastante, que atendida la índole del espíritu humano, uno de los grandes prodigios que presenta sin cesar la Iglesia, es la unidad de doctrina en medio de toda clase de enseñanza, y encerrando siempre en su seno un número considerable de sabios.

Llamo muy particularmente sobre este punto la atencion de todos los hombres pensadores; y estoy seguro que ya que yo no acierte á desenvolver, cual se debe, este pensamiento, encontrarán ellos aqui un gérmen de muy graves

reflexiones. Tal vez se acomodará tambien este modo de mirar la Iglesia, al gusto de algunos lectores, pues prescindiré enteramente de los caractéres que se rozen con la revelacion, y consideraré el Catolicísmo, no como religion divina, sino como escuela filosófica.

Nadie que haya saludado la historia de las letras me podrá negar, que en todos tiempos haya tenido la Iglesia en su seno hombres ilustres por su sabiduría. En los primeros siglos la historia de los padres de la Iglesia es la historia de los sabios de primer órden, en Europa, en Africa y en Asia; despues de la irrupcion de los bárbaros, el catálogo de los hombres que conservaron algo del antiguo saber, no es mas que un catálogo de eclesiásticos; y por lo que toca á los tiempos modernos, no és dable señalar un solo ramo de los conocimientos humanos, en que no figuren en primera línea un número considerable de católicos. Es decir que de 18 siglos á esta parte, hay una serie no interrumpida de sabios, que son católicos, ó que están acordes en un cuerpo de doctrina formado de la reunion de las verdades enseñadas por la Iglesia Católica. Prescindiendo ahora de los caractéres de divinidad que distinguen el Catolicismo, y considerándole únicamente como una escuela, ó una secta cualquiera, puede asegurarse que presenta en el hecho que acabo de consignar, un fenómeno tan extraordinario que ni es posible hallarle semejante en otra

parte; ni ès dable explicarle como comprendido en el órden regular de las cosas.

Seguramente que no es nuevo en la historia del espíritu humano, el que una doctrina mas ó menos razonable, haya sido profesada algun tiempo, por un cierto número de hombres ilustrados y sabios: y este espectáculo lo hemos presenciado en las sectas filosóficas antiguas y modernas; pero que una doctrina se haya sostenido por espacio de muchos siglos, conservando adictos á ella sabios de todos tiempos y países, y sabios por otra parte muy discordes en sus opiniones particulares, muy diferentes en costumbres, muy opuestos tal vez en intereses, y muy divididos por sus rivalidades, este fenómeno es nuevo, es único, solo se encuentra en la Iglesia Católica. Exigir fe, unidad en la doctrina, y fomentar de contínuo la enseñanza, y provocar la discusion sobre toda clase de materias; incitar y estimular el exámen de los mismos cimientos en que estriba la fe, preguntando para ello á las lengnas antiguas, á los monumentos de los tiempos mas remotos, á los documentos de la historia, á los descubrimientos de las ciencias observadoras, á las lecciones de las mas elevadas, y analíticas; presentarse siempre con generosa confianza en medio de esos grandes licéos donde una sociedad rica de talentos y de saber reune como en focos de luz todo cuanto le han legado los tiempos anteriores, y todo cuanto ella ha podido

reunir con sus trabajos, hé aquí lo que ha hecho siempre, y está haciendo todavía la Iglesia; y á pesar de todo eso la vemos perseverar firme en su fe, en su unidad de doctrina, rodeada de hombres ilustres, cuyas frentes ceñidas de los laureles literarios ganados en cien palestras, se le humillan serenas y tranquilas, sin que lo tengan á mengua, sin que crean que deslustren las brillantes aureolas que resplandecen sobre sus cabezas.

Los que miran el Catolicismo como una de tantas sectas que han aparecido sobre la tierra, será menester que busquen algun hecho que se parezca á este; será menester que nos expliquen como la Iglesia puede de continuo presentarnos ese fenómeno, que tan en oposicion se encuentra con la innata volubilidad del espíritu humano: será necesario que nos digan como la Iglesia Romana ha podido realizar este prodigio, y que nos expliquen qué iman secreto tiene en sus manos el Pontífice Romano, para que él pueda hacer lo que no ha podido hacer otro hombre. Los hombres que inclinan respetuosamente sus frentes al oir la palabra salida del Vaticano, los hombres que abandonan su propio parecer para sujetarse á lo que les dicta un hombre que se apellida *Papa*, no son tan solo hombres sencillos é ignorantes: miradlos bien: en sus frentes altivas descubriréis el sentimiento de sus propias fuerzas, y en sus ojos vivos y penetrantes veréis que se trasluce la llama del génio que os-

cila en su mente. En ellos reconoceréis á los mismos que han ocupado los primeros puestos de las academias europeas, que han llenado el mundo con la fama de sus nombres, nombres transmitidos á las generaciones venideras entre corrientes de oro. Recorred la historia de todos los tiempos, viajad por todos los paises del Orbe, y si encontrais en ninguna parte un conjunto tan extraordinario, el saber unido con la fe, el genio sumiso á la autoridad, la discusion hermanada con la unidad, presentadle: habréis hecho un descubrimiento importante: habréis ofrecido á la ciencia un nuevo fenómeno que explicar: ah! esto os será imposible, bien lo sabeis; y por esto apelaréis á nuevos efugios, por esto procuraréis oscurecer con cavilaciones la luz de una observacion que sugiere á una razon imparcial, y hasta al sentido comun, la legítima consecuencia de que en la Iglesia Católica hay algo que no se encuentra en otra parte.

«Estos hechos, dirán los adversarios, son ciertos; las reflexiones que sobre ellos se han emitido no dejan de ser deslumbradoras; pero bien analizada la materia desaparecerán todas las dificultades que pueden presentarse por la extrañeza que causa el haberse verificado en la Iglesia un hecho que no se ha verificado en ninguna secta. Si bien se mira, cuanto hasta aqui se lleva alegado, solo prueba que en la Iglesia ha habido siempre un sistema determinado, que apoyado en un punto fijo, ha podido ser reali-

zado con uniforme regularidad. En la Iglesia se ha conocido que el orígen de la fuerza está en la union, y que para esta union era necesario establecer *unidad* en la doctrina, y que para conservar esta *unidad* era necesaria la sumision á la autoridad. Esto una vez conocido, se ha establecido el principio de sumision, y se le ha conservado invariablemente: hé aqui explicado el fenómeno: en esto no negaremos que haya sabiduría profunda, que haya un plan vasto, un sistema singular, pero nada podréis inferir en pro de la divinidad del Catolicismo.»

Esto es lo que se responderá, porque es lo único que se puede responder; pero fácil es de notar, que á pesar de esa respuesta queda la dificultad en todo su vigor. Resulta siempre en claro que hay una sociedad sobre la tierra, que por espacio de 18 siglos ha sido siempre dirigida por un principio constante, fijo; una sociedad que ha logrado que se adhiriesen á este principio hombres eminentes de todos tiempos y paises, y por tanto permanece siempre en pié todo el embarazo que ofrecen á los adversarios las siguientes preguntas. ¿Cómo es que solo la Iglesia ha tenido este principio? ¿cómo es que á solo ella se le haya ocurrido tal pensamiento? ¿cómo es que si ha ocurrido á otra secta, ninguno lo haya podido poner en planta? ¿cómo es que todas las sectas filosóficas hayan desaparecido unas en pos de otras, y la Iglesia no? ¿cómo es que las otras religiones, si han querido conser-

var alguna unidad, han tenido siempre que huir de la luz, y esquivar la discusion, y envolverse en negras sombras; y la Iglesia haya siempre conservado su *unidad*, buscando la luz, y no ocultando sus libros, no escaseando la enseñanza, sino fundando por todas partes colegios, universidades y toda clase de establecimientos, donde pudiesen reunirse y concentrarse todos los resplandores de la erudicion y del saber?

No basta decir que hay un sistema, un plan: la dificultad está en la misma existencia de ese sistema, de ése plan; la dificultad está en explicar como se han podido concebir y ejecutar. Si se tratase de pocos hombres reunidos en ciertas circunstancias, en determinados tiempos y paises, para la ejecucion de un proyecto limitado á cierto espacio, no habria aquí nada de particular; pero se trata de 18 siglos, se trata de todos los paises, de las circunstancias mas variadas, mas diferentes, mas opuestas; se trata de hombres que no han podido avenirse, ni concertarse. ¿Cómo se explica todo esto? Si todo no es mas que un sistema, un plan humano, ¿qué hay de misterioso en esa ciudad de Roma que así reune en torno suyo á tantos hombres ilustres de todos tiempos y paises? Si el Pontífice de Roma no es mas que el gefe de una secta, ¿cómo es que de tal modo alcanza á fascinar el mundo? ¿se habria visto jamás un mago que ejecutase estrañeza mas estupenda? ¿No hace ya mucho tiempo que se declama contra su *despo-*

tismo religioso? ¿porqué pues no ha habido otro hombre que le haya arrebatado el cetro? ¿porqué no se há erigido otra cátedra que disputase á la suya la preeminencia, y se mantuviese en igual esplendor y poderío? ¿Es acaso por su poder material? es muy limitado; y no podría medir sus armas con ninguna potencia de Europa. ¿Es por el caráter particular, por la ciencia, por las virtudes de los hombres que han ocupado el solio Pontíficio? pero ¿cómo es posible que en el espacio de 18 siglos no hayan tenido infinita variedad los caractéres de los Papas, y muy diferentes graduaciones su ciencia y sus virtudes? A quién no sea católico, á quien no viere en el Pontífice Romano al Vicario de Jesucristo, aquella *piedra* sobre la cual edificó Jesucristo la Iglesia; la duracion de su autoridad ha de parecerle el mas extraordinario de los fenómenos; ha de ofrecérsele como una de las cuestiones mas dignas de proponerse á la ciencia que se ocupa en la historia del espíritu humano la siguiente: ¿cómo es posible que por espacio de tantos siglos, haya podido existir una série no interrumpida de sabios, que no se hayan apartado de la doctrina de la Cátedra de Roma?

Al comparar M. Guizot el Protestantismo con la Iglesia Romana, parece que la fuerza de esta verdad conmovia algun tanto su entendimiento; y que los rayos de esta luz introducian el desconcierto en sus observaciones. Oigámosle de nuevo: oigamos á ese escritor cuyos talentos y

nombradía habrán deslumbrado en estas materias á aquellos lectores, que ni examinan siquiera la solidez de las pruebas, mientras vengan envueltas en hermosas imágenes; á aquellos que aplauden toda clase de pensamientos, mientras desfilen ante sus ojos en un torrente de elocuencia encantadora; que llenos de entusiasmo por el mérito de un hombre le escuchan como infalible oráculo; y mientras blasonan de independencia intelectual, suscriben sin exámen á las decisiones de su director, escuchan con sumision sus fallos, y no se atreven á levantar la frente para pedirle los títulos del predominio. En las palabras de M. Guizot notaremos que sintió, como todos los grandes hombres del Protestantismo, el vacío inmenso que hay en esas sectas, y la fuerza y robustez que entraña la Religion Catolica: notaremos que no pudo eximirse de la regla general de los grandes ingenios, regla de que son prueba los mas explicitos testimonios consignados en los escritos de los mas grandes hombres que ha tenido la reforma protestante. Despues de haber notado M. Guizot la inconsecuencia con que procedió el Protestantismo, y su falta de buena organizacion en la sociedad intelectual, continua: «No se ha sabido hermanar todos los derechos, y necesidades *de la tradicion* con las pretensiones de la libertad. Y eso proviene sin duda de que la *reforma no ha plenamente comprendido y aceptado, ni sus principios ni sus efectos.*» ¡Que reli-

gion será esa que *ni comprende ni acepta plenamente sus principios, y sus efectos?* ¿Salió jamás de boca humana condenacion mas terminante contra la reforma? ¿cómo podrá la reforma pretender el derecho de dirigir ni al hombre, ni á la sociedad? Pudo decirse jamás otro tanto de las sectas filosóficas antiguas ni modernas? «De ahí ese aire de inconsecuencia continua M. Guizot, que ha tenido la reforma, y el *espíritu limitado* que ha manifestado, circunstancias que han prestado armas y ventajas á sus adversarios. Sabian estos bien lo que deseaban y lo que hacian, partian de principios fijos, y marchaban hasta sus últimas consecuencias. Nunca ha habido un gobierno mas consecuente y sistemático que el de la Iglesia Romana.» ¿Y de donde trae su orígen este sistema tan consecuente? Cuando es tanta la inconstancia, y la volubilidad del espíritu del hombre; ¿este sistema, esta consecuencia, estos principios fijos, nada dicen á la filosofía y al buen sentido?

Al reparar en esos terribles elementos de disolucion que tienen su orígen en el espíritu del hombre, y que tanta fuerza han adquirido en las sociedades modernas, al notar como destrozan y pulverizan todas las escuelas filosóficas, todas las instituciones sociales políticas y religiosas, pero sin alcanzar á abrir una brecha en las doctrinas del Catolicismo, sin alterar ese sistema tan fijo y consecuente; ¿nada se inferirá en favor del Catolicismo? Decir que la

Iglesia ha hecho lo que no han podido hacer jamás, ninguna escuela, ningun gobierno, ninguna sociedad, ninguna religion, ¿no es confesar que es mas sabia que la humanidad entera? y esto ¿no prueba que no debe su orígen al pensamiento del hombre, y que ha bajado del mismo seno del Criador del Universo? En una sociedad formada de hombres, en un gobierno manejado por hombres, que cuenta 18 siglos de duracion, que se extiende á todos los paises, que se dirige al salvaje en sus bosques, al bárbaro en su tienda, al hombre civilizado en medio de las ciudades mas populosas; que cuenta entre sus hijos al pastor que se cubre con el pellico, al rústico labrador, al poderoso magnate; que hace resonar igualmente su palabra al oido del hombre sencillo que se ocupa en sus mecánicas taréas, como al del sabio que encerrado en su gabinete está absorto en trabajos profundos; un gobierno como este, tener como ha dicho M. Guizot, *siempre una idea fija, una voluntad entera, y guardar una conducta regular y coherente*, ¿no es su apología mas victoriosa, no es su panegírico mas elocuente, no es una prueba de que encierra en su seno algo de misterioso?

Mil veces he contemplado con asombro ese estupendo prodigio: mil veces he fijado mis ojos sobre ese árbol inmenso que extiende sus ramas desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilon al Mediodia: veóle cobijando con su

sombra á tantos y tan diferentes pueblos, y encuentro descansando tranquilamente debajo de ella la inquieta frente del Genio.

En Oriente, en los primeros siglos de haber aparecido sobre la tierra esa Religion divina, en medio de la disolucion que se habia apoderado de todas las sectas, veo que se agolpan para escuchar su palabra los filósofos mas ilustres; y en Grecia, en Asia, en las márgenes del Nilo, en todos esos paises donde hormigueaba poco antes un sin número de septas, veo que se levanta de repente una generacion de hombres grandes, ricos de erudicion, de saber y de elocuencia, y todos acordes en la *unidad* de la doctrina católica. En Occidente, cuando se va á precipitar sobre el caduco Imperio una muchedumbre de bárbaros que se presentan á lo lejos como una negra nube que asoma sobre el horizonte preñada de calamidades y desastres, en medio de un pueblo sumergido en la corrupcion de costumbres, y olvidado completamente de su antigua grandeza, veo á los únicos hombres que pueden apellidarse dignos herederos del nombre Romano, buscar un asilo á su austeridad de costumbres en el retiro de los templos, y pedir á la Religion sus inspiraciones, para conservar el antiguo saber y enriquecerle y agrandarle? Lléname de admiracion y asombro el encontrar al talento sublime, al digno heredero del genio de Platon, que despues de haber preguntado por la verdad á todas las es-

cuelas y sectas, despues de haber recorrido todos los errores con briosa osadía, y con indomable independencia, se siente al fin dominado por la autoridad de la Iglesia, y el filósofo libre se transforma en el grande Obispo de Hipona. En los tiempos modernos desfilan delante de mis ojos esa serie de hombres grandes que brillaron en los siglos de Leon X y de Luis XIV: veo perpetuarse esa ilustre raza aun al traves del calamitoso siglo XVIII; y en el XIX veo que se levantan tambien nuevos atletas, que despues de haber acosado el error en todas direcciones van á colgar sus trofeos á las puertas de la Iglesia Católica.

¡Qué prodigio es este! ¡donde se ha visto jamás una escuela, una secta, una religion semejante! Todo lo estudian, de todo disputan, á todo responden, todo lo saben, pero siempre acordes en la unidad de doctrina, siempre sumisos á la autoridad, siempre inclinando respetuosamente sus frentes, siempre humillándolas en obsequio de la fe: esas frentes donde brilla el saber, donde imprime sus rasgos un sentimiento de noble independencia, de donde salen con tanta viveza tan generosos arranques? No os parece descubrir un nuevo sistema planetario, donde globos luminosos ruedan en vastas órbitas por la inmensidad del espacio, pero atraidos por una misteriosa fuerza hacia el centro del sistema? Fuerza que no les permite el extravío, sin quitarles nada ni de la mag-

nitud de su mole, ni de la grandiosidad de su movimiento, antes inundándolos de luz, y dando á su marcha una regularidad magestuosa (6).

CAPITULO CUARTO.

Esa idea fija, esa voluntad entera, ese plan tan sábio y constante, ese sistema tan trabado, esa conducta tan regular y coherente, ese marchar siempre con seguro paso hacia objeto y fin determinado, ese admirable conjunto reconocido y confesado por M. Guizot, y que tanto honra á la Iglesia Católica, mostrando su profunda sabiduría y revelando la altura de su orígen, no ha podido nunca ser imitado por el Protestantismo, ni en bien, ni en mal; porque segun llevo ya demostrado, no puede presentar un solo pensamiento del que pueda decir: *esto es mio*. Se ha querido apropiar el principio de exámen privado en materias de fe, y algunos de sus adversarios tal vez no se han resistido mucho á adjudicárselo, por no reconocer en él otro elemento que pudiera llamarse constitutivo: y ademas por reparar que si de haber engendrado tal principio quisiera gloriarse, seria se-

mejante á aquellos padres insensatos que labran su propia ignomínia, haciendo gala de tener hijos de pésima índole, y díscolos en conducta. Es falso sin embargo que tal principio sea hijo suyo; ántes al contrario, mas bien podria decirse que el principio de exámen ha engendrado al Protestantismo, pues que este principio se halla ya en el seno de todas las sectas, y se le reconoce como gérmen de todos los errores: por manera que al proclamar los protestantes el exámen privado, no hicieron mas que ceder á la necesidad que es comun á todas las sectas separadas de la Iglesia.

Nada hubo en esto de plan, nada de prevision, nada de sistema: la simple resistencia á la autoridad de la Iglesia envolvia la necesidad de un exámen privado sin límites, la ereccion del entendimiento en juez único; y así fué ya desde un principio enteramente inútil toda la oposicion que á las consecuencias y aplicaciones de tal exámen hicieron los coriféos protestantes: roto el dique no es posible contener las aguas.

« El derecho de examinar lo que debe creerse, dice una famosa Dama protestante, (De l' Allemagne par Mad. Stael, 4 partie, chap. 2) es el principio fundamental del Protestantismo. *No lo entendian así los primeros reformadores: creian poder fijar las columnas del espíritu humano* en los términos de sus propias luces; pero mal podian esperar que sus decisiones fuesen recibidas como infalibles, cuando ellos negaban

este género de autoridad á la Religion Católica». Semejante resistencia por parte de ellos solo sirvió á manifestar que no abrigaban ninguna de aquellas ideas, que si extravían el entendimiento muestran al menos en cierto modo la generosidad y nobleza del corazon; y de ellos no podrá decir el entendimiento humano, que le descaminasen con la mira de hacerle andar con mayor libertad. «La revolucion religiosa del siglo XVI, dice M. Guizot, *no conoció los verdaderos principios de la libertad intelectual*; emancipaba el pensamiento, y todavía se empeñaba en gobernarlo por medio de la ley».

Pero en vano lucha el hombre contra la fuerza entrañada por la misma naturaleza de las cosas; en vano fué que el Protestantismo quisiera poner límites á la extension del principio de exámen, y que á veces levantáse tan alto la voz, y aun descargase su brazo con tal fuerza, que no parecía sino que trataba de aniquilarle. El espíritu de exámen privado estaba en su mismo seno, allí perseveraba, allí se desenvolvía, allí obraba aun á pesar suyo: no tenia medio el Protestantismo, ó echarse en brazos de la autoridad, es decir reconocer su extravío, ó dejar al principio disolvente que ejerciera su accion, haciendo desaparecer de entre las sectas separadas hasta la sombra de la Religion de Jesucristo, y viniendo á poner el cristianismo en la clase de las escuelas filosóficas. Dado una vez el grito de resistencia á la autoridad de la Iglesia,

pudiéronse muy bien calcular los funestos resultados; fué desde luego muy fácil prever que desenvuelto el maligno gérmen traía consigo la ruina de todas las verdades cristianas. ¿Y cómo era posible que no se desenvolviese rápidamente ese gérmen, en un suelo donde era tan viva la fermentacion? Señalaron á voz en grito los católicos la gravedad é inminencia del riesgo; y en obsequio de la verdad es menester confesar que no se ocultó esto á la prevision de algunos protestantes. ¿Quién ignora las explicitas confesiones que se oyeron ya desde un principio, y se han oído despues de la boca de sus hombres mas distinguidos? Los grandes talentos nunca se han hallado bien con el Protestantismo; siempre han encontrado en él un inmenso vacío: y por esta causa se los ha visto propender, ó á la irreligion, ó á la unidad católica.

El tiempo, ese gran juez de todas las opiniones, ha venido á confirmar el acierto de tan tristes pronósticos: y actualmente han llegado ya las cosas á tal extremo, que es necesario, ó estar muy escaso de instruccion, ó tener muy limitados alcances, para no conocer que la Religion Cristiana tal como la explican los protestantes, es una opinion y no mas; es un sistema formado de mil partes incoherentes, y que pone el Cristianismo al nivel de las escuelas filosóficas. Y nadie debe extrañar de que parezca aventajarse algun tanto á ellas, y de que conserve algunos rasgos que dan á su fisonomía

algo que no se encuentra en lo que es puramente excogitado por el entendimiento del hombre; nadie lo estrañe: ¿sabeis de donde nace todo esto? nace de aquella sublimidad de doctrina, de aquella santidad de moral, que mas ó menos desfiguradas resplandecen siempre en todo cuanto conserva algun vestigio de la palabra de Jesucristo. Pero el endeble resplandor que queda luchando con las sombras despues que ha desaparecido del horizonte el astro luminoso, no puede compararse con la luz del dia: las sombras se avanzan, se extienden, y ahogando el débil reflejo acaban por sumir la tierra en oscuridad tenebrosa.

Tal es la doctrina del Cristianismo entre los protestantes: con solo dar una ojeada sobre sus sectas se conoce que ni son meramente sectas filosóficas, ni tienen los caractéres de religion verdadera: el Cristianismo está entre ellas sin una autoridad, y por esto parece un viviente separado de su elemento, un árbol secado en su raiz; por esto presenta la fisonomía pálida y desfigurada de un semblante que no está ya animado por el soplo de vida. Habla el Protestantismo de la fe, y su principio fundamental la hiere de muerte; ensalza el Evangelio, y el mismo principio hace vacilar su autoridad, pues que la deja abandonada al discernimiento del hombre; y si pondera la santidad y pureza de la moral de Jesucristo, ocurre desde luego que en algunas de las sectas desidentes se le despoja

de su divinidad, y que todas podrian hacerlo muy bien, sin faltar al único principio que les sirve de punto de apoyo. Y una vez negada, ó puesta en duda la divinidad de Jesucristo, queda cuando mas, colocado en la clase de los grandes filósofos y legisladores; pierde la autoridad necesaria para dar á sus leyes aquella augusta sancion que tan respetables las hace á los mortales, no puede imprimirles aquel sello que tanto las eleva sobre todos los pensamientos humanos, y no se ofrecen ya sus consejos sublimes como otras tantas lecciones que fluyen de los labios de la Sabiduría increada.

Quitando al espíritu humano el punto de apoyo de una autoridad, ¿en qué podrá afianzarse? ¿no queda abandonado á merced de sus sueños y delirios? ¿no se le abre de nuevo la tenebrosa é intrincada senda de interminables disputas que condujo á un cáos á los filósofos de las antiguas escuelas? Aquí no hay réplica; y en esto andan acordes la razon y la experiencia: sustituido á la autoridad de la Iglesia el exámen privado de los protestantes, todas las grandes cuestiones sobre la divinidad y sobre el hombre quedan sin resolver; todas las dificultades permanecen en pié; y flotando entre sombras el entendimiento humano, sin divisar una luz que pueda servirle de guía segura, abrumado por la gritería de cien escuelas que disputan de continuo sin aclarar nada, cáe en aquel desaliento y postracion en que le había encontrado el Cristianismo, y del que

le habia levantado á costa de grandes esfuerzos. La duda, el pirronismo, la indiferencia, será entonces el patrimonio de los talentos mas aventajados; las teorías vanas, los sistemas hipotéticos, los sueños, formarán el entretenimiento de los sabios comunes; la superstition y las monstruosidades serán el pábulo de los ignorantes.

Y entonces ¿qué habria adelantado la humanidad? ¿qué habria hecho el Cristianismo sobre la tierra? Afortunadamente para el humano linage no ha quedado la Religion Cristiana abandonada al torbellino de las sectas protestantes; y en la autoridad de la Iglesia Católica, ha tenido siempre anchurosa basa donde ha encontrado firme asiento para resistir á los embates de las cavilaciones y errores. Si asi no fuera, á donde habría ya parado? la sublimidad de sus dogmas, la sabiduría de sus preceptos, la uncion de sus consejos, ¿serian acaso mas que bellos sueños contados en lenguage encantador por un sabio filósofo? Sí, es preciso repetirlo, sin la autoridad de la Iglesia nada queda de seguro en la fe; es dudosa la divinidad de Jesucristo, es disputable su mision, es decir que desaparece completamente la Religion Cristiana; porque en no pudiendo ella ofrecernos sus títulos celestiales, en no pudiendo darnos completa certeza de que ha bajado del seno del Eterno, que sus palabras son palabras del mismo Dios, que se dignó aparecer sobre la tierra para la salud de los hombres, ya

no tiene derecho á exigirnos acatamiento. Colocada en la serie de los pensamientos puramente humanos, deberá someterse á nuestro fallo como las demas opiniones de los hombres; en el tribunal de la filosofía podrá sostener sus doctrinas como mas ó menos razonables, pero siempre tendrá la desventaja de habernos querido engañar, de habérsenos presentado como divina cuando no era mas que humana; y al empezarse la discusion sobre la verdad de su sistema de doctrinas, siempre tendrá en contra de sí una terrible presuncion, cual es el que con respecto á su orígen habrá sido una impostora.

Gloríanse los protestantes de la independencia de su entendimiento, y achacan á la Religion Católica el que viola los derechos mas sagrados, pues que exigiendo sumision ultraja la dignidad del hombre. Cuando se declama en este sentido, vienen muy á propósito las exageraciones sobre las fuerzas de nuestro entendimiento, y no se necesita mas que echar mano de algunas imágenes seductoras, pronunciando las palabras de *atrevido vuelo*, de *hermosas alas*, y otras semejantes, para dejar completamente alucinados á los lectores vulgares.

Goce enhorabuena de sus derechos el espíritu del hombre, gloríese de poseer la centella divina que apellidamos entendimiento, recorra ufano la naturaleza, y observando los demas seres que le rodean note con complacencia la inmensa altura á que sobre todos ellos se encuen-

tra elevado; colóquese en el centro de las obras con que ha embellecido su morada, y señale como muestras de su grandeza y poder las transformaciones que se ejecutan donde quiera que se estampare su huella, llegando á fuerza de inteligencia y de gallarda osadía, á dirigir y señorear la naturaleza; pero por reconocer la dignidad y elevacion de nuestro espíritu mostrándonos agradecidos al beneficio que nos ha dispensado el Criador, ¿deberemos llegar hasta el extremo de olvidar nuestros defectos y debilidad? ¿A qué engañarnos á nosotros mismos, queriendo persuadirnos que sabemos lo que en realidad ignoramos? ¿A qué olvidar la inconstancia y volubilidad de nuestro espíritu? ¿A qué disimularnos que en muchas materias, aun de aquellas que son objeto de las ciencias humanas, se abruma y confunde nuestro entendimiento, y que hay mucho de ilusion en nuestro saber, mucho de hiperbólico en la ponderacion de los adelantos de nuestros conocimientos? ¿No viene un dia á desmentir lo que asentamos otro dia? ¿no viene de continuo el curso de los tiempos burlando todas nuestras previsiones, deshaciendo nuestros planes, y manifestando lo aéreo de nuestros proyectos?

¿Qué nos han dicho en todos tiempos aquellos genios privilegiados á quienes fué concedido descender hasta los cimientos de nuestras ciencias, alzarse con brioso vuelo hasta la region de las mas sublimes inspiraciones, y tocar por decirlo así,

los confines del espacio que puede recorrer el entendimiento humano? Sí, los grandes sabios de todos tiempos, despues de haber tanteado los senderos mas ocultos de la ciencia, despues de haberse arrojado á seguir los rumbos mas atrevidos, que en el órden moral y físico se presentaban á su actividad y osadía en el anchuroso mar de las investigaciones, todos vuelven de sus viages llevando en su fisonomía aquella expresion de desagrado, fruto natural de muy vivos desengaños; todos nos dicen que se ha deshojado á su vista una bella ilusion, que se ha desvanecido como una sombra la hermosa imágen que tanto los hechizaba; todos refieren que en el momento en que se figuraban que iban á entrar en un cielo inundado de luz, han descubierto con espanto una region de tinieblas, han conocido con asombro que se hallaban en una nueva ignorancia. Y por esta causa todos á una miran con tanta desconfianza las fuerzas del entendimiento: ellos que tienen un sentimiento íntimo que no les deja dudar que las fuerzas del suyo exceden á las de los otros hombres. «Las ciencias dice profundamente Pascál, tienen dos extremos que se tocan: el primero es la pura ignorancia natural, en que se encuentran los hombres al nacer; el otro es aquel en que se hallan las grandes almas, que habiendo recorrido todo lo que los hombres pueden saber, encuentran que no saben nada.»

El Catolicismo dice al hombre; «tu entendi-

miento es muy flaco, y en muchas cosas necesita un apoyo y una guía:» y el Protestantismo le dice «la luz te rodea, marcha por do quieras, nó hay para tí mejor guía que tú mismo.» ¿Cuál de las dos religiones está de acuerdo con las lecciones de la mas alta filosofía?

Ya no debe pues parecer extraño que los talentos mas grandes que ha tenido el Protestantismo, todos hayan sentido cierta propension á la Religion Catolica, y que no haya podido ocultárseles la profunda sabiduría que se encierra en el pensamiento de sujetar en algunas materias el entendimiento humano al fallo de una autoridad irrecusable. Y en efecto: mientras se encuentre una autoridad que en su orígen, en su establecimiento, en su conservacion, en su doctrina y conducta, reuna todos los títulos que puedan acreditarla de divina: ¿qué adelanta el entendimiento en no querer sujetarse á ella? ¿qué alcanza divagando á merced de sus ilusiones, en gravísimas materias, siguiendo caminos donde no encuentra otra cosa que recuerdos de extravíos, escarmientos y desengaños.

Si tiene el espíritu del hombre un concepto demasiado alto de sí mismo, estudie su propia historia: y en ella verá, palpará, que abandonado á sus propias fuerzas tiene muy poca garantía de acierto. Fecundo en sistemas, inagotable en cavilaciones, tan rápido en concebir un pensamiento como incapaz de llevarle á madurez; semillero de ideas que nacen, hormi-

guean y se destruyen unas á otras como los insectos que rebullen en un lago; alzándose tal vez en alas de sublime inspiracion, y arrastrándose luego como el réptil que sulca el polvo con su pecho; tan hábil é impetuoso para destruir las obras agenas como incapaz de dar á las suyas una construccion sólida y duradera; empujado por la violencia de las pasiones, desvanecido por el orgullo, abrumado y confundido por tanta variedad de objetos como se le presentan en todas direcciones, deslumbrado por tantas luces falsas, y engañosas apariencias; abandonado enteramente á sí mismo el espíritu humano, presenta la imágen de una centella inquieta y vivaz que recorre sin rumbo fijo la inmensidad de los cielos, traza en su vario y rápido curso mil extrañas figuras, siembra en el rastro de su huella mil chispas relumbrantes, encanta un momento la vista con su resplandor, su agilidad y sus caprichos, y desaparece luego en la oscuridad, sin dejar en la inmensa extension de su camino una ráfaga de luz para esclarecer las tinieblas de la noche.

Ahí está la historia de nuestros conocimientos: en ese inmenso depósito donde se hallan en confusa mezcla las verdades y los errores, la sabiduría y la necedad, el juicio y la locura; ahí se encontrarán abundantes pruebas de lo que acabo de afirmar: ellas saldrán en mi abono, si se quisiera tacharme de haber recargado el cuadro (8).

CAPITULO QUINTO.

Tanta verdad es lo que acabo de decir sobre la debilidad de nuestro entendimiento, que aun prescindiendo del espíritu religioso, es muy notable que la próvida mano del Criador ha depositado en el fondo de nuestra alma un preservativo contra la excesiva volubilidad de nuestro espíritu: y preservativo tal, que sin él hubiéranse pulverizado todas las instituciones sociales, ó mas bien, no se hubieran jamas planteado; sin él, las ciencias no hubieran dado jamas un paso; y si llegase jamas á desaparecer del corazon del hombre, el individuo y la sociedad quedarian sumergidos en el cáos. Hablo de cierta inclinacion á deferir á la autoridad; del *instinto de fe*, digámoslo así, instinto que merece ser examinado con mucha detencion, si se quiere conocer algun tanto el espíritu del hombre, estudiar con provecho la historia de su desarrollo y progresos, conocer

las causas de muchos fenómenos extraños, descubrir hermosísimos puntos de vista que ofrece bajo este aspecto la Religion Católica, y palpar en fin el espíritu limitado y poco filosófico que dirige al Protestantismo.

Ya se ha observado muchas veces que no es posible acudir á las primeras necesidades, ni dar curso á los negocios mas comunes, sin la deferencia á la autoridad de la palabra de otros, sin la fe: y fácilmente se echa de ver, que sin esa fe desapareceria todo el caudal de la historia y de la experiencia; es decir que desapareceria el fundamento de todo saber.

Importantes como son estas observaciones, y muy á propósito para demostrar lo infundado del cargo que se hace á la Religion Católica por sólo exijir fe, no son ellas sin embargo las que llaman ahora mi atencion, tratando como trato de presentar la materia bajo otro aspecto, de colocar la cuestion en otro terreno, donde ganará la verdad en amplitud é interés, sin perder nada de su inalterable firmeza.

Recorriendo la historia de los conocimientos humanos, y echando una ojeada sobre las opiniones de nuestros contemporáneos, nótase constantemente, que aun aquellos hombres que mas se precian de espíritu de exámen, y de libertad de pensar, apenas son otra cosa que el eco de opiniones agenas. Si se examina atentamente ese grande aparato, que tanto ruido mete en el mundo con el nombre de ciencia, se

notará que en el fondo encierra una gran parte de autoridad: y al momento que en él se introdujera un espíritu de exámen enteramente libre, aun con respecto á aquellos puntos que solo pertenecen al raciocinio, hundiríase en su mayor parte el edificio científico, y serian muy pocos los que quedarian en posesion de sus misterios. Ningun ramo de conocimientos se exceptúa de esta regla general, por mas que sea la évidencia y la exactitud de que se glorie. Ricas como son en evidencia de principios, rigurosas en sus deducciones, abundantes en observaciones y experimentos, las ciencias naturales y exactas, ¿no descansan acaso muchas de sus verdades en otras verdades mas altas, para cuyo conocimiento ha sido necesaria aquella delicadeza de observacion, aquella sublimidad de cálculo, aquella ojeada perspicaz y penetrante, á que alcanza tan solo un número de hombres muy reducido?

Cuando Neuton arrojó en medio del mundo científico el fruto de sus combinaciones profundas, ¿cuántos eran entre sus discípulos los que pudieran lisongearse de estribar en convicciones propias, aun hablando de varios de aquellos, que á fuerza de mucho trabajo habian llegado á comprender algun tanto al grande hombre? Habian seguido al matemático en sus cálculos, se habian enterado del caudal de datos y experimentos que exponia á sus consideraciones el naturalista, y habian escuchado las reflexiones

con que apoyaba sus aserciones y sus conjeturas el filósofo: creian de esta manera hallarse plenamente convencidos, y no deber en su asenso nada á la autoridad, sino únicamente á la fuerza de la evidencia y de las razones: ¿sí? pues haced que desaparezca entonces el nombre de Neuton, haced que el ánimo se despoje de aquella impresion profunda producida por la palabra de un hombre, que se presenta con un descubrimiento extraordinario, y que para apoyarle despliega un tesoro de saber que revela un génio prodigioso; quitad repito la sombra de Neuton, y veréis que en la mente de su discípulo los principios vacilan, los razonamientos pierden mucho de su encadenamiento y exactitud, las observaciones no se ajustan tan bien con los hechos; y el hombre que se creyera tal vez un examinador completamente imparcial, un pensador del todo independiente, conocerá, sentirá, cuan sojuzgado se hallaba por la fuerza de la autoridad, por el ascendiente del genio; conocerá, sentirá, que en muchos puntos tenia asenso, mas no conviccion, y que en vez de ser un filósofo enteramente libre, era un discípulo dócil y aprovechado.

Apélese confiadamente al testimonio, no de los ignorantes, no de aquellos que han desflorado ligeramente los estudios científicos, sino de los verdaderos sabios, de aquellos que han consagrado largas vigilias á los varios ramos del saber: invíteselos á que se concentren den-

tro de si mismos, á que examinen de nuevo lo que apellidan sus convicciones científicas; y que se pregunten con entera calma y desprendimiento, si aun en aquellas materias en que se juzgan mas aventajados, no sienten repetidas veces sojuzgado su entendimiento por el ascendiente de algun autor de primer órden, y si no han de confesar, que si á muchas cuestiones de las que tienen mas estudiadas, les aplicasen con rigor el método de Descartes, se hallarian con mas *creencias* que *convicciones*.

Así ha sucedido siempre, y siempre sucederá así: esto tiene raices profundas en la íntima naturaleza de nuestro espíritu, y así es que no tiene remedio. Ni tal vez conviene que lo tenga; tal véz entra en esto mucho de aquel instinto de conservacion que Dios con admirable sabiduría ha esparcido sobre la sociedad, tal vez sirve de fuerte obstáculo á tantos elementos de disolucion como siempre abriga en su seno.

Malo es en verdad muchas veces, malo es y muy malo, que el hombre vaya en pos de la huella de otro hombre; no es raro el que se vean por esta causa lamentables extravíos; pero peor fuera aun que el hombre estuviera siempre en actitud de resistencia contra todo otro hombre para que no le pudiese engañar, y que se generalizase por el mundo la filosófica manía de querer sujetarlo todo á riguroso exámen: ¡pobre sociedad entónces! ¡pobre hombre! ¡pobres ciencias! si cundiese á todos los ramos

el espíritu de riguroso, de escrupuloso, de independiente exámen!

Admiro el genio de Descartes, reconozco los grandes beneficios que ha dispensado á las ciencias, pero he pensado mas de una vez que si por algun tiempo pudiera generalizarse su método de duda, se hundiría de repente la sociedad; y aun entre los sabios, entre los filósofos imparciales, me parece que causaria grandes estragos; por lo menos es cierto que en el mundo científico se aumentaría considerablemente el número de los orates.

Afortunadamente no hay peligro de que asi suceda; y si el hombre tiene cierta tendencia á la locura, mas ó menos graduada, tambien posee un fondo de buen sentido de que no le es posible desprenderse, y cuando en la sociedad se presentan algunos individuos de cabeza volcánica que se proponen convertirla en delirante, ó les contesta con burlona sonrisa, ó si se deja extraviar por un momento, vuelve luego en sí, y rechaza con indignacion á aquellos que la habian descaminado.

Para quien conozca á fondo al hombre serán siempre despreciables vulgaridades esas fogosas declamaciones contra las preocupaciones del vulgo, contra esa docilidad en seguir á otro hombre, contra esa facilidad en creerlo todo sin haber examinado nada. Como si en esto de preocupaciones, en esto de asentir á todo sin exámen, hubiera muchos hombres que no fue-

ran vulgo, y como si las ciencias no estuvieran llenas de suposiciones gratúitas, como si en ellas no hubiera puntos flaquísimos sobre los cuales estribamos buenamente como en firmísimo é inalterable apoyo.

El derecho de posesion, y de prescripcion es otra de las singularidades que ófrecen las ciencias; y es bien digno de notarse que sin haber tenido jamás esos nombres, haya sido reconocido este derecho, con tácito, pero unánime consentimiento. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo? estudiad la historia de las ciencias, y encontrareis á cada paso reconocido este derecho. En medio de las eternas disputas que han dividido á las filósofos: ¿cuál es la causa de que á veces una doctrina antigua haya opuesto tanta resistencia á una doctrina nueva, y que haya diferido por mucho tiempo y tal vez impedido completamente su establecimiento? Es porque la antigua estaba ya en posesion, es porque se hallaba robustecida con el derecho de prescripcion: no importa que no se usáran esos nombres, el resultado era el mismo; y por esta razon los inventores se han visto muchas veces menospreciados ó contrariados, cuando no perseguidos.

Es preciso confesarlo, por mas que á ello se resista nuestro orgullo, y por mas que se hayan de escandalizar algunos sencillos admiradores de los progresos de las ciencias: muchos han sido esos progresos, anchuroso es el campo por

donde se ha espaciado el entendimiento humano, vastas las órbitas que ha recorrido, y admirables muchas obras con que ha dado una prueba de sus fuerzas; pero en todas estas cosas hay siempre una buena parte de exageracion, hay mucho que cercenar sobre todo cuando el nombre de ciencia se refiere á las relaciones morales. De semejantes, ponderaciones nada puede deducirse para probar que nuestro entendimiento pueda marchar con entera agilidad y desembarazo por toda clase de caminos; nada puede deducirse que contradiga el hecho que hemos establecido de que el entendimiento del hombre está sometido casi siempre, aunque sin advertirlo, á la autoridad de otro hombre.

En cada época se presentan algunos pocos, poquísimos entendimientos privilegiados, que alzando su vuelo sobre todos los demás les sirven de guia en las diferentes carreras: precipítase tras ellos una numerosa turba que se apellida sabia, y con los ojos fijos en la enseña enarbolada va siguiendo afanosa los pasos del aventajado caudillo. Y ¡cosa singular! todos claman por la independencia en la marcha, todos se precian de seguir aquel rumbo nuevo, como si ellos le hubieran descubierto, como si avanzáran en él, guiados unicamente por su propia luz é inspiraciones. Las necesidades, la aficion, ó mil otras circunstancias nos conducen á dedicarnos á este ó aquel ramo de conocimientos; nuestra debilidad nos está diciendo de

contínuo que no nos es dada la fuerza creatriz; y ya que no podemos ofrecer nada propio, ya que nos sea imposible abrir un nuevo camino, nos lisonjeamos de que nos cabe alguna parte de gloria siguiendo la enseña de algun ilustre caudillo: y en medio de tales sueños, llegamos tal vez á persuadirnos que no militamos bajo la bandera de nadie, que solo rendimos homenage á nuestras convicciones, cuando en realidad no somos mas que prosélitos de doctrinas agenas.

En esta parte el sentido comun es mas cuerdo que nuestra enfermiza razon; y asi es que el lenguage, (esta misteriosa espresion de las cosas, donde se encuentra tanto fondo de verdad y exactitud sin saber quien se lo ha comunicado,) nos hace una severa reconvencion por tan orgulloso desvanecimiento; y á pesar nuestro llama las cosas por sus nombres, clasificándonos á nosotros, y á nuestras opiniones, tal como les corresponde segun el autor á quien hemos seguido por guia. La historia de las ciencias ¿es acaso mas que la historia de los combates de una escasa porcion de aventajados caudillos? Recórranse los tiempos antiguos y modernos, extiéndase la vista á los varios ramos de nuestros conocimientos, y se verán un cierto número de escuelas, planteadas por algun sabio de primer órden, dirigidas luego por otro que por sus talentos haya sido digno de sucederle; y durando así hasta que cambiadas las circunstancias, ó falta de espíritu de vida muere naturalmente la es-

cuela, ó presentándose algun hombre audaz, animado de indomable espíritu de independencia, la ataca, ó la destruye, para asentar sobre sus ruinas la nueva cátedra del modo que á él le viniera en talante.

Cuando Descartes destronó á Aristóteles ¿no se colocó por de pronto en su lugar? La turba de filósofos que blasonaban de independientes, pero cuya independencia era desmentida por el título que llevaban de *Cartesianos*, parecen semejantes á los pueblos que en tiempo de revueltas aclaman libertad, y destronan al antiguo monarca para someterse despues al hombre bastante osado, que recoja el cetro y la diadema que yacen abandonados al pie del antiguo solio.

Créese en nuestro siglo, como se creyó ya en el anterior, que marcha el entendimiento humano con entera independencia; y á fuerza de declamar contra la autoridad en materias científicas, á fuerza de ensalzar la libertad del pensamiento, se ha llegado á formar la opinion de que pasaron ya los tiempos en que la autoridad de un hombre valia algo, y que ahora ya no obedece cada sabio sino á sus propias é íntimas convicciones. Allégase á todo esto, que desacreditados los sistemas y las hipótesis, se ha desplegado grande aficion al exámen y análisis de los hechos, y esto ha contribuido á que se figuren muchos, que no solo ha desaparecido completamente la autoridad en las ciencias, sino que hasta ha llegado á hacerse imposible.

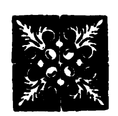
A primera vista bien pudiera esto parecer verdad, pero si damos en torno de nosotros una atenta mirada, notaremos que no se ha logrado otra cosa sino aumentar algun tanto el número de los gefes, y reducir la duracion de su mando. Este es verdadero tiempo de revueltas, y tal vez de revolucion literaria y científica, semejante en un todo á la política, en que se imaginan los pueblos que disfrutan mas libertad, solo porque ven el mando distribuido en mayor número de manos; y porque tienen mas anchura para deshacerse con frecuencia de los gobernantes, haciendo pedazos como á tiranos á los que ántes apellidáran padres y libertadores; bien que despues de su primer arrebato dejan el campo libre para que se presenten otros hombres á ponerles un freno, tal vez un poco mas brillante, pero no menos recio y molesto. A mas de los ejemplos que nos ofrecería en abundancia la historia de las letras de un siglo á esta parte, ¿no vemos ahora mismo unos nombres sustituidos á otros nombres, unos directores del entendimiento humano sustituidos á otros directores?

En el terreno de la política, donde al parecer mas debiera campear el espíritu de libertad, ¿no son contados los hombres que marchan al frente? ¿no los distinguimos tan claro como á los generales de ejércitos en campaña? En la arena parlamentaria ¿vemos acaso otra cosa que dos ó tres cuerpos de combatientes que hacen sus evoluciones á las órdenes del respectivo cau-

dillo con la mayor regularidad y disciplina? ¡Oh! que bien comprenderán estas verdades aquellos hombres que se hallan elevados á tal altura; ellos que conocen nuestra flaqueza, ellos que saben que para engañar á los hombres bastan por lo comun las palabras; ellos habrán sentido mil veces que asomaba en sus lábios la sonrisa, cuando al contemplar engreidos el campo de sus triunfos, al verse rodeados de una turba preciada de inteligente que los admiraba y aclamaba con entusiasmo, habrán oido algunos de sus mas fervientes y mas devotos prosélitos que blasonaban de ilimitada libertad de pensar, de completa independencia en las opiniones y en los votos.

Tal es el hombre: tal nos le muestran la historia, y la experiencia de cada dia. La inspiracion del génio, esa fuerza sublime que eleva el entendimiento de algunos hombres privilegiados, ejercerá siempre no solo sobre los sencillos é ignorantes, sino tambien sobre el comun de los sabios, una accion fascinadora. ¿Dónde está pues el ultrage que hace á la razon humana la Religion Católica; cuando al propio tiempo que le presenta los títulos que prueban su divinidad, le exige la fe? ¿esa fe que el hombre dispensa tan fácilmente á otro hombre, en todas materias, aun en aquellas en que mas presume de sabio, no podrá prestarla sin mengua de su dignidad á la Iglesia Católica? ¿Será un insulto hecho á su razon el señalarle una norma fija, que le deje

seguro con respecto á los puntos que mas le importan, dejandole por otra parte amplia libertad de pensar lo que mas le agrade sobre aquel mundo que Dios ha entregado á las disputas de los hombres? Con esto ¿hace acaso mas la Iglesia que andar muy de acuerdo con las lecciones de la mas alta filosofía, manifestar un profundo conocimiento del espíritu del hombre, y librarle de tantos males como le acarrea su volubilidad é inconstancia, su veleidoso orgullo, combinados de un modo extraño con esa facilidad increible de deferir á la palabra de otro hombre? ¿Quién no ve que con ese sistema de la Religion Católica se pone un dique al espíritu de *proselitismo* que tantos daños ha causado á la sociedad? Ya que el hombre tiene esa irresistible tendencia á seguir los pasos de otro, ¿no hace un gran beneficio á la humanidad la Iglesia Católica, señalándole de un modo seguro el camino por donde debe andar, si quiere seguir las pisadas de un Hombre-Dios? ¿No pone de esta manera muy á cubierto la dignidad humana, librando al propio tiempo de terrible naufragio los conocimientos mas necesarios al individuo y á la sociedad? (9).



CAPITULO SEXTO.

En contra de la autoridad que trata de ejercer su jurisdiccion sobre el entendimiento, se alegará sin duda el adelanto de las sociedades; y el alto grado de civilizacion y de cultura á que han llegado las naciones modernas se producirá como un título de justicia para lo que se apellida emancipacion del entendimiento. A mi entender, está tan distante esta réplica de tener algo de sólido, está tan mal cimentada sobre el hecho en que pretende apoyarse, que ántes bien del mayor adelanto de la sociedad debiera inferirse la necesidad mas urgente de una regla viva, tal como la juzgan indispensable los católicos.

Decir que las sociedades en su infancia y adolescencia hayan podido necesitar esa autoridad como un freno saludable, pero que este freno se ha hecho inútil y degradante, cuando el entendimiento humano ha llegado á mayor desar-

rollo, es desconocer completamente la relacion que tienen con los diferentes estados de nuestro entendimiento, los objetos sobre que versa semejante autoridad.

La verdadera idea de Dios, el orígen, el destino y la norma de conducta del hombre, y todo el conjunto de medios que Dios le ha proporcionado para llegar á su alto fin, hé aqui los objetos sobre que versa la fe, y sobre los cuales pretenden los católicos la necesidad de una regla infalible; sosteniendo, que á no ser así, no fuera dable evitar los mas lamentables extravíos, ni poner la verdad á cubierto de las cavilaciones humanas.

Esta sencilla consideracion bastará para convencer, que el exámen privado seria mucho menos peligroso en pueblos poco adelantados en la carrera de la civilizacion, que no en otros que hayan ya adelantado mucho en ella. En un pueblo cercano á su infancia hay naturalmente un gran fondo de candor y sencillez, disposiciones muy favorables para que recibiera con docilidad las lecciones esparcidas en el sagrado Texto, saboreándose en las de fácil comprension, y humillando su frente ante la sublime oscuridad de aquellos lugares, que Dios ha querido encubrir con el velo del misterio. Hasta su misma posicion crearía en cierto modo una autoridad; pues como no estuviera aun afectado por el orgullo y la manía del saber, se habria reducido á muy pocos el examinar el sentido de las revelaciones

hechas por Dios al hombre, y esto produciría naturalmente un punto céntrico de donde dimanára la enseñanza.

Pero sucede muy de otra manera en un pueblo adelantado en la carrera del saber; porque la extension de los conocimientos á mayor número de individuos, aumentando el orgullo y la volubilidad, multiplica y subdivide las sectas en infinitas fracciones, y acaba por trastornar todas las ideas, y por corromper las tradiciones mas puras. El pueblo cercano á su infancia como está exento de la vanidad científica, entregado á sus ocupaciones sencillas, y apegado á sus antiguas costumbres, escucha con docilidad y respeto al anciano venerable que rodeado de sus hijos y nietos, refiere con tierna emocion la historia y los consejos que él á su vez habia recibido de sus antepasados; pero cuando la sociedad ha llegado á mucho desarrollo, cuando debilitado el respeto á los padres de familia, se ha perdido la veneracion á las canas, cuando nombres pomposos, aparatos científicos, grandes bibliotecas, hacen formar al hombre un gran concepto de la fuerza de su entendimiento, cuando la multiplicacion y actividad de las comunicaciones esparcen á grandes distancias las ideas, y haciéndolas fermentar por medio del calor que adquieren con el movimiento, les dan aquella fuerza mágica que señorea los espíritus, entónces es precisa, indispensable una autoridad, que siempre viva, siempre presente, siem-

pre en disposicion de acudir adonde lo exija la necesidad, cubra con robusta égida el sagrado depósito de aquellas verdades independientes de tiempos y climas, y sin cuyo conocimiento flota eternamente el hombre á merced de sus errores y caprichos, y marcha con vacilante paso desde la cuna al sepulcro; aquellas verdades sobre las cuales está asentada la sociedad como sobre firmísimo cimiento; cimiento que una vez conmovido, pierde su aplomo el edificio, oscila, se desmorona, y se cae á pedazos. La historia literaria y política de Europa de tres siglos á esta parte nos ofrece demasiadas pruebas de lo que acabo de decir; siendo de lamentar que cabalmente estalló la revolucion religiosa en el momento en que debia ser mas fatal; porqué encontrando á las sociedades agitadas por la actividad que desplegaba el espíritu humano, quebrantó el dique cuando era necesario robustecerle.

Por cierto que no es saludable apocar en demasía á nuestro espíritu, achacándole defectos que no tenga, ó exagerando aquellos de que en realidad adolece; pero tampoco es conveniente engreirle sobradamente ponderando mas de lo que es justo el alcance de sus fuerzas: esto á mas de serle muy dañoso en diferentes sentidos, es muy poco favorable á su mismo adelanto; y aun si bien se mira es poco conforme al carácter grave y circunspecto que ha de ser uno de los distintivos de la verdadera ciencia. Que la

ciencia, si ha de ser digna de este nombre, no ha de ser tan pueril, que se muestre ufana y vanidosa por aquello que en realidad no le pertenece como propiedad suya: es menester que no desconozca los límites que la circunscriben, y que tenga bastante generosidad y candidez para confesar su flaqueza.

Un hecho hay en la historia de las ciencias, que al propio tiempo que revela la intrínseca debilidad del entendimiento, hace palpar lo mucho que entra de lisonja en los desmedidos elogios que á veces se le prodigan; infiriéndose de aquí cuan arriesgado sea el abandonarle del todo á sí mismo, sin ningun género de guia. Consiste este hecho en las sombras que se van encontrando á medida que nos acercamos á la investigacion de los secretos que rodean los primeros principios de las ciencias; por manera que aun hablando de las que mas nombradía tienen por su verdad, evidencia y exactitud; en llegando á profundizar hasta sus cimientos, parece que se encuentra un terreno poco firme, resbaladizo, en términos que el entendimiento sintiéndose poco seguro y vacilante, retrocede temeroso de descubrir alguna cosa, que lanzára la incertidumbre y la duda sobre aquellas verdades en cuya evidencia se habia complacido.

No participo yo del mal humor de Hobbes contra las matemáticas, y entusiasta como soy de sus adelantos, y profundamente convencido como estoy de las ventajas que su estudio acar-

rea á las demás ciencias y á la sociedad, mal pudiera tratar, ni de disminuir su mérito, ni de disputarles ninguno de los títulos que las ennoblecen; pero ¿quién diria que ni ellas se exceptúan de la regla general? ¿faltan acaso en ellas puntos débiles, senderos tenebrosos?

Por cierto que al exponerse los primeros principios de estas ciencias, consideradas en toda su abstraccion; y al deducir las proposiciones mas elementales, camina el entendimiento por un terreno llano, desembarazado, donde ni se ofrece siquiera la idéa de que pueda ocurrir el mas lijero tropiezo. Prescindiré ahora de las sombras que hasta sobre este camino podrian esparcir la ideología y la metafísica, si se presentasen á disputar sobre algunos puntos, aun buscando su apoyo, en los escritos de filósofos aventajados; pero ciñéndonos al círculo en que naturalmente se encierran las matemáticas; ¿quién de los versados en ellas, ignora, que abanzando en sus teorías se encuentran ciertos puntos donde el entendimiento tropieza con una sombra, donde á pesar de tener á la vista la demostración, y de haberla enucleado en todas sus partes, se halla como fluctuante, sintiendo un no sé que de incertidumbre, de que apenas acierta á darse cuenta á sí propio? ¿Quién no ha experimentado, que á veces despues de dilatados raciocinios, al divisar la verdad, se halla uno como si hubiera descubierto la luz del dia, pero despues de haber andado

largo trecho á oscuras, por un camino cubierto? Fijando entonces vivamente la atencion sobre aquellos pensamientos que divagan por la mente como exalaciones momentaneas, sobre aquellos movimientos casi imperceptibles, que en tales casos nacen y mueren de continuo en nuestra alma; se nota que el entendimiento en medio de sus fluctuaciones, extiende la mano sin advertirlo al áncora que le ofrece la autoridad agena, y que para asegurarse hace desfilar delante de sus ojos las sombras de algunos matemáticos ilustres; y que el corazon como que se alegra de que aquello esté ya enteramente fuera de duda, por haberlo visto de una misma manera una serie de hombres grandes. ¿Y qué? ¿se sublevará tal vez la ignorancia y el orgullo contra esas reflexiones? estudiad esas ciencias, ó cuando menos leed su historia, y os convenceréis de que tambien se encuentran en ellas abundantes pruebas de la debilidad del entendimiento del hombre.

La portentosa invencion de Neuton y Leibnitz ¿no encontró en Europa numerosos adversarios? ¿no necesitó para solidarse bien, el que pasára algun tiempo, y que la piedra de toque de las aplicaciones viniese á manifestar la verdad de los principios y la exactitud de los raciocinios? ¿y creeis por ventura, que si ahora se presentára de nuevo esa invencion en el campo de las ciencias, hasta suponiéndola pertrechada de todas las pruebas con que se la ha robuste-

cido, y rodeada de aquella luz con que la han bañado tantas aclaraciones, creeis por ventura, repito, que no necesitaría tambien de algun tiempo, para que afirmada digámoslo así, con el derecho de prescripcion, alcanzase en sus dominios la tranquilidad y sosiego de que actualmente disfruta?

Bien se deja sospechar que no les ha de caber á las demás ciencias escasa parte de esa incertidumbre que trae su orígen de la misma flaqueza del espíritu humano; y como quiera que en cuanto á ellas, apenas me parece posible que haya quien trate de contradecirlo, pasaré á presentar algunas consideraciones sobre el carácter peculiar de las ciencias morales.

Tal vez no se ha reparado bastante que no hay estudio mas engañoso que el de las verdades morales; y le llamo engañoso, porque brindando al investigador con una facilidad aparente le empeña en pasos en que apenas se encuentra salida. Son como aquellas aguas tranquilas que manifiestan poca profundidad, un fondo falso, pero que encierran un insondable abismo. Familiarizados nosotros con su lenguage desde nuestra mas tierna infancia, viendo en rededor nuestro sus continuas aplicaciones, sintiendo que se nos presentan como de bulto, y hallándonos con cierta facilidad de hablar de repente sobre muchos de sus puntos, persuadímonos con ligereza de que tampoco nos ha de ser difícil un estudio profundo de sus mas altos

principios, y de sus relaciones mas delicadas; y ¡cosa admirable! apenas salimos de la esfera del sentido comun, apenas tratamos de desviarnos de aquellas expresiones sencillas, que chupamos con la leche en el pecho de nuestra madre; nos hallamos en el mas confuso laberinto. Entonces si el entendimiento se abandona á sus cavilaciones, sino escucha la voz del corazon que le habla con tanta sencillez como elocuencia, si no templa aquella fogosidad que le comunica el orgullo, si con loco desvanecimiento no atiende á lo que le prescribe el cuerdo buen sentido, llega hasta el exceso de despreciar el depósito de aquellas tan saludables como necesarias verdades que conserva la sociedad para irlas transmitiendo de generacion en generacion; y marchando solo, á tientas en medio de las mas densas tinieblas, acaba por derrumbarse en aquellos precipicios de extravagancias y delirios de que la historia de las ciencias nos ofrece tan repetidos y lamentables ejemplos.

Si bien se observa, se nota una cosa semejante en todas las ciencias; porque el Criador ha querido que no nos faltáran aquellos conocimientos que nos eran necesarios para el uso de la vida, y para llegar á nuestro destino; pero no ha querido complacer nuestra curiosidad, descubriéndonos verdades que para nada nos eran necesarias. Sin embargo en algunas materias ha comunicado al entendimiento cierta facilidad que le hace capaz de enriquecer de continuo sus do-

minios; pero en órden á las verdades morales, le ha dejado en una esterilidad completa: lo que necesitaba saber, ó se lo ha grabado con caractéres muy sencillos é inteligibles en el fondo de su corazon, ó se lo ha consignado de un modo muy expreso y terminante en el sagrado Texto, mostrándole una regla fija en la autoridad de la Iglesia á donde podía acudir para aclarar sus dudas; pero por lo demás, le ha dejado de manera que si trata de cavilar y espaciarse á su capricho, recorre de continuo un mismo camino, lo hace y deshace mil veces; encontrando en un extremo el *escepticismo*, en el otro la *verdad pura*....

Algunos ideólogos modernos reclamarán tal vez contra reflexiones semejantes; y mostrarán en contra de esta asercion el fruto de sus trabajos analíticos. «Cuando no se habia descendido al análisis de los hechos, dirán ellos, cuando se divagaba entre sistemas aéreos, y se recibian palabras sin exámen ni discernimiento, entonces pudiera ser verdad todo esto; pero ahora, cuando las ideas de bien y mal moral las hemos aclarado nosotros tan completamente, que hemos deslindado lo que habia en ellas de preocupacion y de filosofía, que hemos asentado todo el sistema de moral sobre principios tan sencillos, como son el placer y el dolor, que hemos dado en estas materias ideas tan claras, como son las *varias sensaciones que nos causa una naranja*; ahora, decir todo esto es ser ingrato con las ciencias, es desconocer el fruto de nuestros sudo-

res.» Ni me son desconocidos los trabajos de algunos nuevos ideólogo-moralistas, ni la engañosa sencillez con que desenvuelven sus teorías, dando á las mas difíciles materias un aspecto de facilidad y llaneza, que al parecer debe de estar todo al alcance de las inteligencias mas limitadas: no es este el lugar á propósito para examinar esas teorías, esas investigaciones analíticas; observaré no obstante, que á pesar de tanta sencillez, no parece que se vaya en pos de ellos ni la sociedad, ni la ciencia; y que sus opiniones sin embargo de ser recientes, son ya viejas. Y no es extraño: porque fácilmente se habia de ocurrir, que á pesar de su positivismo, si puedo valerme de esta palabra, son tan hipotéticos esos ideólogos como muchos de los antecesores á quienes ellos motejan y desprecian. Escuela pequeña y de espíritu limitado, que sin estar en posesion de la verdad no tiene siquiera aquella belleza con que hermoséan á otras los brillantes sueños de grandes hombres: escuela orgullosa, y alucinada, que cree profundizar un hecho cuando le oscurece, y afianzarle solo porque le asevera; y que en tratándose de relaciones morales se figura que analiza el corazon solo porque le descompone y diseca.

Si tal es nuestro entendimiento, si tanta es su flaqueza con respecto á todas las ciencias, si tanta es su esterilidad en los conocimientos morales, que no ha podido adelantar un ápice sobre lo que le ha enseñado la bondadosa Pro-

videncia; ¿qué beneficio ha hecho el Protestantismo á la sociedades modernas quebrantando la fuerza de la autoridad, única capaz de poner un dique á lamentables extravíos? (10).



CAPITULO SEPTIMO.

Rechazada por el Protestantismo la autoridad de la Iglesia, y estribando sobre este principio como único cimiento, ha debido buscar en el hombre todo su apoyo: y desconocido hasta tal punto el espíritu humano, y su verdadero carácter, y sus relaciones con las verdades religiosas y morales, le ha dejado ancho campo para precipitarse, segun la variedad de situaciones, en dos extremos tan opuestos como son el *fanatismo* y la *indiferencia*.

Extraño parecerá quizas enlace semejante; y que extravíos tan opuestos puedan dimanar de un mismo orígen, y sin embargo nada hay mas cierto; viniendo en esta parte los ejemplos de la historia á confirmar las lecciones de la filosofía. Apelando el Protestantismo al solo hombre en las materias religiosas, no le quedaban sino dos medios de hacerlo: ó suponerle inspirado del Cielo para el descubrimiento de la verdad,

ó sujetar todas las verdades religiosas al exámen de la razon: es decir, ó la *inspiracion* ó la *filosofía*. El someter las verdades religiosas al fallo de la razon debia acarrear tarde ó temprano la indiferencia; así como la inspiracion particular, ó el espíritu privado, habia de engendrar el fanatismo.

Hay en la historia del espíritu humano un hecho universal y constante, y es su vehemente inclinacion á imaginar sistemas que prescindiendo completamente de la realidad de las cosas, ofrezcan tan solo la obra de un ingenio, que se ha propuesto apartarse del camino comun, y abandonarse libremente al impulso de sus propias inspiraciones. La historia de la filosofía apenás presenta otros cuadros que la repeticion perenne de este fenómeno; y en cuanto cabe en las otras materias, no ha dejado el espíritu humano de reproducirle bajo una ú otra forma. Concebida una idea singular, mírala el entendimiento con aquella predileccion exclusiva y ciega, con que suele un padre distinguir á sus hijos; y desenvolviéndola con esta preocupacion, amolda en ella todos los hechos, y le ajusta todas las reflexiones. Lo que en un principio no era mas que un pensamiento ingenioso y extravagante, pasa luego á ser un gérmen del cual nacen vastos cuerpos de doctrina; y si es ardiente la cabeza donde ha brotado ese pensamiento, si está señoreada por un corazon lleno de fuego, el calor provoca la fermenta-

cion, y esta el fanatismo, propagador de todos los delirios.

Acreciéntase singularmente el peligro cuando el nuevo sistema versa sobre materias religiosas, ó se roza con ellas por relaciones muy inmediatas: entonces las extravagancias del espíritu alucinado se transforman en inspiraciones del Cielo, la fermentacion del delirio en una llama divina, y la manía de singularizarse en vocacion extraordinaria. El orgullo no pudiendo sufrir oposicion se desboca furioso contra todo lo que encuentra establecido; é insultando la autoridad, atacando todas las instituciones, y despreciando las personas, disfraza la mas grosera violencia con el manto del zelo, y encubre la ambicion con el nombre del apostolado. Mas alucinado á veces que seductor el miserable maniático, llega tal vez á persuadirse profundamente de que son verdaderas sus doctrinas, y de que ha oido la palabra del Cielo; y presentando en el fogoso lenguage de la demencia algo de singular y de extraordinario, transmite á sus oyentes una parte de su locura, y adquiere en breve un considerable número de prosélitos. No son á la verdad muchos los hombres que sean capaces de representar el primer papel en esa escena de locura, pero desgraciadamente los hombres son demasiado insensatos para dejarse arrastrar por el primero que se arroje atrevido á acometer la empresa: pues que la historia y la experiencia harto nos tienen

enseñado que para fascinar un gran número de hombres basta una palabra, y que para formar un partido, por malvado, por extravagante, por ridículo que sea, no se necesita mas que levantar una bandera.

Ahora que se ofrece la oportunidad, quiero dejar consignado aquí un hecho que no sé que nadie le haya observado: y es, que la Iglesia en sus combates con la heregía ha prestado un eminente servicio á la ciencia que se ocupa en conocer el verdadero carácter, las tendencias, y el alcance del espíritu humano. Zelosa depositaria de todas las grandes verdades, ha procurado siempre conservarlas intactas, y conociendo á fondo la debilidad del humano entendimiento, y su extremada propension á las locuras y extravagancias, le ha seguido siempre de cerca los pasos, le ha observado en todos sus movimientos, rechazando con energía sus impotentes tentativas, cuando él ha tratado de corromper el purísimo manantial de que era poseedora. En las fuertes y dilatadas luchas que contra él ha sostenido, ha logrado poner de manifiesto su incurable locura, ha desenvuelto todos sus pliegues, y le ha mostrado en todas sus fases: recogiendo en la historia de las heregías un riquísimo caudal de hechos, un cuadro muy interesante donde se halla retratado el espíritu humano en sus verdaderas dimensiones, en su fisonomía característica, en su propio colorido: cuadro de que se aprovechará

sin duda el genio á quien esté reservada la grande obra que está todavía por hacer: *la verdadera historia del espíritu humano* (11).

Por lo que toca á extravagancias y delirios del fanatismo, por cierto que no está nada escasa la historia de Europa de tres siglos á esta parte: monumentos quedan todavía existentes, y por donde quiera que dirijamos nuestros pasos, encontraremos que las sectas fanáticas nacidas en el seno del Protestantismo, y originadas de su principio fundamental, han dejado impresa una huella de sangre. Nada pudieron contra el torrente devastador, ni la violencia de carácter de Lutero, ni los furibundos esfuerzos con que se oponía á cuantos enseñaban doctrinas diferentes de las suyas: á unas impiedades sucedieron presto otras impiedades, á unas extravagancias otras extravagancias, á un fanatismo otro fanatismo; quedando luego la falsa reforma fraccionada en tantas sectas, todas á cual mas violentas, cuantas fueron las cabezas que á la triste fecundidad de engendrar un sistema, reunieron un carácter bastante resuelto para enarbolar una bandera. Ni era posible que de otro modo sucediese, porque cabalmente á mas del riesgo que traía consigo el dejar solo al espíritu humano encarado con todas las cuestiones religiosas, había una circunstancia que debía acarrear funestísimos resultados: hablo de la interpretacion de los libros santos encomendada al espíritu privado.

Manifestóse entonces con toda evidencia que el mayor abuso es el que se hace de lo mejor: y que ese libro inefable donde se halla derramada tanta luz para el entendimiento, tantos consuelos para el corazon, es altamente dañoso al espíritu soberbio, que á la terca resolucion de resistir á toda autoridad en materias de fe, añada la ilusoria persuasion, de que la Escritura Sagrada es un libro claro en todas sus partes, de que no le faltará en todo caso la inspiracion del Cielo para la disipacion de las dudas que pudieran ofrecerse, ó que recorra sus páginas con el prurito de encontrar algun texto, que mas ó menos violentado, pueda prestar apoyo á sutilezas, cavilaciones, ó proyectos insensatos.

No cabe mayor desacierto que el cometido por los corifeos del Protestantismo, al poner la Biblia en manos de todo el mundo, procurando al mismo tiempo acreditar la ilusion de que cualquier cristiano era capaz de interpretarla: no cabe olvido mas completo de lo que es la Sagrada Escritura. Bien es verdad que no quedaba otro medio al Protestantismo; y que todos los obstáculos que oponia á la entera libertad en la interpretacion del sagrado Texto eran para él una inconsecuencia chocante, una apostasía de sus propios principios, un desconocimiento de su orígen; pero esto mismo es su mas terminante condenacion: porque ¿cuáles son los títulos ni de verdad, ni de santidad, que po-

drá presentarnos una religion, que en su principio fundamental envuelve el gérmen de las sectas mas fanáticas, y mas dañosas á la sociedad?

Difícil fuera reunir en breve espacio tantos hechos, tantas reflexiones, tan convincentes pruebas en contra de ese error capital del Protestantismo, como ha reunido un mismo protestante. Es O'Callaghan: y no dudo que el lector me quedará agradecido de que transcriba aquí sus palabras; dice así: «Llevados los primeros reformadores de su espíritu de oposicion á la Iglesia Romana reclamaron á voz en grito el derecho de interpretar las Escrituras conforme al juicio particular de cada uno;.... pero afanados por emancipar al pueblo de la autoridad del Pontífice Romano proclamaron este derecho sin explicacion ni restricciones, y las consecuencias fueron *terribles*. Impacientes por minar la basa de la jurisdiccion papal, sostuvieron, sin limitacion alguna, que cada individuo tiene indisputable derecho para interpretar la Sagrada Escritura por sí mismo; y como este principio tomado en toda su extension era insostenible, fué menester, para afirmarle, darle el apoyo de otro principio, cual es, que la Biblia es un libro fácil, al alcance de todos los espíritus, que el carácter mas inseparable de la revelacion divina es una gran claridad: principios ambos, que ora se los considere aislados, ora unidos, son incapaces de sufrir un ataque serio.»

«El juicio privado de Muncer descubrió en la Escritura que los títulos de nobleza y las grandes propiedades son una usurpacion impía, contraria á la natural igualdad de los fieles, é invitó á sus secuaces á examinar si no era esta la verdad del hecho: examinaron los sectarios la cosa, alabaron á Dios, y procedieron en seguida por medio del hierro y del fuego, á la extirpacion de los impíos, y á apoderarse de sus propiedades. El juicio privado, creyó tambien haber descubierto en la Biblia, que las leyes establecidas eran una permanente restriccion de la libertad cristiana; y héos aquí que Juan de Leyde tira los instrumentos de su oficio, se pone á la cabeza de un populacho fanático, sorprende la ciudad de Munster, se proclama á sí mismo Rey de Sion, toma catorce mugeres á la vez asegurando que la poligamia era una de las libertades cristianas, y el privilegio de los Santos. Pero si la criminal locura de los paisanos extrangeros aflige á los amigos de la humanidad y de una piedad razonable, por cierto que no es á propósito para consolarlos la historia de Inglaterra, durante un largo espacio del siglo XVII. En esé período de tiempo, levantáronse una innumerable muchedumbre de fanáticos, ora juntos, ora unos en pos de otros, embriagados de doctrinas extravagantes y de pasiones dañinas, desde el feroz delirio de Fox hasta la metódica locura de Barclay, desde el formidable fanatismo de Cromwel hasta la necia

impiedad de *Praise—God—Barebones*. La piedad, la razon y el buen sentido, parecian desterrados del mundo, y se habian puesto en su lugar una extravagante algarabía, un frenesí religioso, un zelo insensato: todos citaban la Escritura, todos pretendian haber tenido inspiraciones, visiones, arrobos de espíritu, y á la verdad con tanto fundamento lo pretendian unos como otros.»

«Sosteníase con mucho rigor que era conveniente abolir el sacerdocio y la dignidad real; pues que los Sacerdotes eran los servidores de Satanás, y los reyes eran delegados de la Prostituta de Babilonia, y que la existencia de unos y otros era incompatible con el Reino del Redentor. Esos fanáticos condenaban la ciencia como invencion pagana, y las Universidades como seminarios de la impiedad anticristiana. Ni la santidad de sus funciones protegía al Obispo, ni la magestad del trono al Rey: uno y otro eran objeto de desprecio y de ódio, y degollados sin compasion por aquellos fanáticos, cuyo único libro era la Biblia, sin notas ni comentarios. A la sazon estaba en su mayor auge el entusiasmo por la oracion, la predicacion, y la lectura de los Libros Santos; todos oraban, todos predicaban, todos leían, pero nadie escuchaba. Las mayores atrocidades se las justificaba por la Sagrada Escritura; en las transacciones mas ordinarias de la vida se usaba el lenguage de la sagrada Escritura; de los nego-

cios interiores de la nacion, de sus relaciones exteriores, se trataba con frases de la Escritura: con la Escritura se tramaban conspiraciones, traiciones, proscripciones, y todo era no solo justificado, sino tambien consagrado con citas de la Sagrada Escritura. Estos hechos históricos han asombrado con frecuencia á los hombres de bien, y consternado á las almas piadosas; *pero demasiado embebido el lector en sus propios sentimientos olvida la leccion encerrada en esta terrible experiencia: á saber, que la Biblia sin esplicacion ni comentarios, no es para leida por hombres groseros é ignorantes.»*

«La masa del linage humano, ha de contentarse con recibir de *otro* sus instrucciones, y no le es dado acercarse á los manantiales de la ciencia. Las verdades mas importantes en medicina, en jurisprudencia, en física, en matemáticas, ha de recibirlas de aquellos que las beben en los primeros manantiales: y por lo que toca al cristianismo, en general se ha constantemente seguido el mismo método; y siempre que se le ha dejado hasta cierto punto, *la sociedad se ha conmovido hasta sus cimientos.»*

No necesitan comentarios esas palabras do O'Callaghan: y por cierto que no se las podrá tachar ni de hiperbólicas, ni declamatorias, no siendo mas que una sencilla y verídica narracion de hechos harto sabidos. El solo recuerdo de ellos deberia ser bastante para convencer de los peligros que consigo trae el poner la Sagrada

Escritura sin notas ni comentarios, en manos de cualquiera, como lo hace el Protestantismo, acreditando en cuanto puede el error de que para la inteligencia del sagrado texto es inútil la autoridad de la Iglesia, y que no necesita mas todo cristiano que escuchar lo que le dictarán con frecuencia sus pasiones y sus delirios. Cuando el Protestantismo no hubiera cometido otro yerro que este, bastaria ya para que se reprobase, se condenase á sí propio, pues que no hace otra cosa una religion que asienta un principio que la disuelve á ella misma.

Para apreciar en esta parte el desatiento con que procede el Protestantismo, y la posicion falsa y arriesgada en que se ha colocado con respecto al espiritu humano, no es necesario ser teólogo, ni católico; basta haber leido la Escritura, aun cuando sea únicamente con ojos de literato y de filósofo. Un libro que encerrando en breve cuadro el extenso espacio de 4000 años, y adelantándose hasta las profundidades del mas lejano porvenir, comprende el orígen y destinos del hombre y del universo; un libro que tejiendo la historia particular de un pueblo escogido abarca en sus narraciones y profecías las revoluciones de los grandes imperios; un libro en que los magníficos retratos donde se presentan la pujanza y el lujoso esplendor de los monarcas de Oriente, se encuentra al lado de la fácil pincelada que nos describe la sencillez de las costumbres domésticas, ó el candor é ino-

cencia de un pueblo en la infancia; un libro donde narra el historiador, vierte tranquilamente el sabio sus sentencias, predica el apóstol, enseña y disputa el doctor: un libro donde un profeta señoreado por el espíritu divino, truena contra la corrupcion y extravío de un pueblo, anuncia las terribles venganzas del Dios de Sinaí, llora inconsolable el cautiverio de sus hermanos y la devastacion y soledad de su patria, cuenta en lenguage peregrino y sublime los magníficos espectáculos que se desplegaron á sus ojos en momentos de arrobo, en que al través de velos sombríos, de figuras misteriosas, de emblemas oscuros, de visiones enigmáticas, viera desfilar ante su vista los grandes sucesos de la sociedad y las catástrofes de la naturaleza; un libro ó mas bien un conjunto de libros donde reinan todos los estilos y campean los mas variados tonos, donde se hallan derramadas y entremezcladas la magestad épica, y la sencillez pastoril, el fuego lírico y la templanza didáctica, la marcha grave y sosegada de la narracion histórica y la rapidez y viveza del drama; un conjunto de libros escritos en diferentes épocas y paises, en varias lenguas, en circunstancias las mas singulares y extraordinarias, ¿cómo podrá menos de trastocar la cabeza orgullosa que recorre á tientas sus páginas, ignorando los climas, los tiempos, las leyes, los usos y costumbres; abrumada de alusiones que la confunden, de imágenes que la sorprenden,

de idiotismos que la oscurecen; oyendo hablar en idioma moderno al Hebreo ó al Griego que escribieron allá en siglos muy remotos? ¿Qué efectos ha de producir ese conjunto de circunstancias, creyendo el lector que la sagrada Escritura es un libro muy fácil, que se brinda de buen grado á la inteligencia de cualquiera, y que en todo caso, si se ofreciere alguna dificultad, no necesita el que lee de la instruccion de nadie, sino que le bastan sus propias reflexiones, ó concentrarse dentro de sí mismo para prestar atento oido á la celeste inspiracion que levantará el velo que encubre los mas altos misterios? ¿Quién extrañará que se hayan visto entre los protestantes tan ridículos visionarios, tan furibundos fanáticos? (12).



CAPITULO OCTAVO.

Injusticia fuera tachar una religion de falsa, solo porque en su seno hubieran aparecido fanáticos : esto equivaldria á desecharlas todas; pues que no seria dable encontrar una que estuviese exenta de semejante plaga. No está el mal, en que se presenten fanáticos en medio de una religion, sino en que ella los forme, en que los incite al fanatismo, ó les abra para él anchurosa puerta. Si bien se mira en el fondo del corazon humano hay un gérmen abundante de fanatismo, y la historia del hombre nos ofrece de ello tan abundantes pruebas que apenas se encontrará hecho que deba ser reconocido como mas indudable. Fingid una ilusion cualquiera, contad la vision mas extravagante, forjad el sistema mas desvariado; pero tened cuidado de bañarlo todo con un tinte religioso, y estad seguros que no os faltarán prosélitos entusiastas que tomarán á pecho el sostener

vuestros dogmas, el propagarlos, y que se entregarán á vuestra causa con una mente ciega y un corazon de fuego: es decir, tendréis bajo vuestra bandera una porcion de fanáticos.

Algunos filósofos han gastado largas pájinas en declamar contra el fanatismo, y como que se han empeñado en desterrarle del mundo, ora dando á los hombres empalagosas lecciones filosóficas, ora empleando contra el *monstruo* toda la fuerza de una oratoria fulminante. Bien es verdad que á la palabra *fanatismo* le han señalado una extension tan lata, que han comprendido bajo esta denominacion toda clase de religiones; pero yo creo sin embargo que aun cuando se hubieran ceñido á combatir el verdadero fanatismo, habrian hecho harto mejor, si no fatigándose tanto, hubiesen gastado algun tiempo en examinar esta materia con espíritu analítico, tratándola despues de atento exámen, sin preocupacion, con madurez y templanza

Por lo mismo que echaban de ver que este era un achaque del espíritu humano, escasas esperanzas podian tener, si es que fueran filósofos cuerdos y sesudos, de que con razones y elocuencia alcanzáran á desterrar del mundo al malhadado *monstruo;* pues que hasta ahora, no sé yo que la filosofia haya sido parte para remediar ninguna de aquellas graves enfermedades que son como el patrimonio del humano linage. Entre tantos yerros como ha tenido la filosofia del siglo 18, ha sido uno de

los mas capitales la manía de los tipos: de la naturaleza del hombre, de la sociedad, de todo se ha imaginado un tipo allá en su mente; todo ha debido acomodarse á aquel tipo, y cuanto no ha podido doblegarse para ajustarse al molde, todo ha sufrido tal descarga filosófica, que al menos no ha quedado impune por su poca flexibilidad.

¿Pues qué? podrá negarse que haya fanatismo en el mundo? y mucho: ¿podrá negarse que sea un mal? y muy grave: ¿cómo se podria extirpar? de ninguna manera: ¿cómo se podrá disminuir su extension, atenuar su fuerza, refrenar su violencia? dirigiendo bien al hombre: entónces, ¿no será con la filosofia? ahora lo veremos. ¿Cuál es el orígen del fanatismo? ántes es necesario fijar el verdadero sentido de esta palabra.

Entiéndese por fanatismo, tomando esta palabra en su acepcion mas lata, una viva exaltacion del ánimo fuertemente señoreado por alguna opinion, ó falsa ó exagerada. Si la opinion es verdadera, encerrada en sus justos límites, entónces no cabe el fanatismo; y si alguna vez lo hubiere, será con respecto á los medios que se emplean en defenderla; pero entónces ya mediará tambien un juicio errado, en cuanto se cree que la opinion verdadera autoriza para aquellos medios, es decir que, ya habría tambien un error, ó una exageracion. Pero si la opinion fuere verdadera, los medios de defenderla legítimos, y

la ocasion oportuna, entónces no hay fanatismo, por grande que sea la exaltacion del ánimo, por viva que sea su efervescencia, por vigorosos que sean los esfuerzos que se hagan, por costosos que sean los sacrificios que se arrostren: entónces habrá entusiasmo en el ánimo, y heroismo en la accion, pero fanatismo nó: de otra manera los héroes de todos tiempos y paises quedarian afeados con la mancha de fanáticos.

Tomado el fanatismo con toda esta generalidad, se extiende á cuantos objetos ocupan al espíritu humano; y asi hay fanáticos en religion, en política, y hasta en ciencias y literatura; no obstante el significado mas propio de la palabra *fanatismo*, no solo atendiendo á su valor etimológico, sino tambien usual, es cuando se aplica á materias religiosas; y por esta causa el solo nombre de *fanático* sin ninguna añadidura, expresa un fanático en religion; cuando al contrario, si se le aplica con respecto á otras materias, dabe andar acompañado con el apuesto que las califique: asi se dice fanáticos políticos, fanáticos en literatura, y otras expresiones por este tenor.

No cabe duda que en tratándose de materias religiosas tiene el hombre una propension muy notable á dejarse dominar de una idea, á exaltarse de ánimo en favor de ella, á transmitirla á cuantos le rodean, á propagarla luego por todas partes, llegando con frecuencia á empe-

ñarse en comunicarla á los otros, aunque sea con las mayores violencias.

Hasta cierto punto se verifica tambien el mismo hecho en las materias no religiosas; pero es innegable, que en las religiosas adquiere el fenómeno un carácter que le distingue de cuanto acontece en esfera diferente. En materias religiosas toma el alma del hombre una nueva fuerza, una energía terrible, una expansion sin límites: para él no hay dificultades, no hay obstáculos, no hay embarazos de ninguna clase: los intereses materiales desaparecen enteramente, los mayores padecimientos se hacen lisongeros, los tormentos son nada, la muerte misma es una ilusion agradable.

El hecho es vario segum lo es la persona en quien se verifica, segun lo son las ideas y costumbres del pueblo en medio del cual se realiza; pero en el fondo es el mismo: y examinada la cosa en su raiz, se halla que tienen un mismo orígen las violencias de los sectarios de Mahoma, que las extravagancias de los discípulos de Fox.

Acontece en esta pasion lo propio que en las demás, que si producen los mayores males, es solo porque se extravían de su objeto legítimo, ó se dirígen á él por medios que no están de acuerdo con lo que dictan la razon y la prudencia: pues que bien observado el fanatismo no es mas que el *sentimiento religioso extraviado;* sentimiento que el hombre lleva consigo desde

la cuna hasta el sepulcro, y que se encuentra como esparcido por la sociedad, en todos los períodos de su existencia. Hasta ahora ha sido siempre vano el empeño de hacer irreligioso al hombre: uno que otro individuo se ha entregado á los desvaríos de una irreligion completa, pero el linage humano protesta sin cesar contra ese individuo que ahoga en su corazon el sentimiento religioso. Como este sentimiento es tan fuerte, tan vivo, tan poderoso á ejercer sobre el hombre una influencia sin límites; apenas se aparta de su objeto legítimo, apenas se desvía del sendero debido, cuando ya produce resultados funestos; pues que se combinan desde luego dos causas muy á propósito para los mayores desastres como son: *absoluta cequera del entendimiento, y una irresistible energía en la voluntad.*

Cuando se ha declamado contra el fanatismo, buena parte de los protestantes y filósofos no se han olvidado de prodigar ese apodo á la Iglesia Católica; y por cierto que debieran andar en ello con mas tiento, cuando menos en obsequio de la buena filosofía. Sin duda que la Iglesia no se gloriará de que haya podido curar todas las locuras de los hombres, y por tanto no pretenderá tampoco que de entre sus hijos haya podido desterrar de tal manera el fanatismo, que de vez en cuando no haya visto en su seno algunos fanáticos: pero sí que puede gloriarse de que jamás religion alguna ha dado

mejor en el blanco para curar, en cuanto cabe, este achaque del espíritu humano; pudiendo además asegurarse que tiene de tal manera tomadas sus medidas, que en naciendo el fanatismo, le cerca desde luego con un vallado, en que podrá delirar por algun tiempo, pero no producirá efectos de consecuencias desastrosas.

Esos extravíos de la mente, esos sueños de delirio que nutridos y avivados con el tiempo arrastran al hombre á las mayores extravagancias, y hasta á los mas horrorosos crímenes, apáganse por lo comun en su mismo orígen, cuando existe en el fondo del alma el saludable convencimiento de la propia debilidad, y el respeto y sumision á una autoridad infalible: y ya que á veces no se logre sufocar el delirio en su nacimiento, quédase al menos aislado, circunscrito á una porcion de hechos mas ó menos verosímiles, pero dejando intacto el depósito de la verdadera doctrina, y sin quebrantar aquellos lazos que unen y estrechan á todos los fieles como miembros de un mismo cuerpo. ¿Se trata de revelaciones, de visiones, de profecías, de éxtasis? mientras todo esto tenga un carácter pirado, y no se extienda á las verdades de fe, la Iglesia por lo comun, disimula, tolera, se abstiene de entrometerse, calla, dejando á los críticos la discusion de los hechos, y al comun de los fieles amplia libertad para pensar lo que mas les agrade. Pero si toman las cosas un carácter mas grave, si el visionario entra en

explicaciones sobre algunos puntos de doctrina, veréis desde luego que se despliega el espíritu de vigilancia: la Iglesia aplica atentamente el oido para ver si se mezcla por allí alguna voz que se aparte de lo enseñado por el divino Maestro: fija una mirada observadora sobre el nuevo predicador, por si hay algo que manifieste ó al hombre alucinado y errante en materias de dogma, ó al lobo cubierto con piel de oveja; y en tal caso levanta desde luego el grito, advierte á todos los fieles ó del error ó del peligro, y llama con la voz de pastor á la oveja descarriada. Si esta no escucha, si no quiere seguir mas que sus caprichos, entonces la separa del rebaño, la declara como lobo, y de allí en adelante el error y el fanatismo ya no se hallan en ninguno que desee perseverar en el seno de la Iglesia.

Por cierto que no dejarán los protestantes de echar en cara á los católicos, la muchedumbre de visionarios que ha tenido la Iglesia, recordando las revelaciones y visiones de los muchos santos que veneramos sobre los altares: echaránnos tambien en cara el fanatismo, fanatismo que dirán no haberse limitado á estrecho círculo, pues que ha sido bastante á producir los resultados mas notables. «Los solos fundadores de las órdenes religiosas dirán ellos ¿no ofrecen acaso el espectáculo de una serie de fanáticos que alucinados ellos mismos, ejercian sobre los demás con su palabra y con su ejem-

plo la influencia mas fascinadora que jamás se haya visto?» Como no es este el lugar de tratar por extenso el punto de las comunidades religiosas, cosa que me propongo hacer en otro lugar de esta obra, me contentaré con observar, que aun dando por supuesto, que todas las visiones y revelaciones de nuestros santos, y las inspiraciones del cielo con que se creian favorecidos los fundadores de las órdenes religiosas, no pasáran de pura ilusion, nada tendrian adelantado los adversarios para achacar á la Iglesia católica la nota de fanatismo. Por de pronto ya se echa de ver que en lo tocante á visiones de un particular, mientras se circunscriban á la esfera individual, podrá haber allí ilusion, y si se quiere fanatismo; pero no será el fanatismo dañoso á nadie, y nunca alcanzará á acarrear trastornos á la sociedad. Que una pobre muger se crea favorecida con particulares beneficios del Cielo; que se figure oir con frecuencia la palabra de la Vírgen; que se imagine que confabula con los ángeles que le traen mensages de parte de Dios, todo esto podrá excitar la credulidad de unos y la mordacidad de otros, pero á buen seguro que no costará á la sociedad ni una gota de sangre, ni una sola lágrima.

Y los fundadores de las órdenes religiosas ¿qué muestras nos dan de fanatismo? aun cuando prescindiéramos del profundo respeto que se merecen sus virtudes, y de la gratitud con que debe corresponderles la humanidad por los beneficios ines-

timables que le han dispensado; aun cuando diéramos per supuesto que se engañaron en todas sus inspiraciones; podriamos apellidarlos *ilusos* mas no *fanáticos*. En efecto nada encontramos en ellos ni de frenesí, ni de violencia; son hombres que desconfian de sí mismos, que á pesar de creerse llamados por el cielo para algun grande objeto, no se atreven á poner manos á la obra sin haberse postrado antes á los piés del Sumo Pontífice, sometiendo á su juicio las reglas en que pensaban cimentar la nueva órden, pidiéndole sus luces, sujetándose dócilmente á su fallo, y no realizando nada sin haber obtenido su licencia. ¿Qué semejanza hay pues de los fundadores de las órdenes religiosas con esos fanáticos que arrastran en pos de sí una muchedumbre de furibundos, que matan, destruyen por todas partes, dejando por do quiera regueros de sangre y de ceniza? En los fundadores de las órdenes religiosas vemos á un hombre que dominado fuertemente por una idea, se empeña en llevarla á cabo, aun á costa de los mayores sacrificios; pero vemos siempre, una idea fija, desenvuelta en un plan ordenado, teniendo á la vista algun objeto altamente religioso y social; y sobre todo vemos ese plan sometido al juicio de una autoridad, examinado con madura discusion, y enmendado, ó retocado segun parece mas conforme á la prudencia. Para un filósofo imparcial, sean cuales fueren sus opiniones religiosas,

podrá haber en todo esto mas ó menos ilusion, mas ó menos preocupacion, mas ó menos prudencia y acierto; pero fanatismo, no, de ninguna manera, porque nada hay aquí que presente semejante carácter. (13).



CAPITULO NONO.

El fanatismo de secta nutrido y avivado en Europa por la *inspiracion privada* del Protestantismo, es ciertamente una llaga muy profunda y de mucha gravedad; pero no tiene sin embargo un carácter tan maligno y alarmante como la incredulidad, y la indiferencia religiosa: males funestos que las sociedades modernas tienen que agradecer en buena parte á la pretendida reforma. Radicados en el mismo principio que es la base del Protestantismo, ocasionados y provocados por el escándalo de tantas y tan extravagantes sectas que se apellidan cristianas, empezaron á manifestarse con síntomas de gravedad ya en el mismo siglo XVI. Andando el tiempo llegaron á extenderse de un modo terrible filtrándose en todos los ramos científicos y literarios, comunicando su expresion y sabor á los idiomas, y poniendo en peligro todas las conquistas que en pro de la civi-

dado en manifestarse ateo ni indiferente, aun entre los mismos protestantes; pero aun cuando sea fácil sospechar que no todos los incrédulos tendrian el atrevimiento de Graet, por cierto que no ha de costar trabajo el dar crédito al célebre toledano Chacon, cuando al empezar el último tercio del siglo XVI, decia que «la heregía de los ateistas, de los que nada creen, andaba muy valida en Francia y en otras partes».

Seguian ocupando la atencion de todos los sabios de Europa las controversias religiosas, y entretanto la gangrena de la incredulidad avanzaba de un modo espantoso; por manera que al promediar el siglo XVII se conoce que el mal se presentaba bajo un aspecto el mas alarmante. ¿Quién no ha leido con asombro los profundos pensamientos de Pascal sobre la indiferencia en materias de Religion? ¿quién no ha percibido en ellos aquel acento conmovído, que nace de la viva impresion producida en el ánimo por la presencia de un mal terrible?

Se conoce que á la sazon estaban ya muy adelantadas las cosas, y que la incredulidad estaba ya muy cercana á poder presentarse como una escuela que se colocára al lado de las demás que se disputaban la preferencia en Europa. Con mas ó menos disfraz habíase ya presentado desde mucho tiempo en el Socinianismo; pero esto no era bastante, porque el So-

cristianismo llevaba al menos el nombre de una secta religiosa, y la irreligion empezaba á sentirse demasiado fuerte para que no pudiera apellidarse ya con su propio nombre.

El último tercio del siglo XVII nos presenta una crisis muy notable, con respecto á la Religion: crisis que tal vez no ha sido bien reparada, pero que se dió á conocer por hechos muy palpables. Esta crisis fué un cansancio de las disputas religiosas marcada en dos tendencias diametralmente opuestas, y sin embargo muy naturales: *la una hácia el Catolicismo, la otra hácia el Ateismo.*

Bien sabido es cuanto se habia disputado hasta aquella época sobre la Religion; las controversias religiosas eran el gusto dominante, bastando decir, que no formaban solamente la ocupacion favorita de los eclesiásticos, así católicos como protestantes, sino tambien de los sabios seculares; habiendo penetrado ese gusto hasta en los palacios de los príncipes y reyes. Tanta controversia debia naturalmente descubrir el vicio radical del Protestantismo, y no pudiendo mantenerse firme el entendimiento en un terreno tan resbaladizo, habia de esforzarse en salir de él, ó bien llamando en su apoyo el principio de la autoridad, ó bien abandonándose al ateismo ó á una completa indiferencia. Estas dos tendencias se hicieron sentir de una manera nada equívoca; y así es que mientras Bayle creía la Europa bastante preparada pa-

naque pudiera abrirse ya en medio de ella, una cátedra de incredulidad y de escepticismo, se habia entablado seria y animada correspondencia para la reunion de los disidentes de Alemania al gremio de la Iglesia Católica.

Conocidas son de todos los eruditos las contestaciones que mediaron entre el luterano Molano abate de Lockum, y Cristobal obispo de Tyna, y despues de Neustad; y para que no faltase un monumento del carácter grave que habian tomado las negociaciones, se conserva aun la correspondencia motivada por este asunto, entre dos hombres de los mas insignes que se contaban en Europa, en ambas comuniones: *Bossuet y Leibnitz*. No habia llegado aun el feliz momento, y consideraciones políticas que debieran desaparecer á la vista de tamaños intereses, ejercieron maligna influencia sobre la grande alma de Leibnitz, para que no conservára en el curso de la discusion y de las negociaciones, aquella sinceridad y buena fe, y aquella elevacion de miras con que al parecer habia comenzado. Aunque no surtiese buen efecto la negociacion, el solo haberse entablado indica ya bastante que era muy grande el vacío descubierto en el Protestantismo, cuando los dos hombres mas célebres de su comunion Molano y Leibnitz, se atrevian ya á dar pasos tan adelantados: y sin duda debian de ver en la sociedad que los rodeaba abundantes disposiciones para la reunion al gremio de la Iglesia, pues no

de otra manera se hubieran comprometido en una negociacion de tanta importancia.

Alléguese á todo esto la declaracion de la universidad luterana de Helmstad, en favor de la Religion Católica, y las nuevas tentativas hechas á favor de la reunion por un príncipe protestante que se dirigió al Papa Clemente XI: y tendremos vehementes indicios que la Reforma se sentia ya herida de muerte; y que si obra tan grande hubiese Dios querido que tuviera alguna apariencia de depender en algo de la mano del hombre, tal vez no fuera ya entónces imposible que á fuerza de la conviccion que de lo ruinoso del sistema protestante se habian formado sus hombres mas ilustres, se adelantase no poco para cicatrizar las llagas abiertas á la unidad religiosa por los perturbadores del siglo XVI.

Pero el Eterno en la altura de sus designios lo tenia destinado de otra manera, y permitiendo que la corriente de los espíritus tomase la direccion mas extraviada y perversa, quiso castigar al hombre con el fruto de su orgullo. No fué la propension á la unidad la que dominó en el siglo inmediato, sino el gusto por una filosofía escéptica, indiferente con respecto á todas las religiones, pero muy enemiga en particular de la Católica. Cabalmente á la sazon se combinaban influencias muy funestas para que la tendencia hácia la unidad pudiese alcanzar su objeto: eran ya innumerables las fracciones en que se habian dividido y subdividido

las sectas protestantes: y esto si bien es verdad que debilitaba al Protestantismo, no obstante estando él como estaba difundido por la mayor parte de Europa, había inoculado el gérmen de la duda religiosa en la sociedad europea; y como no quedaba ya verdad que no hubiera sufrido ataques, ni cabia imaginar error ni desvarío que no tuviera sus apóstoles y prosélitos, era muy peligroso que cundiera en los ánimos aquel cansancio y desaliento, que viene siempre en pos de los grandes esfuerzos hechos inútilmente para la consecucion de un objeto; y aquél fastidio que se engendra con interminables disputas, y chocantes escándalos.

Para colmo de infortunio, para llevar al mas alto punto el cansancio y fastidio, sobrevino una nueva desgracia que produjo los mas funestos resultados. Combatian con gran denuedo, y con notable ventaja los adalides del Catolicismo contra las innovaciones religiosas de los protestantes: las lenguas, la historia, la crítica, la filosofía, todo cuanto tiene de mas precioso, de mas rico y brillante el humano saber, todo se habia desplegado con el mayor aparato en esa gran palestra; y los grandes hombres que por do quiera se veían figurar en los puestos mas avanzados de los defensores de la Iglesia Católica, parecian consolarla algun tanto de las lamentables pérdidas que le habian hecho sufrir las turbulencias del siglo XVI. Cuando hé aquí que mientras estrechaba en sus brazos á tantos

hijos predilectos que se gloriaban con este nombre, notó con pasmosa sorpresa que algunos de estos se le presentaban en ademan hostil, bien que solapado; y al través de palabras mal encubiertas, y de una conducta mal disfrazada; no le fué difícil reparar que trataban de herirla con herida de muerte. Protestando siempre la sumision y la obediencia, pero sin someterse ni obedecer jamás; resistiendo siempre á la autoridad de la Iglesia, ensalzando empero de contínuo esa misma autoridad y su orígen divino; encubriendo sagazmente el odio á todas las leyes é instituciones existentes con la apariencia del zelo por el restablecimiento de la antigua disciplina; zapando los cimientos de la moral al paso que se mostraban entusiastas encarecedores de su pureza; disfrazando con falsa humildad y afectada modestia la hipocresía y el orgullo, llamando firmeza á la obstinacion, y entereza de conciencia á la ceguedad refractaria, presentaban esos rebeldes el aspecto mas peligroso que jamás habia presentado heregía alguna; y sus palabras de miel, su estudiado candor, el gusto por la antigüedad, el brillo de erudicion y de saber hubieran sido parte para deslumbrar á los mas avisados, si desde un principio no se hubiesen distinguido ya los novadores con el carácter eterno é infalible de toda secta de error: *el odio á la autoridad*.

Luchaban empero de vez en cuando con los enemigos declarados de la Iglesia, defendian con

mucho aparato de doctrina la verdad de los sagrados dogmas, citaban con respeto y deferencia los escritos de los Santos Padres, manifestaban acatar las tradiciones, y venerar las decisiones conciliares y pontificias; y teniendo siempre la extraña pretension de apellidarse católicos, por mas que lo desmintieran con sus palabras y conducta, no abandonando jamás la peregrina ocurrencia que tuvieron desde su principio de negar la existencia de su secta, ofrecian á los incautos el funesto escándalo de una discusion dogmática, que parecia estar en el mismo seno del Catolicismo. Declarábalos hereges la Cabeza de la Iglesia, todos los verdaderos católicos acataban profundamente la decision del Vicario de Jesucristo, y de todos los ángulos del orbe católico se levantaba unánimemente un grito que pronunciaba anatema contra quien no escuchára al sucesor de Pedro; pero ellos empeñados en negarlo todo, en eludirlo todo, en tergiversarlo todo, mostrábanse siempre como una porcion de católicos oprimidos por el espíritu de *relajacion, de abusos y de intriga*.

Faltaba ese nuevo escándalo paraque acabasen de estraviarse los ánimos, y paraque la gangrena fatal que iba cundiendo por la sociedad europea, se desarrollase con la mayor rapidez presentando los síntomas mas terribles y alarmantes. Tanto disputar sobre la Religion, tanta muchedumbre y variedad de sectas, tanta

animosidad entre los adversarios que figuraban en la arena, debieron por fin disgustar de la Religion misma á aquellos que no estaban aferrados en el áncora de la autoridad; y paraque la indiferencia pudiera erigirse en sistéma, el ateismo en dogma, y la impiedad en moda, solo faltaba un hombre bastante laborioso para recoger, reunir y presentar en cuerpo, los infinitos materiales que andaban dispersos en tantas obras; que supiera bañarlos con un tinte filosófico acomodado al gusto que empezaba á cundir entónces, comunicando al sofisma y á la declamacion, aquella fisonomía seductora, aquel giro engañoso, aquel brillo deslumbrador, que aun en medio de los mayores extravíos se encuentran siempre en las producciones del genio. Este hombre se presentó; era *Bayle*: y el ruido que metió en el mundo su célebre *Diccionario*; y el curso que tuvo desde luego, manifestaron bien á las claras que el Autor habia sabido comprender toda la oportunidad del momento.

El Diccionario de Bayle es una de aquellas obras, que aun prescindiendo de su mayor ó menor mérito científico y literario, forman no obstante muy notable época; porque se recoge en ellas el fruto de lo pasado y se desenvuelven con toda claridad los pliegues de un extenso porvenir. En tales casos no figura el autor tanto por su mérito, como por haberse sabido colocar en el verdadero puesto para ser el representante de ideas que de antemano estaban ya muy

esparcidas en la sociedad, por mas que anduvieran fluctuantes, sin direccion fija, como marchando al acaso. El solo nombre del autor recuerda entónces una vasta historia, porque él es la personificacion de ella. La publicacion de la obra de Bayle puede mirarse como la inauguracion solemne de la cátedra de incredulidad en medio de Europa. Los sofistas del siglo XVIII tuvieron á la mano un abundante repertorio para proveerse de toda clase de hechos y argumentos; y paraque nada faltase, paraque pudieran rehabilitarse los cuadros envejecidos, avivarse los colores anublados, y esparcirse por do quiera los encantos de la imaginacion y las agudezas del ingenio; paraque no faltára á la sociedad un director que la condujera por un sendero cubierto de flores hasta el borde del abismo, apenas habia descendido Bayle al sepulcro, ya brillaba sobre el horizonte literario un mancebo cuyos grandes talentos competian con su malignidad y osadía; era *Voltaire*.

Necesario ha sido conducir al lector hasta la época que acabo de apuntar, porque tal vez no se hubiera imaginado la influencia que tuvo el Protestantismo en engendrar y arraigar en Europa la irreligion, el ateismo, y esa indiferencia fatal que tantos daños acarrea á las sociedades modernas. No es mi ánimo el tachar de impíos á todos los protestantes: y reconozco gustoso la entereza y teson con que algunos de sus hombres mas ilustres se han opuesto al pro-

greso de la impiedad. No ignoro que los hombres adoptan á veces un principio cuyas consecuencias rechazan, y que entonces seria una injusticia el colocarlos en la misma clase de aquellos que defienden á las claras esas mismas consecuencias; pero tambien sé que por mas que se resistan los protestantes á confesar que su sistema conduzca al ateismo, no deja por ello de ser muy cierto: y lo mas que pueden exigirme es que yo no culpe en este punto sus intenciones, mas no pueden quejarse de que haya desenvuelto hasta las últimas consecuencias su principio fundamental, no desviándome nunca de lo que nos enseñan acordes la filosofía y la historia.

Bosquejar ni siquiera rápidamente lo que sucedió en Europa desde la época de la aparicion de Voltaire, sería trabajo por cierto bien inútil, pues que son tan recientes los hechos y andan tan vulgares los escritos sobre esa materia, que si quisiera entrar en ella, difícilmente podria evitar la nota de copiante. Llenaré pues mas cumplidamente mi objeto presentando algunas reflexiones sobre el estado actual de la religion en los dominios de la pretendida reforma.

En medio de tantos sacudimientos y trastornos, en el vértigo comunicado á tantas cabezas, cuando han vacilado los cimientos de todas las sociedades, cuando se han arrancado de cuajo las mas robustas y arraigadas institu-

ciones, cuando la misma verdad católica solo ha podido sostenerse con el manifiesto auxilio de la Diestra del Omnipotente, fácil es calcular cuan mal parado debe de estar el flaco edificio del Protestantismo expuesto como todo lo demás á tan recios y duraderos ataques.

Nadie ignora las innumerables sectas que hormiguean en toda la extension de la Gran Bretaña, la situacion deplorable de las creencias entre los protestantes de Suiza, aun con respecto á los puntos mas capitales; y para que no quedase ninguna duda sobre el verdadero estado de la religion protestante en Alemania, es decir en su país natal, en aquel país donde se habia establecido como en su patrimonio mas predilecto, el ministro protestante baron de Starph ha tenido cuidado de decirnos, que *en Alemania no hay ni un solo punto de la fe cristiana que no se vea atacado abiertamente por los mismos ministros protestantes*. Por manera que el verdadero estado del Protestantismo me parece viva y exactamente retratado en la peregrina ocurrencia de J. Heyer ministro protestante: publicó J. Heyer en 1818 una obra que se titula *Ojeada sobre las confesiones de fe*, y no sabiendo como desentenderse de los embarazos que para los protestantes presenta la adopcion de un símbolo, propone un expediente muy sencillo, que por cierto allana todas las dificultades, y es: *desecharlos todos*.

El único medio que tiene de conservarse el

Protestantismo, es falsear en cuanto le sea posible, su principio fundamental: es decir, apartar á los pueblos de la via de exámen, haciendo que permanezcan adheridos á las creencias que se les han transmitido con la edueacion, y no dejándoles que adviertan la inconsecuencia en que caen cuando se someten á la autoridad de un simple particular mientras resisten á la autoridad de la Iglesia Católica. Pero no es este cabalmente el camino que siguen las cosas, y por mas que tal vez se propusieran seguirle algunos de los protestantes, las solas sociedades bíblicas que con un ardor digno de mejor causa trabajan por extender entre todas las clases la lectura de la Biblia, son un poderoso obstáculo paraque no pueda adormecerse el ánimo de los pueblos. Esta difusion de la Biblia es una perenne apelacion al exámen particular, al espíritu privado; ella acabará de disolver lo que resta del Protestantismo, bien que al propio tiempo prepara tal vez á las sociedades dias de luto y de llanto. No se ha ocultado todo esto á los protestantes, y algunos de los mas notables entre ellos han levantado ya la voz, y han advertido del peligro (14).

CAPITULO DECIMO.

Quedando demostrada hasta la evidencia la intrínseca debilidad del Protestantismo, ocurre naturalmente una cuestion; ¿cómo es que siendo tan flaco por el vicio radical de su propia constitucion, no haya desaparecido completamente? Llevando un germen de muerte en su mismo seno, ¿cómo ha podido resistir á dos adversarios tan poderosos como la Religion Católica por una parte, y la irreligion y el ateismo por otra? Para satisfacer cumplidamente á esa pregunta, es necesario considerar el Protestantismo bajo dos aspectos: ó bien en cuanto significa una creencia determinada, ó bien en cuanto expresa un conjunto de sectas, que teniendo la mayor diferencia entre sí, están acordes en apellidarse cristianas, en conservar alguna sombra de cristianismo, desechando empero la autoridad de la Iglesia. Es menester considerar el Protestantismo bajo estos dos as-

pectos, ya que es bien sabido que sus fundadores, no solo se empeñaron en destruir la autoridad y los dogmas de la Iglesia Romana, sino que procuraron tambien formar un sistema de doctrina que pudiera servir como de símbolo á sus prosélitos. Por lo que toca al primer aspecto, el Protestantismo ha desaparecido ya casi enteramente, ó mejor diremos desapareció al nacer, si es que pueda decirse que llegase ni á formarse jamás. Harto queda evidenciada esta verdad con lo que llevo expuesto sobre sus variaciones, y sobre su estado actual en los varios paises de Europa: viniendo el tiempo á confirmar cuan equivocados anduvieron los pretendidos reformadores, cuando se *imaginaron poder fijar las columnas de Hércules del espíritu humano* segun la expresion de una dama protestante: Mad. de Stael.

Y en efecto, las doctrinas de Lutero y de Calvino: ¿quién las defiende ahora? ¿quién respeta los lindes que ellos prefijaron? entre todas las Iglesias Protestantes, ¿hay alguna que se dé á conocer por su zelo ardiente en la conservacion de estos ó de aquellos dogmas? ¿cuál es el Protestante que no se ria de la *divina* mision de Lutero, y que crea que el Papa es el Anticristo? ¿Quién entre ellos vela por la pureza de la doctrina? ¿quién califica los errores? ¿quién se opone al torrente de las sectas? ¿El robusto acento de la conviccion, el zelo de la verdad, se deja percibir ya ni en sus escritos, ni en sus

púlpitos? ¡Qué diferencia tan notable cuando se comparan las Iglesias protestantes con la Iglesia Católica! preguntadla sobre sus creencias, y oiréis de la boca del sucesor de San Pedro, de Gregorio XVI, lo mismo que oyó Lutero de la boca de Leon X: y cotejad la doctrina de Leon X con la de sus antecesores, y os hallaréis conducidos por via recta, siempre por un mismo camino, hasta los Apóstoles, hasta Jesucristo. ¿Levantais la voz para impugnar un dogma? ¿enturbiais la pureza de la moral? la voz de los antiguos padres tronará contra vuestros extravíos: y estando en el siglo XIX, creeréis que se han alzado de sus tumbas los antiguos Leones y Gregorios. Si es flaca vuestra voluntad, encontraréis indulgencia; si es grande vuestro mérito, se os prodigarán consideraciones; si es elevada vuestra posicion social, se os tratará con miramiento; pero si abusando de vuestros talentos queréis introducir alguna novedad en la doctrina, si valiéndoos de vuestro poderío queréis exigir alguna capitulacion en materias de dogma, si para evitar disturbios, prevenir escisiones, conciliar los ánimos, demandais una transaccion, ó al menos una explicacion ambigua; *eso no*, *jamás*: os responderá el sucesor de S. Pedro, *eso no*, *jamás*: *la fé es un depósito sagrado que nosotros no podemos alterar*, *la verdad es inmutable*, *es una*: y á la voz del Vicario de Jesucristo que desvanecerá de una vez todas vuestras esperanzas, se unirán las voces

de nuevos Atanasios, Nazianzenos, Ambrosios, Gerónimos y Agustinos. Siempre la misma firmeza en la misma fe, siempre la misma invariabilidad, siempre la misma energía para conservar intacto el depósito sagrado, para defenderle contra los ataques del error, para enseñarle en toda su pureza á los fieles, para transmitirle sin mancha á las generaciones venideras. ¿Será eso obstinacion, ceguera, fanatismo? ¡Ah! El transcurso de 18 siglos, las revoluciones de los imperios, los trastornos mas espantosos, la mayor variedad de ideas y costumbres, las persecuciones de las potestades de la tierra, las tinieblas de la ignorancia, los embates de las pasiones, las luces de las ciencias, ¿nada hubiera sido bastante para alumbrar esa ceguera, ablandar esa terquedad, resfriar ese fanatismo? Sin duda que un protestante pensador, uno de aquellos que sepan elevarse sobre las preocupaciones de la educacion, al fijar la vista en ese cotejo, cuya veracidad y exactitud no podrá ménos de reconocer si es que tenga instruccion sobre la materia, sentirá vehementes dudas sobre la verdad de la enseñanza que ha recibido; y que deseará cuando menos examinar de cerca ese prodigio que tan de bulto se presenta en la Iglesia Católica. Pero volvamos al intento.

A pesar de la disolucion que ha cundido de un modo tan espantoso entre las sectas protestantes, á pesar de que en adelante irá cundien-

do todavía mas, no obstante hasta que llegue el momento de reunirse los disidentes á la Iglesia Católica, nada extraño es que no desaparezca enteramente el Protestantismo, mirado como un conjunto de sectas que conservan el nombre y algun rastro de cristianas. Para que esto no sucediera así, sería menester ó que los pueblos protestantes se hundiesen completamente en la irreligion y en el ateismo, ó bien que ganase terreno entre ellos alguna otra religion de las que se hallan establecidas en otras partes de la tierra. Uno y otro extremo es imposible: y hé aquí la causa porqué se conserva, y se conservará bajo una ú otra forma el falso cristianismo de los protestantes, hasta que vuelvan al redil de la Iglesia.

Desenvolvamos con alguna extension estos pensamientos. ¿Porqué los pueblos protestantes no se hundirán enteramente en la irreligion y en el ateismo, ó en la indiferencia? porque todo esto puede suceder con respecto á un individuo, mas no con respecto á un pueblo. A fuerza de lecturas corrompidas, de meditaciones extravagantes, de esfuerzos continuados, puede uno que otro individuo sufocar los mas vivos sentimientos de su corazon, acallar los clamores de su conciencia, y desentenderse de las preciosas amonestaciones del sentido comun; pero un pueblo, no: un pueblo conserva siempre un gran fondo de candor y docilidad, que en medio de los mas funestos extravíos, y aun

de los crímenes mas atroces, le hace prestar atento oido á las inspiraciones de la naturaleza. Por mas corrompidos que sean los hombres en sus costumbres, por mas extraviadas que sean sus opiniones, son siempre pocos los que de propósito han luchado mucho consigo mismos para arrancar de sus corazones aquel abundante gérmen de buenos sentimientos, aquel precioso semillero de buenas ideas, con que la mano próvida del Criador ha cuidado de enriquecer nuestras almas. La expansion del fuego de las pasiones produce, es verdad, lamentables desvanecimientos, tal vez explosiones terribles; pero pasado el calor, el hombre vuelve á entrar en sí mismo, y deja de nuevo accesible su alma á los acentos de la razon y de la virtud. Estudiando con atencion la sociedad, se nota que por fortuna es poco abundante aquella casta de hombres que se hallan como pertrechados contra los asaltos de la verdad y del bien; que responden con una frívola cavilacion á las reconvenciones del buen sentido, que oponen un frio estoicismo á las mas dulces y generosas inspiraciones de la naturaleza, y qne ostentan como modelo de filosofía, de firmeza y de elevacion de alma, la ignorancia, la obstinacion y la aridez de un corazon helado. El comun de los hombres es mas sencillo, mas cándido, mas natural; y por tanto mal puede avenirse con un sistema de ateismo ó de indiferencia. Podrá semejante sistema señorearse del orgulloso áni-

mo de algun sabio soñador, podrá cundir como una conviccion muy cómoda en las disipaciones de la mocedad; en tiempos muy revueltos, podrá extenderse á un cierto círculo de cabezas volcánicas; pero establecerse tranquilamente en medio de una sociedad, formar su estado normal, eso no sucederá jamás.

No, mil veces no: un individuo puede ser irreligioso; la familia y la sociedad no lo serán jamás. Sin una basa donde pueda encontrar su asiento el edificio social, sin una idea grande, matriz, de donde nazcan las ideas de razon, virtud, justicia, obligacion, derecho; ideas todas tan necesarias á la existencia y conservacion de la sociedad, como la sangre y el nutrimento á la vida del individuo, la sociedad desapareceria; y sin los dulcísimos lazos con que traban á los miembros de la famiiia las ideas religiosas, sin la celeste armonía que esparcen sobre todo el conjunto de sus relaciones, la familia deja de existir, ó cuando mas es un nudo grosero, momentáneo, semejante en un todo á la comunicacion de los brutos. Afortunadamente ha favorecido Dios á todos los seres con un maravilloso instinto de conservacion, y guiadas por ese instinto la familia y la sociedad rechazan indignadas aquellas ideas degradantes, que secando con su maligno aliento todo jugo de vida, quebrantando todos los lazos y trastornando toda economía, las harian retrogradar de golpe hasta la mas abyecta barbarie, y aca-

barian por dispersar sus miembros, como al impulso del viento se dispersan los granos de arena por no tener entre sí ni apego ni enlace.

Ya que no la consideracion del hombre y de la sociedad, al menos las repetidas lecciones de la experiencia debieran haber desengañado á ciertos filósofos de que aquellas ideas y sentimientos grabados en el corazon del hombre por el dedo del Autor de la naturaleza, no son para desarraigados con declamaciones y sofismas; y si algunos efímeros triunfos han podido alguna vez engreirlos, dándoles exageradas esperanzas sobre el resultado de sus esfuerzos, el curso de las ideas y de los sucesos han venido luego á manifestarles, que cuando cantaban alborozados su triunfo, se parecian al insensato que se lisongeára de haber desterrado del mundo el amor maternal, porque hubiese llegado á desnaturalizar el corazon de algunas madres.

La sociedad, y cuenta que no digo el pueblo ni la plebe, la sociedad sino es religiosa será supersticiosa, si no cree cosas razonables las creerá extravagantes, si no tiene una religion bajada del Cielo la tendrá forjada por los hombres: pretender lo contrario es un delirio; luchar contra esa tendencia, es luchar contra una ley eterna; esforzarse en contenerla es interponer una débil mano para detener el curso de un cuerpo que corre con fuerza inmensa: la mano desaparece y el cuerpo sigue su curso. Llámesela supersticion, fanatismo, fruto de seduccion,

todo podrá ser bueno para desahogar el despacho de verse burlado, pero por lo demas es amontonar nombres, y azotar el viento.

Siendo como es la religion una verdadera necesidad, tenemos ya la explicacion de un fenómeno que nos ofrecen la historia y la experiencia: y es que la religion nunca desaparece enteramente; y que en llegando el caso de una mudanza, las dos religiones rivales luchan mas ó menos tiempo sobre el mismo terreno, ocupando progresivamente la una los dominios que va conquistando de la otra. De aquí sacaremos tambien que para desaparecer enteramente el Protestantismo, sería necesario que se pusiese en su lugar alguna otra religion; y que no siendo esto posible durante la actual civilizacion, á menos que no sea la Católica, irán siguiendo las sectas protestantes ocupando con mas ó menos variaciones el pais que han conquistado.

Y en efecto: en el estado actual de la civilizacion de las sociedades protestantes, ¿es acaso posible que ganen terreno entre ellas, ni las necedades del Alcoran, ni las groserías de la Idolatría?

Derramado como está el espíritu del Cristianismo por las venas de las sociedades modernas, impreso su sello en todas las partes de la legislacion, esparcidas sus luces sobre todo linage de conocimientos, mezclado su lenguage con todos los idiomas, reguladas por sus preceptos las costumbres, marcada su fisonomía hasta en

los hábitos y modales, rebosando de sus inspiraciones todos los monumentos del genio, comunicado su gusto á todas las bellas artes; en una palabra, filtrado, por decirlo así, el Cristianismo en todas las partes de esa civilizacion tan grande, tan variada, y fecunda de que se glorían las sociedades modernas; ¿cómo era posible que desapareciese hasta el nombre de esa Religion, que á su venerable antigüedad reune tantos títulos de gratitud, tantos lazos, tantos recuerdos? ¿Cómo era posible que encontráran acogida en medio de las sociedades cristianas ninguna de esas otras religiones, que á primera vista muestran desde luego el dedo del hombre; que á primera vista manifiestan como distintivo un sello grosero, donde está escrito *degradacion* y *envilecimiento?* Aun cuando el principio fundamental del Protestantismo zape los cimientos de la Religion Cristiana, por mas que desfigure su belleza, y rebaje su magestad sublime; sin embargo solamente se conserven algunos vestigios de Cristianismo, solamente se conserve la idea que este nos da de Dios, y algunas máximas de su moral, estos vestigios valen mas, se elevan á mucho mayor altura, que todos los sistemas filosóficos, que todas las otras religiones de la tierra.

Hé aquí porque ha conservado el Protestantismo alguna sombra de Religion Cristiana: no es otra la causa, sino que era imposible que desapareciese del todo el nombre cristiano,

atendido el estado de las naciones que tomaron parte en el cisma; y hé aquí como no debemos buscar la causa en ningun principio de vida entrañado por la pretendida Reforma. Añádase á todo esto los esfuerzos de la política, el natural apego de los ministros á sus propios intereses, el ensanche con que lisongea al orgullo la falta de toda autoridad, los restos de preocupaciones antiguas, el poder de la educacion, y otras causas semejantes, y se tendrá completamente resuelta la cuestion; y no parecerá nada extraño que vaya siguiendo el Protestantismo ocupando muchos de los paises en que por fatales combinaciones alcanzó establecimiento y arraigo.



CAPITULO UNDECIMO.

No hay mejor prueba de la profunda debilidad entrañada por el Protestantismo, considerado como cuerpo de doctrina, que la escasa influencia que ha ejercido sobre la civilizacion europea, por medio de sus doctrinas positivas. Llamo doctrinas positivas aquellas en que ha procurado establecer un dogma propio, y de esta manera las distingo de sus demas doctrinas que podríamos llamar negativas, porque no consisten en otra cosa que en la negacion de la autoridad. Estas últimas como muy conformes á la inconstancia y volubilidad del espíritu humano, han encontrado acogida; pero las demas no: todo ha desaparecido con sus autores, todo se ha sepultado en el olvido. Si algo se ha conservado de Cristianismo entre los protestantes ha sido solamente aquello que era indispensable para que la civilizacion europea no perdiera enteramente su naturaleza y carác.

señanza católica, porque era demasiado vivo el instinto de civilizacion que de las doctrinas católicas se habia comunicado á la sociedad europea. Así fué como la Iglesia Católica rechazando esos funestos errores difundidos por el Protestantismo, preservaba á la sociedad del envilecimiento que consigo traen las máximas fatalistas, se constituia en barrera contra el despotismo que se entroniza siempre en medio de los pueblos que han perdido el sentimiento de su dignidad, era un dique contra la desmoralizacion que cunde necesariamente cuando el hombre se cree arrastrado por la ciega fatalidad, como por una cadena de hierro; así libertaba al espíritu de aquel abatimiento en que se postra cuando se cree privado de dirigir su propia conducta, y de influir en el curso de los acontecimientos. Así fué como el Papa condenando esos errores de Lutero que formaban el núcleo del naciente Protestantismo, dió el grito de alarma contra una irrupcion de barbarie en el órden de las ideas, salvando de esta manera la moral, las leyes, el órden público, la sociedad; así fué como el Vaticano conservó la dignidad del hombre, asegurándole el noble sentimiento de la libertad en el santuario de la conciencia; así fué como la Cátedra de Roma luchando con las ideas protestantes, y defendiendo el sagrado depósito que le confiára el Divino Maestro, era al propio tiempo el númen tutelar del porvenir de la civilizacion.

Reflexionad sobre esas grandes verdades, entendedlas bien vosotros que hablais de las *disputas religiosas* con esa fria indiferencia, con esos visos de burla y de compasion, como si nunca se tratase de otra cosa que de frivolidades de escuela. Los pueblos *no viven de solo pan*, viven tambien de ideas, de máximas que convertidas en jugo, ó les comunican grandeza, vigor y lozanía, ó los debilitan, los postran, los condenan á la nulidad y al embrutecimiento. Tended la vista por la faz del globo, recorred los períodos de la historia de la humanidad, comparad tiempos con tiempos, naciones con naciones, y veréis que dando la Iglesia Católica tan alta importancia á la conservacion de la verdad en las materias mas transcendentales, y no transigiendo nunca en punto á ella, ha comprendido y realizado mejor que nadie la elevada y saludable máxima de que la verdad debe ser la reina del mundo, de que del órden de las ideas depende el órden de los hechos, y de que cuando se ajitan cuestiones sobre las grandes verdades, se interesan en esas cuestiones los destinos de la humanidad.

Reasumamos lo dicho: el principio esencial del Protestantismo es un principio disolvente; ahí está la causa de sus variaciones incesantes, ahí está la causa de su disolucion y aniquilamiento. Como religion particular ya no existe; porque no tiene ningun dogma propio, ningun carácter positivo, ninguna economía, nada

de cuanto se necesita para formar un ser; es una verdadera negacion. Todo lo que se encuentra en él que pueda apellidarse positivo, no es mas que vestigios, ruinas, todo es sin fuerza, sin accion, sin espíritu de vida. No puede mostrar un edificio que haya levantado por su mano, no puede colocarse en medio de esas obras inmensas entre las cuales puede colocarse con tanta gloria el Catolicismo, y decir *esto es mio*. El Protestantismo puede solo sentarse en medio de espantosas ruinas; y de ellas sí que puede decir con toda verdad: *yo las he amontonado*.

Mientras pudo durar el fanatismo de secta, mientras ardia la llamarada encendida por fogosas declamaciones y fomentada por funestas circunstancias, desplegó cierta fuerza que si bien no manifestaba la verdadera robustez, mostraba al menos la convulsiva energia del delirio. Pero su época pasó, la accion del tiempo ha dispersado los elementos que daban pábulo al incendio, y por mas que se haya trabajado por acreditar la Reforma como obra de Dios, no se ha podido encubrir lo que era en realidad: obra de las pasiones del hombre. No deben causarnos ilusion esos esfuerzos que actualmente parece hacer de nuevo: quien obra en ello no es el Protestantismo en vida; es la falsa filosofía, tal vez la política, quizás el mezquino interés, que toman su nombre, se disfrazan con su manto; y sabiendo cuan á propósito es para excitar disturbios, provocar escisiones y disolver las sociedades,

van recogiendo el agua de los charcos que han quedado manchados con su huella impura, seguros de que será un violento veneno para dar la muerte al pueblo incauto, que llegue á beber en la dorada copa con que pérfidamente se le brinda.

Pero en vano se esfuerza el hombre miserable en luchar con la diestra del Omnipotente: Dios no abandonará su obra, y por mas que el hombre forcejee, por mas que se empeñe en remedar la obra de Dios, no podrá borrar los caractéres eternos que distinguen el error de la verdad. La verdad es de suyo fuerte, robusta; y como es el conjunto de las mismas relaciones de los seres, enlázase, trábase fuertemente con ellos, y no son parte á desasirla, ni los esfuerzos de los hombres, ni los trastornos de los tiempos. El error, mentida imágen de los grandes lazos que vinculan la compacta masa del universo, tiéndese sobre sus usurpados dominios como un informe conjunto de ramos mal trabados que no perciben jamas el jugo de la tierra, que tampoco le comunican verdor ni frescura, y solo sirven de red engañosa tendida á los pasos del caminante.

¡Pueblos incautos! no os seduzcan ni aparatos brillantes, ni palabras pomposas, ni una actividad mentida: la verdad es cándida, modesta y confiada, porque es pura y fuerte; el error es hipócrita y ostentoso, porque es falso y débil. La verdad es una muger hermosa que desprecia

el afectado aliño porque conoce su belleza; el error se atavía, se pinta, violenta su talle porque es feo; descolorido, sin espresion de vida en su semblante, sin gracia ni dignidad en sus formas. ¿Admirais tal vez su actividad y sus trabajos? sabed que solo es fuerte cuando es el núcleo de una faccion, ó la bandera de un partido; sabed que entónces es rápido en su accion, violento en sus medios, es un meteoro funesto que fulgura, truena y desaparece, dejando en pos de sí la obscuridad la destruccion y la muerte; la verdad es el astro del dia despidiendo tranquilamente su luz vivísima y saludable, fecundando con suave calor la naturaleza, y derramando por todas partes la vida, la alegría y la hermosura.

CAPITULO DUODECIMO.

Para apreciar en su justo valor el efecto que pueden producir sobre la sociedad española las doctrinas protestantes, será bien dar una ojeada sobre el actual estado de las ideas religiosas en Europa. A pesar del vértigo de ideas que es uno de los caractéres dominantes de la época, es un hecho indudable que el espíritu de incredulidad y de irreligion ha perdido mucho de su fuerza, y que en la parte que desgraciadamente le queda de existencia, es mas bien transformado en indiferentismo, que no conservando aquella índole sistemática de que se hallaba revestido en el pasado siglo. Con el tiempo se gastan todas las declamaciones, los apodos fastidian, las continuas repeticiones fatigan; irrítase el ánimo con la intolerancia y la mala fe de los partidos, descúbrense el vacío de los sistemas, la falsedad de las opiniones, lo precipitado de los juicios, lo inexacto de los raciocínios; au-

dando el tiempo van publicándose datos que ponen de manifiesto las solapadas intenciones, lo engañoso de las palabras, la mezquindad de las miras, lo maligno y criminal de los proyectos; y al fin restablécese en su imperio la verdad, recobran las cosas sus propios nombres, toma otra direccion el espíritu público, y lo que antes se encontraba inocente y generoso, preséntase como culpable y villano; y rasgados los fementidos disfraces, muéstrase la mentira, rodeada de aquel descrédito, que debiera haber sido siempre su único patrimonio.

Las ideas irreligiosas, como todas aquellas que pululan en sociedades muy adelantadas, no quisieron, ni pudieron mantenerse en el recinto de la especulacion, é invadiendo los dominios de la práctica, quisieron señorear todos los ramos de administracion y de política. El trastorno que ellas debian producir en la sociedad debia ser fatal á ellas mismas, porque no hay cosa que ponga mas de manifiesto los defectos y vicios de un sistema, y sobre todo que mas desengañe á los hombres, que la piedra de toque de la experiencia. Yo no sé que facilidad tiene nuestro entendimiento para concebir un objeto bajo muchos aspectos, y que fecundidad funesta para apoyar con un sin número de sofismas las mayores extravagancias; pues que en tratándose de apelar á la mera disputa, apenas puede la razon desentenderse de las cavilaciones del sofisma. Pero en llegando á la experiencia,

todo cambia: el ingenio enmudece, solo hablan los hechos; y si la experiencia se ha hecho en grande, y sobre objetos de mucho interés ó de alta importancia, difícil es que pueda ofuscarse con especiosas razones la convincente elocuencia de los resultados. Y de aquí es que observamos á cada paso que un hombre que haya adquirido grande experiencia, llega á poseer cierto tacto tan delicado y seguro, que á la sola exposicion de un sistema, señala con el dedo todos sus inconvenientes: la inexperiencia fogosa y confiada, apela á las razones, al aparato de doctrinas, pero el buen sentido, el precioso, el raro, el inapreciable buen sentido, menea cuerdamente la cabeza, encoje tranquilamente los hombros, y dejando escapar una lijera sonrisa, abandona seguro sus predicciones á la prueba del tiempo.

No es necesario ponderar ahora los resultados que han tenido en la práctica aquellas doctrinas cuya divisa era la incredulidad; tanto se ha dicho ya sobre esto, que quien emprenda el tocarlo de nuevo, corre mucho riesgo de pasar plaza de insulso declamador. Bastará decir, que aun aquellos hombres, que por principios, por intereses, recuerdos, ú otras causas, como que pertenecen aun al siglo pasado, se han visto precisados á modificar sus doctrinas, á limitar los principios, á paliar las proposiciones, á retocar los sistemas, á templar el calor y el arrebato de las invectivas; y que queriendo dar

una muestra de su aprecio y veneracion á aquellos escritores que formaron las delicias de su juventud, dicen con indulgente tono « que aquellos hombres eran grandes sabios, pero que eran sabios de gabinete :» como si en tratándose de hechos y de práctica, lo que se llama sabiduría de mero gabinete, no fuese una peligrosa ignorancia.

Como quiera, lo cierto es que de estos ensayos ha resultado el provecho de desacreditarse la irreligion como sistema; y que los pueblos la miran sino con horror, al menos con desvío y desconfianza. Los trabajos científicos provocados en todos ramos por la irreligion, que con locas esperanzas habia creido que los cielos dejarian de contar la gloria del Señor, que la tierra desconoceria á aquel que le dió su cimiento, y que la naturaleza toda levantaría su testimonio contra Dios que le dió el ser y la animó con la vida, han hecho desaparecer el divorcio que con escándalo se iba introduciendo entre la Religion y las ciencias; y los acentos del antiguo hombre de la tierra de Hus, se ha visto que podian resonar sin desdoro del saber, en la boca de los sabios del siglo XIX. ¿Y qué diremos del triunfo de la Religion en todo lo que existe de bello, de tierno, y de sublime sobre la tierra? ¡Cuán grande se ha manifestado en este triunfo la accion de la Providencia! Cosa admirable! en todas las grandes crisis de la sociedad esa mano misteriosa que

rige los destinos del universo, tiene como en reserva á un hombre extraordinario; llega el momento, el hombre se presenta, marcha, él mismo no sabe á donde, pero marcha con paso firme á cumplir el alto destino que el Eterno le ha señalado en la frente.

El ateismo anegaba la Francia en un piélago de sangre, y de lágrimas, y un hombre desconocido atraviesa en silencio las mares: mientras el soplo de la tempestad despedaza las velas de su navío, él escucha absorto el bramar del huracan, y contempla abismado la majestad del firmamento. Extraviado por las soledades de América pregunta á las maravillas de la creacion el nombre de su Autor, y el trueno le contesta en el confin del desierto, las selvas le responden con sordo mujido, y la bella naturaleza con cántis de amor y de armonía. La vista de una cruz solitaria le revela misteriosos secretos, la huella de un misionero desconocido le inspira grandes recuerdos que enlazan el nuevo mundo con el mundo antiguo; un monumento arruinado, una choza salvage, le excitan aquellos grandes pensamientos que penetran hasta el fondo de la sociedad y del corazon del hombre. Embriagado con los sentimientos que le ha sugerido la grandeza de tales expectáculos, llena su mente de conceptos sublimes, y rebosando su pecho de la dulzura que han producido en él los encantos de tanta belleza, pisa de nuevo el suelo de su patria. Y ¿qué encuentra

allí? la huella ensangrentada del ateismo, las ruinas y cenizas de los antiguos templos, ó devorados por el fuego, ó desplomados á los golpes de bárbaro martillo; sepulcros numerosos que encierran los restos de tantas víctimas inocentes, y que poco antes ofrecieran en su lobreguez un asilo oculto al cristiano perseguido. Nota sin embargo un movimiento, ve que la Religion quiere descender de nuevo sobre la Francia, como un pensamiento de consuelo para aliviar un infortunio, como un soplo de vida para reanimar un cadáver: desde entónces oye por todas partes un concierto de célica armonía; se agitan, rebullen en su grande alma las inspiraciones de la meditacion y de la soledad, y enagenado y extático canta con lengua de fuego las bellezas de la Religion, revela las delicadas y hermosas relaciones que tiene con la naturaleza, y hablando un lenguage superior y divino muestra á los hombres asombrados la misteriosa cadena de oro que une el Cielo con la tierra; era *Chateaubriand*.

Sin embargo, es preciso confesarlo, un vértigo como se ha introducido en las ideas no se remedia con poco tiempo; y no es fácil que desaparezca sin grandes trabajos la huella profunda que ha debido dejar la irreligion con sus estragos. Los ánimos, es verdad, van cansados del sistema de irreligion, un desazon general agita la sociedad; ella ha perdido su equilibrio, la familia ha sentido aflojar sus lazos y el individuo

suspira por un rayo de luz, por una gota de consuelo y esperanza. Pero ¿donde hallará el mundo el apoyo que le falta? ¿Sguirá el buen camino, el único, cual es entrar de nuevo en el redil de la Iglesia Católica. ¡Ah! Solo Dios es el dueño de los secretos del porvenir, solo él mira desplegados con toda claridad delante de sus ojos los grandes acontecimientos que se preparan sin duda á la humanidad, solo él sabe cuál será el resultado de esa actividad y energía que vuelve á apoderarse de los espíritus en el exámen de las grandes cuestiones sociales y religiosas, solo él sabe cual será el fruto que recogerán las generaciones venideras de los triunfos conseguidos por la Religion, en las bellas artes, en la literatura, en las ciencias, en la política, en todos los ramos por donde se explaya el humano entendimiento.

Nosotros débiles mortales que arrastrados rápidamente por el precipitado curso de las revoluciones y trastornos, tenemos apenas el tiempo necesario para dar una fugaz ojeada al caos en que está envuelto el pais que atravesamos, ¿qué podrémos decir que tenga alguna prenda de acierto? solo podemos asegurar que es una época de inquietud, de agitacion, de transicion; que multiplicados escarmientos y repetidos desengaños, fruto de espantosos trastornos y de inauditas catástrofes, han difundido por todas partes el descrédito de las doctrinas irreligiosas y desorganizadoras, sin que por esto haya to-

mado en su lugar el debido ascendiente la verdadera Religion ; que el corazon fatigado de tantos infortunios se abre de buen grado á la esperanza , sin que el entendimiento deje de contemplar grande incertidumbre en el porvenir, y de columbrar tal vez una nueva cadena de calamidades. Merced á las revoluciones, al vuelo de la industria, á la actividad y extension del comercio, al adelanto y expansion prodigiosa de la imprenta, á los adelantos científicos, á la facilidad, rapidez y amplitud de las comunicaciones, al gusto de los viages, á la accion disolvente del Protestantismo, de la incredulidad y del escepticismo, presenta en la actualidad el espíritu humano una de aquellas fases singulares, que forman época en su historia.

El entendimiento, la fantasía, el corazon, se hallan en estado de grande agitacion, de movilidad, de desorrollo; presentando al propio tiempo los contrastes mas singulares, las extravagancias mas ridículas, y hasta las contradicciones mas absurdas.

Observad las ciencias, y sin notar en su estudio aquellos trabajos prolijos, aquella paciencia incansable, aquella marcha pausada y detenida que caracterizan los estudios de otras épocas, descúbrese sin embargo un espíritu de observacion, un prurito de generalizar, de alzar las cuestiones á un punto de vista elevado y transcendente, y sobre todo un afan de tratar todas las ciencias bajo aquel aspecto en que se

dividen los puntos de contacto que entre sí tienen, los lazos que las hermanan, y los canales por donde se comunican recíprocamente la luz.

Las cuestiones de religion, de política, de moral, de legislacion, de economía, todas van enlazadas, marchan de frente, dándose al horizonte científico un grandor, una inmensidad, que no habia jamas alcanzado. Este adelanto, este abuso, ó este caos si se quiere, es un dato que no debe despreciarse cuando se estudia el espíritu de la época, cuando se examina su situacion religiosa; pues que no es la obra de ningun hombre aislado, no es un efecto casual, es el resultado de un sinnúmero de causas que han conducido la sociedad á este punto, es un grande hecho, fruto de otros hechos, es una espresion del estado intelectual en la actualidad, es un síntoma de fuerzas y de enfermedades, un anuncio de transicion y de mudanza, tal vez una señal consoladora, tal vez un funesto presagio. ¿Y quién no ha notado el vuelo que va tomando la fantasía, y la prodigiosa expansion de los sentimientos en esa literatura tan varia, tan irregular, tan fluctuante, pero al propio tiempo tan rica de hermosísimos cuadros, rebosante de sentimientos delicadísimos, y embutida de pensamientos atrevidos y generosos? Dígase lo que se quiera del abatimiento de las ciencias, del descaecimiento de los estudios, nómbrense con tono mofador *las luces del siglo*, vuélvase la vista dolorida hácia tiempos mas estudiosos,

mas sabios, mas eruditos; en esto habrá sus verdades, sus falsedades, sus exageraciones, como acontece siempre en declamaciones semejantes; pero no podrá negarse, que sea lo que fuere de la utilidad de sus trabajos, tal vez nunca habia desplegado el espíritu humano semejante actividad y energía, tal vez nunca se le habia visto agitado con un movimiento tan vivo, tan general, tan variado, tal vez nunca como ahora se habrá deseado con tan escasable curiosidad é impaciencia, el levantar una punta del velo que encubre un inmenso porvenir.

¿Quién dominará tan opuestos y poderosos elementos? ¿quién podrá restablecer el sosiego en ese piélago combatido por tantas borrascas? ¿Quién podrá dar union, enlace, consistencia para formar un todo compacto, capaz de resistir á la accion de los tiempos, ¿quién podrá darlo á esos elementos que se rechazan con tanta fuerza, que luchan sin cesar, estallando con detonaciones horrorosas? ¿será el Protestantismo, con su principio fundamental, será asentando, difundiendo, acreditando el principio disolvente del espíritu privado en materias religiosas, y realizando este pensamiento con derramar á manos llenas entre todas las clases de la sociedad los ejemplares de la Biblia?

Sociedades inmensas, orgullosas con su poderío, engreidas de su saber, disipadas por los placeres, rafinadas con el lujo, expuestas de contínuo á la poderosa accion de la imprenta,

disponiendo de unos medios de comunicacion que hubieran parecido fabulosos á nuestros mayores; donde todas las grandes pasiones encuentran su objeto, todas las intrigas una sombra, toda corrupcion un velo, todo crímen un título, todo error un intérprete, todo interés un pábulo, trocados los nombres, socavados todos los cimientos; cargadas de escarmientos y desengaños, flotando entre la verdad y la mentira con horrorosa incertidumbre, dando de vez en cuando una mirada á la antorcha de la verdad para seguir sus resplandores, y contentándose luego con fugaces vislumbres, haciendo como un esfuerzo para dominar la tormenta, y abandonándose luego á merced de los vientos y de las ondas, presentan las sociedades modernas un cuadro tan extraordinario como interesante, donde pueden campear con toda amplitud y libertad, las esperanzas y temores, los pronósticos y conjeturas, pero sin que sea dable lisonjearse de acierto, sin que el hombre sensato pueda tomar mas cuerdo partido, que esperar en silencio el desenlace que está señalado en los arcanos del Señor, á cuyos ojos están desplegados con toda claridad los sucesos de todos los tiempos, y los futuros destinos de los pueblos.

Pero sí que se alcanza fácilmente, que siendo como es el Protestantismo disolvente por su propia naturaleza, nada puede producir en el órden moral y religioso que pueda ser en pro de la felicidad de los pueblos; ya que esta felicidad no

puede existir estando en continua guerra los entendimientos con respecto á las mas altas é importantes cuestiones que ofrecerse puedan al espíritu humano.

Cuando en medio de ese tenebroso caos donde vagan tantos elementos, tan diferentes, tan opuestos, y tan poderosos, que luchando de contínuo, se chocan, se pulverizan y se confunden, busca el observador un punto luminoso de donde puede venir una ráfaga que alumbre al mundo, una idea robusta que enfrenando tanto desórden y anarquía se enseñoree de los entendimientos, y los devuelva al camino de la verdad, ocurre desde luego el Catolicismo como el único manantial de tantos bienes: y al ver cual se sostiene aun con brillantez y pujanza á pesar de los inauditos esfuerzos que se están haciendo todos los dias para aniquilarle, llénase de consuelo el corazon, y brotando en él la esperanza, parece que le convida á saludar á esa Religion divina felicitándola por el nuevo triunfo que va á adquirir sobre la tierra.

Hubo un tiempo en que inundada la Europa por una nube de bárbaros, vió desplomarse de un golpe todos los monumentos de la antigua civilizacion y cultura: los legisladores con sus leyes, el imperio con su brillo y poderío, los sabios con las ciencias, las artes con sus monumentos, todo se hundió: y esas inmensas regiones donde florecian poco ántes toda la civilizacion y cultura que habian adquirido los pue-

blos por espacio de muchos siglos, viéronse sumidas de repente en la ignorancia y en la barbarie. Pero la brillante centella de luz arrojada sobre el mundo desde la Palestina, continuaba fulgurando aun en medio del caos: en vano se levantó la espesa polvaréda que amagaba envolverla en las tinieblas; alimentada por el soplo del Eterno continuaba resplandeciendo; pasaron los siglos, fué extendiendo su órbita brillante, y los pueblos que tal vez no pensaban que pudiera servirles de mas que de una guia para marchar sin tropiezo por entre la oscuridad, viéronla presentarse como sol resplandeciente esparciendo por todas partes la luz y la vida.

¿Y quién sabe si en los arcanos del Eterno no le está reservado otro triunfo mas difícil y no menos saludable y brillante? Instruyendo la ignorancia, civilizando la barbarie, puliendo la rudeza, amansando la ferocidad, preservó á la sociedad de ser víctima, tal vez para siempre, de la brutalidad mas atroz, y de la estupidez mas degradante? ¿pero qué timbre mas glorioso para ella, si rectificando las ideas, centralizando y purificando los sentimientos, asentando los eternos principios de toda sociedad, enfrenando las pasiones, templando los enconos, cercenando las demasías, y señoreando todos los entendimientos y voluntades, pudiera levantarse como una reguladora universal, que estimulando todo linage de conocimientos y adelantos, inspirára la debida templanza á esta sociedad

agitada con tanta furia por tan poderosos elementos, que privados de un punto céntrico y atrahente, la están de continuo amenazando con la disolucion y la muerte?

No es dado al hombre penetrar en el porvenir; pero el mundo físico se disolvería con espantosa catástrofe, si faltase por un momento el principio fundamental que da unidad, órden y concierto á los variados movimientos de todos los sistemas; y si la sociedad llena como está de movimiento, de comunicacion y de vida, no entra bajo la direccion de un principio regulador, universal y constante, al fijar la vista sobre la suerte de las generaciones venideras, el corazon tiembla, y la mente se anubla.

Hay empero un hecho sumamente consolador, y es el admirable progreso que hace el Catolicismo en varios paises. En Francia y en Bélgica se robustece; en el norte de Europa parece que se le teme, cuando de tal manera se le combate; en Inglaterra, es tanto lo que ha ganado en menos de medio siglo, que sería increible sino constára en datos irrecusables; y en sus misiones vuelve á manifestarse tan emprendedor y fecundo, que nos recuerda los tiempos de su mayor ascendiente y poderío.

Y cuando los otros pueblos tienden á la unidad, ¿podria prevalecer el desbarro de que nosotros nos encamináramos al cisma? cuando los demas pueblos se alegrarian infinito de que subsistiera entre ellos algun principio vital que

pudiese restablecerles las fuerzas que les ha quitado la incredulidad, España que conserva el Catolicismo, y todavía solo, todavía poderoso, admitiría en su seno ese gérmen de muerte, que la imposibilitaría de recobrarse de sus dolencias, que aseguraría á no dudarlo su completa ruina? En esa regeneracion moral á que aspiran los pueblos, anhelantes por salir de la posicion angustiosa en que los colocaron las doctrinas irreligiosas, ¿será posible que no se quiera parar la atencion en la inmensa ventaja que la España lleva á muchos de ellos, por ser uno de los menos tocados de la gangrena de la irreligion, y por conservar todavía la unidad religiosa, inestimable herencia de una larga serie de siglos? ¿Será posible que no se advierta lo que puede ser esa unidad si la aprovechamos cual merece; esa unidad que se enlaza con todas nuestras glorias, que dispierta tan bellos recuerdos, y que tan admirablemente podria servir para elemento de regeneracion en el órden social?

Si se pregunta lo que pienso sobre la proximidad del peligro, y si las tentativas que están haciendo los protestantes para este efecto, tienen alguna probalidad de resultado, responderé con alguna distincion. El Protestantismo es profundamente débil, ya por su naturaleza, y ademas por ser viejo y caduco; tratando de introducirse en España ha de luchar con un adversario lleno de vida y robustez, y que está muy arrai-

*

gado en el país: y por esta causa, y bajo este aspecto, no puede ser temible su accion. Pero ¿quién impide que si llegase á establecerse en nuestro suelo, por mas reducido que fuera su dominio, no causára terribles resultados?

Por de pronto salta á la vista que tendríamos otra manzana de discordia, y no es difícil columbrar las colisiones que ocasionaría á cada paso. Como el Protestantismo en España, á mas de su debilidad intrínseca, tendria la que le causára el nuevo clima en que se hallaría tan falto de su elemento, viérase forzado á buscar sosten arrimándose á cuanto le alargase la mano; entónces es bien claro que serviría cuando menos, como un punto de reunion para los descontentos; y ya que se apartase de su objeto, fuera cuando menos un núcleo de nuevas facciones, una bandera de pandillas. Escándalos, rencores, desmoralizacion, disturbios, y quizás catástrofes, he aquí el resultado inmediato, infalible de introducirse entre nosotros el Protestantismo: apelo á la buena fe de todo hombre que conozca medianamente al pueblo español.

Pero no está todo aquí; la cuestion se ensancha y adquiere una importancia incalculable, si se la mira en sus relaciones con la política extrangera. ¿Qué palanca tendria entónces para causar en nuestra desgraciada patria toda clase de sacudimientos? ¡Oh! ¡y cómo se asiria ávidamente de ella! ¡cómo trabaja quizás para buscar un punto de apoyo! Hay en Europa

una nacion temible por su inmenso poderío, respetable por su mucho adelantamiento en las ciencias y artes, y que teniendo á la mano grandes medios de accion por todo el ámbito de la tierra, sabe desplegarlos con una sagacidad y astucia verdaderamente admirables. Habiendo sido la primera de las naciones modernas en recorrer todas las fases de una revolucion religiosa y política, y que en medio de terribles trastornos contemplára las pasiones en toda su desnudez, y el crímen en todas sus formas, se aventaja á las otras en el conocimiento de toda clase de resortes; al paso que fastidiada de vanos nombres con que en esas épocas suelen encubrirse las pasiones mas viles, y los intereses mas mezquinos, tiene sobrado embotada su sensibilidad para que puedan fácilmente excitarse en su seno las tormentas que á otros paises los inundan de sangre y de lágrimas. No se altera su paz interior en medio de la agitacion y del acaloramiento de las discusiones; y aunque no deje de columbrar en un porvenir mas ó menos lejano, las espinosas situaciones que podrian acarrearle gravísimos apuros, disfruta entretanto de aquella calma que le aseguran su constitucion, sus hábitos, sus riquezas, y sobre todo el Océano que la ciñe. Colocada en posicion tan ventajosa, acecha la marcha de los otros pueblos, para uncirlos á su carro con doradas cadenas, si tienen candor bastante para escuchar sus halagüeñas palabras; ó al menos

procura embarazar su marcha y atajar sus progresos, en caso que con noble independencia traten de emanciparse de su influjo. Atenta siempre á engrandecerse por medio de las artes y comercio, con una política mercantil en grado eminente, cubre no obstante la materialidad de los intereses con todo linage de velos; y si bien cuando se trata de los demas pueblos es indiferente del todo á la religion é ideas políticas, sin embargo se vale diestramente de tan poderósas armas para procurarse amigos, desbaratar á sus adversarios, y envolverlos á todos en la red mercantil que tiene de contínuo tendida sobre los cuatro ángulos de la tierra.

No es posible que se escape á su sagacidad, lo mucho que tendria adelantado para contar á España en el número de sus colonias, si pudiese lograr que el pueblo español fraternizase con ella en ideas religiosas; no tanto por la buena correspondencia que semejante fraternidad promovería entre ambos pueblos, como porque sería este el medio seguro para que el pueblo español perdiese del todo ese carácter singular, esa fisonomía austera que le distingue de todos los otros pueblos, olvidando la única idea nacional y regeneradora que ha permanecido en pié en medio de tan espantosos trastornos; quedando así susceptible de toda clase de impresiones agenas, y dúctil y flexible en todos los sentidos que pudiera convenir á las interesadas miras de los solapados protectores.

No lo olvidemos: no hay nacion en Europa que conciba sus planes con tanta prevision, que los prepare con tanta astucia, que los ejecute con tanta destreza, ni que los lleve á cabo con igual tenacidad. Como despues de las profundas revoluciones que la trabajaron, ha permanecido en un estado regular desde el último tercio del siglo XVII, y enteramente extraña á los trastornos sufridos en este período por los demas pueblos de Europa, ha podido seguir un sistema de política concertado, así en lo interior como en lo exterior; y de esta manera sus hombres de gobierno han podido formarse mas plenamente, heredando los datos y las miras que guiaron á los antecesores. Conocen sus gobernantes cuan precioso es estar de antemano apercibidos para todo evento; y así no descuidan escudriñar á fondo que es lo que hay en cada nacion que los pueda ayudar ó contrastar; saliendo de la órbita política penetran en el corazon de la sociedad sobre la cual se proponen influir; y rastrean allí cuales son las condiciones de su existencia, cual es su principio vital, cuales las causas de su fuerza y energía. Era en el otoño de 1805, y daba Pitt una comida de campo; á la que asistían varios de sus amigos. Llególe entretanto un pliego en que se le anunciaba la rendicion de Mack en Ulma con 40000, y la marcha de Napoleon sobre Viena. Comunicó la funesta noticia á sus amigos, quienes al oirla exclamaron: «todo está perdido, ya no hay

remedio contra Napoleon.» «Todavía hay remedio, replicó Pitt, todavía hay remedio, si consigo levantar una guerra nacional en Europa, y esta guerra ha de comenzar en España.» «Sí señores, añadió despues, la España será el primer pueblo donde se encenderá esa guerra patriótica que solo puede libertar á Europa.»

Tanta era la importancia que daba ese profundo estadista á la fuerza de una idea nacional, tanto era lo que de ella esperaba; nada menos que hacer lo que no podian todos los esfuerzos de todos los gabinetes de Europa, derrocar á Napoleon, libertar á Europa. No es raro que la marcha de las cosas traiga combinaciones tales que las mismas ideas nacionales que un dia sirvieron de poderoso auxiliar á las miras de un gabinete, le salgan otro dia al paso, y le sean un poderoso obstáculo: y en tal caso lejos de fomentarlas y avivarlas, lo que le interesa es sufocarlas. Lo que puede salvar á una nacion libertándola de interesadas tutelas, y asegurándole su verdadera independencia, son ideas grandes y generosas, arraigadas profundamente entre los pueblos; son los sentimientos grabados en el corazon por la accion del tiempo, por la influencia de instituciones robustas, por la antigüedad de los hábitos, y de las costumbres; es la unidad de pensamiento religioso que hace de un pueblo un solo hombre. Entónces lo pasado se enlaza con lo presente, y lo presente se extiende al por venir;

entónces brotan á porfía en el pecho aquellos arranques de entusiasmo manantial de acciones grandes ; entónces hay desprendimiento, energía, constancia, porque hay en las ideas fijeza y elevacion, porque hay en los corazones generosidad y grandeza.

No fuera imposible que en alguno de los vaivenes que trabajan á esta nacion desventurada, tuviéramos la desgracia de que se levantasen hombres bastante ciegos para ensayar la insensata tentativa de introducir en nuestra patria la religion protestante. Estamos demasiado escarmentados para dormir tranquilos; y no se han olvidado sucesos que indican á las claras hasta donde se hubiera ya llegado algunas veces, sino se hubiera reprimido la audacia de ciertos hombres con el imponente desagrado de la inmensa mayoría de la nacion. Y no es que se conciban siquiera posibles las violencias del reinado de Henrique VIII; pero sí, que podría suceder que aprovechándose de una fuerte ruptura con la Santa Sede, de la terquedad y ambicion de algunos eclesiásticos, del pretexto de aclimatar en nuestro suelo el espíritu de tolerancia, ó de otros motivos semejantes, se tantease con este ó aquel nombre, que esto poco importa, el introducir entre nosotros las doctrinas protestantes.

Y no sería por cierto la tolerancia la que se nos importaría del extrangero; pues que esta ya existe de hecho, y tan amplia, que segura-

mente nadie recela de ser perseguido, ni aun molestado por sus opiniones religiosas: lo que se nos traería y se trabajaría por plantear, fuera un nuevo sistema religioso, pertrechándole de todo lo necesario para alcanzar predominio, y para debilitar, ó destruir si fuera posible, el Catolicismo. Y mucho me engaño si en la ceguedad y rencor que han manifestado algunos de nuestros hombres, que se dicen de gobierno, no encontrase en ellos decidida proteccion el nuevo sistema religioso, una vez le hubiéramos admitido. Cuando se trataría de admitirle, se nos presentaría quizas el nuevo sistema en ademan modesto, reclamando tan solo habitacion, en nombre de la tolerancia y de la hospitalidad; pero bien pronto le viéramos acrecentar su osadía, reclamar derechos, extender sus pretensiones, y disputar á palmos el terreno á la Religion Católica. Resonáran entónces con mas y mas vigor aquellas rencorosas y virulentas declamaciones que tan fatigados nos traen por espacio de algunos años: esos ecos de una escuela que delira porque está por expirar. El desvío con que mirarian los pueblos á la pretendida Reforma, sería á no dudarlo, culpado de rebeldía, las pastorales de los Obispos serían calificadas de insidiosas sugestiones, el celo fervoroso de los Sacerdotes católicos acusado de provocacion sediciosa, y el concierto de los católicos para preservarse de la infeccion, sería denunciado como una conjuracion

diabólica urdida por la intolerancia y el espíritu de partido, y confiada en su ejecucion á la ignorancia y al fanatismo.

En medio de los esfuerzos de los unos y de la resistencia de los otros, viéramos mas ó menos parodiadas escenas de tiempos que pasaron ya; y si bien el espíritu de templanza que es uno de los caractéres del siglo impediría que se repitiesen los excesos que mancharon de sangre los fastos de otras naciones, no dejarian sin embargo de ser imitados. Porque es menester no olvidar que en tratándose de Religion no puede contarse en España con la frialdad é indiferencia que en caso de un conflicto manifestarian en la actualidad otros pueblos: en estos han perdido los sentimientos religiosos mucho de su fuerza, pero en España son todavía muy hondos, muy vivos, muy enérgicos: y el dia que se los combatiria de frente, abordando las cuestiones sin rebozo, sentiríase un sacudimiento tan universal como recio. Hasta ahora, si bien es verdad que en objetos religiosos se han presenciado lamentables escándalos, y hasta horrorosas catástrofes, no ha faltado nunca un disfraz que mas ó menos transparente encubría empero algun tanto la perversidad de las intenciones. Unas veces ha sido el ataque contra esta ó aquella persona, á quien se han achacado maquinacioncs políticas; otras contra determinadas clases acusadas de crímenes imaginarios; tal vez se ha desbordado la revolucion, y se ha

dicho que era imposible contenerla, y que los atropellamientos, los insultos, los escarnios de que ha sido objeto lo mas sagrado que hay en la tierra, eran efectos inevitables, tratándose de un populacho desenfrenado: aquí mediaba siempre un disfraz, y un disfraz poco ó mucho siempre cubre; pero cuando se viesen atacados de propósito, á sangre fria, todos los dogmas del Catolicismo, despreciados los puntos mas capitales de la disciplina, ridiculizados los misterios mas augustos, escarnecidas las ceremonias mas sagradas, cuando se viera levantar un templo contra otro templo, una cátedra contra otra cátedra, ¿qué sucederia? Es innegable que se exasperarían los ánimos hasta el extremo, y si no resultaban, como fuéra de temer estrepitosas explosiones, tomarian al menos las controversías religiosas un carácter tan violento, que nos creeríamos trasladados al siglo XVI.

Siendo tan frecuente entre nosotros que los principios dominantes en el órden político son enteramente contrarios á los dominantes en la sociedad, sucedería á menudo que el principio religioso rechazado por la sociedad encontraría su apoyo en los hombres influyentes en el órden político: reproduciéndose con circunstancias agravantes el triste fenómeno que tantos años ha estamos presenciando, de querer los gobernantes torcer á viva fuerza el curso de la sociedad. Esta es una de las diferencias mas capitales entre nuestra revolucion y la de otros paises;

esta es la clave para explicar chocantes anomalías: allí las ideas de revolucion se apoderaron de la sociedad, y se arrojaron en seguida sobre la esfera política; aqui se apoderaron primero de la esfera política y trataron en seguida de bajar á la esfera social; la sociedad estaba muy distante de hallarse preparada para semejantes innovaciones, y por esto han sido indispensables tan rudos y repetidos choques.

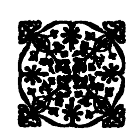
De esa falta de armonía ha resultado que el gobierno en España ejerce sobre los pueblos muy escasa influencia, entendiendo por influencia aquel ascendiente moral que no necesita andar acompañado de la idea de la fuerza. No hay duda que esto es un mal, porque tiende á debilitar el poder, necesidad imprescindible para toda sociedad; pero no han faltado ocasiones en que ha sido un gran bien; porque no es poca fortuna cuando un gobierno es liviano é insensato el que se encuentre con una sociedad mesurada y cuerda, que mientras aquel corre á precipitarse desatentado, vaya esta marchando con paso sosegado y majestuoso. Mucho hay que esperar del buen instinto de la nacion española, mucho hay que prometerse de su proverbial gravedad, aumentada ademas con tanto infortunio; mucho hay que prometerse de ese tino que le hace distinguir tan bien el verdadero camino de su felicidad, y que la vuelve sorda á las insidiosas sugestiones con que se ha tratado de extraviarla. Si van ya muchos años

que por una funesta combinacion de circunstancias, y por la falta de armonía entre el órden político y el social, no acierta á darse un gobierno que sea su verdadera expresion, que adivine sus instintos, que siga sus tendencias, que la conduzcà por el camino de la prosperidad, esperanza alimentamos de que ese dia vendrá, y de que brotará del seno de esa sociedad rica de vida y de porvenir, esa misma armonía que le falta, ese equilibrio que ha perdido. Entretanto es altamente importante que todos los hombres que sienten latir en su pecho un corazon español, que no se complazcan en ver desgarradas las entrañas de su patria, se reunan, se pongan de acuerdo, obren concertados para impedir el que prevalezca el genio del mal, alcanzando á esparcir en nuestro suelo una semilla de eterna discordia, añadiendo esa otra calamidad á tantas otras calamidades, y ahogando los preciosos gérmenes de donde puede rebrotar lozana y brillante nuestra civilizacion remozada, alzándose del abatimiento y postracion en que la sumieran circuntancias aciagas.

¡Ah! oprímese el alma con angustiosa pesadumbre, al solo pensamiento de que pudiera venir un dia en que desapareciese de entre nosotros esa unidad religiosa, que se identifica con nuestros habitos, nuestros usos, nuestras costumbres, nuestras leyes, que guarda la cuna de nuestra monarquía en la cueva de Covadon-

ga, que es la enseña de nuestro estandarte en una lucha de ocho siglos con el formidable poder de la Media Luna, que desenvuelve lozanamente nuestra civilizacion en medio de tiempos tan trabajosos, que acompaña á nuestros terribles tercios cuando imponian silencio á la Europa, que conduce á nuestros marinos al descubrimiento de nuevos mundos, á dar los primeros la vuelta á la redondez del globo, que alienta á nuestros guerreros al llevar á cabo conquistas heróicas, y que en tiempos mas recientes sella el cúmulo de tantas y tan grandiosas hazañas derrocando á Napoleon. Vosotros que con precipitacion tan liviana condenais las obras de los siglos, que con tanta avilantez insultais á la nacion española, que tiznais de barbarie y oscurantismo el principio que presidió á nuestra civilizacion ¿sabéis á quien insultais? ¿sabéis quién inspiró al genio del gran Gonzalo, de Hernan Cortés, de Pizarro, del Vencedor de Lepanto? Las sombras de Garcilazo, de Herrera, de Ercilla, de Fray Luis de Leon, de Cervantes, de Lope de Vega, no os infunden respeto? ¿Osaréis pues quebrantar el lazo que á ellos nos une, y hacernos indigna prole de tan esclarecidos varones? ¿Quisiérais separar por un abismo nuestras creencias de sus creencias, nuestras costumbres de sus costumbres, rompiendo así con todas nuestras tradiciones, olvidando los mas embelesantes recuerdos, y haciendo que los grandiosos y augustos monumen-

tos que nos legó la religiosidad de nuestros antepasados, solo permanecieran entre nosotros, como una reprension la mas elocuente y severa? ¿Consentiríais que se cegasen los rieos manantiales á donde podemos acudir para resucitar la literatura, vigorizar la ciencia, reorganizar la legislacion, restablecer el espíritu de nacionalidad, restaurar nuestra gloria, y colocar de nuevo á esta nacion desventurada en el alto rango que sus virtudes merecen, dándole la prosperidad y la dicha que tan afanosa busca, y que en su corazon augura?



CAPITULO DECIMOTERCIO.

Parangonados ya bajo el aspecto religioso, el Catolicismo y el Protestantismo en el cuadro que acabo de trazar, y evidenciada la superioridad de aquel sobre este, no solo en lo concerniente á certeza, sino tambien en todo lo relativo á los instintos, á los sentimientos, á las ideas, al carácter del espíritu humano, será bien entrar ahora en otra cuestion no mas importante por cierto, pero sí menos dilucidada, y en que será preciso luchar con fuertes antipatías, y disipar considerable número de prevenciones y errores. En medio de las dificultades de que está erizada la empresa que voy á acometer, aliéntame una poderosa esperanza: y es que lo interesante de la materia, y el ser muy del gusto científico del siglo, convidará quizás á leer; obviándose de esta manera el peligro que suele amenazar á los que escriben en favor de la Religion Católica: son juzgados sin ser oidos. Hé

aquí pues la cuestion en sus precisos términos: *comparados el Catolicismo y el Protestantismo, ¿cuál de los dos es mas conducente para la verdadera libertad, para el verdadero adelanto de los pueblos, para la causa de la civilizacion?*

Libertad: esta es una de aquellas palabras tan generalmente usadas como poco entendidas; palabras que por envolver cierta idea vaga muy fácil de percibir, presentan la engañosa apariencia de una entera claridad, mientras que por la muchedumbre y variedad de objetos á que se aplican, son susceptibles de una infinidad de sentidos, haciéndose su comprension sumamente difícil. ¿Y quién podrá reducir á guarismo las aplicaciones que se hacen de la palabra *libertad?* Salvándose en todas ellas una idea que podríamos apellidar radical, son infinitas las modificaciones y graduaciones á que se la sujeta. Circula el aire con libertad, se despejan los alrededores de una planta paraque crezca y se extienda con libertad, se mondan los conductos de un regadío paraque el agua corra con libertad; al pez cogido en la red, al avecilla enjaulada se los suelta, y se les da libertad; se trata á un amigo con libertad; hay modales libres, pensamientos libres, expresiones libres, herencias libres, voluntad libre, acciones libres; no tiene libertad el encarcelado, carece de libertad el hijo de familia, tiene poca libertad una doncella, una persona casada ya no es libre, un hombre en tierra extraña se porta

con mas libertad, el soldado no tiene libertad; hay hombres libres de quintas, libres de contribuciones, hay votaciones libres, dictámenes libres, interpretacion libre, versificacion libre; libertad de comercio, libertad de enseñanza, libertad de imprenta, libertad de conciencia, libertad civil, libertad política, libertad justa, injusta, racional, irracional, moderada, excesiva, comedida, licenciosa, oportuna, inoportuna, mas ¿á qué fatigarse en la enumeracion, cuando es poco menos que imposible el dar cima á tan enfadosa tarea? Pero menester parecia detenerse algun tanto en ella, aun á riesgo de fastidiar al lector; quizas el recuerdo de ese fastidio podrá contribuir á grabar profundamente en el ánimo la saludable verdad, de que cuando en la conversacion, en los escritos, en las discusiones públicas, en las leyes, se usa tan á menudo esta palabra, aplicándola á objetos de la mayor importancia, es necesario reflexionar maduramente sobre el número y naturaleza de ideas que en el respectivo caso abarca, sobre el sentido que la materia consiente, sobre las modificaciones que las circunstancias demandan, sobre las precauciones y tino que las aplicaciones exigen.

Sea cual fuere la acepcion en que se tome la palabra libertad, échase de ver que siempre entraña en su significado *ausencia de causa que impida ó coarte el ejercicio de alguna facultad*: desprendiéndose de aquí, que para fijar en cada

caso el verdadero sentido de esa palabra, es indispensable atender á la naturaleza y circunstancias de la facultad cuyo uso se quiere impedir ó limitar, sin perder de vista los varios objetos sobre qúe versa, las condiciones de su ejercicio, como y tambien, el carácter, la eficacia, y la extension de la causa que para el efecto se empleare. Para aclarar la materia propongámonos formar juicio de esta proposicion: el hombre ha de tener libertad de pensar. Aquí se afirma que al hombre no se le ha de coartar el pensamiento. Ahora bien: ¿hablais de coartacion física ejercida inmediatamente sobre el mismo pensamiento? pues entónces es de todo punto inútil la proposicion; porque como semejante coartacion es imposible, vano es decir que no se la debe emplear. ¿Entendéis que no se debe coartar la expresion del pensamiento, es decir que no se ha de impedir ni restringir la libertad de manifestar cada cual lo que piensa? entónces habeis dado un salto inmenso: habeis colocado la cuestion en muy diferente terreno, y si no quereis significar que todo hombre, á todas horas, en todo lugar, pueda decir sobre cualquier materia cuanto le viniere á la mente, y del modo que mas le agradare, deberéis distinguir cosas, personas, lugares, tiempos, modos, condiciones, en una palabra, atender á mil y mil circunstancias, impedir del todo en unos casos, limitar en otros, ampliar en estos, restringir en aquellos, y asi tomaros tan largo

trabajo, sin que de nada os sirva el haber sentado en favor de la libertad del pensamiento, aquella proposicion tan general, con toda su apariencia de sencillez y claridad.

Aun penetrando en el mismo santuario del pensamiento, en aquella region donde no alcanzan las miradas de otro hombre, y que solo está patente á los ojos de Dios; ¿qué significa la libertad de pensar? ¿Es acaso que el pensamiento no tenga sus leyes á las que ha de sujetarse por precision, si no quiere sumirse en el caos? ¿puede despreciar la norma de una sana razon? ¿puede desoir los consejos del buen sentido? ¿puede olvidar que su objeto es la verdad? ¿puede desentenderse de los eternos principios de la moral?

Hé aquí como examinando lo que significa la palabra libertad, aun aplicándola á lo que seguramente hay de mas libre en el hombre como es el pensamiento, nos encontramos con tal muchedumbre y variedad de sentidos, que nos obligan á un sin número de distinciones, y nos llevan por necesidad á restringir la proposicion general, si algo queremos expresar que no esté en contradiccion con lo que dictan la razon y el buen sentido, con lo que prescriben las leyes eternas de la moral, con lo que demandan los mismos intereses del individuo, con lo que reclaman el buen órden y la conservacion de la sociedad. ¿Y qué no podria decirse de tantas otras libertades como se invocan de contínuo,

relaciones del Catolicismo con la civilizacion europea, si faltaba la paciencia que es menester en las prolijas investigaciones á que tal exámen conduce, al menos parecía del caso dar una mirada al estado de los paises, donde en siglos trabajosos no ejerció la Religion Católica todo su influjo, y compararlos con aquellos otros en que fué el principio dominante. El Oriente y el Occidente, ambos sujetos á grandes trastornos, ambos profesando el Cristianismo, pero de manera que el principio católico estuvo débil y vacilante allí, mientras estuvo robusto y profundamente arraigado entre los Occidentales, hubieran ofrecido dos puntos de comparacion muy á propósito para estimar lo que vale el Cristianismo sin el Catolicismo, cuando se trata de salvar la civilizacion y la existencia de las naciones. En Occidente los trastornos fueron repetidos y espantosos, el caos llegó á su complemento, y sin embargo del caos han brotado la luz y la vida. Ni la barbarie de los pueblos que inundaban estas regiones, y que adquirieron en ellas asiento, ni las furiosas y repetidas acometidas del Islamismo, aun cuando estaba en su mayor brio y pujanza, bastaron para que se ahogase el gérmen de una civilizacion rica y fecunda; en Oriente todo iba envejeciendo y caducando, nada se remozaba, y á los embates del ariete que nada habia podido contra nosotros, todo cayó. Ese poder espiritual de Roma, esa influencia en los negocios temporales, dieron por cierto

frutos muy diferentes de los que produjeron en semejantes circunstancias, sus rencorosos rivales.

Si un dia estuviese destinada la Europa á sufrir de nuevo algun espantoso y general trastorno, ó por un desborde universal de las ideas revolucionarias, ó por alguna violenta irrupcion del pauperismo sobre los poderes sociales y sobre la propiedad; si ese coloso que se levanta en el Norte en un trono asentado entre eternas nieves, teniendo en su cabeza la inteligencia y en su mano la fuerza ciega, que dispone á la vez de los medios de la civilizacion y de la barbarie, cuyos ojos van recorriendo de contínuo el Oriente, el Mediodia y el Occidente, con aquella mirada codiciosa y astuta, señal característica que nos presenta la historia en todos los imperios invasores; si acechado el momento oportuno se arrojase á una tentativa sobre la independencia de Europa, entónces quizás se veria una prueba de lo que vale en los grandes apuros el principio católico; entónces se palparia el poder de esa unidad proclamada y sostenida por el Catolicismo; entónces recordando los siglos medios se veria una de las causas de la debilidad del Oriente y de la robustez del Occidente, entónces se recordaria un hecho que aunque es de ayer, empieza ya á olvidarse, y es que el pueblo contra cuyo denodado brio se estrelló el poder de Napoleon, era el pueblo proverbialmente católico. Y ¿quién sabe si en los

atentados cometidós en Rusia contra el Catolicismo, atentados que ha deplorado en sentido lenguage el Vicario de Jesucristo, quién sabe si influye el secreto presentimiento, ó quizás la prevision, de la necesidad de debilitar aquel sublime poder, que en tratándose de la causa de la humanidad, ha sido en todas épocas el núcleo de los grandes esfuerzos? Pero volvamos al intento.

No puede negarse que desde el siglo XVI se ha mostrado la civilizacion europea muy lozana y brillante; pero es un error atribuir ese fenómeno al Protestantismo. Para examinar la influencia y eficacia de un hecho no se han de mirar tan solo los sucesos que han venido despues de él; se ha de considerar si estos sucesos estaban ya preparados, si son algo mas que un resultado necesario de hechos anteriores: conviene no hacer aquel raciocinio que notan de sofístico los dialécticos: *despues de esto luego por esto*; *post hoc ergo propter hoc*. Sin el Protestantismo, y antes del Protestantismo, estaba ya muy adelantada la civilizacion europea por los trabajos é influencia de la Religion Católica; y la grandeza y esplendor que sobrevinieron despues, no se desplegaron á causa del Protestantismo, sino á pesar del Protestantismo.

Al estravío de ideas en esta materia ha contribuido no poco el estudio poco profundo que se ha hecho del Cristianismo, el haberse con-

tentado no pocas veces con una mirada superficial sobre los principios de fraternidad que él tanto recomienda, sin entrar en el debido exámen de la historia de la Iglesia. Para comprender á fondo una institucion, no basta pararse en sus ideas mas capitales; es necesario seguirle tambien los pasos, ver como va realizando esas ideas, como triunfa de los obstáculos que le salen al encuentro. Nunca se formará concepto cabal sobre un hecho histórico, sino se estudia detenidamente su historia; y el estudio de la historia de la Iglesia Católica en sus relaciones con la civilizacion deja todavía mucho que desear. Y no es que sobre la historia de la Iglesia no se hayan hecho estudios profundos; sino que desde que se ha desplegado el espíritu de análisis social, no ha sido todavía objeto de aquellos trabajos admirables que tanto la ilustraron bajo el aspecto dogmático y crítico.

Otro embarazo media para que pueda dilucidarse cual conviene esta materia, y es el dar sobrada importancia á las intenciones de los hombres, distrayéndose de considerar la marcha grave y majestuosa de las cosas. Se mide la magnitud y se califica la naturaleza de los acontecimientos por los motivos inmediatos que los determinaron, y por los fines que se proponian los hombres que en ellos intervinieron; y esto es un error muy grave: la vista se ha de extender á mayor espacio, se ha de observar el sucesivo desarrollo de las ideas, el influjo

que anduvieron ejerciendo en los sucesos, las instituciones que de ellos iban brotando; pero considerándolo todo como es en sí, es decir en un cuadro grande, inmenso, sin pararse en hechos particulares contemplados en su aislamiento y pequeñez. Que es menester grabar profundamente en el ánimo la importante verdad de que cuando se desenvuelve alguno de esos grandes hechos que cambian la suerte de una parte considerable del humano linaje, rara vez lo comprenden los mismos hombres que en ello intervienen, y que como poderosos agentes figuran: la marcha de la humanidad es un gran drama, los papeles se distribuyen entre los individuos que pasan y desaparecen: el hombre es muy pequeño, solo Dios es grande. Ni los actores de las escenas de los antiguos imperios de Oriente, ni Alejandro arrojándose sobre el Asia y avasallando innumerables naciones, ni los Romanos sojuzgando el mundo, ni los bárbaros derrocando y destrozando el imperio Romano, ni los Musulmanes dominando el Asia y el África y amenazando la independencia de Europa, pensaron ni pensar podian en que sirviesen de instrumento para realizar los destinos cuya ejecucion nosotros admiramos.

Quiero indicar con esto, que cuando se trata de civilizacion cristiana, cuando se van notando y analizando los hechos que señalan su marcha, no es necesario, y muchas veces ni conveniente, el suponer que los hombres que á ella

han contribuido de una manera muy principal, conocieran en toda su extension el resultado de su propia obra: bástale á la gloria de un hombre, el que se le señale como escogido instrumento de la Providencia, sin que sea menester atribuir demasiado á su conocimiento particular, á sus intenciones personales. Basta reconocer que un rayo de luz ha bajado del Cielo y ha iluminado su frente, pero no hay necesidad de que él mismo previera que ese rayo reflejando se desparramara en inmensas madejas sobre las generaciones venideras. Los hombres pequeños son comunmente mas pequeños de lo que piensan; pero los hombres grandes son á veces mas grandes de lo que creen: y es que no conocen todo su grandor, por no saber que son instrumentos de altos designios de la Providencia.

Otra observacion debe tenerse presente en el estudio de esos grandes hechos, y es que no se debe buscar un sistema, cuya trabazon y armonía se descubran á la primera ojeada. Preciso es resignarse á sufrir la vista de algunas irregularidades y algunos objetos poco agradables; es menester precaverse contra la pueril impaciencia de querer adelantarnos al tiempo, es indispensable despojarse de aquel deseo, que mas ó menos vivo nunca nos abandona, de encontrarlo todo amoldado conforme á nuestras ideas, de verlo marchar todo de la manera que mas nos agrada. ¿No veis esa naturaleza tan

grande, tan variada, tan rica, como prodiga en cierto desórden sus productos ocultando inestimables piedras, y preciosísimos veneros entre montones de tierra ruda, cual despliega inmensas cordilleras, riscos inaccesibles, horrendas fragosidades, que contrastan con amenas y espaciosas llanuras? ¿no veis ese aparente desórden, esa prodigalidad, en medio de las cuales están trabajando en secreto concierto innumerables agentes para producir el admirable conjunto que encanta nuestros ojos y admira al naturalista? pues hé aquí la sociedad: los hechos andan dispersos, desparramados acá y acullá, sin ofrecer muchas veces visos de órden ni concierto: los acontecimientos se suceden, se empujan, sin que se descubra su designio; los hombres se aunan, se separan, se auxilian, se chocan, pero va pasando el tiempo, ese agente indispensable para la produccion de las grandes obras, y va todo caminando al destino señalado en los arcanos del Eterno.

Hé aquí como se concibe la marcha de la humanidad, hé aquí la norma del estudio filosófico de la historia, hé aquí el modo de comprender el influjo de esas ideas fecundas, de esas instituciones poderosas que aparecen de vez en cuando entre los hombres para cambiar la faz de la tierra. En semejante estudio, y cuando se descubre obrando en el fondo de las cosas una idea fecunda, una institucion poderosa, léjos de asustarse el ánimo por encontrar alguna ir-

regularidad, se complace y se alienta; porque es excelente señal de que la idea está llena de verdad, de que la institucion rebosa de vida, cuando se las ve atravesar el caos de los siglos, y salir enteras de entre los mas horrorosos sacudimientos. Que estos ó aquellos hombres no se hayan regido por la idea, que no hayan correspondido el objeto de la institucion, nada importa, si la institucion ha sobrevivido á los trastornos, si la idea ha sobrenadado en el borrascoso piélago de las pasiones. Entónces el mentar las flaquezas, las miserias, la culpa, los crímenes de los hombres, es hacer la mas elocuente apología de la idea y de la institucion.

Mirados los hombres de esta manera, no se los saca de su lugar propio, ni se exige de ellos lo que racionalmente no se puede exigir. Encajonados, por decirlo así, en el hondo cauce del gran torrente de los sucesos, no se atribuye á su inteligencia ni voluntad mayor esfera de la que les corresponde; y sin dejar por eso de apreciar debidamente la magnitud y naturaleza de las obras en que tomaron parte, no se da exagerada importancia á sus personas, honrándolas con encomios que no merezcan, ó achacándoles cargos injustos. Entónces no se confunden monstruosamente tiempos y circunstancias; el observador mira con sosiego y templanza los acontecimientos que se van desplegando ante sus ojos; no habla del imperio de Carlo Magno como hablar pudiera del imperio de Napoleon,

ni se desata en agrias invectivas contra Gregorio VII, porqué no siguió en su política la misma línea de conducta que Gregorio XVI.

Y cuenta que no exijo del historiador filósofo una impasible indiferencia por el bien y por el mal, por lo justo y lo injusto; cuenta que no reclamo indulgencia para el vicio, ni pretendo que se escaseen los elogios á la virtud; no simpatizo con esa escuela histórica fatalista, que ha vuelto á presentar sobre el mundo el Destino de los antiguos, escuela que si extendiera mucho su influencia, malograría la mas hermosa parte de los trabajos históricos, y ahogaría los destellos de las inspiraciones mas generosas. En la marcha de la sociedad veo un plan, veo un concierto, mas no ciega necesidad; no creo que los sucesos se revuelvan y barajen en confusa mezcolanza en la oscura urna del Destino, ni que los hados tengan ceñido el mundo con un aro de hierro.

Veo sí una cadena maravillosa tendida sobre el curso de los siglos; pero es cadena que no embarga el movimiento de los individuos ni de las naciones; que ondeando suavemente se aviene con el flujo y reflujo demandado por la misma naturaleza de las cosas; que con su contacto hace brotar de la cabeza de los hombres pensamientos grandiosos: cadena de oro que está pendiente de la mano del Hacedor Supremo, labrada con infinita inteligencia y regida con inefable amor.

CAPITULO DECIMOCUARTO.

¿En qué estado encontró al mundo el Cristianismo? pregunta es esta en que debemos fijar mucho nuestra atencion, si queremos apreciar debidamente los beneficios dispensados por esa Religion divina al individuo y á la sociedad; si deseamos conocer el verdadero carácter de la civilizacion cristiana.

Sombrío cuadro por cierto presentaba la sociedad en cuyo centro nació el Cristianismo. Cubierta de bellas apariencias, y herida en su corazon con enfermedad de muerte, ofrecía la imágen de la corrupcion mas asquerosa, velada con el brillante ropage de la ostentacion y de la opulencia. La moral sin basa, las costumbres sin pudor, sin freno las pasiones, las leyes sin sancion, la religion sin Dios, flotaban las ideas á merced de las preocupaciones, del fanatismo religioso, y de las cavilaciones filosóficas. Era el hombre un hondo misterio para sí mismo,

y ni sabia estimar su dignidad, pues que consentía que se le rebajase al nivel de los brutos; ni cuando se empeñaba en exagerarla acertaba á contenerse en los lindes señalados por la razon y la naturaleza: siendo á este propósito bien notable, que mientras una gran parte del humano linage gemia en la mas abyecta esclavitud, se ensalzasen con tanta facilidad los héroes, y hasta los mas detestables monstruos, sobre las aras de los Dioses.

Con semejantes elementos, debia cundir tarde ó temprano la disolucion social; y aun cuando no hubiera sobrevenido la violenta arremetida de los Bárbaros, mas ó menos tarde aquella sociedad se hubiera trastornado; porqué no habia en ella ni una idea fecunda, ni un pensamiento consolador, ni una vislumbre de esperanza que pudiese preservarla de la ruina.

La idolatría había perdido su fuerza: resorte gastado con el tiempo, y por el uso grosero que de él habian hecho las pasiones, expuesta su frágil contextura al disolvente fuego de la observacion filosófica, estaba en extremo desacreditada; y si en fuerza de arraigados hábitos ejercía sobre el ánimo de los pueblos algun influjo maquinal, no era este capaz ni de restablecer la armonia de la sociedad, ni de producir aquel fogoso entusiasmo inspirador de grandes acciones: entusiasmo, que en tratándose de corazones vírgenes, puede ser excitado hasta por la superstición mas irracional y absurda. A juzgar

por la relajacion de costumbres, por la flojedad de los ánimos, por la afeminacion y el lujo, por el completo abandono á las mas repugnantes diversiones y asquerosos placeres, se ve claro que las ideas religiosas nada conservaban de aquella majestad que notamos en los tiempos heróicos; y que faltas de eficacia ejercian sobre el ánimo de los pueblos escaso ascendiente, mientras servían de un modo lamentable como instrumentos de disolucion. Ni era posible que sucediese de otra manera: pueblos que se habian levantado al alto grado de cultura de que pueden gloriarse Griegos y Romanos, que habían oido disputar á sus sabios sobre las grandes cuestiones acerca la Divinidad y el hombre, no era regular que permaneciesen en aquella candidez que era necesaria para creer de buena fe los intolerables absurdos de que rebosa el Paganismo; y sea cual fuere la disposicion de ánimo de la parte mas ignorante del pueblo, á buen seguro que lo creyéran cuantos se levantaban un poco sobre el nivel regular, ellos que acababan de oir filósofos tan cuerdos como Ciceron, y que se estaban saboreando en las maliciosas agudezas de sus poetas satíricos.

Si la religion era impotente, quedaba al parecer otro recurso: la *ciencia*. Antes de entrar en el exámen de lo que podia esperarse de ella, es necesario observar que jamas la ciencia fundó una sociedad, ni jamas fué bastante á restituirle el equilibrio perdido. Revuélvase la historia

de los tiempos antiguos: hallaránse al frente de algunos pueblos hombres eminentes que ejerciendo un májico influjo sobre el corazon de sus semejantes, dictan leyes, reprimen abusos, rectifican las ideas, enderezan las costumbres, y asientan sobre sabias instituciones un gobierno, labrando mas ó menos cumplidamente, la dicha y la prosperidad de los pueblos que se entregaron á su direccion y cuidado. Pero muy errado anduviera quien se figurase que esos hombres procedieron á consecuencia de lo que nosotros llamamos combinaciones científicas: sencillos por lo comun, y hasta rudos y groseros, obraban á impulsos de su buen corazon, y guiados por aquel buen sentido, por aquella sesuda cordura, que dirigen al padre de familia en el manejo de los negocios domésticos; mas nunca tuvieron por norma esas miserables cavilaciones que nosotros apellidamos teorías, ese fárrago indigesto de ideas que nosotros disfrazamos con el pomposo nombre de ciencia. Y qué ¿fueron acaso los mejores tiempos de la Grecia aquellos en que florecieron los Platones y los Aristóteles? Aquellos fieros Romanos que sojuzgaron el mundo no poseian por cierto la extension y variedad de conocimientos que admiramos en el siglo de Augusto: ¿y quién trocara sin embargo unos tiempos con otros tiempos, unos hombres con otros hombres?

Los tiempos modernos podrían tambien suministrarnos abundantes pruebas de la esterili-

dad de la ciencia en las instituciones sociales; cosa tanto mas fácil de notar cuando son tan patentes los resultados prácticos que han dimanado de las ciencias naturales. En estas parece que se ha concedido al hombre lo que en aquellas le fué negado; si bien que mirada á fondo la cosa no es tanta la diferencia como á primera vista pudiera parecer. Cuando el hombre trata de hacer aplicacion de los conocimientos que ha adquirido sobre la naturaleza, se ve forzado á respetarla; y como aunque quisiese no alcanzára con su débil mano á causarle considerable trastorno, se limita en sus ensayos á tentativas de poca monta, excitándole el mismo deseo del acierto, á obrar conforme á las leyes á que están sujetos los cuerpos sobre los cuales se ejercita. En las aplicaciones de las ciencias sociales sucede muy de otra manera: el hombre puede obrar directa é inmediatamente sobre la misma sociedad; con su mano puede trastornarla, no se ve por precision limitado á practicar sus ensayos en objetos de poca entidad, y respetando las eternas leyes de las sociedades, sino que puede imaginarlas á su gusto, proceder conforme á sus cavilaciones, y acarrear desastres de que se lamente la humanidad. Recuérdense las extravagancias que sobre la naturaleza han corrido muy validas en las escuelas filosóficas antiguas y modernas, y véase lo que hubiera sido de la admirable máquina del universo, si los filósofos la hubieran podido manejar á su arbitrio. Por

desgracia no sucede así en la sociedad: los ensayos se hacen sobre ella misma, sobre sus eternas bases, y entónces resultan gravísimos males, pero males que evidencian la debilidad de la ciencia del hombre. Es menester no olvidarlo: la ciencia propiamente dicha, vale poco para la organizacion de las sociedades; y en los tiempos modernos que tan orgullosa se manifiesta por su pretendida fecundidad, será bien recordarle, que atribuye á sus trabajos lo que es fruto del transcurso de los siglos, del sano instinto de los pueblos, y á veces de las inspiraciones de un genio: y ni el instinto de los pueblos, ni el genio, tienen nada de parecido á la ciencia.

Pero dando de mano á esas consideraciones generales, siempre muy útiles como que son tan conducentes para el conocimiento del hombre: ¿qué podia esperarse de la falsa vislumbre de ciencia que se conservaba sobre las ruinas de las antiguas escuelas, á la época de que hablamos? Escasos como eran en semejantes materias los conocimientos de los filósofos antiguos, aun de los mas aventajados, no puede menos de confesarse que los nombres de Sócrates, de Platon, de Aristóteles, recuerdan algo de respetable; y que en medio de desaciertos y aberraciones, ofrecen conceptos dignos de la elevacion de sus genios. Pero cuando apareció el Cristianismo, estaban sufocados los gérmenes del saber esparcidos por aquellos grandes hombres: los sueños habian ocupado el lugar de los pensa-

mientos altos y fecundos, el prurito de disputar reemplazaba el amor de la sabiduría, y los sofismas y las cavilaciones se habian sustituido á la madurez del juicio, y á la severidad del raciocinio. Derribadas las antiguas escuelas, formadas de sus escombros otras tan estériles como extrañas, brotaba por todas partes cuantioso número de sofistas, como aquellos insectos inmundos que anuncian la corrupcion de un cadáver. La Iglesia nos ha conservado un dato preciosísimo para juzgar de la ciencia de aquellos tiempos: la historia de las primeras heregías. Si prescindimos de lo que en ellas indigna, cual es su profunda inmoralidad, ¿puede darse cosa mas vacía, mas insulsa, mas digna de lástima? (15).

La legislacion romana tan recomendable por la justicia y equidad que entraña, y por el tino y sabiduría con que resplandece, si bien puede contarse como uno de los mas preciosos esmaltes de la civilizacion antigua, no era parte sin embargo á prevenir la disolucion de que estaba amenazada la sociedad. Nunca debió esta su salvacion á jurisconsultos; porque obra tamaña no está en la esfera del influjo de la Jurisprudencia. Que sean las leyes tan perfectas como se quiera, que la Jurisprudencia se haya levantado al mas alto punto de esplendor, que los jurisconsultos estén animados de los sentimientos mas puros, que vayan guiados por las miras mas rectas, ¿de qué servirá todo esto, si el corazon de la so-

ciedad está corrompido, si los principios morales han perdido su fuerza, si las costumbres están en perpetua lucha con las leyes?

Ahí están los cuadros que de las costumbres romanas nos han dejado sus mismos historiadores, y véase si en ellos se encuentran retratadas la equidad, la justicia, el buen sentido, que han merecido á las leyes romanas el honroso dictado de *razon escrita*.

Como una prueba de imparcialidad omito de propósito el notar los lunares de que no carece el Derecho Romano; no fuera que se me achacase que trato de rebajar todo aquello que no es obra del Cristianismo. No debe sin embargo pasarse por alto, que no es verdad que al Cristianismo no le cupiese ninguna parte en la perfeccion de la Jurisprudencia romana; no solo con respecto al período de los emperadores cristianos, lo que no admite duda, pero ni aun hablando de los tiempos anteriores. Es cierto que algun tiempo ántes de la venida de Jesucristo, era muy crecido el número de las leyes romanas, y que su estudio y arreglo llamaba la atencion de los hombres mas ilustres. Sabemos por Suetonio (in Cæsar. C. 44) que Julio Cesar se habia propuesto la utilísima tarea de reducir en pocos libros, lo mas selecto y necesario que andaba desparramado en la inmensa abundancia de leyes; un pensamiento semejante habia ocurrido á Ciceron, quien escribió un libro sobre la redaccion metódica del derecho civil, (De jure

civili in arte redigendo) como atestigua Gellio, (Noct. Att. L. 1. C. 22); y segun nos dice Tácito (Ann. L. 3. C. 28) este trabajo habia tambien ocupado la atencion del emperador Augusto. Esos proyectos revelan ciertamente que la legislacion no estaba en su infancia; pero no deja por esto de ser verdad, que el derecho romano tal como le tenemos es en buena parte un producto de siglos posteriores. Varios de los Jurisconsultos mas afamados, y cuyas sentencias forman una buena parte del derecho, vivian largo tiempo despues de la venida de Jesucristo; y las constituciones de los Emperadores llevan en su propio nombre el recuerdo de su época.

Asentados estos hechos, observaré que por ser paganos los emperadores y los jurisconsultos, no se infiere que las ideas cristianas dejasen de ejercer influencia sobre sus obras. El número de los cristianos era inmenso por todas partes; la misma crueldad con que se los habia perseguido, la heróica fortaleza con que arrostraban los tormentos y la muerte, debian de haber llamado la atencion de todo el mundo; y es imposible que entre los hombres pensadores no se excitara la curiosidad de examinar, cual era la enseñanza que la religion nueva comunicaba á sus prosélitos. La lectura de las apologías del Cristianismo escritas ya en los primeros siglos con tanta fuerza de raciocinio y elocuencia, las obras de varias clases publicadas por los primeros padres, las homilias de los obispos dirigidas

á los pueblos, encierran un caudal tan grande de sabiduría, respiran tanto amor á la verdad y á la justicia, proclaman tan altamente los eternos principios de la moral, que no podia menos de hacerse sentir su influencia aun entre aquellos que condenaban la religion del Crucificado.

Cuando van extendiéndose doctrinas que tengan por objeto aquellas grandes cuestiones que mas interesan al hombre, si estas doctrinas son propagadas con fervoroso zelo, aceptadas con ardor por un crecido número de discípulos, y sustentadas con el talento y el saber de hombres ilustres, dejan en todas direcciones hondos sulcos, y afectan aun á aquellos mismos que las combaten con acaloramiento. Su influencia en tales casos es imperceptible, pero no deja de ser muy real y verdadera; se asemejan á aquellas exalaciones de que se impregna la atmósfera: con el aire que respiramos absorvemos á veces la muerte, á veces un aroma saludable que nos purifica y conforta.

No podia menos de verificarse el mismo fenómeno con respecto á una doctrina predicada de un modo tan extraordinario, propagada con tanta rapidez, sellada su verdad con torrentes de sangre, y defendida por escritores tan ilustres como Justino, Clemente de Alejandría, Ireneo, y Tertuliano. La profunda sabiduría, la embelesante belleza de las doctrinas explanadas por los doctores cristianos, debia de llamar la atencion hácia los manantiales donde las bebian;

y es regular que esa picante curiosidad pondría en manos de muchos filósofos y jurisconsultos los libros de la Sagrada Escritura. ¿Qué tuviera de extraño que Epicteto se hubiese saboreado largos ratos en la lectura del *sermon sobre la montaña*; ni que los oráculos de la Jurispendencía, recibiesen sin pensarlo las inspiraciones de una Religion que creciendo de un modo admirable en extension y pujanza, andaba apoderándose de todos los rangos de la sociedad? El ardíente amor á la verdad y á la justicia, el espíritu de fraternidad, las grandiosas ideas sobre la dignídad del hombre, temas perpetuos de la enseñanza cristiana, no eran para quedar circunscritos al solo ámbito de los hijos de la Iglesia. Con mas ó menos lentitud, íbanse filtrando por todas las clases; y cuando con la conversion de Constantino, adquiríeron influencia política y predominio público, no se hizo otra cosa que repetir el fenómeno de que en siendo un sistema muy poderoso en el órden social, pasa á ejercer su señorío, ó al menos su influencia, en el órden político. Con entera confianza abandono estas reflexiones al juicio de los hombres pensadores; seguro de que si no las adoptan, al menos no las juzgarán desatendibles. Vivimos en una época fecunda en acontecimientos, y en que se han realizado revoluciones profundas: y por esto estamos mas en proporcion de comprender los inmensos efectos de las influencias indirectas y

lentas, el poderoso ascendiente de las ideas, y la fuerza irresistible con que se abren paso las doctrinas.

A esa falta de principios vitales para regenerar la sociedad, á tan poderosos elementos de disolucion como abrigaba en su seno, allegábase otro mal y no de poca cuantía, en lo vicioso de la organizacion política. Doblegada la cerviz del mundo bajo el yugo de Roma, veíanse cien y cien pueblos, muy diferentes en usos y costumbres, amontonados en desórden como el botin de un campo de batalla, forzados á formar un cuerpo facticio, como trofeos ensartados en el astil de una lanza.

La unidad en el gobierno no podia ser provechosa, porque era violenta; y añadiéndose que esta unidad era despótica, desde la silla del imperio hasta los últimos mandarines, no podia traer otro resultado que el abatimiento y la degradacion de los pueblos; siéndoles imposible el desplegar aquella elevacion y energía de ánimo, frutos preciosos del sentimiento de la propia dignidad, y del amor á la independencia de la patria. Si al menos Roma hubiese conservado sus antiguas costumbres, si abrigára en su seno aquellos guerreros tan célebres por la fama de sus victorias como por la sencillez y austeridad de costumbres, pudiérase concebir la esperanza de que emanara á los pueblos vencidos algo de las prendas de los vencedores: como un corazon jóven y robusto reanima con su vigor un cuerpo

extenuado con las mas rebeldes dolencias. Pero desgraciadamente no era así: los Fabios, los Camilos, los Escipiones, no hubieran conocido su indigna prole; y Roma, la Señora del mundo, yacia esclava bajo los pies de unos monstruos, que ascendian al trono por el soborno y la violencia, manchaban el cetro con su corrupcion y crueldad, y acababan la vida en manos de un asesino. La autoridad del senado y la del pueblo habian desaparecido: quedaban tan solo algunos vanos simulacros, *vestigia morientis libertatis*, como los apellida Tácito, vestigios de la libertad espirante: y aquel pueblo rey *que antes distribuía el imperio, las fasces, las lejiones, y todo, á la sazon ansiaba tan solo dos cosas, pan y juegos,*

Quí dabat olim
Imperium, fasces, legiones, omnia, nunc se
Continet, atque duas tantum res anxius optat,
Panem, et circenses.

(Juvenal. Satyr. 10.)

Vino por fin la plenitud de los tiempos, el Cristianismo apareció, y sin proclamar ninguna alteracion en las formas políticas, sin atentar contra ningun gobierno, sin injerirse en nada que fuese mundanal y terreno, llevó á los hombres una doble salud, llamándolos al camino de una felicidad eterna, al paso que iba derramando á manos llenas el único preservativo contra la disolucion social, el gérmen de una regeneracion lenta y pacífica, pero grande, inmensa,

duradera, á la prueba de los trastornos de los siglos. Y ese preservativo contra la disolucion social, y ese gérmen de inestimables mejoras, era una enseñanza elevada y pura, derramada sobre todos los hombres, sin exeepcion de edades, de sexos, de condiciones, como una lluvia benéfica que se desata en suavísimos raudales sobre una cámpiña mustia y agostada.

No hay religion que se haya igualado al Cristianismo, ni en conocer el secreto de dirigir al hombre, ni cuya conducta en esa direccion sea un testimonio mas solemne del reconocimiento de la alta dignidad humana. El Cristianismo ha partido siempre del principio de que el primer paso para apoderarse de todo el hombre, es apoderarse de su entendimiento; que cuando se trata, ó de extirpar un mal, ó de producir un bien, es necesario tomar por blanco principal las ideas; dando de esta manera un golpe mortal á los sistemas de violencia, que tanto dominan donde quiera que él no existe; y proclamando la saludable verdad de que cuando se trata de dirigir á los hombres, el medio mas indigno y mas débil es la fuerza. Verdad benéfica y fecunda, que abria á la humanidad un nuevo y venturoso porvenir.

Solo desde el Cristianismo se encuentran por decirlo así, cátedras de la mas sublime filosofía, abiertas á todas horas, en todos lugares, para todas las clases del pueblo: las mas altas verdades sobre Dios y el hombre, las reglas de la

moral mas pura, no se limitan ya á ser comunicadas á un número escogido de discípulos en lecciones ocultas y misteriosas: la sublime filosofía del Cristianismo ha sido mas resuelta, se ha atrevido á decir á los hombres la verdad entera y desnuda, y eso en público, en alta voz, con aquella generosa osadía compañera inseparable de la verdad.

«Lo que os digo de noche decidlo á la luz del dia, y lo que os digo al oido, predicadlo desde los terrados.» Así hablaba Jesucristo á sus discípulos (Matt. C. 10. V. 27).

Luego que se hallaron encarados el Cristianismo y el Paganismo, hízose palpable la superioridad de aquel, no tan solo por el contenido de las doctrinas sino tambien por el modo de propagarlas: púdose conocer desde luego que una religion cuya enseñanza era tan sabia y tan pura, y que para difundirla se encaminaba sin rodeos, en derechura, al entendimiento y al corazon, había de desalojar bien pronto de sus usurpados dominios á otra religion de impostura y mentira. Y á la verdad ¿qué hacía el Paganismo para el bien de los hombres? ¿cuál era su enseñanza sobre las verdades morales? ¿qué diques oponía á la corrupcion de costumbres? «Por lo que toca á las costumbres, dice á este propósito S. Agustin. ¿cómo no cuidaron los Dioses de que sus adoradores no las tuvieran tan depravadas? el verdadero Dios á quien no adoraban los desechó, y con razon; pero los

Dioses, cuyo culto se quejan que se les prohiba esos hombres ingratos, esos Dioses, ¿porqué á sus adoradores no los ayudaron con ley alguna para bien vivir? ya que los hombres cuidaban del culto, justo era que los Dioses no olvidasen el cuidado de la vida y costumbres. Se me dirá que nadie es malo sino por su voluntad; quién lo niega? pero cargo era de los Dioses, no ocultar á los pueblos sus adoradores, los preceptos de la moral, sino predicárselos á las claras, reconvenir y reprender por medio de los Vates á los pecadores, amenazar públicamente con la pena á los que obraban mal, y prometer premios á los que obraban bien. En los templos de los Dioses ¿cuándo resonó una voz alta y vigorosa que á tamaño objeto se dirigiese?» (De Civit. Dei. L. 2. C. 4.) Traza en seguida el Santo Doctor un negro cuadro de las torpezas y abominaciones, que se cometian en los espectáculos y juegos sagrados celebrados en obsequio de los Dioses, á que él mismo dice que habia asistido en su juventud, y luego continúa: «infiérese de esto que no se curaban aquellos Dioses de la vida y costumbres de las ciudades y naciones que les rendian culto, dejándolas que se abandonasen á tan horrendos y detestables males, no dañando tan solo á sus campos y viñedos, no á su casa y hacienda, no al cuerpo sujeto á la mente, sino permitiéndoles sin ninguna prohibicion imponente, que abrevasen de maldad á la directora del cuerpo,

á su misma alma. Y si se pretende que vedaban tales maldades, que se nos manifieste, que se nos pruebe. Jáctanse de no sé que susurros que sonaban á los oidos de muy pocos, en que bajo un velo misterioso se enseñaban los preceptos de una vida honrada y pura: pero muéstrennos los lugares señalados para semejantes reuniones; no los lugares donde los farsantes ejecutaban los juegos con voces y acciones obscenas, no donde se celebraban las fiestas fugales con la mas estragada licencia, si no donde oyesen los pueblos los preceptos de los Dioses, sobre reprimir la codicia, quebrantar la ambicion, y refrenar los placeres: donde aprendiesen esos infelices aquella enseñanza que con severo lenguage les recomendaba Persio, (Satyr. 3.) cuando decia: Aprended ó miserables, á conocer las causas de las cosas, lo que somos, á qué nacimos, cual debe ser nuestra conducta, cuan deleznable es el término de nuestra carrera, cual es la razonable templanza en el amor del dinero, cual su utilidad verdadera, cual la norma de nuestra liberalidad con nuestros deudos y nuestra patria, á donde te ha llamado Dios y cuál es el lugar que ocupas entre los hombres. Dígasenos en que lugares solian recitarse de parte de los Dioses semejantes preceptos, donde pudiesen oirlos con frecuencia los pueblos sus adoradores, muéstresenos esos lugares así como nosotros mostramos Iglesias instituidas para este objeto, donde quiera que se ha di-

fundido la Religion Cristiana.» (De Civit. L. 2. C. 6.)

Esa Religion divina, profunda conocedora del hombre, no ha olvidado jamás la debilidad é inconstancia que le caracterizan; y por esta causa ha tenido siempre por invariable regla de conducta, inculcarle sin cesar, con incansable constancia, con paciencia inalterable, las saludables verdades de que dependen su bienestar temporal y su felicidad eterna. En tratándose de verdades morales el hombre olvida fácilmente lo que no resuena de contínuo á sus oidos; y si se conservan las buenas máximas en su entendimiento, quedan como semilla estéril, sin fecundar el corazon. Bueno es y muy saludable que los padres comuniquen esa enseñanza á sus hijos, bueno es y muy saludable que sea este un objeto preferente en la educacion privada, pero es necesario ademas que haya un ministerio público, que no le pierda nunca de vista, que se extienda á todas las clases, y á todas las edades, que supla el descuido de las familias, que avive los recuerdos y las impresiones que las pasiones y el tiempo van de contínuo borrando.

Es tan importante para la instruccion y moralidad de los pueblos ese sistema de contínua predicacion y enseñanza practicado en todas épocas y lugares por la Iglesia Católica, que debe juzgarse como un gran bien el que en medio del prurito que atormentó á los primeros pro-

testantes, de desechar todas las prácticas de la Iglesia, conservasen sin embargo la de la predicacion. Y no es necesario por eso el desconocer los daños que en ciertas épocas han traido las violentas declamaciones de algunos ministros, ó insidiosos ó fanáticos; sino que en el supuesto de haberse roto la unidad, en el supuesto de haber arrojado á los pueblos por el azaroso camino del cisma, habrá influido no poco en la conservacion de las ideas mas capitales sobre Dios y el hombre, y de las máximas fundamentales de la moral, el oir los pueblos con frecuencia explicadas semejantes verdades por quien las habia estudiado de antemano en la Sagrada Escritura. Sin duda que el golpe mortal dado á las gerarquías por el sistema protestante, y la consiguiente degradacion del sacerdocio, hace que la cátedra de la predicacion no tenga entre los disidentes el sagrado carácter de cátedra del Espíritu Santo; sin duda que es un grande obstáculo para que la predicacion pueda dar fruto, el que un ministro protestante no pueda ya presentarse como un ungido del Señor, sino que como ha dicho un escritor de talento, solo sea *un hombre vestido de negro que sube al púlpito todos los domingos para hablar de cosas razonables:* pero almenos siempre oyen los pueblos algunos trozos de las escelentes pláticas morales que se contienen en el sagrado Texto, tienen con frecuencia á su vista los edificantes ejemplos esparcidos en el Viejo y Nuevo Testamen-

to; y sobre todo se les refiere á menudo los pasos de la vida de Jesucristo, de esa vida admirable, modelo de toda perfeccion; y que aun mirada con ojos humanos, es en confesion de todo el mundo, la pura santidad por excelencia, el mas hermoso conjunto moral que se viera jamas, la realizacion de un bello ideal que bajo la forma humana jamas concibió la filosofía en sus altos pensamientos, jamas retrató la poesía en sus sueños mas brillantes. Esto es muy útil, altamente saludable: porque siempre lo es el nutrir al ánimo de los pueblos con el jugoso alimento de las verdades morales, y el excitarlos á la virtud con el estímulo de tan altos ejemplos.



CAPITULO DECIMOQUINTO.

Por grande que fuese la importancia dada por la Iglesia á la propagacion de la verdad, y por mas convencida que estuviera de que para disipar esa informe masa de inmoralidad y degradacion que se ofrecía á su vista, el primer cuidado había de dirigirse á exponer el error al disolvente fuego de las doctrinas verdaderas, no se limitó á esto; sino que descendiendo al terreno de los hechos, y siguiendo un sistema lleno de sabiduría y cordura, hizo de manera que la humanidad pudiese gustar el precioso fruto, que hasta en las cosas terrenas dan las doctrinas de Jesucristo. No fué la Iglesia solo una *escuela grande y fecunda, fué una asociacion regeneradora*; no esparció sus doctrinas generales arrojándolas como al acaso, con la esperanza de que fructificáran con el tiempo, sino que las desenvolvió en todas sus relaciones, las aplicó á todos los objetos, procuró inocular-

las á las costumbres y á las leyes, y realizarlas en instituciones que sirviesen de silenciosa pero elocuente enseñanza á las generaciones venideras. Veíase desconocida la dignidad del hombre, reinando por do quiera la esclavitud; degradada la muger, ajándola la corrupcion de costumbres y abatiéndola la tiranía del hombre; adulteradas las relaciones de familia concediendo la ley al padre unas facultades que jamas le dió la naturaleza; despreciados los sentimientos de humanidad en el abandono de la infancia, en el desamparo del pobre y del enfermo; llevadas al mas alto punto la barbarie y la crueldad en el derecho atroz, que regulaba los procedimientos de la guerra; veíase por fin coronando el edificio social rodeada de satélites y cubierta de hierro la odiosa tiranía, mirando con despreciador desden á los infelices pueblos que yacian á sus plantas amarrados con remachadas cadenas.

En tamaño conflicto no era pequeña empresa la de desterrar el error, reformar y suavizar las costumbres, abolir la esclavitud, corregir los vicios de la legislacion, enfrenar el poder y armonizarle con los intereses públicos, dar nueva vida al individuo, reorganizar la familia y la sociedad; y sin embargo esto, y nada menos que esto ejecutó la Iglesia.

Empezemos por la esclavitud. Esta es una materia que conviene profundizar, dado que encierra una de las cuestiones que mas pueden ex-

citar la curiosidad de la ciencia, é interesar los sentimientos del corazon. ¿Quién ha abolido entre los pueblos cristianos la esclavitud? ¿Fué el Cristianismo? ¿y fué el solo con sus ideas grandiosas sobre la dignidad del hombre, con sus máximas y espíritu de fraternidad y caridad, y ademas con su conducta prudente, suave y benéfica? me lisongeo de poder manifestar que sí.

Ya no se encuentra quien ponga en duda que la Iglesia Católica ha tenido una poderosa influencia en la abolicion de la esclavitud: es una verdad demasiado clara, salta á los ojos con sobrada evidencia para que sea posible combatirla. M. Guizot reconociendo el empeño y la eficacia con que trabajó la Iglesia para la mejora del estado social, dice: «Nadie ignora, con cuanta obstinacion combatió los grandes vicios de aquel estado, la esclavitud por ejemplo». Pero á renglon seguido, y como si le pesase de asentar sin ninguna limitacion un hecho, que por necesidad habia de excitar á favor de la Iglesia Católica las simpatías de la humanidad entera, continúa: «Mil veces se ha dicho y repetido que la abolicion de la esclavitud en los tiempos modernos, es debida enteramente á las máximas del Cristianismo. Esto es, á mi entender, adelantar demasiado: mucho tiempo subsistió la esclavitud en medio de la sociedad cristiana, sin que semejante estado la confundiese ó irritase mucho.» Muy errado anda M. Guizot queriendo probar que no es debida ex-

clusivamente al Cristianismo la abolicion de la esclavitud, porque subsistiese ese estado por mucho tiempo en medio de la sociedad cristiana. Si se queria proceder con buena lógica, era necesario mirar antes, si la abolicion repentina de la esclavitud era posible; y si el espíritu de órden y de paz que anima á la Iglesia, podia permitir que se arrojase á una empresa, con la que hubiera trastornado el mundo, sin alcanzar el objeto que se proponía. El número de los esclavos era inmenso; la esclavitud estaba profundamente arraigada en las ideas, en las costumbres, en las leyes, en los intereses individuales y sociales: sistema funesto sin duda, pero que era una temeridad pretender arrancarle de un golpe, pues que sus raíces penetraban mny hondo, se extendian á largo trecho debajo las entrañas de la tierra.

Contáronse en un censo de Atenas veinte mil ciudadanos, y cuarenta mil esclavos; en la guerra del Peloponeso se les pasaron á los enemigos nada menos que veinte mil, segun refiere Tucídides. El mismo autor nos dice que en Chio era crecidísimo el número de los esclavos, y que la defeccion de estos pasándose á los Atenienses, puso en apuros á sus dueños; y en general era tan grande su número en todas partes, que no pocas veces estaba en peligro por ellos la tranquilidad pública. Por esta causa era necesario tomar precauciones paraque no pudieran concertarse. «Es muy conveniente dice

Platon *(Dial. 6. De las leyes.)*, que los esclavos no sean de un mismo pais, y que en cuanto fuere posible, sean discordes sus costumbres y voluntades; pues que repetidas experiencias han enseñado en las frecuentes defecciones que se han visto entre los Mesenios, y en las demas ciudades que tienen muchos esclavos de una misma lengua, cuantos daños suelen de esto resultar».

Aristóteles en su *Economía* (Lib. 1. C. 5) da varias reglas sobre el modo con que deben tratarse los esclavos, y es notable que coincide con Platon advirtiendo expresamente: «que no se han de tener muchos esclavos de un mismo pais.» En su *Política* (L. 2. C. 7) nos dice que los Tesalios se vieron en graves apuros por la muchedumbre de sus Penestas, especie de esclavos; aconteciendo lo propio á los Lacedemonios, de parte de los Ilotas. «Con frecuencia ha sucedido, dice, que los Penestas se han sublevado en Tesalia; y los Lacedemonios, siempre que han sufrido alguna calamidad, se han visto amenazados por las conspiraciones de los Ilotas.» Esta era una dificultad que llamaba seriamente la atencion de los políticos, y no sabian como salvar los inconvenientes que consigo traía esa inmensa muchedumbre de esclavos. Laméntase Aristóteles de cuan difícil era acertar en el verdadero modo de tratarlos, y se conoce que era esta una materia que daba mucho cuidado. Transcribiré sus propias palabras: «A la verdad, que el modo con que se debe tratar

á esa clase de hombres es tarea trabajosa y llena de cuidados: porque si se usa de blandura se hacen petulántes y quieren igualarse con los dueños, y si se los trata con dureza, conciben odio y maquinan asechanzas».

En Roma era tal la multitud de esclavos, que habiéndose propuesto el darles un trage distintivo, se opuso á esta medida el Senado temeroso de que si ellos llegaban á conocer su número, no peligrase el órden público: y á buen seguro que no eran vanos semejantes temores, pues que ya de mucho antes habian los esclavos causado considerables trastornos en Italia. Platon para apoyar el consejo arriba citado recuerda que « los esclavos repetidas veces habian devastado la Italia con la piratería y el latrocinio:» y en tiempos mas recientes Espartaco á la cabeza de un ejército de esclavos fué por algun tiempo el terror de Italia, y dió mucho que entender á distinguidos generales romanos.

Habia llegado á tal exceso en Roma el número de los esclavos, que muchos dueños los tenian á centenares. Cuando fué asesinado el Prefecto de Roma Pedanio Secundo, fueron sentenciados á muerte 400 esclavos suyos; (Tácit. Ann. L. 14.); y Pudentila muger de Apuleyo los tenia en tal abundancia que dió á sus hijos nada menos de 400. Esto habia llegado á ser un objeto de lujo, y á competencia se esforzaban los Romanos en distinguirse por el número de sus esclavos. Querian que al hacerse la pre-

gunta de «Quot pascit servos» cuantos esclavos mantiene» segun expresion de Juvenal, (Satyr. 3 V. 140.) pudiesen ostentarlos en grande abundancia; llegando la cosa á tal extremo que segun nos atestigua Plinio, mas bien que al séquito de una familia, se parecian á un verdadero ejército.

No era solamente en Grecia é Italia donde era tan crecido el número de los esclavos; en Tiro se sublevaron contra sus dueños, y favorecidos por su inmenso número lo hicieron con tal resultado que los degollaron á todos; y pasando á pueblos bárbaros, y prescindiendo de otros mas conocidos, nos refiere Herodoto (L. 3) que volviendo de la Media los Escitas, se encontraron con los esclavos sublevados, viéndose forzados los dueños á cederles el terreno abandonando su patria; y Cesar en sus comentarios (De Bello Gall. L. 6) nos atestigua lo abundantes que eran los esclavos en la Galia.

Siendo tan crecido en todas partes el número de esclavos, ya se ve que era del todo imposible el predicar su libertad, sin poner en conflagracion el mundo. Desgraciadamente queda todavía en los tiempos modernos un punto de comparacion, que si bien en una escala muy inferior, no deja de cumplir á nuestro propósito. En una colonia donde los esclavos negros sean muy numerosos ¿quién se arroja de golpe á ponerlos en libertad? ¿Y cuánto se agrandan las dificultades, qué dimension tan colosal adquiere

el peligro, tratándose no de una colonia, sino del universo? El estado intelectual y moral de los esclavos los hacia incapaces de disfrutar de un tal beneficio en provecho suyo y de la sociedad; y en su embrutecimiento, aguijoneados por el rencor y por el deseo de venganza nutridos en sus pechos con el mal tratamiento que se les daba, hubieran reproducido en grande las sangrientas escenas con que dejáran ya manchadas en tiempos anteriores las pájinas de la historia. ¿Y qué hubiera acontecido entónces? que amenazada la sociedad por tan horroroso peligro, se hubiera puesto en vela contra los principios favorecedores de la libertad, hubiéralos en adelante mirado con prevencion y suspicaz desconfianza, y lejos de aflojarse las cadenas de los esclavos, se las habria remachado con mas ahinco y tenacidad. De aquella inmensa masa de hombres brutales y furibundos puestos sin preparacion en libertad y movimiento, era imposible que brotase una organizacion social: porque una organizacion social no se improvisa, y mucho menos con semejantes elementos; y en tal caso habiéndose de optar entre la esclavitud ó el aniquilamiento del órden social, el instinto de conservacion que anima á la sociedad, como á todos los seres, hubiera acarreado indudablemente la conservacion de la esclavitud alli donde hubiese permanecido todavía, y su restablecimiento alli donde se la hubiese destruido.

Los que se han quejado de que el Cristianismo no anduviera mas pronto en la abolicion de la esclavitud, debian recordar que aun cuando supongamos posible una emancipacion ó repentina ó muy rápida, aun cuando queramos prescindir de los sangrientos trastornos que por necesidad habrían resultado, la sola fuerza de las cosas saliendo al paso con sus obstáculos insuperables, hubiera inutilizado semejante medida. Demos de mano á todas las consideraciones sociales y políticas, y fijémonos únicamente en las económicas. Por de pronto era necesario alterar todas las relaciones de la propiedad; porque figurando en ella los esclavos como una parte principal, cultivando ellos las tierras, ejerciendo los oficios mecánicos, en una palabra, estando distribuido entre ellos lo que se llama trabajo, y hecha ésta distribucion en el supuesto de la esclavitud, quitada esta base se acarreaba una dislocacion tal, que la mente no alcanza á comprender sus últimas consecuencias.

Quiero suponer que se hubiese procedido á despojos violentos, que se hubiese intentado un reparto, una nivelacion de propiedades, que se hubiesen distribuido tierras á los emancipados, y que á los mas opulentos señores se los hubiese forzado á manejar el azadon y el arado; quiero suponer realizados todos estos absurdos, todos esos sueños de un delirante, ni aun así se habría salido del paso: porque es menester

no olvidar, que la produccion de los medios de subsistencia ha de estar en proporcion con las necesidades de los que han de subsistir; y esto era imposible supuesta la emancipacion de los esclavos. La produccion estaba regulada, no suponiendo precisamente el número de individuos que á la sazon existian, sino tambien que la mayor parte de estos eran esclavos; y las necesidades de un hombre libre son alguna cosa mas que las necesidades de un esclavo.

Si ahora, despues dc 18 siglos, rectificadas las ideas, suavizadas las costumbres, mejoradas las leyes, amaestrados los pueblos y los gobiernos, fundados tantos establecimientos públicos para el socorro de la indigeneia, ensayados tantos sistemas para la buena distribucion del trabajo, repartidas de un modo mas equitativo las riquezas, hay todavía tantas dificultades para que un número inmenso de hombres no sucumba víctima de horrorosa miseria, si es este el mal terrible que atormenta á la sociedad, y que pesa sobre su porvenir como un ensueño funesto; ¿qué hubiera sucedido con la emancipacion universal al principio del Cristianismo; cuando los esclavos no eran reconocidos en el derecho como *personas* sino como *cosas*, cuando su union conyugal no era juzgada como matrimonio, cuando la pertenencia de los frutos de esa union era declarada por las mismas reglas que rigen con respecto á los brutos, cuando el infeliz esclavo era maltratado, atormentado, ven-

dido, y aun muerto, conforme á los caprichos de su dueño? ¿no salta á los ojos que el curar males semejantes era obra de siglos? ¿no es esto lo que nos estan enseñando las consideraciones de humanidad, de política, y de economía?

Si se hubiesen hecho insensatas tentativas, á no tardar mucho los mismos esclavos habrian protestado contra ellas, reclamando una esclavitud, que al menos les aseguraba pan y abrigo, y despreciando una libertad incompatible con su existencia. Este es el órden de la naturaleza; el hombre necesita ante todo tener para vivir, y si le faltan los medios de subsistencia, no le halaga la misma libertad. No es necesario recorrer á ejemplos de particulares, que se nos ofreciéran con abundancia; en pueblos enteros se ha visto una prueba patente de esta verdad. Cuando la miseria es excesiva, difícil es que no traiga consigo el envilecimiento, sufocando los sentimientos mas generosos, desvirtuando los encantos que ejercen sobre nuestro corazon las palabras de independencia y libertad. « La plebe dice Cesar, hablando de los Galos (L, 6. de Bello Gallico) está casi en el lugar de los esclavos; y de sí misma ni se atreve á nada, ni es contado su voto para nada; y muchos hay que agobiados de deudas y de tributos, ú oprimidos por los poderosos, *se entregan á los nobles en esclavitud:* habiendo sobre estos así entregados, todos los mismos derechos

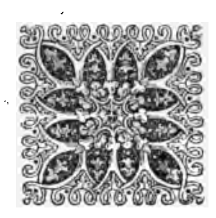
que sobre los esclavos.» En lòs tiempos modernos no faltan tampoco semejantes, ejemplos; porque sabido es que entre los chinos abundan en gran manera los esclavos, cuya esclavitud no reconoce otro orígen, sino que ó ellos ó sus padres no se vieron capaces de proveer á su subsistencia.

Estas reflexiones apoyadas en datos que nadie me podrá contestar, manifiestan hasta la evidencia la profunda sabiduría del Cristianismo en proceder con tanto miramiento en la abolicion de la esclavitud. Hízose todo lo que era posible en favor de la libertad del hombre, no se adelantó mas rápidamente en la obra, porque no podia ejecutarse sin malograr la empresa, sin poner gravísimos obstáculos á la deseada emancipacion. Hé aquí el resultado que al fin vienen á dar siempre los cargos que se hacen á algun procedimiento de la Iglesia: se le examina á la luz de la razon, se le coteja con los hechos, viniéndose á parar en que el procedimiento de que se la culpa, está muy conforme con lo que dicta la mas alta sabiduría, y con los consejos de la mas exquisita prudencia.

¿Qué quiere decirnos pues M. Guizot, cuando despues de haber confesado que el Cristianismo trabajó con ahinco en la abolicion de ia esclavitud, le echa en cara el que consintiese por largo tiempo su duracion? ¿con qué lógica pretende de aquí inferir que no es verdad que sea

debido exclusivamente al Cristianismo ese inmenso beneficio dispensado á la humanidad? Duró siglos la esclavitud en medio del Cristianismo, es verdad; pero anduvo siempre en decadencia, y su duracion fué solo la necesaria para que el beneficio se realizase sin violencias, sin trastornos, asegurando su universalidad y su perpetua duracion. Y de estos siglos en que duró, débese todavía cercenar una parte muy considerable, á causa de que en los tres primeros, se halló la Iglesia proscrita á menudo, mirada siempre con aversion, y enteramente privada de ejercer un influjo directo sobre la organizacion social. Débese tambien descontar mucho de los siglos posteriores, porque habia trascurrido todavía muy poco tiempo desde que la Iglesia ejercía su influencia directa y pública, cuando sobrevino la irrupcion de los bárbaros del norte, que combinada con la disolucion de que se hallaba atacado el Imperio, y que cundía de un modo espantoso, acarreó un trastorno tal, una mezcolanza tan informe de lenguas, de usos, de costumbres, de leyes, que no era casi posible ejercer con mucho fruto una accion reguladora. Si en tiempos mas cercanos ha costado tanto trabajo el destruir el feudalismo, si despues de siglos de combates quedan todavía en pié muchas de sus reliquias, si el tráfico de los negros á pesar de ser limitado á determinados paises, á peculiares circunstancias, está todavía resistiendo al grito uni-

versal de reprobacion que contra semejante infamia se levanta de los cuatro ángulos del mundo: ¿cómo hay quien se atreva á manifestar extrañeza, á inculpar al Cristianismo, porque la esclavitud duró algunos siglos, despues de proclamadas la fraternidad entre todos los hombres, y su igualdad ante Dios?



CAPITULO DECIMOSEXTO.

AFORTUNADAMENTE la Iglesia Católica fué mas sabia que los filósofos, y supo dispensar á la humanidad el beneficio de la emancipacion, sin injusticias ni trastornos: ella sabe regenerar las sociedades, pero no lo hace en baños de sangre. Veamos pues cual fué su conducta en la abolicion de la esclavitud.

Mucho se ha encarecido ya el espíritu de amor y fraternidad que anima al Cristianismo; y esto basta para convencer de que debió de ser grande la influencia que tuvo en la grande obra de que estamos hablando. Pero quizás no se ha explorado bastante todavía cuales son los medios positivos, prácticos, digámoslo así, de que echó mano para conseguir su objeto. Al través de la oscuridad de los siglos, en tanta complicacion y variedad de circunstancias, ¿será posible rastrear algunos hechos que sean como las huellas que indiquen el camino segui-

*

do por la Iglesa Católica para libertar á una inmensa porcion del linage humano de la esclavitud en que gemia? ¿Será posible decir algo mas que algunos encomios generales de la caridad cristiana? ¿Será posible señalar un plan, un sistema, y probar su existencia y desenvolvimiento, apoyándose, no precisamente en expresiones sueltas, en pensamientos altos, en sentimientos generosos, en acciones aisladas de algunos hombres ilustres, sino en hechos positivos, en documentos históricos, que manifiesten cual era el espíritu, y la tendencia del mismo cuerpo de la Iglesia? Creo que sí: y no dudo que me sacará airoso en la empresa lo que puede haber de mas convincente y decisivo en la materia, á saber: los monumentos de la legislacion eclesiástica.

Y ante todo no será fuera del caso recordar lo que se lleva ya indicado anteriormente, que cuando se trata de conducta, de designios, de tendencias, con respecto á la Iglesia, no es necesario suponer que esos designios cupieran en toda su extension en la mente de ningun individuo en particular, ni que todo el mérito, toda la prudencia de esa conducta fuese bien comprendida por ninguno de los que en ella intervenian: y aun puede decirse que no es necesario suponer que los primeros cristianos conociesen toda la fuerza de las tendencias del Cristianismo con respecto á la abolicion de la esclavitud. Lo que conviene manifestar es que

se obtuvo el resultado por las doctrinas y la conducta de la Iglesia; pues que entre los Católicos, si bien se estiman los méritos y el grandor de los individuos en lo que valen, no obstante cuando se habla de la Iglesia desaparecen los individuos; sus pensamientos, y su voluntad son nada; porque el espíritu que anima, que vivifica y dirige á la Iglesia, no es el espíritu del hombre, sino el Espíritu del mismo Dios. Los que no pertenezcan á nuestra creencia echarán mano de otros nombres; pero estarémos conformes cuando menos, en que mirados los hechos de esta manera, elevados sobre el pensamiento y voluntad del individuo, conservan mucho mejor sus verdaderas dimensiones, y no se quebranta en el estudio de la historia la inmensa cadena de los sucesos. Dígase que la conducta de la Iglesia, fué inspirada y dirigida por Dios, ó bien que fué hija de un *instinto*, que fué el *desarrollo de una tendencia entrañada por sus doctrinas*; empléense estas ó aquellas expresiones, hablando como católico ó como filósofo, en esto no es menester detenerse ahora; pues lo que conviene manifestar es que ese instinto fué generoso y atinado, que esa tendencia se dirigía á un grande objeto, y que lo alcanzó.

Lo primero que hizo el Cristianismo con respecto á los esclavos, fué disipar los errores que se oponían no solo á su emancipacion universal, sino hasta á la mejora de su estado; es decir, que la primera fuerza que desplegó en el ataque

fué segun tiene de costumbre, *la fuerza de las ideas*. Era este primer paso tanto mas necesario para curar el mal, cuanto acontecía en él lo que suele suceder en todos los males, que andan siempre acompañados de algun error, que ó los produce ó los fomenta. Había no solo la opresion, la degradacion de una gran parte de la humanidad; sino que estaba muy acreditada una opinion errónea, que procuraba humillar mas y mas á esa parte de la humanidad. La raza de los esclavos era segun ésta opinion, una raza vil, que no se levantaba ni de mucho al nivel de la raza de los hombres libres; era una raza degradada por el mismo Júpiter, marcada con un sello humillante por la naturaleza misma, destinada ya de antemano para ese estado de abyeccion y vileza. Doctrina ruin sin duda, desmentida por la naturaleza humana, por la historia, por la experiencia, pero que no dejaba por esto de contar distinguidos defensores, y que con ultrage de la humanidad y escándalo de la razon, la vemos proclamar por largos siglos, hasta que el Cristianismo vino á disiparla, tomando á su cargo la vindicacion de los derechos del hombre.

Homero nos dice (*Odiss.* 17.) que «Júpiter quitó la mitad de la mente á los esclavos.» En Platon encontramos el rastro de la misma doctrina, pues que si bien en boca de otros como acostumbra, no deja sin embargo de aventurar lo siguiente: «se dice que en el ánimo de los es-

clavos, nada hay de sano ni entero, y que un hombre prudente no debe fiarse de esa casta de hombres, cosa que atestigua tambien el mas sabio de nuestros poetas:» citando en seguida el pasage de Homero, arriba indicado. *(Plat. L. de las Leyes.)* Pero donde se encuentra esa degradante doctrina en toda su negrura y desnudez, es en la *Política* de Aristóteles. No ha faltado quien ha querido defenderle, pero en vano; porque sus propias palabras le condenan sin remedio. Explicando en el primer capítulo de su obra la constitucion de la familia, y proponiéndose fijar las relaciones entre el marido y la muger, y entre el señor y el esclavo, asienta que así como la hembra es naturalmente diferente del varon, así el esclavo es diferente del dueño; hé aquí sus palabras: «y *asi la hembra y el esclavo son distinguidos por la misma naturaleza.*» Esta expresion no se le escapó al filósofo, sino que la dijo con pleno conocimiento, y no es otra cosa que el compendio de su teoría. En el cap. 3 continúa analizando los elementos que componen la familia, y despues de asentar que «una familia perfecta; consta de libres y de esclavos» se fija en particular sobre los últimos, y empieza combatiendo la opinion de algunos que parecía favorecerles demasiado. «Hay algunos dice, que piensan que la esclavitud es cosa fuera del órden de la naturaleza; pues que solo viene de la ley el ser este esclavo y aquel libre: ya que por la naturaleza en nada



se distinguen.» Antes de rebatir esa opinion, explica las relaciones del dueño y del esclavo, valiéndose de la semejanza del artífice y del instrumento, y tambien del alma y del cuerpo, y continúa: «Si se comparan el macho y la hembra, aquel es superior y por esto manda, esta inferior y por esto obedece, y lo propio ha de suceder en todos los hombres: y *asi aquellos que son tan inferiores cuanto lo es el cuerpo respecto del alma, y el bruto respecto del hombre, y cuyas facultades consisten principalmente en el uso del cuerpo, siendo este uso el mayor provecho que de ellos se saca, estos son esclavos por naturaleza.»* A primera vista podria parecer que el filósofo habla solamente de los fátuos, pues así parecen indicarlo sus palabras; pero veremos en seguida por el contexto que no es tal su intencion. Salta á la vista que si hablára de los fátuos, nada probaría contra la opinion que se propone impugnar, siendo el número de estos tan escaso, que es nada en comparacion de la generalidad de los hombres: ademas que si á los fátuos quisiera ceñirse, ¿de qué sirviera su teoría fundada únicamente en una excepcion monstruosa y muy rara?

Pero no necesitamos andarnos en conjeturas sobre la verdadera mente del filósofo; él mismo cuida de explicárnosla, revelándonos al propio tiempo, el porqué se había valido de expresiones tan fuertes, que parecían sacar la cuestion de su quicio. Nada menos se propone que atri-

buir á la naturaleza el expreso designio de producir hombres de dos clases, unos nacidos para la libertad, otros para la esclavitud. El pasage es demasiado importante y curioso para que podamos dejar de copiarle. Dice así: «*Bien quiere la naturaleza procrear diferentes los cuerpos de los libres y los cuerpos de los esclavos: de manera que los de estos sean robustos, y á propósito para los usos necesarios, y los de aquellos bien formados, inútiles sí para trabajos serviles, pero acomodados para la vida civil, que consiste en el manejo de los negocios de la guerra y de la paz;* pero muchas veces sucede lo contrario, y á unos les cabe cuerpo de esclavo y á otros alma de libre. No hay duda que si en el cuerpo se aventajasen tanto algunos como las imágenes de los Dioses, todo el mundo sería de parecer que debieran servirles aquellos que no hubiesen alcanzado tanta gallardía. Si esto es verdad hablando del cuerpo, mucho mas lo es hablando del alma; bien que no es tan fácil ver la hermosura de ésta como la de aquel: y así no puede dudarse que hay algunos hombres nacidos para la libertad, así como hay otros nacidos para la esclavitud: esclavitud que á mas de ser útil á los mismos esclavos es tambien *justa.*»

¡Miserable filosofía! que para sostener un estado degradante necesitaba apelar á tamañas cavilaciones, achacando á la naturaleza la intencion de procrear diferentes castas, nacidas las unas para dominar, las otras para servir:

¡filosofía cruel! la que así procuraba quebrantar los lazos de fraternidad con que el Autor de la naturaleza ha querido vincular al humano linage, que así se empeñaba en levantar una barrera entre hombre y hombre, que así ideaba teorías para sostener la desigualdad; y no aquella desigualdad que resulta necesariamente de toda organizacion social, sino una desigualdad tan terrible y degradante cual es la de la esclavitud.

Levanta el Cristianismo la voz, y en las primeras palabras que pronuncia sobre los esclavos los declara iguales en dignidad de naturaleza á todos los hombres: iguales tambien á todos los demas en la participacion de las gracias que el Espíritu Divino va á derramar sobre la tierra. Es notable el cuidado con que insiste sobre este punto el Apóstol San Pablo: no parece sino que tenia á la vista las degradantes diferencias que por un funesto olvido de la dignidad del hombre se querian señalar: nunca se olvida de inculcar la nulidad de la diferencia del esclavo y del libre. «Todos hemos sido bautizados en un espíritu, para formar un mismo cuerpo, judíos, ó gentiles, *esclavos ó libres.*» (I. ad Cor. c. 12. v. 13) «Todos sois hijos de Dios por la fé que es en Cristo Jesus. Cualesquiera que habeis sido bautizados en Cristo, os habeis revestido de Cristo: no hay judío ni griego, no hay *esclavo ni libre,* no hay macho ni hembra: pues todos sois uno en Jesucristo. (Ad Gal.

C. 3 v, 26, 27, 28) «Donde no hay gentil ni judío, circunciso é incircunciso, bárbaro y Escita, *esclavo y libre*, sino todo y en todos Cristo». (Ad. Coloss. c. 3. v. 11).

Parece que el corazon se ensancha al oir proclamar en alta voz, esos grandes principios de fraternidad y de santa igualdad; cuando acabamos de oir á los oráculos del paganismo, ideando doctrinas para abatir mas y mas á los desgraciados esclavos, parece que dispertamos de un sueño angustioso, y nos encontramos con la luz del dia, en medio de una realidad halagüeña: la imaginacion se complace en mirar á tantos millones de hombres que encorvados bajo el peso de la degradacion y de la ignominia, levantan sus ojos al cielo, y exalan un suspiro de esperanza.

Aconteció con esta enseñanza del Cristianismo lo que acontece con todas las doctrinas generosas y fecundas: penetran hasta el corazon de la sociedad, quedan allí depositadas como un gérmen precioso, y desenvueltas con el tiempo, producen un árbol inmenso que cobija bajo su sombra las familias y las naciones. Como esparcidas entre hombres, no pudieron tampoco librarse de que se las interpretase mal, y se las exagerase; y no faltaron algunos que pretendieron que la libertad cristiana era la proclamacion de la libertad universal. Al resonar á los oidos de los esclavos las dulces palabras del Cristianismo, al oir que se los declaraba hijos

de Dios, y hermanos de Jesucristo, al ver que no se hacia distincion alguna entre ellos y sus amos, ni aun los mas poderosos señores de la tierra, no ha de parecer tampoco muy extraño que hombres acostumbrados solamente á las cadenas, al trabajo, y á todo linage de pena y envilecimiento, exagerasen los principios de la doctrina cristiana, é hiciesen de ella aplicaciones, que ni eran en sí justas, ni tampoco capaces de ser reducidas á la práctica.

Sabemos por S. Gerónimo que muchos oyendo que se lós llamaba á la libertad cristiana, pensaron que con esta se les daba la libertad; y quizas el Apóstol aludia á este error, cuando en su primera carta á Timoteo (c. 6 v. 1) decia: «Todos los que están bajo el yugo de la esclavitud, que honren con todo respeto á sus dueños para que el nombre y la doctrina del Señor, no sean blasfemados.» Este error habia tenido tal eco, que despues de tres siglos andaba todavía muy válido, viéndose obligado el Concilio de Gangres celebrado por los años de 324, á excomulgar á aquellos que bajo pretexto de piedad enseñaban que los esclavos debian dejar á sus amos, y retirarse de su servicio. No era esto lo que enseñaba el Cristianismo; y ademas queda ya bastante evidenciado que no hubiera sido este el verdadero camino para llegar á la emancipacion universal. Así es que el mismo Apóstol á quien hemos oido hablar á favor de los esclavos un lenguage tan generoso, les inculca repetidas ve-

ces la obediencia á sus dueños; pero es notable que mientras cumple con este deber impuesto por el espíritu de paz y de justicia que anima al Cristianismo, explica de tal manera los motivos en que se ha de fundar la obediencia de los esclavos, recuerda con tan sentidas y vigorosas palabras las obligaciones que pesan sobre los dueños, y asienta tan expresa y terminantemente la igualdad de todos los hombres ante Dios, que bien se conoce cual era su compasion para con esa parte desgraciada de la humanidad, y cuan diferentes eran sobre este particular sus ideas de las de un mundo endurecido y ciego.

Albérgase en el corazon del hombre un sentimiento de noble independencia, que no le consiente sujetarse á la voluntad de otro hombre, á no ser que se le manifiesten títulos legítimos en que fundarse puedan las pretensiones del mando. Si estos títulos andan acompañados de razon y de justicia, y sobre todo si están radicados en altos objetos que el hombre acata y ama, la razon se convence, el corazon se ablanda, y el hombre cede. Pero si la razon del mando es solo la voluntad de otro hombre, si se hallan encarados por decirlo así, hombre con hombre, entónces bullen en la mente los pensamientos de igualdad, arde en el corazon el sentimiento de la independencia, y la frente se pone altanera y las pasiones braman. Por esta causa, en tratándose de alcanzar obediencia voluntaria y du-

radera, es menester que en el que manda se oculte, desaparezca el hombre, y solo se vea el representante de un poder superior, ó la personificacion de los motivos que manifiestan al súbdito la justicia y la utilidad de la sumision: de esta manera no se obedece á la voluntad agena, por lo que es en sí, sino porque representa un poder superior, ó porque es el intérprete de la razon y de la justicia: y así no mira el hombre ultrajada su dignidad, y se le hace la obediencia suave y llevadera.

No es menester decir si eran tales los títulos en que se fundaba la obediencia de los esclavos, ántes del Cristianismo: las costumbres los equiparaban á los brutos, y las leyes venian si cabe, á recargar la mano, usando de un lenguage que no puede leerse sin indignacion. El dueño mandaba porque tal era su voluntad, y el esclavo se veia precisado á obedecer, no en fuerza de motivos superiores, ni de obligaciones morales, sino porque era una propiedad del que mandaba, era un caballo regido por el freno, era una máquina que habia de corresponder al impulso del manubrio. ¿Qué extraño pues, si aquellos infelices abrevados de infortunio y de ignominia, abrigaban en su pecho aquel hondo y concentrado rencor, aquella virulenta saña, aquella terrible sed de venganza, que á la primera oportunidad rebentaba con explosion espantosa? El horroroso degüello de Tiro, ejemplo y terror del universo, segun la expresion de Justino, las

repetidas sublevaciones de los Penestas en Tesalia, de los Ilotas en Lacedemonia, las defecciones de los de Chio y Atenas, la insurreccion acaudillada por Herdonio, y el terror causado por ella á todas las familias de Roma, las sangrientas escenas, la tenaz y desesperada resistencia de las huestes de Espartaco, ¿qué eran sino el resultado natural del sistema de violencia, de ultrage y desprecio con que se trataba á los esclavos? ¿No es esto lo mismo que hemos visto reproducido en tiempos recientes, en las catástrofes de los negros de las colonias? Tal es la naturaleza del hombre: quien siembra desprecio y ultrage, recoge furor y venganza.

Estas verdades no se ocultaron al Cristianismo, y asi es que si predicó la obediencia, procuró fundarla en títulos divinos; si conservó á los dueños sus derechos, tambien les enseñó altamente sus obligaciones: y allí donde prevalecieron las doctrinas cristianas, pudieron los esclavos decir: «somos infelices, es verdad; á la desdicha nos han condenado, ó el nacimiento, ó la pobreza, ó los reveses de la guerra, pero al fin se nos reconoce por hombres, por hermanos; y entre nosotros y nuestros dueños hay una reciprocidad de obligaciones y de derechos». Oigamos ó sino lo que dice el Apóstol. «Esclavos obedeced á los señores carnales con temor y temblor, con sencillez de corazon como á Cristo, *no sirviendo con puntualidad para agradar á los hombres*, sino como siervos de Cristo,

haciendo de corazon la votuntad de Dios, sirviendo de buena voluntad, *como al Señor, y no á los hombres.* Sabiendo que cada uno recibirá del Señor el bien que hiciere sea *esclavo* sea *libre.* Y vosotros señores haced lo mismo con vuestros esclavos, aflojando en vuestras amenazas; sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos; y *delante de él no hay acepcion de personas.* (Ad Ephes. c. 6. v. 5. 6. 7. 8. 9.)

En la carta á los Colosenses (C. 3) vuelve á inculcar la misma doctrina de la obediencia, fundándola en los mismos motivos; y como consolando á los infelices esclavos les dice: «del Señor recibiréis la retribucion de la heredad. Servid á Cristo Señor. Pues quien hace injuria recibirá su condigno castigo: y no hay delante de Dios acepcion de personas.» Y mas abajo (c. 4, v. 1) dirigiéndose á los señores añade; «señores dad á los esclavos lo que es justo y equitativo: sabiendo que tambien vosotros tenéis un Señor en el cielo.»

Esparcidas doctrinas tan benéficas, ya se vé que habia de mejorarse en gran manera la condicion de los esclavos, siendo el resultado mas inmediato el templarse aquel rigor tan excesivo, aquella crueldad que nos sería increible, sino nos constára en testimonios irrecusables. Sabido es que el dueño tenia el derecho de vida y de muerte, y que se abusaba de esta facultad hasta matar á un esclavo por un capricho, como lo hizo

Quintio Flaminio en medio de un convite; y hasta arrojar á las murenas á uno de esos infelices por haber tenido la desgracia de quebrantar un vaso de cristal; como se nos refiere de Vedio Polion. Y no se limitaba tamaña crueldad al círculo de algunas familias que tuviesen un dueño sin entrañas; no, sino que la crueldad estaba erigida en sistema; resultado funesto pero necesario, del extravío de las ideas sobre este punto, del olvido de los sentimientos de humanidad: sistema violento que solo se sostenia teniendo hincado sin cesar el pié sobre la cerviz del esclavo, que solo se interrumpia cuando pudiendo este prevalecer se arrojaba sobre su dueño y lo hacia pedazos. Era antiguo proverbio: « tantos enemigos cuantos esclavos. »

Ya hemos visto los estragos que hacian esos hombres furiosos y abrasados de sed de venganza, siempre que podian quebrantar las cadenas que los oprimian; pero á buen seguro que no les iban en zaga los dueños cuando se trataba de inspirarles terror. En Lacedemonia, temiéndose un dia de la mala voluntad de los Ilotas, los reunieron á todos cerca del templo de Júpiter, y los pasaron á cuchillo; (Thucy. L. 4.) y en Roma habia la bárbara costumbre de que, siempre que fuese asesinado algun dueño, fueran condenados á muerte todos sus esclavos. Congoja da el leer en Tácito (Ann. L. 14. 43) la horrorosa escena ocurrida despues de haber sido asesinado por uno de sus

El concilio de Elvira celebrado á principios del siglo IV, sujeta á penitencia á la muger que haya golpeado con daño grave á su esclava. El concilio de Orleans celebrado en 549 (can. 22.) prescribe que si se refugiare á la Iglesia algun esclavo que hubiere cometido algunas faltas, se le vuelva á su amo, pero haciéndole ántes prestar juramento, de que al salir no le hará daño ninguno; pero que si le maltratáre quebrantando el juramento, sea separado de la comunion y de la mesa de los católicos. Este cánon nos revela dos cosas: la crueldad acostumbrada de los amos, y el zelo de la Iglesia por suavizar el trato de los esclavos. Para poner freno á la crueldad nada menos se necesitaba que exígir un juramento; y la Iglesia aunque de suyo tan delicada en materia de juramentos, juzgaba sin embargo el negocio de bastante importancia, para que pudiera y debiera emplearse el augusto nombre de Dios.

El favor y proteccion que la Iglesia dispensaba á los esclavos, se iba extendiendo rápidamente, y á lo que parece debia de introducirse en algunos lugares la costumbre de exigir juramento, no tan solo de que el esclavo refugiado á la Iglesia no sería maltratado en su persona, pero que ni aun se le impusiese trabajo extraordinario, ni se le señalase con ningun distintivo que le diera á conocer. De esta costumbre, procedente sin duda del zelo por la humanidad, pero que quizás hubiera traido inconvenientes

aflojando con demasiada prontitud los lazos de la obediencia, y dando lugar á excesos de parte de los esclavos, encuéntranse los indicios en una disposicion del Concilio de Epaona (hoy segun algunos Abbon) celebrado por los años de 517 en que procura el Concilio atajar el mal, prescribiendo una prudente moderacion, sin levantar por eso la mano de la proteccion comenzada. En el cánon. 39 ordena: que si un esclavo reo de algun delito atroz se retrae á la Iglesia, solo se le libre de las penas corporales; sin obligar al dueño á prestar juramento de que no le impondrá trabajo extraordinario, ó que no le cortará el pelo para que sea conocido. Y nótese bien que si se pone esa limitacion es cuando el esclavo haya cometido un delito atroz, y que en tal caso la facultad que se le deja al amo, es la de imponerle trabajo extraordinario, ó de distinguirle cortándole el pelo.

Quizás no faltará quien tilde de excesiva semejante indulgencia, pero es menester advertir que cuando los abusos son grandes y arraigados, el empuje para arrancarlos ha de ser fuerte; y que á veces, si bien parece á primera vista que se traspasan los límites de la prudencia, este exceso aparente no es otra cosa que aquella oscilacion indispensable que sufren las cosas, ántes de alcanzar su verdadero aplomo. Aquí no trataba la Iglesia de proteger el crímen, no reclamaba indulgencia para lo que no la mereciese; lo que se proponia era poner coto á

la violencia y al capricho de los amos; no queria consentir que un hombre sufriese los tormentos y la muerte, porque tal fuese la voluntad de otro hombre. El establecimiento de leyes justas, y la legítima accion de los tribunales, son cosas á que jamás se ha opuesto la Iglesia; pero la violencia de los particulares no ha podido consentirla nunca.

De ese espíritu de oposicion al ejercicio de la fuerza privada, espíritu que entraña nada menos que la organizacion social, encontramos una muestra muy á propósito, en el cánon. 15 del Concilio de Mérida celebrado en el año 666. Sabido es, y lo llevo ya indicado, que los esclavos eran un parte principal de la propiedad, y que siendo la distribucion del trabajo arreglada conforme á esta base, no era posible prescindir de tener esclavos á quien tuviese propiedades, sobre todo si eran algo considerables. La Iglesia se hallaba en este caso; y como no estaba en su mano el cambiar de golpe la organizacion social, tuvo que acomodarse á esta necesidad, y tener esclavos. Si con respecto á estos quería introducir mejoras, bueno era que empezase ella misma á dar el ejemplo; y este ejemplo se halla en el cánon del Concilio que acabo de citar. En él, despues de haber prohibido á los Obispos y á los Sacerdotes el maltratar á los sirvientes de la Iglesia mutilándolos, dispone el Concilio que si cometen algun delito se los entregue á los Jueces seculares, pero de manera que los

Obispos moderen la pena á que sean condenados. Es digno de notarse que segun se desprende de este cánon estaba todavía en uso el derecho de mutilacion, hecha por el dueño particular; y que quizás estaba todavía muy arraigado, cuando vemos que el Concilio se limita á prohibir esta pena á los eclesiásticos, y nada dice con respecto á los legos.

En esa prohibicion hecha á los eclesiásticos, influía sin duda la mira de que derramando sangre humana no se hicieran incapaces de ejercer aquel elevado ministerio, cuyo acto principal es el augusto sacrificio en que se ofrece una víctima de paz y de amor; pero esto nada quita de su mérito, ni disminuye su influencia en la mejora de la suerte de los esclavos: siempre era reemplazar la vindicta particular con la vindicta pública; era una nueva proclamacion de la igualdad de los esclavos con los libres cuando se trataba de efusion de sangre, era declarar que las manos que derramasen la sangre de un esclavo quedaban con la misma mancha que si hubiesen vertido la sangre de un hombre libre. Y era necesario inculcar de todos modos esas verdades saludables, ya que estaban en tan abierta contradiccion con las ideas y costumbres antiguas; era necesario trabajar asiduamente en que desapareciesen las excepciones vergonzosas y crueles, que mantenian privados á la mayor parte de los hombres de la participacion de los derechos de la humanidad.

En el cánon que acabo de citar hay una circunstancia notable que manifiesta la solicitud de la Iglesia para restituir á los esclavos la dignidad y consideracion de que se hallaban privados. El rapamiento de los cabellos era entre los Godos una pena muy afrentosa; y que segun nos dice Lucas de Tuy, casi les era mas penosa que la muerte. Ya se deja entender que cualquiera que fuere la preocupacion sobre este punto, podia la Iglesia permitir ese rapamiento, sin incurrir en la nota que consigo lleva el derramamiento de sangre; pero sin embargo no quiso hacerlo; y esto indica que procuraba borrar las marcas de humillacion, estampadas en la frente del esclavo. Despues de haber prevenido á los Sacerdotes y Obispos, que entreguen al juez á los que sean culpables, dispone que «no toleren que se los rape con ignominia.»

Ningun cuidado estaba de mas en esta materia: era necesario acechar todas las ocasiones favorables, procurando que anduviesen desapareciendo las odiosas excepciones que afligian á los esclavos. Esta necesidad se manifiesta bien á las claras en el modo de expresarse el Concilio undécimo de Toledo, celebrado en el año 675. En su cánon 6 prohibe á los Obispos el juzgar por sí los delitos dignos de muerte, y el mandar la mutilacion de los miembros: pero véase como el Concilio juzgó necesario advertir que no consentia excepcion, añadiendo, «ni aun contra los siervos de su iglesia.» El mal era grave, y

no podia ser curado sino con solicitud muy asidua; por manera que aun limitándonos al derecho mas cruel de todos, cual es el de vida y muerte, vemos que cuesta largo trabajo el extirparle. A principios del siglo VI no faltaban ejemplos de tamaño exceso, pues que el concilio de Epaona en su cánon 34 dispone «que sea privado por dos años de la comunion de la Iglesia el amo que por su *propia autoridad* haga quitar la vida á su esclavo». Habia promediado ya el siglo IX, y todavía nos encontramos con atentados semejantes: atentados que procuraba reprimir el Concilio de Worsmes celebrado en el año 868; sujetando á dos años de penitencia al amo que con su *autoridad privada* hubiese dado muerte á su esclavo.



CAPITULO DECIMOSEPTIMO.

Mientras se suavizaba el trato de los esclavos, y se los aproximaba en cuanto era posible á los hombres libres, era necesario no descuidar la obra de la emancipacion universal, pues que no bastaba mejorar ese estado, sino que ademas convenia abolirle. La sola fuerza de las doctrinas cristianas, y el espíritu de caridad que al par con ellas se iba difundiendo por toda la tierra, atacaban tan vivamente el estado de la esclavitud, que tarde ó temprano debian llevar á cabo su completa abolicion; porque es imposible que la sociedad permanezca por largo tiempo en un órden de cosas, que esté en oposicion con las ideas de que está imbuida. Segun las doctrinas cristianas, todos los hombres tienen un mismo orígen y un mismo destino, todos son hermanos en Jesucristo, todos estan obligados á amarse de todo corazon, á socorrerse en las necesidades, á no ofenderse ni siquiera de

palabra; todos son iguales ante Dios, pues que serán juzgados sin acepcion de personas; el Cristianismo se iba extendiendo, arraigando por todas partes, apoderándose de todas las clases, de todos los ramos de la sociedad; ¿cómo era posible pues, que continuase la esclavitud, ese estado degradante en que el hombre es propiedad de otro, en que es vendido como un bruto, en que se le priva de los dulcísimos lazos de familia, en que no participa de ninguna de las ventajas de la sociedad? cosas tan contrapuestas ¿podian vivir juntas?

Las leyes estaban en favor de la esclavitud, es verdad, y aun puede añadirse mas, y es que el Cristianismo no desplegó un ataque directo contra esas leyes; pero en cambio ¿qué hizo? procuró apoderarse de las ideas y costumbres, les comunicó un nuevo impulso, les dió una direccion diferente, y en tal caso ¿qué pueden las leyes? se afloja su rigor, se descuida su observancia, se empieza á sospechar de su equidad, se disputa sobre su conveniencia, se notan sus malos efectos, van caducando poco á poco, de manera que á veces ni es necesario darles un golpe para destruirlas: se las arrumba por inútiles, ó si merecen la pena de una abolicion expresa, es por mera ceremonia: son como un cadáver que se entierra con honor.

Mas no se infiere de lo que acabo de decir, que por dar tanta importancia á las ideas y costumbres cristianas, pretenda que se abandonó

el buen éxito á esa sola fuerza, sin que al propio tiempo cuidára la Iglesia de tomar las medidas conducentes demandadas por los tiempos y circunstancias: nada de eso, ántes como llevo ya indicado, la Iglesia echó mano de varios medios, los mas á propósito para surtir el efecto deseado.

Para asegurar la obra de la emancipacion, era muy conveniente en primer lugar poner á cubierto de todo ataque la libertad de los manumitidos; libertad que desgraciadamente no dejaba de verse combatida con frecuencia, y de correr graves peligros. De ese triste fenómeno no es dificil encontrar las causas en los restos de las ideas y costumbres antiguas, en la codicia de los poderosos, en el sistema de violencia generalizado con la irrupcion de los bárbaros, y en la pobreza, desvalimiento, y completa falta de educacion y moralidad, en que debian de encontrarse los infelices que iban saliendo de la esclavitud: porque es de suponer que muchos no conocerían todo el valor de la libertad, que no siempre se portarian en el nuevo estado, conforme dicta la razon y exige la justicia, y que entrando de nuevo en la posesion de los derechos de un hombre libre, no sabrian cumplir con sus nuevas obligaciones. Pero todos estos inconvenientes, inseparables de la naturaleza de las cosas, no debian impedir la consumacion de una obra reclamada por la Religion y la humanidad: era necesario resignarse á sufrirlos, considerando

que en la parte de culpa que caber pudiera á los manumitidos, habia muchos motivos de excusa, á causa de que el estado de que acababan de salir, embargaba el desarrollo de las facultades intelectuales y morales.

Poníase á cubierto de los ataques de la injusticia, y quedaba en cierto modo revestida de una inviolabilidad sagrada la libertad de los nuevos emancipados, si su emancipacion se enlazaba con aquellos objetos que á la sazon ejercian mas poderoso ascendiente. Hallábase en este caso la Iglesia, y cuanto era de su pertenencia; y por esta causa fué sin duda muy conducente que se introdujese la costumbre de manumitir en las Iglesias. Este acto al paso que reemplazaba las costumbres antiguas, y las hacia olvidar, venia á ser como una declaracion tácita de lo muy agradable que era á Dios la libertad de los hombres; una proclamacion práctica de su igualdad ante Dios, ya que allí mismo se ejecutaba la manumision, donde se leía con frecuencia, que delante de Dios no hay acepcion de personas, en el mismo lugar donde desaparecian todas las distinciones mundanas, donde quedaban confundidos todos los hombres, unidos con suaves lazos de fraternidad y de amor. Verificada de este modo la manumision, la Iglesia tenia un derecho mas expédito para defender la libertad del manumitido; pues que habiendo sido ella testigo del acto, podia dar fe de su espontaneidad y demas circunstancias para ase-

gurar la validez; y aun podia tambien reclamar su observancia, apoyándose en que hacer lo contrario era en cierto modo una profanacion del lugar sagrado, era faltar á lo prometido delante del mismo Dios.

No se olvidaba la Iglesia de aprovechar en favor de los manumitidos, semejantes circunstancias: y asi vemos que el primer Concilio de Orange celebrado en 441, dispone en su cánon 7 que es menester reprimir con censuras eclesiásticas á los que quieren someter á algun género de servidumbre, á los esclavos, á quienes se haya dado libertad en la Iglesia: y un siglo despues encontramos repetida la misma prohibicion en el cánon 7 del 5° Concilio de Orleans celebrado en el año 549.

La proteccion dispensada por la Iglesia á los esclavos manumitidos era tan manifiesta y conocida de todos, que se introdujo la costumbre de recomendárselos particularmente. Hacíase esta recomendacion á veces en testamento, como nos lo indica el Concilio de Orange poco ha citado, ordenando que por medio de las censuras eclesiásticas se impida que no sean sometidos á género alguno de servidumbre los esclavos manumitidos, recomendados en testamento á la Iglesia. No siempre se hacía por testamento esa recomendacion; segun se desprende del cánon 6 del concilio de Toledo celebrado en 589, donde se dispone que cuando sean recomendados á la Iglesia algunos manumitidos, no

se los prive ni á ellos ni á sus hijos de la proteccion de la Iglesia. Aquí se habla en general, sin limitarse al caso de mediar testamento. Lo mismo puede verse en otro concilio de Toledo celebrado en el año 633, donde se dice, que la Iglesia recibirá únicamente bajo su proteccion á los libertos de los particulares que se los hayan recomendado.

Aun cuando la manumision no se hubiese hecho en la Iglesia, ni hubiese mediado recomendacion particular, no obstante la Iglesia no dejaba de tomar parte en la defensa de los manumitidos, en viendo que peligraba su libertad. Quien estime en algo la dignidad del hombre, quien abrigue en su pecho algun sentimiento de humanidad, seguramente no llevará á mal que la Iglesia se entrometiese en esa clase de negocios, aunque no consideráramos otros títulos que los que da al hombre generoso la proteccion del desvalido; no le desagradará el encontrar mandado en el cánon 29 del Concilio de Agde en Langüedoc, celebrado en 506, que la Iglesia, en caso necesario, tome la defensa de aquellos á quienes sus amos han dado legítimamente libertad.

En la grande obra de la abolicion de la esclavitud, ha tenido no escasa parte el zelo que en todos tiempos y lugares ha desplegado la Iglesia por la redencion de los cautivos. Sabido es que una porcion considerable de esclavos debia esta suerte á los reveses de la guerra. A los antiguos

[illegible] parecido fabulosa la [illegible] de [illegible] las guerras modernas [illegible] de los [illegible] podian [illegible] todas [illegible] del [illegible] en el que [illegible] de los [illegible] que [illegible] admirable [illegible] de [illegible] Régulo, [illegible] los [illegible] al [illegible] de los [illegible] á [illegible] en que:

[illegible] por uno de los [illegible] el [illegible] los [illegible]

Pero si bien penetrándonos á la profunda impresion que nos causa tal heroismo [illegible] que excita en nuestro pecho todo cuanto [illegible] una grande alma, no podemos menos de confesar que aquella virtud rayaba en feroz; y que en el terrible discurso que sale de los labios de Régulo hay una política cruel, contra la que se levantarian vigorosamente los sentimientos de humanidad, si no estuviera embargada y como aterrada nuestra alma á la vista del sublime desprendimiento del hombre que habla.

El Cristianismo no podia avenirse con semejantes doctrinas: no quiso que se sostituyese la máxima de que para hacer á los hombres va-

lientes en la guerra, era necesario dejarlos sin esperanza; y los admirables rasgos de valor, las asombrosas escenas de inalterable fortaleza y constancia, que esmaltan por do quiera las páginas de la historia de las naciones modernas, son un elocuente testimonio del acierto de la Religion Cristiana, al proclamar que la suavidad de costumbres no estaba reñida con el heroismo. Los antiguos rayaban siempre en uno de dos extremos, la molicie ó la ferocidad; entre estos extremos hay un medio, y este medio lo ha enseñado á los hombres la Religion Cristiana.

Consecuente pues el Cristianismo en sus principios de fraternidad y de amor, tuvo por uno de los objetos mas dignos de su caritativo zelo el rescate de los cautivos; y ora miremos los hermosos rasgos de acciones particulares que nos ha conservado la historia, ora atendamos al espíritu que ha dirigido la conducta de la Iglesia, encontraremos un nuevo y bellísimo título para grangear á la Religion Cristiana la gratitud de la humanidad.

Un célebre escritor moderno M. de Chateaubriand, nos ha presentado en los bosques de los Francos á un sacerdote cristiano esclavo, y esclavo voluntario por haberse entregado él mismo á la esclavitud en rescate de un soldado cristiano que gemía en el cautiverio, y que habia dejado á su esposa en el desconsuelo, y á tres hijos en la horfandad y en la pobreza. El

sublime espectáculo que nos ofrece Zacarías, sufriendo con serena calma la esclavitud por el amor de Jesucristo y de aquel infeliz á quien habia libertado, no es una mera ficcion del poeta; en los primeros siglos de la Iglesia viéronse en abundancia semejantes ejemplos, y el que haya llorado al ver el sublime desprendimiento y la inefable caridad de Zacarías, puede estar seguro que con sus lágrimas ha pagado un tributo á la verdad. « A muchos de los nuestros hemos conocido, dice el Papa san Clemente, que se entregaron ellos mismos al cautiverio para rescatar á otros. » (carta 1. á los Corin. C. 55).

Era la redencion de los cautivos un objeto tan privilegiado, que estaba prevenido por antiquísimos cánones, que si esa atencion lo exigía, se vendiesen las halajas de las Iglesias, hasta sus vasos sagrados: en tratándose de los infelices cautivos, no tenia límites la caridad, el zelo de la Iglesia saltaba todas las barreras, hasta llegar al caso de mandar que por mal parados que se hallasen los negocios de una Iglesia, primero que á su reparacion, debia atenderse á la redencion de los cautivos. (Caus. 12. Q. 2) Al traves de los trastornos que consigo trajo la irrupcion de los bárbaros, vemos que la Iglesia siempre constante en su propósito no desmiente la generosa conducta con que habia principiado. No cayeron en olvido ni en desuso las disposiciones benéficas de los antiguos cánones; y las

generosas palabras del santo Obispo de Milan en favor de los cautivos, encontraron un eco que nunca se interrumpió á pesar del caos de los tiempos. (V. S. Ambros. de off. L. 2. C. 28.) Por el cánon 5 del concilio de Macon celebrado en 585, vemos que los sacerdotes se ocupaban en el rescate de los cautivos, empleando para ello los bienes eclesiásticos: el concilio de Reims celebrado en el año 625 impone la pena de suspension de sus funciones al Obispo que deshaga los vasos sagrados; añadiendo empero generalmente, «*por cualquier otro motivo que no sea el de redimir cautivos.*» y mucho tiempo despues hallamos eu el cánon 12 del concilio de Verneuil celebrado en el año 844, que los bienes de la Iglesia servian para la redencion de cautivos.

Restituido á la libertad el cautivo, no le dejaba sin proteccion la Iglesia, ántes se la continuaba con solicitud, librándole cartas de recomendacion, seguramente con el doble objeto de guardarle de nuevas tropelías en su viage, y de que no le faltasen los medios para repararse de los quebrantos sufridos en el cautiverio. De ese nuevo género de proteccion tenemos un testimonio en el cánon 2 del concilio de Lion, celebrado en el año 583, donde se dispone: que los Obispos, deben poner en las cartas de recomendacion que dan á los cautivos, la fecha, y el precio del rescate.

De tal manera se desplegó en la Iglesia el

zelo por la redencion de los cautivos, que hasta se llegaron á cometer imprudencias, que se vió en la necesidad de reprimirlas la autoridad eclesiástica. Pero estos mismos excesos nos indican hasta qué punto llegaba el zelo, pues que por su impaciencia caía en extravíos. Sabemos por un concilio celebrado en Irlanda, llamado de san Patricio, y que tuvo lugar por los años de 451 ó 456, que algunos clérigos se ocupaban en procurar la libertad de los cautivos haciéndolos huir; exceso que reprime con mucha prudencia el Concilio en su cánon 32, disponiendo que el eclesiástico que quiera redimir cautivos, lo haga con su dinero; pues que el robarlos para hacerlos huir, daba ocasion á que los clérigos fuesen mirados como ladrones, y redundaba en deshonra de la Iglesia. Documento notable, que si bien nos manifiesta el espíritu de órden y de equidad que dirige á la Iglesia, no deja al propio tiempo de indicarnos, cuan profundamente estaba grabado en los ánimos, lo santo, lo meritorio, lo generoso que era el dar libertad á los cautivos, pues que algunos llegaban al exceso de persuadirse, que la bondad de la obra autorizaba la violencia.

Es tambien muy loable el desprendimiento de la Iglesia en este punto; pues que una vez invertidos sus bienes en la redencion de un cautivo no quería que se la recompensase en nada, aun cuando alcanzasen á hacerlo las facultades del redimido. De esto tenemos un claro testimo-

nio en las cartas del papa san Gregorio, donde vemos que estando recelosas algunas personas libradas del cautiverio con la plata de la Iglesia, de si con el tiempo podria venir caso en que se les pidiera la cantidad expendida, les asegura el Papa que no; manda que nadie se atreva á molestarlos ni á ellos ni á sus herederos, en ningun tiempo, atendido que los sagrados cánones permiten invertir los bienes eclesiásticos en la redencion de los cautivos (L. 7. ep. 14.)

Este zelo de la Iglesia por tan santa obra debió de contribuir sobremanera á disminuir el número de los esclavos; y fué mucho mas saludable su influencia por haberse desplegado cabalmente en las épocas de mas necesidad: es decir cuando por la disolucion del Imperio Romano, por la irrupcion de los bárbaros, por la fluctuacion de los pueblos que fué el estado de Europa durante muchos siglos, y por la ferocidad de las naciones invasoras, eran tan frecuentes las guerras, y tan repetidos los trastornos, y tan familiar se habia hecho por do quiera el reinado de la fuerza. A no haber mediado la accion benéfica y libertadora del Cristianismo, lejos de disminuirse el inmenso número de los esclavos legado por la sociedad vieja á la sociedad nueva, se habría acrecentado mas y mas: porque donde quiera que prevalece el derecho brutal de la fuerza, si no le sale al paso para contenerla y suavizarla algun poderoso elemento, el humano linage camina rápi-

damente al envilecimiento, resultando por necesidad, el ganar terreno la esclavitud.

Ese lamentable estado de fluctuacion y de violencia era de suyo muy á propósito para inutilizar los esfuerzos que hacía la Iglesia en la abolicion de la esclavitud; y no le costaba escaso trabajo el impedir que se malograse por una parte lo que ella procuraba remediar por otra. La falta de un poder central, la complicacion de las relaciones sociales, pocas bien deslindadas, muchas violentas, y todas sin prenda de estabilidad y consistencia, hacía que estuviesen mal seguras las propiedades y las personas, y que así como eran invadidas aquellas, fueran estas privadas de su libertad. Por manera que era menester evitar que no hiciese ahora la violencia de los particulares, lo que ántes hacían las costumbres y la legislacion. Así vemos que en el cánon 3 del concilio de Lion celebrado por los años de 566, se excomulga á los que retienen injustamente en la esclavitud á personas libres; en el cánon 17 del concilio de Reims celebrado en el año 625, se prohibe bajo pena de excomunion el perseguir á personas libres para reducirlas á esclavitud; en el cánon 27 del concilio de Londres celebrado en el año 1102 se prohibe la bárbara costumbre de hacer comercio de hombres como de animales; y en el cánon 7 del concilio de Coblenza celebrado en el año 922, se declara reo de homicidio al que seduce á un cristiano

para venderlo. Declaracion notable en que la libertad es tenida en tanto precio que se la equipara con la vida.

Otro de los medios de que se valió la Iglesia para ir aboliendo la esclavitud, fué el dejar á los infelices que por su pobreza hubiesen caido en ese estado, camino abierto para salir de él. Ya he notado mas arriba, que la indigencia era una de las fuentes de la esclavitud; y hemos visto el pasage de Julio Cesar, en que nos dice cuan general era esto entre los Galos. Sabido es tambien que por el derecho antiguo, el que habia caido en la esclavitud, no podia recuperar su libertad sino conforme á la voluntad de su amo; pues que siendo el esclavo una verdadera propiedad, nadie podia disponer de ella sin consentimiento del dueño, y mucho menos el mismo esclavo. Este derecho era muy corriente supuestas las doctrinas paganas, pero el Cristianismo miraba la cosa con otros ojos; y si el esclavo era una propiedad, no dejaba por esto de ser hombre. Así fué que la Iglesia no quiso seguir en este punto las estrictas reglas de las otras propiedades; y en mediando alguna duda, ó en ofreciéndose alguna oportunidad, siempre se ponia de parte del esclavo. Previas estas consideraciones, se comprenderá todo el mérito de un nuevo derecho que introdujo la Iglesia, cual es, que las personas libres que hubiesen sido vendidas ó empeñadas por necesidad, tornasen á su estado primitivo, devolviendo el precio que hubiesen recibido.

Este derecho que se halla expresamente consignado en un concilio de Francia, celebrado por los años de 616, segun se cree en Boneuil, abria anchurosa puerta para recobrar la libertad: pues que á mas de dejar en el corazon del esclavo la esperanza, con la que podia discurrir y practicar medios para obtener el rescate, hacía la libertad dependiente de la voluntad de cualquiera, que compadecido de la suerte de un desgraciado, quisiese pagar ó adelantar la cantidad necesaria. Recuérdese ahora lo que se ha notado sobre el ardiente zelo dispertado en tantos corazones para esa clase de obras, y que los bienes de la Iglesia se daban por muy bien empleados siempre que podian acudir al socorro de un infeliz, y se verá la influencia incalculable que habia de tener la disposicion que se acaba de mentar; se verá que esto equivalia á cegar uno de los mas abundantes manantiales de la esclavitud, y abrir á la libertad un anchuroso camino.



CAPITULO DECIMOCTAVO.

No dejó tambien de contribuir á la abolicion de la esclavitud la conducta de la Iglesia con respecto á los judíos. Ese pueblo singular, que lleva en su frente la marca de un proscrito, que anda disperso entre todas las naciones, sin confundirse con ellas, como nadan enteras en un líquido las porciones de una materia insoluble, procura mitigar su infortunio acumulando tesoros; y parece que se venga del desdeñoso aislamiento en que le dejan los otros pueblos, chupándoles la sangre con crecidas usuras. En tiempos de grandes trastornos y calamidades que por necesidad debian de acarrear la miseria, podia campear á sus anchuras el detestable vicio de una codicia desapiadada; y recientes como eran la dureza y crueldad de las antiguas leyes y costumbres sobre la suerte de los deudores, no estimado aun en su justa medida todo el valor de la libertad, no faltando ejemplos de

algunos que la vendian para salir de un apuro, era urgente salir al paso al riesgo, y no consentir que tomase sobrado incremento el poderío de las riquezas de los judíos en perjuicio de la libertad de los cristianos.

Que no era imaginario el peligro, demuéstralo el mal nombre que desde muy antiguo llevan los judíos en la materia; y lo confirman los hechos que todavía se están presenciando en nuestros tiempos. El célebre Herder, en su *Adrastea* se atreve á pronosticar que los hijos de Israel llegarán con el tiempo, á fuerza de su conducta sistemática y calculada, á reducir á los cristianos, á no ser mas que esclavos suyos: si pues en circunstancias infinitamente menos favorables á los judíos, cabe que hombres distinguidos abriguen semejantes temores; ¿qué no debia recelarse de la codicia inexorable de los judíos en los desgraciados tiempos á que nos referimos?

Por estas consideraciones, un observador imparcial, un observador que no esté dominado del miserable prurito de salir abogando por una secta cualquiera, mientras pueda tener la complacencia de inculpar á la Iglesia Católica, aun cuando sea en contra de los intereses de la humanidad, un observador que no pertenezca al órden de aquellos que no se alarmarian tanto de una irrupcion de cafres como de una disposicion en que la potestad eclesiástica parezca extender algun tanto el círculo de sus atribu-

cion es, no observador que no sea tan reducido, tan pequeño, tan miserable, pero no sin escándalo, sino con mucho gusto, que la Iglesia seguia con prudente vigilancia los pasos de los judíos, y aprovechando las ocasiones que se ofrecian para favorecer á los esclavos cristianos, y llegando al fin á madurar el negocio hasta prohibirles el tenerlos.

El tercer Concilio de Orleans celebrado en el año 538, en su cánon 13 prohibe á los judíos el obligar á los esclavos cristianos á cosas opuestas á la Religion de Jesucristo. Esta disposicion que aseguraba al esclavo la libertad en el santuario de su conciencia, le hacia respetable á los ojos de su propio dueño, y era una proclamacion solemne de la dignidad del hombre, en que se declaraba que la esclavitud no podia extender sus dominios á la sagrada region del espíritu. Esto sin embargo no bastaba, sino que era conveniente facilitar á los esclavos de los judíos el recobro de la libertad. Solo habian pasado tres años cuando se celebró el 4º Concilio de Orleans, y es notable lo que se adelantó en este con respecto al anterior, pues que en su cánon 30. permite rescatar á los esclavos cristianos, que huyan á la Iglesia, mientras se pague á los dueños judíos el precio correspondiente. Si bien se mira, una disposicion semejante debia producir abundantes resultados en favor de la libertad, dando asa á los esclavos cristianos para que huyesen á la Iglesia, é implorando desde

allí la caridad de sus hermanos, lograsen mas fácilmente que se les socorriera con el precio del rescate.

El mismo Concilio en su cánon 31. dispone que el judío que pervierta á un esclavo cristiano, sea condenado á perder todos sus esclavos. Nueva sancion á la seguridad de la conciencia del esclavo, nuevo camino abierto por donde pudiera entrar la libertad.

Iba la Iglesia avanzando con aquella unidad de plan, con aquella constancia admirable que han reconocido en ella sus mismos enemigos; y en el breve espacio que media entre la época indicada y el último tercio del mismo siglo, se deja notar el adelanto, pues se encuentra en las disposiciones canónicas mayor empresa, y si pudiéramos expresarnos así, mayor osadía. En el Concilio de Macon celebrado en el año 581 ó 582, en su cánon 16. llega á prohibir expresamente á los judíos el tener esclavos cristianos; y á los existentes permite rescatarlos pagando 12 sueldos. La misma prohibicion encontramos en el cánon 14 del Concilio de Toledo celebrado en el año 589; por manera que á esta época, manifestaba la Iglesia sin rebozo cuál era su voluntad: no quería absolutamente que un cristiano fuese esclavo de un judío.

Constante en su propósito atajaba el mal por todos los medios posibles, limitando si era menester, la facultad de vender los esclavos, en ocurriendo peligro de que pudieran caer en ma-

nos de los judíos. Asi vemos que en el cánon 9 del Concilio de Sona celebrado en el año 650, se prohibe el vender esclavos cristianos fuera del reino de Clodoveo, con la mira de que no caigan en poder de los judíos. No todos comprendian el espíritu de la Iglesia en este punto, ni secundaban debidamente sus miras; pero ella no se cansaba de repetirlas y de inculcarlas. A mediados del siglo VII se nota que en España no faltaban seglares y aun clérigos, que vendieran sus esclavos cristianos á los judíos; pero acude desde luego á reprimir este abuso el concilio X de Toledo tenido en el año 657, prohibiendo en su cánon 7. que los cristianos, y principalmente los clérigos, vendan sus esclavos á judíos; «porque añade bellamente el Concilio, no se puede ignorar que estos esclavos fueron redimidos con la sangre de Jesucristo, por cuyo motivo ántes se los debe comprar que venderlos.»

Esa inefable dignacion de un Dios hecho hombre, vertiendo la sangre por la redencion de todos los hombres, era el mas poderoso motivo que inducia á la Iglesia á interesarse con tanto zelo en la manumision de los esclavos; y en efecto no se necesitaba mas para concebir aversion á desigualdad tan afrentosa, que pensar como aquellos mismos hombres abatidos hasta el nivel de los brutos, habian sido objeto de las miradas bondadosas del Altísimo, lo mismo que sus dueños, lo mismo que los monarcas mas po-

tierosos de la tierra. ¿Y á qué nuestro Redentor, decia el Papa S. Gregorio, y Criador de todas las cosas, se dignó propicio tomar carne humana, para que roto con la gracia de su divinidad, el vínculo de la servidumbre que nos tenia en cautiverio, nos restituyese á la libertad primitiva? es obra saludable el restituir, por la manumision su nativa libertad á los hombres, pues que en su principio á todos los crió libres la naturaleza, y solo fueron sometidos al yugo de la servidumbre por el derecho de gentes. (L. 2. ep. 12)

Siempre juzgó la Iglesia muy necesario el limitar todo lo posible la enagenacion de sus bienes, y no puede asegurarse que en general fuese pródiga en su conducta en esta materia, ó que fiase de la discrecion de ninguno de los ministros, tomados en particular. Obrando de esta manera se proponia evitar las dilapidaciones, que de otra suerte hubieran sido frecuentes; estando esos bienes desparramados por todas partes, y encontrándose á cargo de ministros escogidos de todas las clases del pueblo, y expuestos á la diversidad de influencias que consigo llevan las relaciones de parentezco, de amistad, y mil y mil otras circunstancias, efecto de la variedad de índole, de conocimientos, de prudencia, y aun de tiempos, climas y lugares: por esto se mostró recelosa la Iglesia en punto á conceder la facultad de enagenar; y si venia el caso, sabia desplegar saludable rigor contra los ministros que

olvidasen sus deberes, dilapidando los bienes que tenian encomendados. A pesar de todo esto, ya hemos visto que la Iglesia no reparaba en semejantes consideraciones cuando se trataba de la redencion de cautivos: y se puede tambien manifestar que en lo tocante á la propiedad que consistia en esclavos, miraba la cosa con otros ojos, y trocaba su rigor en indulgencia.

Bastaba que los esclavos hubiesen servido bien á la Iglesia para que los obispos pudiesen darles libertad, donándoles tambien alguna cosa para su manutencion. Este juicio sobre el mérito de los esclavos se encomendaba segun parece, á la discrecion del obispo; y ya se ve que semejante disposicion abría ancha puerta á la caridad de los obispos; así como por otra parte estimulaba á los esclavos á observar un comportamiento que les mereciese tan precioso galardon. Como podía ocurrir que el obispo sucesor levantando dudas sobre la suficiencia de los motivos que habian inducido al antecesor á dar libertad á un esclavo, quisiese disputársela, estaba mandado que los obispos respetasen en esta parte las disposiciones de sus antecesores; no tan solo dejando en libertad á los manumitidos, sino tambien no quitándoles lo que el obispo les hubiera señalado, fuera en *tierras*, *viñas*, ó *habitacion*. Así lo encontramos ordenado en el cánon 7 del Concilio de Agde en Langüedoc celebrado en el año 506. Ni obsta el que en otros lugares se prohi-

ba la manumision, pues que en ellos se habla en general, y no concretándose al caso en que los esclavos fuesen beneméritos.

Las enagenaciones ó empeños de los bienes eclesiásticos hechos por un obispo que no dejase nada al morir, debían revocarse; y ya se echa de ver que la misma disposicion está indicando, que se trata de aquellos casos en que el obispo hubiese obrado con infraccion de los cánones: pues á pesar de esto, si sucedía que el obispo hubiese dado libertad á algunos esclavos, encontramos que se templaba el rigor, previniéndose que los manumitidos continuasen gozando de su libertad. Así lo ordenó el concilio de Orleans celebrado en el año 541 en su cánon 9; dejando tan solo á los manumitidos el cargo de prestar sus servicios á la Iglesia: servicios que como es claro, no serían otros que los de los libertos, y que por otra parte eran tambien recompensados con la proteccion que á los de esta clase dispensaba la Iglesia.

Como un nuevo indicio de la indulgencia de la Iglesia en punto á los esclavos, puede tambien citarse el cánon 10 del concilio de Celchite (Celichytense) en Inglaterra celebrado en el año 816, cánon de que nada ménos resultaba, sino quedar libres en pocos años todos los siervos ingleses de las Iglesias, en los paises donde se observase; pues que disponía, que á la muerte de un obispo se diese libertad á todos sus siervos ingleses, añadiendo que cada uno de los demás

obispos y abades, debia manumitir tres siervos, dándoles á cada uno tres sueldos. Semejantes disposiciones iban allanando el camino para adelantar mas y mas lo comenzado, y preparando las cosas y los ánimos de manera, que pasado algun tiempo pudiéran presenciarse escenas tan generosas como la del concilio de Armach en 1171, en que se dió libertad á todos los ingleses que se hallaban esclavos en Irlanda.

Estas condiciones ventajosas de que disfrutaban los esclavos de la Iglesia, eran de mucho mas valor, á causa de una disciplina que se habia introducido, que se las hacía inamisibles. Si los esclavos de la Iglesia hubieran podido pasar á manos de otros dueños, venido este caso, se habrían hallado sin derecho á los beneficios que recibian los que continuaban bajo su poder; pero felizmente estaba prohibido el permutar esos esclavos por otros; y si salían del poder de la Iglesia, era quedando en libertad. De esta disciplina tenemos un expreso testimonio en las Decretales de Gregorio IX. (L. 3. T. 19. C. 3. y 4): y es notable que en el documento que allí se cita, son tenidos los esclavos de la Iglesia, como consagrados á Dios, fundándose en esto la disposicion de que no puedan pasar á otras manos, y que no salgan de la Iglesia, á no ser para la libertad. Se ve tambien allí mismo, que los fieles en remedio de su alma, solian ofrecer los esclavos á Dios y á sus santos; y pasando así al poder de la Iglesia quedaban fuera

del comercio comun, sin que pudiesen volver á servidumbre profana. El saludable efecto que debian de producir esas ideas y costumbres, en que se enlazaba la Religion con la causa de la humanidad, no es menester ponderarlo: basta observar que el espíritu de la época era altamente religioso, y que todo cuando se asía del áncora de la Religion estaba seguro de salir á puerto.

La fuerza de las ideas religiosas que se andaban desenvolviendo cada dia, y dirigiendo su accion á todos los ramos, se enderezaba muy particularmente á subtraer por todos los medios posibles al hombre del yugo de la esclavitud. A este propósito es muy digna de notarse una disposicion canónica del tiempo de S. Gregorio el Grande. En un Concilio de Roma, celebrado en el año 595, y presidido por este Papa, se abrió á los esclavos una nueva puerta para salir de su abyecto estado, concediéndoles, que recobrasen la libertad aquellos que quisiesen adoptar la vida monástica. Son dignas de notarse las palabras del S. Papa, pues que en ellas se descubre el ascendiente de los motivos religiosos, y como iban prevaleciendo sobre todas las consideraciones é intereses mundanos. Este importante documento se encuentra entre las Epístolas de S. Gregorio, y se hallará en las notas al fin de este tomo.

Sería desconocer el espíritu de aquellas épocas el figurarse que semejantes disposiciones que-

dasen estériles; no era así, sino que causaban los mayores efectos. Puédenos dar de ello una idea lo que leemos en el decreto de Graciano (Distin. 54 C. 12.), donde se ve que rayaba la cosa en escándalo, pues que fué menester reprimir severamente el abuso de que los esclavos huían de sus amos, y se iban con pretexto de Religion á los monasterios; lo que daba motivo á que se levantasen por todas partes quejas y clamores. Como quiera, y aun prescindiendo de lo que nos indican esos abusos, no es difícil conjeturar, que no dejaria de cogerse mucho fruto; ya por procurarse la libertad á muchos esclavos, ya tambien porque los realzaría en gran manera á los ojos del mundo, el verlos pasar á un estado, que luego fué tomando creces, y adquiriendo tan inmenso prestigio y tan poderosa influencia.

Contribuirá no poco á darnos una idea del profundo cambio que por esos medios se iba obrando en la organizacion social, el pararnos un momento á considerar lo que acontecia con respecto á la ordenacion de los esclavos. La disciplina de la Iglesia con respecto á este punto era muy consecuente con sus doctrinas. El esclavo era un hombre como los demas, y por esta parte podia ser ordenado lo mismo que el primer magnate; pero mientras estaba sujeto á la potestad de su dueño, carecia de la independencia necesaria á la dignidad del augusto ministerio, y por esta razon se exigia que el esclavo no pu-

diese ser ordenado, sin ser ántes puesto en libertad. Nada mas razonable, mas justo, ni mas prudente que esta limitacion en una disciplina, que por otra parte era tan noble y generosa; en esa disciplina que por sí sola era una protesta elocuente en favor de la dignidad del hombre, una solemne declaracion de que por tener la desgracia de estar sufriendo la esclavitud no quedaba rebajado del nivel de los demas hombres, pues que la Iglesia no tenia á mengua el escoger sus ministros entre los que habian estado sujetos á la servidumbre; disciplina altamente humana y generosa, pues que colocando en esfera tan respetable á los que habian sido esclavos, tendia á disipar las preocupaciones contra los que se hallaban en ese estado, y labraba relaciones fuertes y fecundas entre los que á él pertenecian, y la mas acatada clase de los hombres libres.

En esta parte llama sobremanera la atencion el abuso que se habia introducido de ordenar á los esclavos sin consentimiento de sus dueños: abuso muy contrario en verdad á los sagrados cánones, y que fué reprimido con laudable zelo por la Iglesia; pero que sin embargo no deja de ser muy útil al observador para apreciar debidamente el profundo efecto que andaban produciendo las ideas é instituciones religiosas. Sin pretender disculpar en nada lo que en eso hubiera de culpable, bien se puede hacer tambien mérito del mismo abuso; pues que los abusos muchas veces no son mas que exagera-

ciones de un buen principio. Las ideas religiosas estaban mal avenidas con la esclavitud, esta se hallaba sostenida por las leyes, y de aquí esa lucha incesante que se presentaba bajo diferentes formas, pero siempre encaminada al mismo blanco, á la emancipacion universal. Con mucha confianza se pueden emplear en la actualidad ese linage de argumentos, ya que los mas horrendos atentados de las revoluciones los hemos visto excusar con la mayor indulgencia, solo en gracia de los principios de que estaban imbuidos los revolucionarios, y de los fines que llevaba la revolucion que eran el cambiar enteramente la organizacion social.

Curiosa es la lectura de los monumentos que sobre este abuso nos han quedado, y que pueden leerse por extenso en el Decreto de Graciano (Dist. 54. C. 9. 10. 11. 12). Examinándolos con detenimiento se echa de ver: 1.° que el número de esclavos que por este medio alcanzaban libertad era muy numeroso, pues que las quejas y los clamores que en contra se levantan son generales. 2.° Que los obispos estaban generalmente á favor de los esclavos, que llevaban muy lejos su proteccion, y que procuraban realizar de todos modos las doctrinas de igualdad, pues que se afirma allí mismo que casi ningun obispo estaba exento de caer en esa reprensible condescendencia. 3.° Que los esclavos conociendo ese espíritu de proteccion se apresuraban á deshacerse de las cadenas, y

arrojarse en brazos de la Iglesia: 4.° Que ese conjunto de circunstancias debia de producir en los ánimos un movimiento muy favorable á la libertad, y que entablada tan afectuosa correspondencia entre los esclavos y la Iglesia, á la sazon tan poderosa é influyente, debió de resultar, que la esclavitud se debilitase rápidamente, caminando los pueblos á esa libertad que siglos adelante vemos llevada á su complemento.

La Iglesia de España, á cuyo influjo civilizador han tributado tantos elogios hombres por cierto poco adictos al Catolicismo, manifestó tambien en esta parte la altura de sus miras y su consumada prudencia. Siendo tan grande como hemos visto el zelo caritativo á favor de los esclavos, y tan decidida la tendencia á elevarlos al sagrado ministerio, era conveniente dejar un desahogo á ese impulso generoso, conciliándole en cuanto era dable, con lo que demandaba la santidad del ministerio. A este doble objeto se encaminaba sin duda la disiplina que se introdujo en España de permitir la ordenacion de los esclavos de la Iglesia, manumitiéndolos ántes, como lo dispone el cánon 74 del 4.° concilio de Toledo celebrado en el año 633, y como se desprende tambien del cánon 11 del 9.° concilio tambien de Toledo, celebrado en el año 655, donde se manda que los obispos no puedan introducir en el clero á los siervos de la Iglesia sin haberles dado antes libertad.

Es notable que esta disposicion se ensanchó

en el cánon 18 del concilio de Mérida celebrado en el año 666, donde se concede hasta á los curas párrocos el escoger para sí clérigos entre los siervos de su Iglesia, con la obligacion empero de mantenerlos segun sus rentas. Con esa disciplina, sin cometer ninguna injusticia, se salvaban todos los inconvenientes que podia traer consigo la ordenacion de los esclavos; y además se conseguian muy benéficos resultados por una via mas suave: porque ordenándose siervos de la misma Iglesia, era mas fácil que se los pudiera escoger con tino, echando mano de aquellos que mas lo merecieran por sus dotes intelectuales y morales: se abria tambien ancha puerta para que pudiese la Iglesia emancipar sus siervos, haciéndolo por un conducto tan honroso cual era el de inscribirlos en el número de sus ministros; y finalmente dábase á los legos un ejemplo muy saludable, pues que si la Iglesia se desprendía tan generosamente de sus esclavos, y era en este punto tan indulgente que sin limitarse á los obispos, extendía la facultad hasta á los curas párrocos, no debia tampoco ser tan doloroso á los seglares el hacer algun sacrificio de sus intereses en pro de la libertad de aquellos, que por una ú otra circunstancia pareciesen llamados á tan santo ministerio.

CAPITULO DECIMONONO.

Así andaba la Iglesia deshaciendo por mil y mil medios, la cadena de la servidumbre, sin salirse empero nunca de los límites señalados por la justicia y la prudencia: así procuraba que desapareciese de entre los cristianos ese estado degradante que de tal modo repugnaba á sus grandiosas ideas sobre la dignidad del hombre, á sus generosos sentimientos de fraternidad y de amor. Donde quiera que se introduzca el Cristianismo, las cadenas de hierro se trocarán en suaves lazos, y los hombres abatidos podrán levantar con nobleza su frente. Agradable es sobremanera el leer lo que pensaba sobre este punto uno de los mas grandes hombres del Cristianismo san Agustin. (De Civit. Dei L. 19. C. 14. 15. 16). Despues de haber sentado en pocas palabras la obligacion que tiene el que manda, sea padre, marido, ó señor, de mirar por el bien de aquel á quien manda; encon-

trando así uno de los cimientos de la obediencia en la misma útilidad del que obedece; despues de haber dicho que los justos no mandan por prurito, ni soberbia, sino por el deber y deseo de hacer bien á sus súbditos; «*neque enim dominandi cupiditate imperant, sed officio consulendi, nec principandi superbia, sed providendi misericordia;*» despues de haber proscrito con tan nobles doctrinas toda opinion que se encaminara á la tiranía, ó que fundase la obediencia en motivos de envilecimiento; como si temiese alguna réplica contra la dignidad del hombre, enardécese de repente su grande alma, aborda de frente la cuestion, la eleva á su altura mas encumbrada, y desatando sin rebozo los nobles pensamientos que hervían en su frente, invoca en su favor el órden de la naturaleza, y la voluntad del mismo Dios, exclamando: «así lo prescribe el órden natural, así crió Dios al hombre; díjole que dominára á los peces del mar, á las aves del Cielo, y á los réptiles que se arrastran sobre la tierra. *La criatura racional hecha á su semejanza, no quiso que dominase sino á los irracionales, no el hombre al hombre, sino el hombre al bruto.*»

Este pasage de san Agustin es uno de aquellos briosos rasgos que se encuentran en los escritores de genio, cuando atormentados por la vista de un objeto angustioso sueltan la rienda á la generosidad de sus ideas, y sentimientos, espresándose con osada valentía. El lector

asombrado con la fuerza de la expresion, busca suspenso y sin aliento, lo que está escrito en las lineas que siguen, como abrigando un recelo de que el autor no se haya extraviado, seducido por la nobleza de su corazon, y arrastrado por la fuerza de su genio: pero se siente un placer inexplicable cuando se descubre que no se ha apartado del camino de la sana doctrina, sino que únicamente ha salido cual gallardo atleta, á defender la causa de la razon, de la justicia y de la humanidad. Tal se nos presenta aquí san Agustin: la vista de tantos desgraciados como gemían en la esclavitud, víctimas de la violencia y caprichos de sus amos, atormentaba su alma generosa; mirando al hombre á la luz de la razon y de las doctrinas cristianas, no encontraba motivo porque hubiese de vivir en tanto envilecimiento una porcion tan considerable del humano linage, y por esto mientras proclama las doctrinas que acabo de indicar, lucha por encontrar el orígen de tamaña ignominia, y no hallándola en la naturaleza del hombre, la busca en el pecado, en la maldicion. «Los primeros justos, dice, fueron mas bien constituidos pastores de ganados que no reyes de hombres, dándonos Dios á entender con esto lo que pedia el órden de las criaturas, y lo que exigía la pena del pecado: pues que la condicion de la servidumbre fué con razon impuesta al pecador: y por esto no encontramos en las Escrituras la palabra *siervo* hasta

que el justo Noe la arrojó como un castigo sobre su hijo culpable. De lo que se sigue que este nombre vino de la culpa, no de la naturaleza.»

Este modo de mirar la esclavitud como hija del pecado, como un fruto de la maldicion de Dios, era de la mayor importancia; pues que dejando salva la dignidad de la naturaleza del hombre, atajaba de raiz todas las preocupaciones de superioridad natural que en su desvanecimiento pudieran atribuirse los libres. Quedaba tambien despojada la esclavitud del valor que podia darle el ser mirada como un pensamiento político, ó medio de gobierno; pues solo debia considerársela como una de tantas plagas arrojadas sobre la humanidad por la cólera del Altísimo. En tal caso los esclavos tenian un motivo de resignacion, pero la arbitrariedad de los amos encontraba un freno, y la compasion de todos los libres un estímulo; pues que habiendo nacido todos en culpa, ¡todos hubieran podido hallarse en igual estado; y si se envanecian por no haber caido en él, no tenian mas razon que quien se gloriase en medio de una epidemia, de haberse conservado sano, y se creyese por eso con derecho de insultar á los infelices enfermos. En una palabra, el estado de la esclavitud era una plaga, y nada mas; era como la peste, la guerra, el hambre ú otras semejantes; y por esta causa era deber de todos los hombres el procurar por de pronto aliviarla, y el trabajar para abolirla.

Semejantes doctrinas no quedaban estériles; proclamadas á la faz del mundo, resonaban vigorosamente por los cuatro ángulos del Orbe Católico: y á mas de ser puestas en práctica como lo acabamos de ver en ejemplos innumerables, eran conservadas como una teoría preciosa al traves del caos de los tiempos. Habian pasado 8 siglos, y las vemos reproducidas por otra de las lumbreras mas resplandecientes de la Iglesia Católica: Santo Tomas de Aquino:, (1. P. Q. 96. art. 4.) En la esclavitud no ve tampoco ese grande hombre, ni diferencia de razas, ni inferioridad imaginaria, ni medios de gobierno; no acierta á explicársela de otro modo sino considerándola como una plaga acarreada á la humanidad por el pecado del primer hombre.

Tanta es la repugnancia con que ha sido mirada entre los cristianos la esclavitud, tan falso es lo que asienta Mr. Guizot de que « á la sociedad cristiana no la confundiese ni irritase ese estado. » Por cierto que no hubo aquella confusion é irritacion ciegas, que salvando todas las barreras, y no reparando en lo que dicta la justicia, y aconseja la prudencia, se arrojan sin tino á borrar la marca de abatimiento é ignomínia; pero si se habla de aquella confusion é irritacion que resultan de ver oprimido y ultrajado al hombre, que no estan empero reñidas con una santa resignacion y longanimidad, y que sin dar treguas á la accion de un zelo cari-

tativo, no quieren sin embargo precipitar los sucesos, antes los preparan maduramente para alcanzar efecto mas cumplido; si hablamos de esta santa confusion é irritacion, ¿cabe mejor prueba de ella, que los hechos que he citado, que las doctrinas que he recordado? ¿cabe protesta mas elocuenta contra la duracion de la esclavitud que la doctrina de los dos insignes Doctores, que como acabamos de ver, la declaran un fruto de maldicion, un castigo de la prevaricacion del humano linage, que no la pueden concebir sino poniéndola en la misma línea de las grandes plagas que afligen á la humanidad?

Las profundas razones que mediaron para que la Iglesia recomendase á los esclavos la obediencia, bastante las llevo evidenciadas, y no puede haber nadie imparcial que se lo achaque á olvido de los derechos del hombre. Ni se crea por eso que faltase en la sociedad cristiana la firmeza necesaria para decir la verdad toda entera, mientras hubiera sido una verdad, y verdad saludable. Tenemos de ello una prueba en lo que sucedió con respeto al matrimonio de los esclavos: sabido es que no era reputado como verdadero matrimonio, y que tal como era, ni aun podian contraerle sin el consentimiento de sus amos, so pena de considerarse como nulo. Habia en esto una usurpacion que luchaba abiertamente con la razon y la justicia; ¿qué hizo pues la Iglesia? rechazó sin rodeos tamaña usur-

pacion. Oigamos ó sino lo que decia el Papa Adriano I. «Segun las palabras del Apóstol, asi como en Cristo Jesus no se ha de remover de los sacramentos de la Iglesia ni al libre ni al esclavo, asi tampoco entre los esclavos no deben de ninguna manera prohibirse los matrimonios; y si los hubieren *contraido contradiciéndolo y repugnándolo los amos, de ninguna manera se deben por eso disolver*» (De conju. serv. L. 4 T. 9. C. 1). Esta disposicion que aseguraba la libertad de los esclavos en uno de los puntos mas importantes, no debe ser tenida como limitada á determinadas circunstancias; era algo mas, era una proclamacion de su libertad en esta materia, era que la Iglesia no queria consentir que el hombre estuviera al nivel de los brutos, viéndose forzado á obedecer al capricho ó al interes de otro hombre, sin consultar siquiera los sentimientos del corazon. Así lo entendia Santo Tomas, pues que sostiene abiertamente que en punto á contraer matrimonio, *no deben los esclavos obedecer á sus dueños*. (2ª 2 Q. 104. ar. 5.)

En el rápido bosquejo que acabo de trazar, he cumplido segun creo, con lo que al principio insinué; de que no adelantaria una proposicion que no la apoyára en irrecusables documentos, sin dejarme extraviar por el entusiasmo á favor del Catolicismo, hasta atribuirle lo que no le pertenezca. Velozmente, á la verdad, hemos atravesado el caos de los siglos, pero se

nos han presentado en diversísimos tiempos y lugares, pruebas convincentes de que el Catolicismo es quien ha abolido la esclavitud, á pesar de las ideas, de las costumbres, de los intereses, de las leyes que formaban un reparo al parecer invencible; y todo sin injusticias, sin violencias, sin trastornos, y todo con la mas exquisita prudencia, con la mas admirable templanza. Hemos visto á la Iglesia Católica desplegar contra la esclavitud, un ataque tan vasto, tan variado, tan eficaz, que para quebrantarse la ominosa cadena no se ha necesitado siquiera de un golpe violento; sino que expuesta á la accion de poderosísimos agentes, se ha ido aflojando, deshaciendo, hasta caerse á pedazos. Primero se enseñan en alta voz las verdaderas doctrinas sobre la dignidad del hombre, se demarcan las obligaciones de los amos y de los esclavos, se los declara iguales ante Dios, reduciéndose á polvo las teorías degradantes que manchan los escritos de los mayores filósofos de la antigüedad: luego se empieza la aplicacion de las doctrinas, procurando suavizar el trato de los esclavos, se lucha con el derecho atroz de vida y muerte, se les abren por asilo los templos, no se permite que á la salida sean maltratados, y se trabaja por sustituir á la vindicta privada la accion de los tribunales; al propio tiempo se garantiza la libertad de los manumitidos enlazándola con motivos religiosos, se defiende con teson y solicitud la de los ingenuos, se procura

cegar las fuentes de la esclavitud, ora desplegando vivísimo zelo por la redencion de los cautivos, ora saliendo al paso á la codicia de los judíos, ora abriendo expeditos senderos por donde los vendidos pudiesen recobrar la libertad; se da en la Iglesia el ejemplo de la suavidad y del desprendimiento, se facilita la emancipacion admitiendo á los esclavos á los monasterios, y al estado eclesiástico, y por otros medios que iba sugiriendo la caridad: y así á pesar del hondo arraigo que tenia la esclavitud en la sociedad antigua, á pesar del trastorno traído por la irrupcion de los bárbaros, á pesar de tantas guerras y calamidades de todos géneros, con que se inutilizaba en gran parte el efecto de toda accion reguladora y benéfica, se vió no obstante que la esclavitud, esa lepra que afeaba á las civilizaciones antiguas, fué disminuyéndose rapidamente en las naciones cristianas, hasta que al fin desapareció.

No se descubre por cierto un plan concebido y concertado por los hombres; pero por lo mismo que sin ese plan se nota tanta unidad de tendencias, tanta identidad de miras, tanta sesemejanza en los medios, hay una prueba mas evidente del espíritu civilizador y libertador entrañado por el Catolicismo; y los verdaderos observadores se complacerán sin duda en ver en el cuadro qne acabo de presentar, cual concuerdan admirablemente en dirigirse al mismo blanco, los tiempos del Imperio, los de la ir-

rupcion de los bárbaros, y los de la época del feudalismo; y mas que en aquella mezquina regularidad que distingue lo que es obra exclusiva del hombre, se complacerán repito los verdaderos observadores, en andar recogiendo los hechos desparramados en aparente desórden, desde los bosques de la Germania hasta las campiñas de la Bética, desde las orillas del Támesis hasta las márgenes del Tiber.

Estos hechos yo no los he fingido, anotadas van las épocas, citados los concilios; al fin de este volúmen encontrará el lector originales y por extenso los textos que aqui he extractado y resumido; y allí podrá cerciorarse plenamente de que no le he engañado. Que si tal hubiera sido mi intencion, á buen seguro que no hubiéra descendido al terreno de los hechos: entónces habría divagado por las regiones de las teorías, habría pronunciado palabras pomposas y seductoras, habría echado mano de los medios mas á propósito para encantar la fantasía y excitar los sentimientos; me habría colocado en una de aquellas posiciones, en que puede un escritor suponer á su talante cosas que jamás han existido, y lucir con harto escaso trabajo, las galas de la imaginacion y la fecundidad del ingenio. Me he impuesto una tarea algo mas penosa, quizás no tan brillante, pero ciertamente mas fecunda.

Y ahora podrémos preguntar á M. Guizot, cuáles han sido las *otras causas*, las *otras*

ideas, los otros *principios* de *civilizacion*, cuyo completo desarrollo, segun nos dice, ha sido necesario, *para que triunfase al fin la razon de la mas vergonzosa de las iniquidades.* Esas causas, esas ideas, esos principios de civilizacion, que segun él ayudaron á la Iglesia en la abolicion de la esclavitud, menester era explicarlos, indicarlos cuando menos, que así el lector hubiera podido evitarse el trabajo de buscarlos como quien adivina. Si no brotaron del seno de la Iglesia, ¿dónde estaban? ¿Estaban en los restos de la civilizacion antigua? pero los restos de una civilizacion destrozada, y casi aniquilada, ¿podrían hacer lo que no hizo, ni pensó hacer jamás, esa misma civilizacion cuando estaba en todo su vigor, en su pujanza y lozanía? Estaban quizás en el individualismo de los bárbaros, cuando este individualismo era inseparable compañero de la violencia, y por consiguiente debía ser una fuente de opresion y esclavitud? ¿Estaban quizás en el patronazgo militar, introducido, segun Guizot, por los mismos bárbaros, que puso los cimientos de esa organizacion aristocrática, convertida mas tarde en feudalismo? pero ¿qué tenia que ver ese patronazgo con la abolicion de la esclavitud, cuando era lo mas á propósito para perpetuarla en los indígenas de los paises conquistados, y para extenderla á una porcion considerable de los mismos conquistadores? ¿Dónde está pues una idea, una costumbre, una institucion, que

sin ser hija del Cristianismo, haya contribuido á la abolicion de la esclavitud? Señálese la época de su nacimiento, el tiempo de su desarrollo, muéstresenos que no tuvo su orígen en el Cristianismo, y entónces confesarémos que él no puede pretender exclusivamente el honroso título de haber abolido ese estado degradante; y no dejaremos por eso de aplaudir y de ensalzar aquella idea, costumbre ó institucion, que haya tomado una parte en la bella y grandiosa empresa de libertar á la humanidad.

Y ahora, bien se puede preguntar á las iglesias protestantes, á esas hijas ingratas que despues de haberse separado del seno de su Madre se empeñan en calumniarla y afearla; ¿dónde estabais vosotras cuando la Iglesia Católica estaba ejecutando la inmensa obra de la abolicion de la esclavitud? ¿cómo podréis achacarle que simpatiza con la servidumbre, que trata de envilecer al hombre, de usurparle sus derechos? ¿podéis vosotras presentar un título, que así os merezca la gratitud del linage humano? ¿Qué parte podeis pretender en esa grande obra, que es el primer cimiento que debia echarse para el desarrollo y grandor de la civilizacion europea? Solo, sin vuestra ayuda, la llevó á cabo el Catolicismo; y solo hubiera conducido á la Europa á sus altos destino, si vosotras no hubiérais venido á torcer la magestuosa marcha de esas grandes naciones, arrojándolas desatentadamente por un camino sembrado de precipicios: ca-

mino cuyo término está cubierto con densas sombras, en medio de las cuales solo Dios sabe lo que hay (16).



NOTAS.

(1) *La historia de las variaciones de los protestantes* de Bossuet, es una de aquellas obras que agotan su objeto; que ni dejan réplica, ni consienten añadidura. Leida con reflexion esta obra inmortal, la causa del Protestantismo está fallada bajo el aspecto dogmático; no queda medio alguno entre el Catolicismo y la incredulidad. Gibbon la habia leido en su juventud, y se habia hecho católico, abandonando la religion protestante en que habia sido educado. Despues volvió á separarse de la Iglesia Católica, pero no fué protestante sino incrédulo. Quizás no disgustará á los lectores, el oir de la boca de este célebre escritor el juicio que formaba de la obra de Bossuet, y la relacion del efecto que le produjo su lectura: dice así: « En la *Historia de las variaciones*, ataque tan vigoroso como bien dirigido, desenvuelve con felícisima mezcla de raciocínio y de narracion, las faltas, los extravíos, las incertidumbres y las contradicciones de nuestros primeros reformadores, cuyas variaciones, como el sostiene

habilmente, llevan el carácter del error, mientras que la *no inlerrumpida unidad de la Iglesia Católica es la señal y testigo de la infalible verdad:* leí, aprobé, creí.» (*Gibbon Memorias.*)

(2) Lutero á quien se empeñan todavía algunos en presentárnosle como un hombre de altos conceptos, de pecho noble y generoso, de vindicador de los derechos de la humanidad, nos ha dejado en sus escritos el mas seguro y evidente testimonio, de su carácter violento, de su extremada grosería, y de la mas feroz intolerancia. Henrique VIII Rey de Inglaterra, habia refutado el libro de Lutero llamado *de Captivitate Babilonica*, y enojado Lutero por semejante atrevimiento, escribe al Rey llamándole *sacrilego, loco, insensato, el mas grosero de todos los puercos y de todos los asnos.* Si la magestad real no inspiraba á Lutero respeto ni miramiento, tampoco tenia ninguna consideracion al mérito. Erasmo, quizás el hombre mas sabio de su siglo, ó al menos al mas erudito, mas literato, y brillante, y que por cierto no escaseó de indulgencia con Lutero y sus secuaces, fué no obstante tratado con tanta virulencia por el fogoso corifeo así que este vió que no podia atraerle á la nueva secta, que, lamentándose de ello Erasmo decia: «que en su vejez se veia obligado á pelear con una bestia feroz, ó con un furioso javalí.» No se contentaba Lutero con palabras, sino que pasaba á los hechos; y bien sabido es que por instigacion suya fué desterrado Carlostadio de los estados del duque de Sajonia, hallándose por efecto de la persecucion reducido á tal miseria, que se veia precisado á ganarse el sustento, llevando leña, y haciendo otros oficios muy agenos de su estado. En sus ruidosas disputas con los Zuin-

glianos, no desmintió Lutero su carácter, llamándolos hombres *condenados, insensatos, blasfemos*. Cuando así trataba á sus compañeros desidentes, nada extraño es que llamase á los doctores de Lovaina. *verdaderas bestias, puercos, paganos, epicureos, ateos*, que prorrumpiese en otras expresiones que la decencia no permite copiar, y que desenfrenándose contra el papa dijese: «que era un lobo rabioso, que todo el mundo debia armarse contra él, sin esperar órden alguna de los magistrados; que en este punto solo podia caber arrepentimiento por no haberle pasado el pecho con la espada; y que todos aquellos que le seguian debian ser perseguidos como los soldados de un capitan de bandoleros, aunque fueran Reyes ó Emperadores.» Este es el espíritu de tolerancia y libertad de que estaba animado Lutero: y cuenta, que nos sería fácil aducir muchas otras pruebas

No se crea que tal intolerancia fuese esclusivamente propia de Lutero, extendíase á todo el partido, y se hacian sentir sus efectos de un modo cruel. Afortunadamente tenemos de esta verdad un testigo irrefragable. Es Melancton, el discípulo querido de Lutero, uno de los hombres mas distinguidos que ha tenido el Protestantismo. «Me hallo en tal esclavitud (decia escribiendo á su amigo Camerario) como si estuviera en la cueva de los cíclopes, por manera que apenas me es posible explicarte mis penas, viniéndome á cada paso tentaciones de escaparme.» «Son gente ignorante, (decia en otra carta) que no conoce piedad ni disciplina; mirad á los que mandan, y veréis que estoy como Daniel en la cueva de los Leones» ¿Y se dirá todavía que presidía á tamaña empresa un pensamiento generoso, y que se trataba de emancipar el pensamiento humano? La

intolerancia de Calvino es bien conocida, pues á mas de quedar consignada en el hecho indicado en el texto, se manifiesta á cada paso en sus obras por el tratamiento que da á sus adversarios. *Malvàdos*, *tunantes, borrachos, locos, furiosos*, *ràbiosos, bestias, toros*, *puercos*, *asnos, perros, viles esclcvos de Satanás*, he aquí las lindezas que se hallan á cada paso en los escritos del célebre reformador. ¡Cuanto y cuanto, de semejante podria añadir sino temiese fastidiar á los lectores!

(3) En la Dieta de Spira se habia hecho un decreto que contenia varias disposiciones relativas al cambio y ejercicio de religion: catorce ciudades del Imperio no quisieron someterse á este decreto y presentaron una *protesta;* de aquí vino que los disidentes empezaron á llamarse *protestantes*. Cómo este nombre es la condenacion de las Iglesias separadas, han tratado algunas veces de apropiarse otros, pero siempre en vano. Los nombres que se daban eran falsos, y un nombre falso no dura. ¿Que pretendian significar cuando se llamaban evangélicos? ¿acaso el que se atenian únicamente al Evangelio? en tal caso mejor debian llamarse bíblicos pues que no pretendian atenerse precisamente al Evangelio, sino á la *Biblia*. Llámanse tambien á veces *reformados*, y algunos suelen apellidar al Protestantismo *Reforma*, pero basta pronunciar ese nombre para descubrir su impropiedad. *Revolucion religiosa* les cuadraria mucho mejor.

(4) El conde de Maistre en su obra *Del Papa* ha desenvuelto este punto de los nombres de una manera inimitable. Entre otras muchas observaciones hay una de muy atinada, cual es que solo la Iglesia Católica tiene un nombre *positivo* y propio, con que se llame ella á sí misma, y con que la llamen los

otros. Las Iglesias separadas han excogitado varios, pero no han podido apropiárselos. « Si cada uno, dice, es libre de darse el nombre que le agrada, la misma Lais en persona podria escribir sobre la puerta de su casa: *Palacio de Artemisa.* La dificultad está en obligar á los demás á darnos el nombre que nosotros escogemos. »

No se crea que sea el conde de Maístre el inventor de ese argumento de los nombres: habíanle empleado de antemano san Gerónimo y san Agustin. « Si oyeres dice san Gerónimo, que se llaman Marcionitas, Valentinianos, Montanistas, sepas que no son la Iglesia de Cristo, sino la Sinagoga del Anticristo. « *Si audieris nuncupari Marcionistas, Valentinianos, Montanenses, scito, non Ecclesiam Christi, sed Antichisti esse Sinagogam.* (*Hieron. lib. adversus Luciferianos.*) « Tiéneme en la Iglesia, dice san Agustin, el mismo nombre de Católica, pues que no sin causa, y entre tantas sectas, le obtuvo ella sola; y de tal manera que queriéndose llamar católicos todos los hereges, sin embargo si un peregrino les pregunta por el templo Católico, ninguno de los hereges se atreve á mostrarle su basilíca ó su casa». (*Tenet me in Ecclesia ipsum Catholicæ nomen, quod non sine causa inter tam multas hæreses, sic ipsa sola obtinuit, ut cum omnes Hæretici se católicos dici velint, quærenti tamen peregrino alicui, ubi ad Catholicam conveniatur, nullus hæreticorum, vel Basilicam suam, vel domum audeat ortendere* » (*S. Aug*). Esto que observaba san Agustin en su tiempo, se ha verificado tambien con respecto á los protestantes, y pueden dar de ello un testimonio los que han visitado aquellos paises, en que hay diferentes comuniones. Un ilustre español del

siglo XVII y que habia pasado mucho tiempo en Alemania nos dice: « Todos quieren llamarse Católicos y Apostólicos; pero los demás los llaman Luteranos y Calvinistas. (*Singuli volunt dici catholici et opostolici, sed volunt, et ab aliis non hoc prætenso illis nomine, sed Luterani potius aut Calviniani nominantur*» (*Caramuel.*) «He habitado, continua el mismo, en ciudades de hereges, y ví con mis ojos y oí con mis oidos, una cosa que debieran pesar los heterodoxos: esto es *que á excepcion del predicador protestante, y de algunos pocos que pretenden saber mas de lo que conviene, todo el vulgo de los hereges, llama católicos á los Romanos.*» (*Habitavi in hæreticorum civitatibus; et hoc propiis oculis vidi, propiis audivi auribus, quot deberet ad hæterodoxis ponderari. Præter prædicantem, et pauculos quiplus sapiunt quam oportet sapere, totum hæreticorum vulgus catholicos vocat Romanos.* ») Tanta es la fuerza de la verdad. Los ideólogos saben muy bien que estos fenómenos proceden de causas profundas: y que estos argumentos son algo mas que sutilezas.

(5) Tanto se ha hablado de los abusos, tanto se ha exagerado su influencia en los desastres que en los últimos siglos han afligido á la Iglesia, teniéndose cuidado al propio tiempo de ensalzar con hipócritas encomios la pureza de las costumbres y la rigidez de la disciplina de los primeros siglos, que algunos han llegado á imaginarse una línea divisoria entre unos tiempos y otros; no concibiendo en los primeros mas que verdad y santidad, y no atribuyendo á los segundos otra cosa que corrupcion y mentira: como si en los primeros siglos de la Iglesia todos sus miembros hubieran sido ángeles, como si en todas épocas

no hubiese tenido la Iglesia que corregir errores, y enfrenar pasiones. Con la historia en la mano sería fácil reducir á su justo valor estas ideas exageradas; exageracion de que se hizo cargo el mismo Erasmo, por cierto poco inclinado á disculpar á sus contemporáneos. En un cotejo de su tiempo con los primeros siglos de la Iglesia, hace ver hasta la evidencia, cuan infundado y pueril era el prúrito que ya entonces cundia de ensalzar todo lo antiguo para deprimir lo presente. Un fracmento de este cotejo se halla entre las obras de Marchetti, en sus observaciones sobre la historia de Fleuri.

Curioso fuera tambien hacer una reseña de las disposiciones tomadas por la Iglesía para refrenar toda clase de abusos. Las colecciones de los Concilios podrian suministrarnos tan copiosa materia para comprobar este aserto, que no seria fácil encerrarla en pocos volúmenes; ó mas bien, las mismas colecciones con toda su mole asombradora, no son otra cosa de un extremo á otro, que una prueba evidente de estas dos verdades: primera, que en todos tiempos ha habido muchos abusos que corregir, cosa necesaria atendida la debilidad y la corrupcion humanas; segunda, que en todas épocas la Iglesia ha procurado corregirlos, pudiendo desde luego asegurarse que no es posible señalar uno, sin que se ofrezca tambien la correspondiente disposicion canónica que lo reprime ó castiga. Estas observaciones acaban de dejar en claro que el Protestantismo no tuvo su principal orígen en los abusos, sinó que era una de aquellas grandes calamidades que atendida la volubilidad del espíritu humano y el estado en que se encontraba la sociedad, puede decirse que son inevitables. En el mismo sentido que dijo Jesu-Cristo que era *necesa-*

rio que hubiese escándalos; no porque nadie se halle forzado á darlos, sino porque tal es la corrupcion del corazon humano que siguiendo las cosas el órden regular, no puede menos de haberlos.

(6) Ese concierto, esa unidad, que se descubren en el Catolicismo, deben llenar de admiracion y asombro á todo hombre juicioso, sean cuales fueren sus ideas religiosas. Si no suponemos que *hay aquí el dedo de Dios,* ¿ como será posible explicar ni concebir la duracion del centro de la unidad, que es la Cátedra de Roma? Tanto se ha dicho ya sobre la supremacía del Papa, que es muy difícil añadir nada de nuevo; pero quizás no desagradará á los lectores, el que les presente un interesante trozo de san Francisco de Sales, en que reunió los varios y notables títulos que ha dado á los Sumos pontífices, y á su silla, la antiguedad eclesiástica. Este trabajo del Santo Obispo, es interesante, no tan solo por lo que pica la curiosidad, sino tambien porque da margen á gravísimas reflexiones que el lector hará sin duda por sí mismo. Helo aqui:

NOMBRES QUE SE HAN DADO AL PAPA.

El muy Santo Obispo de la Iglesia Católica.	En el Concilio de Soissons, de 300 Obispos.
El muy santo y muy feliz Patriarca.	Ibid. tom. 7. Concil.
El muy feliz señor.	S. Agustin Ep. 95.
El Patriarca universal.	S. Leon P. Ep. 62.
El gefe de la Iglesia del mundo.	Innoc. ad. PP. Concil. Milevit.
El Obispo elevado á la cumbre Apostólica.	S. Cipr. Ep. 3. et 12.

El Padre de los Padres.	Concil. de Calced. ses. 3.
El Soberano Pontífice de los Obispos.	Ibid. in prœf.
El Soberano Sacerdote.	Concil. de Calced. ses. 16.
El Príncipe de los Sacerdotes.	Esteban. Ob. de Cartago.
El prefecto de la Casa de Dios, y el custodio y Guarda de la viña del Señor.	Concil. de Cartago. Ep. ad Damasum.
El vicario de Jesucristo, y el Confirmador de la fe de los Cristianos.	S. Geron. prœf. in Evang. ad Damasum.
El Sumo Sacerdote.	Valentiniano y toda la antiguedad.
El Soberano Pontífice.	Concil. de Calced. in Ep. ad Theod. Imper.
El Príncipe de los Obispos.	Ibid.
El Heredero de los Apóstoles.	S. Bern. lib. de Consid.
Abraham por el Patriarcado.	S. Ambros. in 1 ad Tim. 3
Melchisedech por el órden.	Conc. de Calc. Epíst. ad Leonem.
Moisés por la autoridad.	S. Bern. Epíst. 190.
Samuel por la jurisdiccion.	Ibid. et in lib. de Cons.
Pedro por el poder.	Ibid.
Cristo por la uncion.	Ibid.
El Pastor del aprisco de Jesucristo.	Ibid. lib. 2. Consid.
El llavero de la Casa de Dios.	Idem idem cap. 8.

El Pastor de todos los pastores.	Ibid.
El pontífice llamado á la plenitud del poder.	Ibid.
S. Pedro fué la boca de Jesucristo.	S. Crysost. Homil. 2. in divers. serm.
La boca y el Gefe del Apostolado.	Orig. Hom 55. in Matth.
La Cátedra y la Iglesia principal.	S. Cipr. Ep. 55. ad Corn.
El Orígen de la unidad Sacerdotal.	Idem. Epíst. 3. 2.
El lazo de la unidad.	Id. ibid. 4. 2.
La Iglesia donde reside el poder principal.	Id. ibid. 3. 8.
La Iglesia Raiz y Matriz de todas las demás Iglesias.	S. Anaclet. Pap. Epíst. ad om. Episc. et fidel.
La Sede sobre la cual ha construido el Señor la Iglesia universal.	S. Damas. Ep. ad univ. Episc.
El Punto Cardinal y el Gefe de todas las Iglesias.	S. Marcelin. Pap. Epíst. ad Epísc. Antioch.
El refugio de los Obispos.	Conc. de Alex. Ep. ad Felic. P.
La Suprema Sede Apostólica.	S. Athanas.
La Iglesia presidente.	Imp. Justin. in l. 8. Cod. de SS. Trinit.
La Sede Suprema que no puede ser juzgada por otra.	S. Leon in nat SS. Apost.

La Iglesia antepuesta y preferida á todas las demas Iglesias.	Victor de Utica, in lib. de perfect.
La primera de todas las Sedes.	S. Prosperin. lib. de Ingrat.
La fuente Apostólica.	S. Ignat. Ep. ad Rom in Suscript.
El puerto segurísimo de toda la Comunion Católica.	Concil. Rom. por S. Gelasio.

✓ (8) He dicho que los mas distinguidos protestantes sintieron el vacío que encerraban todas las sectas separadas de la Iglesia Católica: voy á presentar las pruebas de esta aserción que quizas algunos juzgarian aventurada. Oigamos al mismo Lutero, que escribiendo á Zuinglio decia: «Si dura mucho el mundo, será de nuevo necesario, á causa de las varias interpretaciones de la Escritura que ahora circulan, para conservar la unidad de la fé, recibir los decretos de los concilios y refugiarnos á ellos. (*Si diutius steterit mundus, iterum erit necesarium propter diversas Scripturæ interpretationes quæ nunc sunt, ad conservandam fidei unitatem ut conciliorum decreta recipiamus, atque ad ea confugiamus*).»

Melancton lamentándose de los funestos resultados de la falta de jurisdiccion espiritual, decia: «resultará una libertad de ningun provecho á la posteridad;» y en otra parte dice estas notabílisimas palabras: «En la Iglesia se necesitan inspectores para conservar el órden, observar atentamente á los que son llamados al ministerio eclesiástico, velar sobre la doctrina de los sacerdotes, y ejercer los juicios eclesiásticos; por manera que si no hubiera obispos seria menester crearlos. *La Monar-*

quia del Papa serviria tambien mucho para conservar entre tan diversas naciones la uniformidad en la doctrina. »

Oigamos á Calvino: « Colocó Dios la silla de su culto en el centro de la tierra, poniendo allí un pontífice único, á quien miráran todos para conservarse mejor en la unidad. » (Cultus sui sedem in medio terræ collocavit, illi *unum* Antistitem præfecit, quem omnes respicerent, quo melius in *unitate* continerentur » (Calv. inst. 6 §. 11).

« Atormentáronme tambien á mí muchos: y por mucho tiempo, dice Beza, esos mismos pensamientos que tú me pintas: veo á los nuestros divagando á merced de todo viento de doctrina, y levantados en alto caerse ahora á una parte, despues á otra. Lo que piensan hoy de la Religion quiza podrás saberlo, lo que pensarán mañana, no. Las iglesias que han declarado la guerra al Romano Pontífice, *¿en qué punto de la Religion convienen? Recórrelo todo desde el principio al fin, y apenas encontrarás cosa afirmada por uno que desde luego no la condene otro como impía* » (Exercerunt me diu et multum illæ, ipsæ quas describis cogitationes: video nostros palantes omni doctrinæ vento et in altum sublatos, modo ad hanc modo ad illam partem deferri. Horum, quæ sit hodie de Religione sententia scire fortasse possis; sed quæ cras de eadem futura sit opinio, neque tu certo affirmare queas. ¿In quo tandem Religionis capite, congruunt inter se Ecclesiæ, quæ Romano Pontifici bellum indixerunt? A capite ad calcem si percurras omnia, nihil propemodum reperias, ab uno affirmari, quod alter statim non impium esse clamitet » (Th. Beza. Epist. ad Andream Duditium).

Grocio uno de los hombres mas sabios que haya te-

nido el Protestantismo, conoció tambien la flaqueza de los cimientos en que estriban las sectas separadas. No son pocos los que han creido que habia muerto católico. Los protestantes le acusaron de que intentaba convertirse al Catolicismo, y los católicos que le habian tratado en Paris pensaban de la misma manera. No diré que sea verdad lo que se cuenta del insigne P. Petau amigo de Grocio, de que habiendo sabido su muerte habia celebrado misa por él; pero lo cierto es que Grocio en su obra titulada *de Antichristo* no piensa como los protestantes que el Anticristo sea el Papa; lo cierto es que en otra obra titulada *Votum pro pace Ecclesiæ*, dice redondamente que «sin el primado del Papa no es posible dar fin á las disputas, como acontece entre los protestantes; » lo cierto es que en su obra póstuma *Rivetiani apologetici discussio*, asienta abiertamente el principio fundamental del Catolicismo á saber que «los dogmas de la fé deben decidirse por la tradicion y la autoridad de la Iglesia, y no por la sola Sagrada Escritura. »

La ruidosa conversion del célebre protestante Papin es otra prueba de lo mismo que estamos demostrando. Meditaba Papin sobre el principio fundamental del Protestantismo, y la contradiccion en que estaba con este principio la intolerancia de los protestantes, pues que estribando en el exámen privado apelaban para conservarse á la via de la autoridad, y argumentaba de esta manera: «si la via de la autoridad de que pretenden así usar es inocente y legítima, ella condena su orígen en el que no quisieron sujetarse á la autoridad de la Iglesia Católica; mas si la via del exámen que en sus principios abrazaron fué recta y conforme, resulta entónces condenada la via

de autoridad, que ellos han ideado para evitar excesos: quedando así abierto y allanado el camino á los mayores desórdenes de la impiedad ».

Puffendorf que por cierto no puede ser notado de frialdad cuando se trata de atacar el Catolicismo, no pudo menos de tributar su obsequio á la verdad, estampando una confesion que le agradecerán todos los católicos. « La supresion de la autoridad del Papa ha sembrado en el mundo infinitas semillas de discordia; pues no habiendo ya ninguna autoridad soberana para terminar las disputas que se suscitaban en todas partes, se ha visto á los protestantes dividirse entre sí mismos, y *despedazarse las entrañas con sus propias manos.* » (Puffendorf de Monarch. Pont. Rom.)

Leibnitz, ese grande hombre que segun la expresion de Fontenelle, conducia de frente todas las ciencias, reconoció tambien la debilidad del Protestantismo, y la firmeza de organizacion de la Iglesia Católica. Sabido es que lejos de participar del furor de los protestantes contra el Papa, miraba su supremacía religiosa con las mayores simpatías. Confesaba paladinamente la superioridad de las misiones católicas sobre las protestantes; y las mismas comunidades religiosas, objeto para muchos, de tanta aversion, eran para él altamente respetables. Cuando tales antecedentes se tenian sobre las ideas religiosas de ese grande hombre, vino á confirmarlos mas y más una obra suya póstuma, publicada en Paris por la primera vez en 1819. Quizás no disgustará á los lectores una breve noticia sobre acontecimiento tan singular. En el citado año dióse á luz en Paris una obra titulada: *Exposicion de la doctrina de Leibnitz sobre la religion, seguida de pensamientos estraidos de*

las obras del mismo autor, por M. Emery antiguo superior general de San Sulpicio. En esta obra de M. Emery está contenida la obra póstuma de Leibnitz, y cuyo título en el manuscrito original es, *Sistema teológico.* El principio de la obra es notable por su gravedad y sencillez, dignas ciertamente de la grande alma de Leibnitz. Hele aqui. « Despues de largo y profundo estudio sobre las controversias en materia de religion, implorada la asistencia divina, y depuesto, al menos en cuanto es posible al hombre, todo espíritu de partido, me he considerado como un neófito venido del Nuevo Mundo, y que todavia no hubiese abrazado ninguna opinion: y hé aquí donde al fin me he detenido, y entre todos los dictámenes que he examinado, lo que me parece que debe ser reconocido por todo hombre exento de preocupaciones, como lo mas conforme á la Escritura Santa, y á la respetable antigüedad, y hasta á la recta razon y á los hechos históricos mas ciertos.»

Leibnitz establece en seguida la existencia de Dios, la Encarnacion, la Trinidad, y los otros dogmas del Cristianismo, adopta con candor y defiende con mucha ciencia la doctrina de la Iglesia Católica sobre la tradicion, los sacramentos, el sacrificio de la misa, el culto de las reliquias y de las santas imágenes, la gerarquía eclesiástica, y el primado del Romano Pontífice. « En todos los casos, dice, que no permiten los retardos de la convocacion de un concilio general, ó que no merecen ser tratados en él, es preciso admitir que el primero de los obispos, ó el soberano pontífice, tiene el mismo poder que la Iglesia entera.»

(9) Quizás algunos podrian creer que lo dicho sobre la vanidad de las ciencias humanas, y sobre la

debilidad de nuestro entendimiento es con la sola mira de realzar la necesidad de una regla en materias de fe. Muy fácil fuera aducir larga serie de textos sacados de los escritos de los hombres mas ilustres antiguos y modernos ; pero me contento con insertar un excelente trozo do un ilustre español, de uno de los hombres mas grandes del siglo XVI. Es Luis Vives.

« *Yam mens ipsa, suprema animi et celsissima pars, videbit quantopere sit tum natura sua tarda ac præpedita, tum tenebris peccati cæca, et à doctrina, usu, ac solertia imperita et rudis, ut ne ea quidem quæ videt, quæque manibus contrectat, cujusmodi sint, aut qui fiant assequatur; nedum ut in abdito illa naturæ arcana possit penetrare; sapienterque ab Aristotele illa est posita sententia, «Mentem nostram ad manifestissima naturæ non aliter habere se, quam noctuæ oculum ad lumen solis :* ¿ ea omnia, quæ universum hominum genus novit, quota sunt pars eorum quæ ignoramus? nec solum id in universitate artium est verum, sed in singulis earum, in quarum nulla tantum est humanum ingenium progressum, ut ad medium pervenerit, etiam in infimis illis ac vilisimis; ut nihil existimetur verius esse dictum ab Academicis, quam; *scire nihil* ». (*Ludovicus Vives De Concordia et Discordia, L. 4, C. 3.*)

Asi pensaba este grande hombre, que á mas de estar muy versado en toda clase de erudicion asi sagrada como profana, habia meditado profundamente sobre el mismo entendimiento humano; que habia seguido con ojo observador la marcha de las ciencias: y que como lo acreditan sus escritos, se habia propuesto regenerarlas. Sensible es que no se

puedan copiar por extenso sus palabras, asi del lugar citado como de su obra inmortal sobre las causas de la decadencia de las artes y ciencias; y sobre el modo de enseñarlas.

Como quiera, á quien se manifestase descontento porque se han dicho algunas verdades sobre la debilidad de nuestro entendimiento; y tuviese recelos de que esto dañára al progreso de las ciencias, porque asi se apoca el entendimiento, será bien recordarle, que el mejor modo de hacer progresar á nuestro espíritu es el que se conozca á sí mismo; pudiendo á este propósito citarse la profunda sentencia de Séneca; «pienso que muchos hubieran podido alcanzar la sabiduría, si no se hubiesen presumido que la habian ya alcanzado. «*Puto multos ad sapientiam potuisse pervenire, nisi se jam crederent pervenisse.*»

(10) Es cierto que al acercarse á los primeros principios de las ciencias se encuentra el entendimiento rodeado de espesas sombras. He dicho que de esta regla general no se esceptúan las mismas Matemáticas, cuya certeza y evidencia se han hecho proverbiales. El cálculo infinitesimal que en el estado actual de la ciencia puede decirse que la domina, estriba sin embargo en algunas ideas sobre los *límites*, ideas que hasta ahora nadie ha podido aclarar bien. Y no es que trate de poner en duda la certeza de este cálculo, sino únicamente hacer notar, que si se quisiera llamar á exámen en el tribunal de la Metafísica las ideas que son como los elementos de ese cálculo, no dejarian de poder esparcirse sobre ellas algunas sombras. Aun concretándonos á la parte elemental de la ciencia, se podrian tambien descubrir algunos puntos que no sufririan sin algun daño un detenido análisis metafísico é ideológico; cosa que

seria muy fácil manifestar, si lo consintiese el género de esta obra. Entretanto puede recomendarse á los lectores la preciosa carta dirigida por el distinguido Jesuita español *Eximeno* á su amigo *Juan Andrés*; donde se hallan observaciones muy oportunas sobre la materia, hechas por un hombre á quien de seguro no se puede recusar por incompetente. Esta carta está en latin, y su título es: *Epistola ad clarissimum virum Joannem Andresium.*

Por lo que toca á las otras ciencias no es necesario insistir en manifestar cuanta oscuridad se encuentra al acercarse á sus primeros principios; pudiéndose asegurar que los brillantes sueños de los hombres mas ilustres han reconocido este orígen. Impulsados por el sentimiento de sus propias fuerzas penetraban hasta los abismos en busca de la verdad; allí *la antorcha se apagaba en sus manos*, por valerme de la expresion de un ilustre poeta contemporáneo, y extraviados por un oscuro laberinto se entregaban á merced de su fantasía y de sus inspiraciones, tomando por la realidad los hermosos sueños de su genio.

(11) Para ver con toda claridad, para sentir con viveza la innata debilidad del espíritu humano, no hay cosa mas á propósito que recorrer la historia de las heregías, historia que debemos á la Iglesia por el sumo cuidado que ha tenido en definirlas y clasificarlas. Desde Simon Mago que se apellidaba el *legislador de los judios, el reparador del mundo, el paracleto*, mientras tributaba á su querida Heléna culto de latría bajo el nombre de Minerva, hasta Herman predicando la matanza de todos los sacerdotes y magistrados del mundo, y asegurando que él era el verdadero hijo de Dios, puede un observador contemplar ese vasto cuadro, que si bien es muy desagrada-

ble, cuando no por otras causas, al menos por su extravagancia; no deja sin embargo de sugerir graves y profundas reflexiones sobre el verdadero carácter del espíritu humano; manifestando la sabiduría del Catolicismo, cuando en ciertas materias se empeña en sugetarle á una regla.

(12) Quizás no todos se persuadirian fácilmente de que las ilusiones y el fanatismo estén como en su elemento, en medio de los protestantes; y por esto será preciso traer aquí el irrecusable testimonio de los hechos. Podrian escribirse sobre el particular crecidos volúmenes, pero habré de contentarme con una rapidísima reseña, empezando desde Lutero. Yo no sé si puede llevarse mas allá el delirio, que el pretender haber sido enseñado por el Diablo, y gloriarse de ello, y sostener con tamaña autoridad las nuevas doctrinas. Y sin embargo el fundador del Protestantismo, el mismo Lutero, es quien asi delira, dejándonos consignado en sus obras el testimonio de su entrevista con Satanás. ¿Puede darse mayor desvario? ya fuese real la aparicion, ya fuese un sueño de una cabeza calenturienta, puede llegarse mas allá en la línea del fanatismo que jactarse de haber tenido tal maestro? Varios fueron los coloquios que segun nos dice él mismo, tuvo con el diablo, pero es digna de referirse la vision, en que segun nos cuenta con toda seriedad, le obligó Satanás con sus argumentos á prohibir la misa privada. La descripcion que del caso nos hace es muy viva. Despierta Lutero á media noche, se le aparece Satanás, Lutero se horroriza, suda, tiembla, y el corazon le palpita de un modo horrible. Entáblase no obstante la disputa; el diablo á fuer de buen dialéctico, le estrecha con sus argumentos de tal manera que no le queda respuesta. Lu-

tero queda vencido; y no es extraño, porque la lógica del diablo dice que andaba acompañada con una voz tan horrorosa que helaba la sangre. «Entónces entendí, dice este miserable, lo que sucede á menudo, de que mueren repentinamente muchos al amanecer, y es que el demonio puede matar ó ahogar á los hombres; y hasta sin esto, los pone con sus disputas en tales apuros, que puede causar la muerte de esta manera: como muchas veces lo he experimentado yo.» El pasage es peregrino.

El fantasma de Zuinglio fundador del Protestantismo en Suiza, no deja tambien de presentar un ejemplo de ridícula extravagancia. Queria este Heresiarca negar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia; pretendiendo que lo que hay debajo de las especies consagradas no es mas que un signo. Como en la Sagrada Escritura se expresa tan claramente lo contrario, se hallaba embarazado con la autoridad del sagrado texto; cuando hé aquí que mientras se imaginaba que estaba disputando con el Secretario de la Ciudad, se le aparece un fantasma *blanco ó negro*, como nos dice él mismo, y le señala una salida que le deja libre del apuro. Este gracioso cuento lo sabemos por el mismo Zuinglio.

¿Quién no se aflige al ver á un hombre como Melancton entregado á las preocupaciones y manías de la superstícion mas ridícula? ¿al verle neciamente crédulo en materia de sueños, de fenómenos raros, de pronósticos astrológicos? y sin embargo nada hay mas cierto: léanse sus cartas y se tropezará á cada paso con semejantes miserias. Al tiempo de celebrarse la dieta de Ausburgo, parecíanle presagios muy favorables al nuevo *Evangelio*, una inundacion del Tiber, el que en Roma una mula hubiese dado á luz

un monstruo con un pie de grulla, y el haber nacido en el territorio de Ausburgo un becerro con dos cabezas. Estos acontecimientos eran para él anuncios indudables de un cambio en el Universo, y singularmente de la próxima ruina de Roma por el cisma. Asi escribia seriamente á Lutero. Forma él mismo el horóscopo de su hija, pero está temblando por ella á causa de que Marte presenta un aspecto horrible, asustándole no menos la pavorosa llama de un cometa muy septentrional. Los astrólogos habían pronosticado que por el otoño serian los astros más favorables á las disputas eclesiásticas, y ese pronóstico basta para consolar á nuestro buen hombre de que las conferencias de Ausburgo sobre religion vayan tan lentamente; y se ve ademas que sus amigos, es decir los gefes del partido, se dejan dominar tambien por tan poderosas razones. Como si no tuviera bastantes penas se le pronostica que habia de padecer un naufragio en el Báltico y él se guardará de surcar aquellas aguas fatales. Cierto franciscano habia tenido la humorada de profetizar, que el poder del Papa iba á debilitarse, y en seguida á caer para siempre, como y tambien, que en el año 1600, el turco dominaria la Italia y la Alemania; y el bueno de Melancton se gloría de tener en su poder la profecía original, ademas que los terremotos que suceden le confirman en su creencia.

Apenas acababa de erigirse en juez único el espíritu privado, ya la Alemania estaba inundada de sangre por las atrocidades del mas furioso fanatismo. Matias Harlem anabaptista, puesto á la cabeza de una turba feroz, manda saquear las iglesias, destrozar sus ornamentos, y quemar todos los libros como impios ó inútiles, exceptuando solo la Biblia. Situado en

Munster, que él llama *La Montaña de Sion*, hace llevar á sus pies todo el oro y plata y joyas preciosas que poseen los habitantes, lo deposita en un tesoro comun, y nombra diáconos para la distribucion. Obliga á todos sus discípulos á comer en comun, á vivir en perfecta igualdad, y á prepararse para la guerra que habian de emprender, saliendo de la *Montaña de Sion, para someter, segun decia, á su poder todas las naciones de la tierra*; y muere por fin en un arrojo temerario, en que se proponia que *cual nuevo Gedeon* exterminaria con un puñado de hombres, el *ejército de los impíos*. No faltó á Matias un heredero de fanatismo, presentándose luego Becold, quizas mas conocido bajo el nombre de Juan de Leyde. Este fanático, sastre de profesion, echa á correr desnudo por las calles de Munster gritando: *El rey de Sion viene*. Entró en su casa, se encerró allí por tres dias, y cuando el pueblo se presentó pidiendo por él, aparentó que no podia hablar: Como otro Zacarias pidió por señas, recado de escribir, y escribió que Dios le habia revelado que el pueblo habia de ser regido por jueces, á imitacion del pueblo de Israel. Nombró doce jueces, escogiendo aquellos que le eran mas adictos, y hasta que la autoridad de los nuevos magistrados fué reconocida, tuvo él la precaucion de no dejarse ver de nadie. Estaba ya asegurada en cierto modo la autoridad del nuevo profeta, pero no se contentó con el mando efectivo, sino que le ambicionó rodeado de toda pompa y magestad; propúsose nada menos que proclamarse *rey*. En tan lastimoso vértigo estaban los fanáticos sectarios, que no le fué difícil salir á cabo con su loca empresa: no se necesitaba mas que jugar una grosera farsa. Un platero, que estaba

en inteligencia con el aspirante á rey, y que tambien se hallaba iniciado en el arte de profetizar, se presenta á los *jueces de Israel* y les habla de esta manera: *Hé aquí lo que dice el Señor Dios, el Eterno: como en otro tiempo yo establecí á Saul sobre Israel, y despues de él á David no siendo mas que un simple pastor, asi establezco hoy á Becold mi profeta Rey de Sion.* Los jueces no podian determinarse á renunciar; pero Becold aseguró que tambien habia tenido él la misma revelacion, que la habia callado por humildad, pero que habiendo Dios hablado á otro profeta, era menester resignarse á subir al trono, *para cumplir las órdenes del Altísimo.* Los jueces insistieron en que se convocase al pueblo, que en efecto se reunió en la plaza del mercado; y allí habiéndosele presentado por un *profeta* de parte de Dios una espada desnuda *en señal de quedar constituido justiciero sobre toda la tierra para extender el imperio de Sion por los cuatro ángulos del mundo*, fué proclamado Rey con ruidosa alegria, y coronado solemnemente en 24 de Junio de 1534. Como se habia casado con la esposa de su predecesor, la elevó tambien á la dignidad real; pero si bien á esta sola la miró como reina, no dejó de tener hasta diez y siete mugeres; todo conforme á la *santa* libertad que en esta materia habia proclamado. Las orgias, los asesinatos, las atrocidades y delirios de todas clases que se siguieron, no hay porque referirlo: pudiendo asegurarse que los 16. meses del reinado de este frenético no fueron mas que una cadena de crímenes. Clamaron los católicos contra tamaños excesos, clamaron tambien, es verdad, los protestantes; pero ¿quién tenia la culpa? no eran aquellos que habian proclamado la resistencia á la autoridad de la

Iglesia, y que habian arrojado la Biblia, en medio de aquellos miserables, para que con la interpretacion individual, se les trastornase la cabeza, y se arrojáran á proyectos tan criminales como insensatos? Asi lo conocieron los mismos anabaptistas, y así es que se indignaron sobremanera contra Lutero que con sus escritos los condenaba. Y en efecto: quién habia sentado el principio ¿qué derecho tenia para atajar las consecuencias? Si Lutero encontraba en la Biblia que el Papa era el Anticristo, y de su propia autoridad se arrojaba á destruir el reino del Papa, exortando á todo el mundo á conjurarse contra él; ¿porqué no podian tambien los anabaptistas decir: *que habian hablado con Dios, y que habian recibido el mandato de exterminar á todos los impios, y de constituir un nuevo mundo en que vivieran solamente los pios é inocentes, siendo dueños de todas las cosas?*

Herman predicando la *matanza de todos los sacerdotes y magistrados del mundo*, David Jorge proclamando que solo su doctrina era perfecta, que *la del antiguo y nuevo testamento era imperfecta, y que él era el verdadero Hijo de Dios*, Nicolas desechando la fé y el culto como inútiles, despreciando los preceptos fundamentales de la moral, y enseñando que *era bueno perseverar en el pecado para que la gracia pudiese abundar*, Hacket pretendiendo que habia descendido sobre él el espíritu del Mesías, enviando á dos de sus discípulos Arthington y Coppinger, á vocear por las calles de Londres *que él Cristo venia allí con su vaso en la mano*, y clamando él mismo á la vista del cadalso, y en el trance del suplicio: «*¡Jehovah! ¡Jehovah! ¿no veis que los cielos se abren, y á Jesucristo que viene á*

libertarme?» esos deplorables espectáculos, y cien y cien otros que podriamos recordar, son pruebas harto evidentes del terrible fanatismo nutrido y avivado por el sistema protestante. Venner, Fox, Villiam Sympson, J. Naylor, el conde Tinzendorf, Wesley, el baron de Sweedenborg, y otros hombres semejantes, bastan para recordar un conjunto de sectas tan locas, y una série de extravagancias y crímenes tales, que darian materia para formar gruesos volúmenes, dónde se presentarian los cuadros mas ridículos y mas negros, las mayores miserias y extravíos del espíritu humano. Eso no es fingir, no es exagerar, ábrase la historia, consúltense los autores, no precisamente católicos, sino protestantes, ó sean cuales fueren; por donde quiera se encontrarán abundancia de testigos que deponen de la verdad de esos hechos; hechos ruidosos, sucedidos á la luz del dia, en medio de grandes capitales, en tiempos que casi tocan á los nuestros. Y no se crea que se haya agotado con el trascurso del tiempo ese manantial de ilusion y de fanatismo; á lo que parece, no lleva camino de cegarse, y la Europa está condenada todavía á escuchar la relacion de otras visiones como la acaecida en la fonda de Londres al Baron de Sweedenborg, y á ver pasaportes de tres sellos como los que despachaba para el cielo Juana Soutchote.

(13) Nada mas palpable que la diferencia que media en este punto entre los protestantes y los católicos. En ambas partes hay personas que se pretenden favorecidas con visiones celestiales; pero con las visiones, los protestantes se vuelven orgullosos, turbulentos, frenéticos, mientras los católicos ganan en humildad, y en espíritu de paz y de amor. En el mismo siglo XVI, cuando el fanatismo de los protestantes lle-

vaba revuelta la Europa entera, y la inundaba de sangre, habia en España una mugér que á juicio de los protestantes y de los incrédulos, debe de ser una de las que mas han adolecido de achaque de ilusion y fanatismo; pero el pretendido fanatismo de esa muger, ¿hizo derramar acaso, ni una gota de sangre, ni una sola lágrima? Y sus visiones ¿eran acaso órdenes del cielo para exterminar á los hombres, como desgraciadamente sucedia entre los protestantes? Despues que en la nota anterior se habrá horrororizado el lector con las visiones de los protestantes, quizás no le desagradará tener á la vista un cuadro tan bello como apacible.

Es Santa Teresa, que escribiendo su propia vida, por motivos de pura obediencia, nos refiere sus visiones con un candor angelical, con una dulzura inefable. «Quiso el señor que viese aquí algunas veces esta vision, veía un Angel cabe mí hácia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver, sino por maravilla, aunque muchas veces se me representan Angeles, es sin verlos, sinó como la vision pasada, que dije primero. En esta vision quiso el Señor le viese ansí, no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecia de los Angeles muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman Serafines, que los nombres no me los dicen, mas bien veo que en el Cielo hay tanta diferencia de unos Angeles á otros, y de otros á otros, que no lo sabria decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces, y que me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecia las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor

grande de Dios. » (Vida de Santa Teresa capítulo 29 n.º 11).

HE AQUI OTRA MUESTRA.

« Estando en esto, veo sobre mi cabeza una paloma bien diferente de las de acá, porque no tenia estas plumas, sinó las alas de unas conchitas, que echaban de sí gran resplandor. Era grande mas que paloma, paréceme que oia el ruido que hacia con las alas. Estaria aleando por espacio de una Ave Maria. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose á si de sí la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que segun mi parecer, la merced tan maravillosa le debia de desasosegar y espantar, y como comenzó á gozarla, quitósele el miedo, y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento. » (V. cap. 28, n.º 7).

Difícil será encontrar algo de tan bello, expresado con tan vivo colorido, y con tan amable sencillez.

No será inoportuno el copiar otros dos trozos de distinto género, que al paso que harán sensible lo que nos proponemos evidenciar, podrán contribuir á dispertar la aficion hácia cierta clase de escritores castellanos que van cayendo en olvido entre nosotros, mientras los extrangeros los buscan con afan, y hacen de ellos lujosas ediciones.

« Estando una vez en las horas con todas, de presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas, ni lados, ni alto, ni bajo, que no estuviese toda clara, y en el centro de ella se me representó Cristo Nuestro Señor como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma, le veia claro como en un espejo, y tam-

bien este espejo, (yo no sé decir como) se esculpia todo en el mismo Señor, por una comunicacion que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que mé fué esta vision de gran provecho, cada vez que se me acuerda en especial cuando acabo de comulgar. Dióseme á entender, que estar un alma en pecado mortal, es cubrirse este espejo de gran niebla, y quedar muy negro, y ansí no se puede representar, ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser, y que los hereges, es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que oscurecido. Es muy diferente el como se vé, á decirse, porque se puede mal dar á entender. Mas hame hecho mucho provecho y gran lástima de las veces que con mis culpas oscurecí mi alma, para no ver este Señor.» (Vida cap. 40, n.º 4.)

En otro lugar explica un modo de ver las cosas en Dios, y presenta su idea bajo una imágen tan brillanté y grandiosa, que nos parece que leemos á Malebranche explanando su famoso sistema.

«Digamos ser la Divinidad como un claro diamante, muy mayor que todo el mundo, ó espejo, á manera de lo que dige del alma en otra vision, salvo que es por tan subida manera, que yo no lo sabré encarecer, y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera, que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera de esta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda ver que cosas tan feas se me representan en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados.» (Vida, cap. 40, n.º 7).

Supongamos ahora con los protestantes, que todas

esas visiones no sean mas que pura ilusion; pero es evidente que ni extravían las ideas, ni corrompen las costumbres, ni perturban el órden público; y ciertamente que aun cuando no hubieran servido mas que para inspirar tan hermosas páginas, no habria porque dolernos de la ilusion. Y hé aquí confirmado lo que he dicho sobre los saludables efectos que produce en las almas el principio católico, no dejándolas cegar por el orgullo, ni andar por caminos peligrosos, ántes limitándolas á un círculo, desde el cual no pueden dañar á nadie, si es que sus favores del cielo no sean mas que ilusion, y no perdiendo nada de su fuerza y energía para hacer el bien, dado caso que su inspiracion sea una realidad.

Mil y mil otros ejemplos podria citar, pero en obsequio de la brevedad me he limitado á uno solo; escogiendo á Santa Teresa, ya por ser una de las que mas se han distinguido en la materia, ya por ser contemporánea de las grandes aberraciones de los protestantes, ya tambien por ser española; aprovechando esta oportunidad de recordarla á los españoles que empiezan á olvidarla.

(14) He indicado las sospechas que inspiraban algunos de los corifeos de la reforma, de que procediendo de mala fe, y no dando asenso á lo mismo que predicaban, tratasen únicamente de alucinar á sus prosélitos. No quiero que se diga que he andado con ligereza en achacarles ese cargo, y así produciré algunas pruebas que garanticen mi asercion.

Oigamos al mismo Lutero. «Muchas veces pienso á mis solas, que casi no sé donde estoy, ni si enseño la verdad ó no.» «(Sæpe sic mecum cogito: propemodum nescio, quo loco sim, et utrum veritatem doceam, necne.)» (Luther. colloquio. Isleb. de Chris-

to.) Y este es el mismo hombre que decia: «*Es cierto* que yo he recibido mis dogmas del cielo: no permitiré que juzguéis de mi doctrina ni vosotros, ni los mismos ángeles del cielo, («Certum est dogmata mea habere me de cælo. Non sinam vel vos vel ipsos angelos de cælo de mea doctrina judicare. (Luth. Contra Reg. Ang.) Juan Matthei que publicó algunos escritos sobre la vida de Lutero, y que se deshace en alabanzas del Heresiarca, nos ha conservado una anécdota curiosa sobre las convicciones de Lutero: dice así. «Un predicante llamado Juan Musa me contó, que cierta vez se habia lamentado con Lutero, de que no podia resolverse á creer lo que predicaba á los otros. «*Bendito sea Dios respondió* Lutero, *pues que sucede á los demás lo mismo que á mí: antes creia yo que solo á mí me sucedia.* (Johannes Matthesius. concione 12.)

Las doctrinas de la incredulidad no se hicieron esperar mucho, y quizás no se figurarian algunos lectores, que se hallen consignadas expresamente en varios lugares de las obras de Lutero. « Es verosimil, dice que excepto pocos, todos duermen insensibles » «Soy de parecer que los muertos están sepultados en tan inefable y admirable sueño, que sienten ó ven menos que los que duermen con sueño comun.» «Las almas de los muertos no entran ni en el purgatorio ni en el infierno.» «El alma humana duerme embargados todos los sentidos.» «En la mansion de los muertos no hay tormentos.» «(Verimile est exceptis paucis, omnes dormire insensibiles. » «Ego puto mortuos sic ineffabili, et miro somno sopitos, ut minus sentiant aut videant, quam hi qui alias dormiunt.» «Animæ mortuorum non ingrediuntur in purgatorium nec infernum.» «Anima humana dor-

mit omnibus sensibus sepultis.» «Mortuorum locus cruciatus nullos habet.)» (Tom. 2. Epist. Latin. Isleb. fol. 44. Tom. 6. Lat. Wittenberg. in cap. 2. cap. 23. cap. 25. cap. 42. et. cap. 49. Genes. et Tom. 4. Lat. Wittenberg. fol. 109). No faltaba quien recogiese semejantes doctrinas, y los estragos que tal enseñanza andaba haciendo eran tales, que el Luterano Brentzen discípulo y sucesor de Lutero, no duda en decir lo siguiente: «*Aunque no haya entre nosotros ninguna profesion pública de que el alma perezca con el cuerpo, y que no haya resurreccion de muertos, sin embargo la vida impurísima y profanísima que la mayor parte lleva, indica bien á las claras que no creen que haya otra vida. Y á algunos se les escapan ya semejantes expresiones, no solo entre el calor de los brindis, sí que tambien en la templanza de las conversaciones familiares.*» (Etsi inter nos nulla sit pública professio, quod anima simul cum corpore intereat, et quod non sit mortuorum resurrectio; tamen impurísima et prophanísima illa vita, quam maxima pars hominum sectatur, perspicue indicat quod non sentiat vitam post hanc. Nonnullis etiam tales voces, tam ebriis inter pocula excidunt, quam sobriis in familiaribus colloquiis.) (*Brentius. hom.* 35. *in cap.* 20. *Luc.*)

En el mismo siglo XVI no faltaron algunos que sin curarse de dar su nombre á esta ó aquella secta, profesaban sin rebozo la incredulidad y el esceptiscismo. Sabido es que al famoso Gruet le costó la cabeza su atrevimiento en este punto; y no fueron los católicos los que se la hicieron cortar, sinó los Calvinistas, que llevaban á mal el que este desgraciado se hubiese tomado la libertad de pintar con sus verdaderos colores el carácter y la conducta de Calvino,

y de fijar en Ginebra algunos pasquines en que acusaba de inconsecuencia á los pretendidos reformados, por la tiranía que pretendian ejercer sobre las conciencias, despues de haber sacudido ellos mismos el yugo de la autoridad. Todo esto sucedia nó mucho despues de haber nacido el Protestantismo, pues que la sentencia de Gruet fué ejecutada en el año 1549.

Montaigne á quien he señalado como unó de los primeros escépticos que alcanzaron mucha nombradía, llevaba la cosa tan allá que ni siquiera admite ley natural. « Graciosos están dice, cuando para dar alguna certeza á las leyes, asientan que hay algunas, firmes, perpetuas é inmutables, que ellos llaman naturales; grabadas en el linage humano por la condicion de su propia esencia. » « *Ils son plaisans quand pour donner quelque certitude aux Lois, ils disent, qu'il en a aucunes fermes, perpetuelles et inmutables, qu'ils nomment naturelles, qui sont emprèintes en l'humain genre par la condition de leur propre essence ec.* » (*Montaigne. Ess. Tom.* 2. *chap.* 12).

Ya hemos visto lo que pensaba Lutero sobre la muerte, ó al menos las expresiones que sobre este particular se le habian escapado; no es extraño pues que Montaigne pretendiese morir como verdadero incrédulo, y que hablando de este terrible trance dijera: « Estupidamente, y con la cabeza baja; me sumerjo en la muerte, sin considerarla ni reconocerla, como en una profundidad silenciosa y oscura que me traga de un golpe, y me ahoga en un instante, en un hondo sueño lleno de insensibilidad y de indolencia. « *Je me plonge la tete baissèe stupidement dans la mort sans la considerer, et reconnaitre, comme dans une profondeur muette et obscure, qui m'angloutit*

d'un saut, et m'etoufe en un instant d'un puissant sommeil plein d'insipidité, et d'indolence» (*Montaigne Livr.* 3, *chap.* 9).

Pero este hombre que deseaba que la muerte le sorprendiese plantando sus hortalizas, y sin curarse de ella, (*Je veux que la mort me trouve plantant mes choux, mais sans me soucier d'elle,*) no lo pensó así en sus últimos momentos; pues que estando para espirar quiso que se celebrára en su mismo aposento el Sto. sacrificio de la misa, y espiró en el mismo instante en que acababa de hacer un esfuerzo para levantarse sobre su cama, en el acto de la adoracion de la sagrada Hostia. Bien se ve que no habia quedado esteril en su corazon aquel pensamiento con que hablando de la religion cristiana decia: «El orgullo es lo que aparta al hombre de los caminos comunes, que le hace abrazar novedades, prefiriendo ser gefe de una turba errante y descaminada, enseñando el error y la mentira, á ser discípulo de la escuela de la verdad.» Acordaríase tambien de lo que habia dicho en otro lugar, condenando de un rasgo todas las sectas disidentes: «En materia de religion es preciso atenerse á los que son establecidos gefes de doctrina y que tienen una autoridad legítima, y no á los mas sábios y á los mas hábiles.» «En matiere de réligion il faut s'attacher á ceux qui sont etablis juges de la doctrine, et qui ont une authorité légitime, non pas aux plus scavans et aux plus habiles.»

Por lo que acabo de decir se echa de ver con cuanta razon he culpado al Protestantismo de haber sido una de las principales causas de la incredulidad en Europa. Repito aquí lo que he dicho en el texto, que no es mi ánimo desconocer los esfuerzos que hicieron algunos protestantes para oponerse á la incredulidad;

pues lo que ataco no son las personas sino las cosas, y respeto el mérito donde quiera que se encuentre. Añadiré tambien que si en el siglo XVII se notó que no pocos protestantes tendian hácia el Católicismo, debió de ser á causa de que veian los progresos que iba haciendo la incredulidad; progresos que no era posible atajar, sino asiéndose del áncora de la autoridad que les ofrecia la Iglesia Católica.

No me es posible, sin salir de los límites que me he prefijado, dar noticias circunstanciadas sobre la correspondencia entre Molano y el obispo de Tyna, y entre Leibnitz y Bossuet; pero los lectores que quieran instruirse á fondo en la materia, podrán verlo, parte en las mismas obras de Bossuet, parte en la interesante obra del abate Bausset, que precede á la edicion de las obras de Bossuet, hecha en París en 1814.

(15) Para formarse idea del estado de la *ciencia* al tiempo de la aparicion del Cristianismo, para convencerse de lo que podia esperarse del espíritu humano, abandonado á sus propias luces, basta recordar las monstruosas sectas que pululaban por do quiera, en los primeros siglos de la Iglesia; y que reunían en sus doctrinas la mezcolanza mas informe, mas extravagante é inmoral, que concebirse pueda. Cerinto, Menandro, Ebion, Saturnino, Basilides, Nicolao, Corpocrates, Valentino, Marcion, Montano y otros, son nombres que recuerdan sectas donde el delirio andaba hermanado con la inmoralidad. Echando una ojeada sobre aquellas sectas filosófico-religiosas, se conoce que ni eran capaces de concebir un sistema filosófico un poco concertado, ni de idear un conjunto de doctrinas y prácticas, que pudiese merecer el nombre de religion. Todo lo trastornan, todo lo mez-

clan y confunden; el judaismo, el cristianismo, los recuerdos de las antiguas escuelas, todo se amalgama en sus delirantes cabezas; no olvidándose empero de soltar la rienda á todo linage de corrupcion y obscenidad.

Abundante campo ofrecen aquellos siglos á la verdadera filosofía para conjeturar lo que hubiera sido del humano saber, si el Cristianismo no hubiese alumbrado el mundo con sus doctrinas celestiales; si no hubiese venido esa Religion divina á confundir el desatentado orgullo del hombre, mostrándole cuan vanos é insensatos eran sus pensamientos, y cuan descarriado andaba del camino de la verdad. ¡Cosa notable! ¡Y esos mismos hombres cuyas aberraciones hacen estremecer, se apellidaban á sí mismos *Gnósticos*, por el superior conocimiento de que se imaginaban dotados! Está visto: el hombre en todos los siglos es el mismo.

(16) He creido que no dejaria de ser útil copiar aqui literalmente los cánones á que hize referencia en el texto. Asi podrán los lectores enterarse por sí mismos de su contenido, y no podrá caber sospecha de que extrayendo la especie del cánon, se le haya atribuido un sentido de que carecia.

CANONES Y OTROS DOCUMENTOS QUE MANIFIESTAN LA SOLICITUD DE LA IGLESIA EN ALIVIAR LA SUERTE DE LOS ESCLAVOS, Y LOS DIFERENTES MEDIOS DE QUE SE VALIÓ PARA LLEVAR Á CABO LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

§ 1.

(Concilium Eliberitanum, anno 305.)

Se impone penitencia á la señora que maltrata á su esclava.

« Si qua domina furore zeli accensa flagris verberaverit ancillam suam, ita ut in tertium diem animàm cum cruciatu effundat; eo quod incertum sit, voluntate an casu occiderit; si voluntate, post septem annos, si casu, post quinquennii tempora, acta legitima pænitentia, ad communionem placuit admitti. Quod si infra tempora constituta fuerit infirmata, accipiat communionem » (Canon 5).

Nótese que la palabra *ancillam* expresa una esclava propiamente tal, no una sirvienta cualquiera, como se entiende de aquellas otras palabras *flagris verberaverit*, que era el castigo propio de los esclavos.

(Concilium Epaonense anno 517.)

Se excomulga al dueño que por autoridad propia mata á su esclavo.

« Si quis servum propium sine conscientia judicis occiderit, excomunicatione biennii effusionem sanguinis expiabit ». (can 34).

Esta misma disposicion se halla repetida en el cánon 15 del concilio 17. de Toledo celebrado en el año

694, copiándose el mismo cánon del concilio de Epaona, con muy ligera variacion.

(Ibid) el esclavo reo de un delito atroz, se libra de suplicios corporales, refugiándose á la Iglesia.

« Servus reatu atrociore culpabilis si ad ecclesiam confugerit, á corporabilibus tantum suppliciis excusetur. De capillis vero, vel quocumqne opere, placuit á dominis juramenta non exigi ». (Can 39).

(Concilium Aurelianense secundum anno 549.)

Precauciones muy notables para que los amos no maltratasen á los esclavos que se habian refugiado á las Iglesias.

« De servis vero, quí pro cualibet culpa ad ecclesiæ septa confugerint, id statuimus observandum, ut, sicut in antiquis constitutionibus tenetur scriptum, pro concessa culpa datis á domino sacramentis, quisquis ille fuerit, expediatur de venia jam securus. Enim vero si immemor fidei dominus trascendisse convincitur quod juravit, ut is qui veniam acceperat, probetur postmodum pro ea culpa qualicumque suplicio cruciatus, dominus ille qui immemor fuit datæ fidei, sit ab omnium communione suspensus. Iterum si servus de promissione veniæ datis sacramentis á domino jam securus exire noluerit, ne sub tali contumacia requirens locum fugæ, domino fortasse dispereat, egredi nolentem á domino eum liceat occupari, ut nullam, quasi pro retentatione servi, quibulibet modis molestiam aut calumniam patiatur ecclesia: fidem tamen dominus, quam pro concessa venia dedit, nulla temeritate trascendat. Quod si aut gentilis dominus fuerit, aut alterius sectæ, qui á conventu ecclesiæ probatur extraneus, is qui servum

repetit, personas requirat bonæ fidei christianas, ut ipsi in persona domini servo præbeant sacramenta: quia ipsi possunt servare quod sacrum est, qui pro transgressione ecclesiasticam metuunt disciplinam.» (Can 22).

Dificil es llevar mas allá la solicitud para mejorar la suerte de los esclavos, de lo que se desprende del curioso documento que se acaba de copiar.

(Concilium Emeritense anno 666.)

Se prohibe á los obispos la mutilacion de sus esclavos, y se ordena que su castigo se encargue al juez de la ciudad; pero sin raparlos torpemente.

« Si regalis pietas pro salute omnium suarum legum dignata est ponere decreta, ¿cur religio sancta per sancti concilii ordinem non habeat instituta, quæ omnino debent esse cavenda?. Ideoque placuit huic sancto concilio, ut omnis potestas episcopalis modum suæ ponat iræ; nec pro quolibet excessu cuilibet ex familia ecclsiæ aliquod corporis membrorum sua ordinatione præsumat extirpare, aut auferre. Quod sí talis emerserit culpa, advocato judice civitatis, ad examen ejus deducatur quod factum fuisse asseritur. Et quia omnino justum est, ut pontifex sævissimam non impendat vindictam; quidquid coram judice verius patuerit, per disciplínæ severitatem absque turpi decalvatione maneat emendatum.» (C. 15).

(Concilium toleranum undecimum. anno 675.)

Se prohibe á los sacerdotes lá mutilacion de sus esclavos.

«His á quibus domini sacramenta tractanda sunt, judicium sanguinis agitare non licet: et ideo magnopere talium excessibus prohibendum est; ne in-

discretæ præsumptionis motibus agitati, aut quod morte plectendum est, sententia propia judicare præsumant, aut truncationes quaslibet membrorum quibuslibet personis aut per se inferant, aut inferendas præcipiant. Quod si quisquam horum immemor præceptorum, aut ecclesiæ suæ familiis, aut in quibuslibet personis tale quid fecerit, et concessi ordinis honore privatus, et loco suo, perpetuo damnationis teneatur religatus ergastulo: cui tamen communio exeunti ex hac vita non neganda est, propter domini misericordiam, *qui non vult peccatoris mortem, sed ut convertatur et vivat.*» (C. 6).

Es de notar que cuando en los dos cánones ultimamente citados, se usa de la palabra *familia*, se deben entender los esclavos. Que esta es la verdadera acepcion de la palabra se desprende claramente del cánon 74 del concilio 4.º de Toledo celebrado en el año 633 donde se lee: « De *familiis* ecclesiæ constituere præsbiteros et diaconos per parochias liceat..... ea tamen ratione ut *antea manumissi libertatem status sui percipiant* » Lo mismo se desprende del sentido en que emplea esta palabra el Papa San Gregorio, en su epístola 44 L. 4.

(Concilium Wormatiense, anno 868.)

Se impone penitencia al amo que por autoridad propia mata á su esclavo.

« Si quis servum propium sine conscientia judicum qui tale quid commisserit, quod morte sit dignum, occiderit, excomunicatione vel pænitentia bienníi, reatum sanguinis emendabit». (Can 38).

«Sí qua femina furore zeli accensa, flagris verberaverit ancillam suam, ita ut intra tertium diem animam suam cum cruciatu effundat, eo quod incertum

sit voluntate, an casu occiderit; si voluntate, septem annos, si casu per quinque annorum tempora legitimam paragat pænitentiam.» (Can. 39.)

(Concilium Arausicanum primum anno 441.)

Se reprime la violencia de los que se vengaban del asilo dispensado á los esclavos, apoderándose de los de la Iglesia.

Si quis autem mancipia clericorum pro suis mancipiis ad ecclesiam fugientibus crediderit occupanda, per omnes ecclesias districtíssima damnatione feriatur. (Can. 6)

§ 2.

(Ibid) « Se reprime á los que atenten en cualquier sentido contra la libertad de los manumitidos en la Iglesia, ó que le hayan sido recomendados por testamento.

«In ecclesia manumissos, vel per testamentum ecclesiæ commendatos, si quis in servitutem, vel obsequium, vel ad colonariam conditionem imprimere tentaverit, animadversione eclesiástica coerceatur.» (Can. 7.)

(Concilium quintum Aurelianense, anno 549.)

Se asegura la libertad de los manumitidos en las iglesias; y se prescribe que estas se encarguen de la defensa de los libertos.

«Et quia plurimorum suggestione comperimus, eos qui in ecclesiis juxta patrioticam consuetudinem á servitiis fuerunt absoluti, pro libito quorumcumque iterum ad servitium revocari, impium esse tractavimus, ut quod in ecclesia Dei consideratione á vinculo

servitutis abstrahitur, irritum habeatur. Ideo pietatis causa communi concilio placuit observandum, ut quæcumque mancipia ab ingenuis dominis servitute laxantur, in ea libertate maneant, quam tunc a dominis perceperunt. Hujusmodi quoque libertas si a quocumque pulsata fuerit, cum justitia ab ecclesiis defendatur, præter eas culpas, pro quibus leges collatas servis revocare jusserunt libertates. » (Cap. V.)

(Concilium Matisconense secundum anni 585.)

«Se prescribe que la Iglesia defienda á los libertos, ora hayan sido manumitidos en la Iglesia, ora lo hayan sido por carta ó testamento, ora hayan pasado largo tiempo disfrutando de libertad. Se reprime la arbitrariedad de los jueces que atropellaban á estos desgraciados, y se dispone que los obispos conozcan de estas causas.»

«Quæ dum sacerdotibus universis secundum consuetudinem recitata innotescerent, Prætextatus et Pappulus viri beatissimi dixerunt: Decernat itaque, et de miseris libertis vestræ auctoritatis vigor insignis, qui ideo plus á judicibus affliguntur, quia sacris sunt comendati ecclesiis: ut si quas quispiam dixerit contra eos actiones habere, non audeat eos magistratus contradere, sed in episcopi tantum judicio, in cujus præsentia litem contestans, quæ sunt justitiæ ac veritatis audiat. Indignum est enim, ut hi qui in sacrosanctis ecclesiis jure noscuntur legitimo manumissi, aut per epistolam, aut per testamentum, aut per longinquitatem temporis libertatis jure fruuntur, á quolibet injustissime inquietentur. Universa sacerdotalis Congregatio dixit: Justum est, ut contra calumniatorum omnium versutias defendantur, qui patrocinium immortalis ecclesiæ concupiscunt. Et qui-

nes, et maxime feminas turpidini, reddere parentibus liberos, parentes liberis, cives patriæ restituere. Nota sunt hæc nimis Illiriæ vastitate et Thraciæ: quanti ubique venales erant captivi orbe.»

Ibid. (§ 71.) «Præcipua est igitur liberalitas, redimere captivos et maxime ab hoste barbaro, qui nihil deferat humanitatis ad misericodiam, nisi quod avaritia reservaverit ad redemptionem.»

Ib. L. 2 C. 28 (§ 136) «*Ut nos aliquando in invidiam incidimus, quod confregerimus vasa mistica, ut captivos redimeremus*, quod arrianis displicere potuerat; nec tam factum displiceret, quam ut esset quod in nobis reprehenderetur.»

Estos nobles y caritativos sentimientos no eran solo de san Ambrosio; sus palabras son la expresion de los sentimientos de toda la Iglesia. A mas de diferentes pruebas que podria traer aquí, y de lo que se desprende de los cánones que insertaré á continuacion, es digna de notarse la sentida carta de san Cipriano, de la cual copiaré algunos trozos, en los cuales están compendiados los motivos que impulsaban á la Iglesia en tan piadosa tarea, y vivamente pintados el zelo y la caridad con que la ejercia.

«Cyprianus Januario, Maximo, Proculo, Victori, Modiano, Nemesiano, Nampulo, et Honorato fratribus salutem. Cum maximo animi nostri gemitu et non sine lacrimis legimus litteras vestras, fratres carissimi, quas ad nos pro dilectionis vestræ sollicitudine de fratrum nostrorum et sororum captivitate fecistis. ¿Quis enim non doleat in ejusmodi casibus, aut quis non dolorem fratris sui suum proprium computet, cum loquatur apostolus Paulus et dicat: *Si patitur unum membrum, compatiuntur et cetera*

membra; si *lætatur membrum unum, collætantur et cetera membra.* (1. ad Cor 12.) Et alio loco: *Quis infirmatur inquit, et non ego infirmor?* (2. ad. Cor. 11.) Quare nunc et nobis captivitas fratrum nostra captivitas computanda est, et periclitantium dolor pro nostro dolore numerandus est, cum sit scilicet adunationis nostræ corpus unum, et non tantum dilectio, sed et religio instigare nos debeat et confortare ad fratrum membra redimenda. Nam cum denuo apostolus Paulus dicat: *Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis?* (1. ad Cor. 3.) etiamsi charitas nos minus adigeret ad opem fratribus ferendam, considerandum tamen hoc in loco fuit, Dei templum esse quæ capta sunt, nec pati nos longa cessatione et neglecto dolore debere, ut diu Dei templa captiva sint; sed quibus possumus viribus elaborare et velociter gerere, ut Christum judicem et Dominum et Deum nostrum promereamur obsequiis nostris. Nam cum dicat Paulus apostolus, *Quotquot in Christo baptizati estis, Christum induistis*, (Ad Gal. 3.) in captivis fratribus nostris contemplandus est Christus et redimendus de periculo captivitatis, qui nos de diaboli faucibus exuit, nunc ipse qui manet et habitat in nobis de barbarorum manibus exuatur, et redimatur nummaria quantitate qui nos cruce redemit et sanguine. . . . .

. . . .

¿Quantus vero communis omnibus nobis mæror atque cruciatus est de periculo virginum quæ illic tenentur; pro quibus non tantum libertatis, sed et pudoris jactura plangenda est, nec tam vincula barbarorum quam lenonum et lupanarium stupra deflenda sunt, ne membra Christo dicata et in æternum continentiæ honorem pudica virtute devota, insultan-

tium libidine et contagione fædentur? Quæ omnia istic secundum litteras vestras fraternitas nostra cogitans et dolenter examinans, prompte omnes et libenter ac largiter subsidia nummaria fratribus contulerunt. . . . .

. . . .

Misimus autem sestertia centum millia nummorum, quæ istic in ecclesia cui de Domini indulgentia præsumus, cleri et plebis apud nos consistentis collatione, collecta sunt, quæ vos illic pro vestra diligentia dispensabitis. . . . .

. . . .

Si tamen ad explorandam nostri animi charitatem, et examinandi nostri pectoris fidem tale aliquid acciderit, nolite cunctari nuntiare hæc nobis litteris vestris, pro certo habentes ecclesiam nostram et fraternitatem istic universam, ne hæc ultra fiant precibus orare, si facta fuerint, libenter et largiter subsidia præstare.» (Epist 60). . . . .

. . . .

Véase pues como el zelo de la Iglesia por la redencion de los cautivos, que tan vivo se desplegó siglos despues, habia comenzado ya en los primeros tiempos; y se fundaba en los grandes y elevados motivos que divinizan en cierto modo la obra, asegurando ademas á quien la ejerce una corona inmarcesible. — En las obras de S. Gregorio se hallarán tambien importantes noticias sobre este punto. (V. L. 3 ep. 16; L. 4. ep. 17; L. 6. ep. 35; L. 7. ep. 26. 28. y 38; L. 9. ep 17).

(Concilium Matisconense secundum anno 585.)

Los bienes de la Iglesia se empleaban en la redencion de los cautivos.

«Unde statuimus ac decernimus, ut mos antiquus á fidelibus reparetur; et decimas ecclesiasticis famulantibus ceremoniis populus omnis inferat, quas sacerdotes aut in pauperum usum, *aut in captivorum redemptionem prærogantes*, suis orationibus pacem populo ac salutem impetrent: si quis autem contumax nostris statutis saluberrimis fuerit, á membris ecclesiæ omni tempore separetur» (Can. 5.)

(Concilium Rhemense anno 625, vel 630.)

Se permite quebrantar los vasos sagrados para expenderlos en la redencion de cautivos.

«Si quis episcopus, excepto si evenerit ardua necessitas pro redemptione captivorum, ministeria sancta frangere pro qualicumque conditione præsumpserit, ab officio cessabit ecclesiæ.» (Can. 22.)

(Concilium Lugdunense tertium anno 583.)

Se ve por el siguiente cánon que los obispos daban á los cautivos cartas de recomendacion; y se prescribe en él, que se pongan en ellas la fecha y el precio del rescate; y que se expresen tambien las necesidades de los cautivos.

«Id etiam de epistolis placuit captivorum, ut ita sint sancti pontifices cauti, ut in servitio pontificibus consistentibus, qui eorum manu vel subscriptione agnoscat epistolæ aut quælibet insinuationum litteræ dari debeant, quatenus de subscriptionibus nulla ratione possit Deo propitio dubitari: et epistola commendationis pro necessitate cujuslibet promulgata

dies datarum et prætia constituta, vel necessitates captivorum quos cum epistolis dirigunt, ibidem inserantur.» (Can. 2.)

(Synodus S. Patricii Auxilii et Iserniui Episcoporum in Hibernia celebrata, circa annum Christi 450 vel 456.)

Excesos á que eran llevados algunos eclesiásticos por un zelo indiscreto á favor de los cautivos.

«Si quis clericorum voluerit juvare captivo cum suo prœtio illi subveniat, nam si per furtum illum inviolaverit, blasphemantur multi clerici per unum latronem, qui sic fecerit excomunionis sit.» (Can. 32.)

(Ex epistolis S. Gregorii.)

La Iglesia gastaba sus bienes en el rescate de los cautivos; y aun cuando con el tiempo tuvieran facultades para reintegrarla de la cantidad adelantada, ella no queria semejante reintegro, les condonaba generosamente el precio del rescate.

«Sacrorum canonum statuta et legalis permittit auctoritas, licite res ecclesiasticas in redemptionem captivorum impendi. Et ideo, quia edocti á vobis sumus, ante annos fere 18 virum reverendissimum quemdam Fabium, Episcopum Ecclesiæ Firmanæ, libras 11 argenti de eadem ecclesia pro redemptione vestra, ac patris vestri Passivi, fratris et coepiscopi nostri, tunc vero clerici, necnon matris vestræ, hostibus impendisse, atque ex hoc quamdam formidinem vos habere, ne hoc quod datum est, á vobis quolibet tempore repetatur, hujus præcepti auctoritate suspicionem vestram prævidimus auferendam; constituentes, nullam vos exinde, hæredesque vestros quolibet tempore repetitionis molestiam sustine-

re, nec á quoquam vobis aliquam objici quæstionem.» (L. 7. ep. 14. et hab. Caus. 12. Q. 2. C. 15.)

(Concilium Vernense secundum anno 844.)

Los bienes de la Iglesia servian para el rescate de los cautivos.

«Ecclesiæ facultates quas reges et reliqui christiani Deo voverunt, ad alimentum servorum Dei et pauperum, ad exceptionem hospitum, *redemptionis captivorum*, atque templorum Dei instaurationem, nunc in usu secularium detinentur. Hinc multi servi Dei penuriam cibi et potus ac vestimentorum patiuntur, pauperes consuetam eleemosynam non accipiunt, negliguntur hospites, *fraudantur captivi*, et fama omnium merito laceratur.» (Can 12.)

Es digno de notarse en el cánon anterior el uso que hacia la Iglesia de sus bienes; pues que vemos que á mas de la manutencion de los clérigos y los gastos del culto, servian para el socorro de pobres, de peregrinos, y para el rescate de los cautivos. Hago aqui esta observacion, porque se ofrece la oportunidad; y no porque sea el cánon citado el único texto en que pueda fundarse la prueba del buen uso que hacia la Iglesia de sus bienes. Muchos son los cánones que podrian citarse, empezando desde los llamados Apostólicos; siendo de notar la expresion de que se valen á veces para afear la maldad de los que se apoderaban de los bienes eclesiásticos, ó los administraban mal. *Pauperum necatores*, *matadores de pobres*, se los llama, para dar á entender que uno de los principales objetos de esos bienes era el socorro de los necesitados.

§ 4.

(Concilium Lugdunense secundum anno 566.)

Se excomulga á los que atentan contra la libertad de las personas.

«Et quia peccatis facientibus multi in perniciem animæ suæ ita conati sunt, aut conantur assurgere, ut animas longa temporis quiete sine ulla status sui competitione viventes, nunc improba proditione atque traditione, aut captivaverint aut captivare conentur, si juxta præceptum domini regis emendare distulerint, quousque hos quos obduxerunt, in loco in quo longum tempus quiete vixerint, restaurare debeant, ecclesiæ communione priventur.» (Can. 3.)

Del cánon que acabo de citar se desprende que era muy general el abuso de apelar los particulares á la violencia para reducir á esclavitud á las personas libres. Tal era en aquella época la situacion de Europa á causa de las irrupciones de los bárbaros, que el poder público era débil en extremo, ó mejor podriamos decir, que no existia. Por esto es muy bello el ver á la Iglesia salir en apoyo del orden público, y en defensa de la libertad, excomulgando á los que la atacaban, menospreciando el precepto del rey: *præceptum dominis regis.*

(Concilium Rhemense, anno 625, vel 630.)

Se reprime el mismo abuso que en el cánon anterior.

«Si quis ingenuum aut liberum ad servitium inclinare voluerit, aut fortasse jam fecit, et commonitus ab episcopo se de inquietudine ejus revocare neglexerit, aut emendare noluerit, tamquam calumniæ reum placuit sequestrari.» (Can. 17.)

(Concilium Confluentinum, anno 922.)

Se declara reo de homicidio al que seduce á un cristiano, y lo vende.

«Item interrogatum est, quid de eo faciendum sit qui cristianum hominem seduxerit, et sic vendiderit: responsumque est ab omnibus, homicidii reatum, ipsum hominem sibi contrahere.» (Cap. 7.)

(Concilium Londinense anno 1102.)

Se prohibe el comercio de hombres que se hacia en Inglaterra, vendiéndolos como brutos animales.

«Ne quis illud *nefarium negotium* quo hactenus in Anglia solebant homines sicut bruta animalia venundari, deinceps ullatenus facere præsumat.»

Échase de ver por el cánon que acabo de citar, cuanto se adelantaba la Iglesia en todo lo perteneciente á la verdadera civilizacion. Estamos en el siglo XIX, y se mira como un notable paso dado por la civilizacion moderna, el que las grandes naciones europeas firmen tratados para reprimir el tráfico de los negros; y por el cánon citado se vé que á principios del siglo XI, cabalmente en la misma ciudad de Londres, donde se ha firmado ultimamente el famoso convenio, se prohibia el tráfico de hombres, calificándole cual merece. *Nefarium negotium*, *detestable negocio* le apellida el concilio; *tráfico infame*, le llama la civilizacion moderna, heredando sin advertirlo sus pensamientos y hasta sus palabras, de aquellos hombres á quienes se apellida *bárbaros*, de aquellos obispos á quienes se ha calumniado pintándolos poco menos que como una turba de conjurados contra la libertad y la dicha del género humano.

(Synodus incerti loci circa annum 616.)

Se manda que las personas que se hubiesen vendido ó empeñado; vuelvan *sin dilacion* al estado de libertad, asi que devuelvan el precio; y se dispone que no se les pueda exigir mas de lo que hubiesen recibido.

«De ingenuis qui se pro pecuniá aut alia re vendiderint, vel oppignoraverint, placuit ut quandoquidem prætium, quantum pro ipsis datum est, invenire potuerunt, absque dilatione ad statum suæ conditionis reddito prætio reformentur, nec ampliùs quam pro eis datum est requiratur. Et interim, si vir ex ipsis, uxorem ingenuam habuerit, aut mulier ingenuum habuerit maritum, filii qui ex ipsis nati fuerint in ingenuitate permaneant.» (Can 14.)

Es tan importante el cánon del Concilio que acabo de citar, celebrado segun opinan algunos en Boneuil, que bien merece que se hagan sobre él algunas reflexiones. Cabalmente esta disposicion tan benéfica en que se concedia al vendido el volver á la libertad, una vez satisfecho el precio que habia recibido en la venta, atajaba un mal que debia de estar muy arraigado en las Galias, pues que databa de muy antiguo; supuesto que sabemos por Cesar, citado ya en el texto, que muchos acosados por la necesidad, se vendian para salir de situaciones apuradas.

Es tambien muy digno de notarse lo que se dispone en el mismo cánon con respecto á los hijos de la persona vendida; pues ora sea el padre, ora la madre, se prescribe que en ambos casos los hijos sean libres; derogándose aqui la tan sabida regla del derecho civil: *partus sequitur ventrem*.

§. 5.

(Concilium Aurelianense tertium anno 538.)

Se prohibe el devolver á los judíos los esclavos refugiados á las Iglesias; si hubieren buscado este asilo, ó bien por obligarlos los amos á cosas contrarias á la religion cristiana, ó bien por haber sido maltratados despues de haberlos sacado antes del asilo de la Iglesia.

«De mancipiis christianis, quæ in judæorum servitio detinentur, si eis quod christiana religio vetat, á dominis imponitur, aut si eos quos de ecclesia excusatos tollent, pro culpá quæ remissa est, affligere aut cædere fortasse præsumpserint, et ad ecclesiam iterato confugerint, nullatenùs á sacerdote reddantur, nisi pretium offeratur ac detur, quod mancipia ipsa valere pronuntiaverit justa taxatio.» (Can. 13.)

(Concilium Aurelianense quartum. anno 541.)

Se manda observar lo mandado en el precedente concilio del mismo nombre, en el cánon arriba citado.

«Cum prioribus canonibus jam fuerit definitum, ut de mancipiis christianis, quæ apud judæos sunt, si ad ecclesiam confugerint, et redimi se postulaverint, etiam ad quoscumque christianos refugerint, et servire judæis noluerint, taxato et oblato á fidelibus justo prætio, ab eorum dominio liberentur, ideo statuimus, ut tam justa constitutio ab omnibus catholicis conservetur.» (Can. 30.)

(Ibid.) Se castiga con la pérdida de todos los esclavos al judío que pervierte á un esclavo cristiano.

«Hoc etiam decernimus observandum, ut quicumque judæus proselytum, qui advena dicitur, judæum

facere præsumpserit, aut Christianum factum ad judaicam superstitionem adducere; vel si judæus christianam ancillam suam sibi crediderit sociandam; vel si de parentibus christianis natum, judæum sub promissione fecerit libertatis, mancipiorum amissione multetur.» (Can. 31.)

(Concilium Matisconense primum anno 581.)

Se prohibe á los judíos el tener en adelante esclavos cristianos; y con respecto á los existentes, se permite á cualquier cristiano el rescatarles, pagando al dueño judío 12 sueldos.

«Et liceat quid de christianis qui aut de captivitatis incursu, aut fraudibus judæorum servitio implicantur, debeat observari, non solum canónicis statutis, sed et legum beneficio pridem fuerit constitutum; tamen quia nunc item quorumdam querela exorta est, quosdam judæos, per civitates aut municipia consistentes, in tantam insolentiam et protervіam prorrupisse, ut nec reclamantes christianos liceat vel prætio de eorum servitute absolvi: idcirco præsenti concilio, Deo auctore, sancimus, ut nullus christianus Judæos deinceps debeat deservire, sed datis pro quolibet bono mancipio 12 solidis, ipsum mancipium quicumque christianus, seu ad ingenuitatem, seu ad servitium, licentiam habeat redimendi: quia nefas est, ut quos Christus dominus sanguinis sui effussione redemit, persecutorum vinculis maneant irretiti. Quod si acquiescere his quæ statuimus quicumque judæus noluerit, quamdiu ad pecuniam constitutam venire distulerit, liceat mancipio ipsi cum christianis ubicumque voluerit habitare. Illud etiam specialiter sancientes, quod si qui judæus christianum mancipium ad errorem judaicum con-

Christi serviant Antichristi ministris. Quod si deinceps servos christianos, vel ancillas Judæi habere præsumpserint, sublati ab eorum dominatu libertatem á principe consequantur.» (Can 66.)

(Concilium Rhemense anno 625.)

Se prohibe vender esclavos cristianos á los gentiles ó judios; y se anulan esas ventas si se hicieren.

«Ut christiani judæis vel gentilibus non vendantur; et si quis christianorum necessitate cogente mancipia sua christiana elegerit venundanda, non aliis nisi tantum christianis expendat. Nam si paganis aut judæis vendiderit, communione privetur, et emptio careat firmitate.» (Can. 11.)

Ninguna precaucion era excesiva en aquellos calamitosos tiempos. A primera vista podria parecer que semejantes disposiciones eran efecto de la intolerancia de la Iglesia con respecto á los judios y gentiles; y sin embargo era en realidad un dique contra la barbarie que lo iba invadiendo todo, una garantía de los derechos mas sagrados del hombre: garantía tanto mas necesaria cuanto puede decirse que todas las otras habian desaparecido. Léase si no el documento que sigue á continuacion, donde se ve que algunos llegaban hasta el horrible extremo de vender sus esclavos á los gentiles para sacrificarlos.

(Gregorius Papa 3. ep. 1 ad Bonifacium Archiepiscopum. anno 731.)

«Hoc quoque inter alia crimina agi in partibus illis dixisti, quod quidam ex fidelibus ad *immolandum* paganis sua venundent mancipia. Quod ut magnopere corrigere debeas frater commonemus, nec sinas fieri

ultra; scelus est enim et impietas. Eis ergo qui hæc perpetraverunt, similem homicidæ indices pœnitentiam ».

Estos excesos debian de llamar en gran manera la atencion, pues que vemos que el Concilio de Liptines celebrado en el año 743 vuelve á insistir en lo mismo: prohibiendo que los esclavos cristianos no se entreguen á gentiles.

«Et ut mancipia christiana paganis non tradantur.» (Can. 7.)

(Concilium Cabilonense anno 650.)

Se prohibe vender un esclavo cristiano fuera del territorio comprendido en el reino de Clodoveo.

«Pietatis est maximæ et religionis intuitus, ut captivitatis vinculum omnino á christianis redimatur. Unde Sancta Synodus noscitur censuisse, ut nullus mancipium extra fines vel terminos, qui ad regnum domini Clodovei regis pertinent, debeat venundare, ne quod absit, per tale commercium, aut captivitatis vinculo, vel quod pejus est, judaica servitute mancipia christiana teneantur implicita». (Can. 9.)

El antecedente cánon en que se prohibe la venta de los esclavos cristianos fuera del territorio del reino de Clodoveo, por temor de que no caiga el esclavo en poder de paganos, ó de judios, y el otro del concilio de Reims copiado mas arriba en que se encuentra una especie semejante, son notables bajo dos aspectos: 1.° en cuanto manifiestan el sumo respeto que se ha de tener al alma del hombre, aunque sea esclavo; pues que se prohíbe el venderlo allí donde pueda hallarse en un compromiso la conciencia del vendido: respeto que era muy importante sostener, asi para desarraigar las erradas doctrinas antiguas sobre este

punto, como por ser el primer paso que debia darse para llegar á la emancipacion. 2.° Limitándose la facultad de vender, se entrometia la ley en esa clase de propiedad, distinguiéndola de las demas, y colocándola en una categoría diferente, y mas elevada; esto era un paso muy adelantado, para declarar guerra abierta á esa misma propiedad, pasando á abolirla por medios legítimos.

(Concilium decimum Toletanum, anno 656.)

Se reprende severamente á los clérigos que vendian sus esclavos á los judíos; y se les commina con penas terribles.

«Septimæ collationis immane satis et infandum operationis studium nunc sanctum nostrum adiit concilium; quod plerique ex sacerdotibus et Levitis, qui pro sacris ministeriis, et pietatis studio, gubernationisque augmento sanctæ ecclesiæ deputati sunt officio, malunt imitari turbam malorum, potius quam sanctorum patrum insistere mandatis: ut ipsi etiam qui redimere debuerunt, venditiones facere intendant, quos Christi sanguine præsciunt esse redemptos; ita dumtaxat, ut eorum dominio qui sunt empti in ritu Judaismo convertantur opressi, et fit execrabile commercium, ubi nitente Deo justum est sanctum adesse conventum; quia majorum canones vetuerunt ut nullus judæorum conjugia vel servitia habere præsumat de christianorum cœtu.»

Sigue reprendiendo elocuentemente á los culpables, y luego continúa: «Si quis enim post hanc definitionem talia agere tentaverit, noverit se extra ecclesiam fieri, et præsenti, et futuro judicio cum Juda simili pœna percelli, dum modo Dominum denuo proditionis pretio malunt ad iracundiam provocare.» (Cap. 7.)

§. 6.

Manumision que hace el Papa San Gregorio I de dos esclavos de la Iglesia Romana; texto notable en que explica el Papa los motivos que inducian á los cristianos á manumitir sus esclavos.

«Cum redemptor noster totius conditor creaturæ ad hoc propitiatus humanam voluerit carnem assumere, ut divinitatis suæ gratia, dirutó quo tenebamur captivi vinculo servitutis, pristinæ nos restitueret libertati; salubriter agitur, si homines quos ab initio natura creavit liberos et protulit, et jus gentium jugo substituit servitutis, in ea natura in qua nati fuerant, manumittentis beneficio, libertati reddantur. Atque ideo pietatis intuitu, et hujus rei consideratione permoti, vos Montanam atque Thomam famulos Sanctæ Romanæ ecclesiæ, cui Deo adjutore deservimus, liberos ex hac die civesque Romanos efficimus, omneque vestrum vobis relaxamus servitutis peculium.» (S. Greg. L. 5 ep. 12.)

(Concilium Agathense anno 506)

Se manda que los obispos respeten la libertad de los manumitidos por sus predecesores. Se indica la facultad que tenian los obispos de manumitir á los esclavos beneméritos, y se fija la cantidad que podian donarles para su subsistencia.

«Sane si quos de servis ecclesiæ benemeritos sibi episcopus libertate donaverit, collatam libertatem á successoribus placuit custodiri, cum hoc quod eis manumissor in libertate contulerit, quod tamen jubemus viginti solidorum numerum, et modum in terrula, vineola, vel hospitiolo tenere. Quod amplius

datum fuerit, post manumissoris mortem ecclesia revocabit.» (Can. 7.)

(Concilium Aurelianense quartum anno 541.)

Se manda devolver á la Iglesia lo empeñado ó enagenado por el obispo, que nada le haya dejado de bienes propios; pero se exceptúan de esta regla los esclavos manumitidos, quienes deberán quedar en libertad.

«Ut episcopus qui de facultate propia ecclesiæ nihil relinquit, de ecclesiæ facultate si quid aliter quam canones eloquuntur obligaverit, vendiderit, aut distraxerit, ad ecclesiam revocetur. Sane si de servis ecclesiæ libertos fecerit numero competenti, in ingenuitate permaneant, ita ut ab officio ecclesiæ non recedant.» (Can. 9.)

(Synodus Celichytensis anno 816.)

Se ordena que á la muerte de cada obispo se dé libertad á todos sus esclavos ingleses. Se dispone la solemnidad que ha de haber en las exequias del difunto, previniéndose que al fin de ellas, cada obispo y abad habian de manumitir tres esclavos, dándoles á cada uno tres sueldos.

«Decimo jubetur, et hoc firmiter statuimus asservandum, tam in nostris diebus, quamqué etiam futuris temporibus, omnibus succesoribus nostris qui post nos illis sedibus ordinentur quibus ordinati sumus: ut quandoqumque aliquis ex numero episcoporum migraverit de sæculo, hoc pro anima illius præcipimus, ex substantia uniuscumque rei decimam partem dividere, ac distribuere pauperibus in eleemosynam, sive in pecoribus, et armentis, seu de ovibus et porcis, vel etiam in cellariis, *nec non onmem*

hominem Anglicum liberare, qui in diebus suis sit servituti subjectus, ut per illud sui propii laboris fructum retributionis percipere mereatur, et indulgentiam peccatorum. Nec ullatenus ab aliqua persona huic capitulo contradicatur, sed magis, prout condecet, á succesoribus augeatur, et ejus memoria semper in posterum per universas ecclesias nostræ ditioni subjectas cum Dei laudibus habeatur et honoretur. Prorsus orationes et eleemosynas quæ inter nos specialiter condictam habemus, id est, ut statim per singulas parochias in singulis quibusque ecclesiis, pulsato signo, omnis famulorum Dei cætus ad basilicam conveniant, ibique pariter XXX. psalmos pro defuncti animæ decantent. Et postea unusquisque antistes et abbas sexcentos psalmos, et centum viginti missas celebrare faciat, *et tres homines liberet, et eorum cuilibet tres solidos distribuat.*» (Can. 10.)

(Concilium Ardamachiense in Hibernia celebratum anno 1171: Ex Giraldo Cambrensi, cap. 28. Hiberniæ expugnatæ.)

Curioso documento en que se refiere la generosa resolucion tomada en el concilio de Armach en Irlanda, de dar libertad á todos los esclavos ingleses.

«His completis convocato apud Ardamachiam totius Hiberniæ clero, et super advenarum in insulam adventu tractato diutius et deliberato, tandem communis omnium in hoc sententia resedit: propter peccata scilicet populi sui, eoque præcipue quod Anglos olim, tam á mercatoribus, quam prædonibus atque piratis, emere passim, et in servitutem redigere consueverant, divinæ censura vindictæ hoc eis incomodum accidisse, ut et ipsi quoque ab eadem gente in servitutem vice reciproca jam redigantur. Anglorum

namque populus adhuc integro eorum regno, communi gentis vitio, liberos suos venales exponere; et priusquam inopiam ullam aut inediam sustinerent, filios proprios et cognatos in Hiberniam vendere consueverant. Unde et probabiliter credi potest, sicut venditores olim, ita et emptores, tam enormi delicto juga servitutis jam meruisse. Decretum est itaque in prædicto concilio, et cum universitatis consensu publice statutum, ut Angli ubique per insulam, servitutis vinculo mancipati, in pristinam revocentur libertatem. »

En el documento que se acaba de leer es digno sobre manera de notarse como influian las ideas religiosas en amansar las feroces costumbres de los pueblos. Sobreviene una calamidad pública; y hé aquí que desde luego se encuentra la causa de ella en la indignacion divina ocasionada por el tráfico que hacian los irlandeses comprando esclavos ingleses á los mercaderes, y á los bandoleros y piratas.

No deja tambien de ser curioso el ver que por aquellos tiempos eran los ingleses tan bárbaros, que vendian á sus hijos y parientes, á la manera de los africanos de nuestros tiempos. Y esto debia de ser bastante general pues que leemos en el lugar arriba copiado: que esto era *comun vicio de aquellos pueblos; communi gentis vitio*. Asi se concibe mejor, cuan necesaria era la disposicion insertada mas arriba, del concilio de Lóndres celebrado en 1102. en que se prohibe ese infame tráfico de hombres.

(Ex concilio apud Silvanectum anno 864.)

Los esclavos de la Iglesia no deben permutarse con otros; á no ser que por la permuta se les dé libertad.

«Mancipia eclesiástica, nisi ad libertatem, non convenit commutari; videlicet ut mancipia, quæ pro ecclesiastico homine dabuntur, in Ecclesiæ servitute permaneant, et ecclesiasticus homo, qui commutatur, fruatur perpetua libertate. Quod enim semel Deo consecratum est, ad humanos usus transferri non decet.» (V. Decret. Greg. IX L. 3. Tit. 19. cap. 3.)

(Ex eodem, anno 864.)

Contiene la misma especie que el anterior; y ademas se desprende de él, que los fieles, en remedio de sus almas, acostumbraban ofrecer sus esclavos á Dios y á los santos.

«Injustum videtur et impium, ut mancipia, quæ fideles Deo, et Sanctis ejus pro remedio animæ suæ consecrarunt, cujuscumque muneris mancipio, vel commutationis commercio iterum in servitutem secularium redigantur, cum canonica auctoritas servos tantummodo permittat distrahi fugitivos. Et ideo ecclesiarum Rectores summopere caveant, ne eleemosyna unius, alterius peccatum fiat. Et est absurdum, ut ab ecclesiastica dignitate servus discedens, humanæ sit obnoxius servituti.» (Ibid. cap. 4.)

(Concilium Romanum sub S. Gregorio I, anno 597.)

Se ordena que se dé libertad á los esclavos que quieran abrazar la vida monástica; previas las precauciones que pudiesen probar la verdad de la vocacion.

«Multos de ecclesiastica seu sæculari familia, novimus ad omnipotentis Dei servitium festinare, ut ab humana servitute liberi in divino servitio valeant familiarius in monasteriis conversari, quos si passim dimittimus, omnibus fugiendi ecclesiastici juris do-

minium occasionem præbemus: si vero festinantes ad omnipotentis Dei servitium, incaute retinemus, illi invenimur negare quædam qui dedit omnia. Unde necesse est, ut quisquis ex juris ecclesiastici vel sæcularis militiæ servitute ad Dei servitium converti desiderat, probetur prius in laico habitu constitutus: et si mores ejus atque conversatio bona desiderio ejus testimonium ferunt, absque retractatione servire in monasterio omnipotenti Domino permittatur; ut ab humano servitio liber recedat, qui in divino obsequio districtiorem appetit servitutem.» (S. Greg. Epist. 44. Lib. 4.)

(Ex epistolis Gelasii Papæ)

Se reprime el abuso que iba cundiendo de ordenar á los esclavos, sin consentimiento de sus dueños.

«Ex antiquis regulis et novella synodali explanatione comprehensum est, personas obnoxias servituti, cingulo cœlestis militiæ non præcingi. Sed nescio utrum ignorantia an voluntate rapiamini, *ita ut ex hac causa nullus pene Episcoporum videatur extorris.* Ita enim nos frequens et plurimorum querela nos circumstrepit, ut ex hac parte nihil penitus putetur constitutum.» (Distin. 54. C. 9.)

«*Frequens equidem, et assidua nos querela circumstrepit* de his pontificibus, qui nec antiquas regulas nec decreta nostra noviter directa cogitantes, obnoxias possesionibus obligatasque personas, venientes ad clericalis officii cingulum non recusant.» (Ibid. C. 10.)

«Actores siquidem filiæ nostræ illustris et magnificæ feminæ, Maximæ petitorii nobis insinuatione conquesti sunt, Sylvestrum atque Candidum, originarios suos, contra constitutiones, quæ supradictæ

sunt, et contradictione præeunte á Lucerino Pontifice Diaconos ordinatos. » (Ibid. c. 11.)

«*Generalis etiam querelæ vitanda præsumptio est, qua propemodum causantur universi*, passim servos et originarios, dominorum jura, possesionumque fugientes, sub religiosæ conversationis obtentu, vel ad monasteria sese conferre, vel ad ecclesiásticum famulatum, conniventibus quippe prœsulibus, indifferenter admitti. Quœ modis omnibus est amovenda pernicies, ne per christiani nominis institutum aut aliena pervadi, aut publica videatur disciplina subverti. (Ibid. c. 12.)

(Concilium Emeritense anno 666.)

Se permite á los párrocos, el escoger de entre los siervos de la Iglesia, algunos para clérigos.

«Quidquid unanimiter digne disponitur in sancta Dei ecclesia, necessarium est ut á parochitanis presbiteris custoditum maneat. Sunt enim nonnulli, qui ecclesiarum suarum res ad plenitudinem habent, et sollicitudo illis nulla est habendi clericos, cum quibus omnipotenti Deo laudum debita persolvant officia. Proinde instituit hæc sancta synodus, ut omnes parochitani presbiteri, juxta ut in rebus sibi á Deo creditis sentiunt habere virtutem, de ecclesiæ suæ familia clericos sibi faciant; quos per bonam voluntatem ita nutriant, ut et officium sanctum digne paragant, et ad servitium suum aptos eos habeant. Hi etiam victum et vestitum dispensatione presbiteri merebuntur, et domino et presbitero suo, atque utilitati ecclesiæ fideles esse debent. Quod si inutiles apparuerint, ut culpa patuerit, correptione disciplinæ feriantur: si quis presbiterorum hanc sententiam minime custodierit, et non adimpleverit, ab episcopo suo corri-

gatur: ut plenissime custodiat, quod digne jubetur.» (Can. 18.)

(Concilium Toletanum nonum anno 655.)

Se dispone que los obispos den libertad á los esclavos de la Iglesia que hayan de ser admitidos en el clero.

«Qui ex familiis ecclesiæ servituri devocantur in clerum ab Episcopis suis, necesse est, ut libertatis percipiant donum: et si honestæ vitæ claruerint meritis, tunc demum majoribus fungantur officiis.» (Can. 11.)

(Concilium quartum Toletanum anno 633.)

Se permite ordenar á los esclavos de la Iglesia dándoles antes libertad.

«De familiis ecclesiæ constituere presbyteros et diaconos per parochias liceat; quos tamen vitæ rectitudo et probitas morum comendat: ea tamen ratione, *ut antea manumissi libèrtatem status sui percipiant*, et denuo ad ecclesiasticos honores succedant; irreligiosum est enim obligatos existere servituti, qui sacri ordinis suscipiunt dignitatem.» (Cap. 74.)

§. 7.

Visto ya cual fué la conducta de la Iglesia con respecto á la esclavitud en Europa; excítase naturalmente el deseo de saber, como se ha portado en tiempos mas recientes, con relacion á los esclavos de las otras partes del mundo. Afortunadamente, puedo ofrecer á mis lectores un documento, que al paso que manifiesta cuales son en este punto las ideas y los senti-

mientos del actual pontífice Gregorio XVI, contiene en pocas palabras una interesante historia de la solicitud de la Sede Romana, en favor de los esclavos de todo el universo. Hablo de unas letras apostólicas contra el tráfico de negros, publicadas en Roma en el dia 3 de Noviembre de 1839. Recomiendo encarecidamente su lectura, porque ellas son una confirmacion auténtica y decisiva, de que la Iglesia ha manifestado siempre y manifiesta todavia en este gravísimo negocio de la esclavitud, el mas acendrado espíritu de caridad, sin herir en lo mas mínimo la justicia, ni desviarse de lo que aconseja la prudencia.

Gregorio PP. XVI ad futuram rei memoriam.

«Elevado al grado supremo de dignidad apostólica, y siendo aunque sin merecerlo, en la tierra vicario de Jesucristo Hijo de Dios, que por su caridad excesiva se dignó hacerse hombre y morir para redimir al género humano, hemos creido que corresponde á nuestra pastoral solicitud hacer todos los esfuerzos para apartar á los cristianos del tráfico que están haciendo con los negros, y con otros hombres, sean de la especie que fueren. Tan luego como comenzaron á esparcirse las luces del Evangelio, los desventurados que caian en la mas dura esclavitud, y en medio de las infinitas guerras de aquella época, vieron mejorarse su situacion; porque los apóstoles inspirados por el espíritu de Dios, inculcaban á los esclavos la máxima de obedecer á sus señores temporales como al mismo Jesucristo, y á resignarse con todo su corazon á la voluntad de Dios; pero al mismo tiempo imponian á los dueños el precepto de mostrarse humanos con sus esclavos, concederles cuanto fuese justo y equitativo, y no maltratarlos, sabiendo que el Señor

de unos y otros está en los cielos y que para él no hay excepcion de personas.»

«La Ley Evangélica al establecer de una manera universal y fundamental la caridad sincera para con todos, y el Señor declarando que miraria como hechos ó negados á sí mismo, todos los actos de beneficencia y de misericordia, hechos ó negados á los pobres y á los débiles, produjo naturalmente el que los cristianos no solo mirasen como hermanos á sus esclavos, sobre todo cuando se habian convertido al cristianismo, sino que se mostrasen inclinados á dar la libertad á aquellos que por su conducta se hacian acreedores á ella, lo cual acostumbraban hacer, particularmente en las fiestas solemnes de Pascuas, segun refiere San Gregorio de Nicea. Todavía hubo quienes, inflamados de la caridad mas ardiente, cargaron ellos mismos con las cadenas para rescatar á sus hermanos, y un hombre Apostólico, nuestro predecesor el Papa Clemente I. de santa memoria, atestigua haber conocido á muchos que hicieron esta obra de misericordia; y esta es la razon, porque habiéndose disipado con el tiempo las supersticiones de los paganos, y habiéndose dulcificado las costumbres de los pueblos mas bárbaros, gracias á los beneficios de la fe movida por la caridad, las cosas han llegado al punto de que hace muchos siglos no hay esclavos en la mayor parte de las naciones cristianas.»

«Sin embargo, y lo decimos con el dolor mas profundo, todavía se vieron hombres, aun entre los cristianos, que vergonzosamente cegados por el deseo de una ganancia sórdida, no vacilaron en reducir á la esclavitud en tierras remotas á los indíos, á los negros, y á otras desventuradas razas, ó en ayudar á tan indigna maldad, instituyendo y organizando el

tráfico de estos desventurados, á quienes otros habian cargado de cadenas. Muchos pontífices romanos, nuestros predecesores, de gloriosa memoria, no se olvidaron, en cuanto estuvo de su parte, de poner un coto á la conducta de semejantes hombres, como contraria á su salvacion, y degradante para el nombre cristiano; porque ellos veian bien que esta era una de las causas que mas influyen para que las naciones infieles mantengan un odio constante á la verdadera religion.»

«A este fin se dirigen las letras apostólicas de Paulo III de 20 de mayo de 1537 remitidas al Cardenal arzobispo de Toledo, selladas con el sello del Pescador, y otras letras mucho mas amplias de Urbano VIII de 22 de abril de 1639 dirigidas al colector de los derechos de la Cámara apostólica en Portugal; letras en las cuales se contienen las mas serias y fuertes reconvenciones contra los que se atreven á reducir á la esclavitud á los habitantes de la India occidental ó meridional, venderlos, comprarlos, cambiarlos, regalarlos, separarlos de sus mugeres y de sus hijos, despojarlos de sus bienes, llevarlos ó enviarlos á reinos estrangeros, y privarlos de cualquier modo de su libertad, retenerlos en la servidumbre, ó bien prestar auxilio y favor á los que tales cosas hacen, bajo cualquier causa ó pretesto, ó predicar ó enseñar que esto es lícito, y por último cooperar á ello de cualquier modo. Benedicto XIV. confirmó despues y renovó estas prescripciones de los Papas ya mencionados, por nuevas letras apostólicas á los obispos del Brasil y de algunas otras regiones en 20 de diciembre de 1741. en las que excita con el mismo objeto la solicitud de dichos obispos.»

«Mucho antes, otro de nuestros predecesores mas

antiguos, Pio II, en cuyo pontificado se extendió el dominio de los Portugueses en la Guinéa y en el pais de los negros, dirigió sus letras apostólicas en 7 de octubre de 1482 al obispo de Ruvo, cuando iba á partir á aquellas regiones, en las que no se limitaba únicamente á dar á dicho prelado los poderes convenientes para ejercer en ellas el santo ministerio con el mayor fruto, sino que tomó de aqui ocasion para censurar severamente la conducta de los cristianos que reducian á los neófitos á la esclavitud. En fin Pio VII en nuestros dias, animado del mismo espiritu de caridad y de religion que sus antecesores, interpuso con celo sus buenos oficios cerca de los hombres poderosos, para hacer que cesase enteramente el tráfico de los negros entre los cristianos. Semejantes prescripciones y semejante solicitud de nuestros antecesores, nos han servido con la ayuda de Dios, á defender á los indios y otros pueblos arriba dichos, de la barbarie, de las conquistas y de la codicia de los mercaderes cristianos; mas es preciso que la Santa Sede tenga porqué regocijarse del completo éxito de sus esfuerzos y de su celo, puesto que si el tráfico de los negros ha sido abolido en parte, todavía se ejerce por un gran número de cristianos. Por esta causa, deseando borrar semejante oprobio de todas las comarcas cristianas, despues de haber conferenciado con todo detenimiento con muchos de nuestros venerables hermanos, los cardenales de la santa Iglesia Romana, reunidos en consistorio y siguiendo las huellas de nuestros predecesores, en virtud de la autoridad apostólica, advertimos y amonestamos con la fuerza del Señor á todos los cristianos de cualquiera clase y condicion que fuesen, y les prohibimos que ninguno sea osado en adelante á molestar injus-

tamente á los indios, á los negros ó á otros hombres, sean los que fueren, despojarles de sus bienes ó reducirlos á la esclavitud, ni á prestar ayuda ó favor á los que se dedican á semejantes excesos, ó á ejercer un tráfico tan inhumano, por el cual los negros como si no fuesen hombres, sino verdaderos é impuros animales, reducidos cual ellos á la servidumbre sin ninguna distincion, y contra las leyes de la justicia y de la humanidad, son comprados, vendidos y dedicados á los trabajos mas duros, con cuyo motivo se excitan desavenencias, y se fomentan continuas guerras en aquellos pueblos por el cebo de la ganancia propuesta á los raptores de negros.»

«Por esta razon, y en virtud de la autoridad apostólica, reprobamos todas las dichas cosas como absolutamente indignas del nombre cristiano, y en virtud de la propia autoridad, prohibimos enteramente, y prevenimos á todos los eclesiásticos y legos el que se atrevan á sostener como cosa permitida el tráfico de negros, bajo ningun pretesto ni causa, ó bien predicar y enseñar en público ni en secreto, ninguna cosa que sea contraria á lo que se previene en estas letras apostólicas.»

«Y con el fin de que dichas letras lleguen á conocimiento de todos, y que ninguno pueda alegar ignorancia, decretamos y ordenamos que se publiquen y fijen segun costumbre, por uno de nuestros oficiales en las puertas de la Basílica del Príncipe de los Apóstoles, de la cancillería apostólica, del Palacio de Justicia, del monte Citorio, y en el campo de Flora.»

«Dado en Roma en Santa María la Mayor, sellado con el sello del pescador á 3 de noviembre de 1839, y el 9.° de nuestro Pontificado = Alossio, cardenal Lambruschini.»

Llamo particularmente la atencion sobre el interesante documento que acabo de insertar, y que puede decirse que corona magnificamente el conjunto de los esfuerzos hechos por la Iglesia para la abolicion de la esclavitud. Y como en la actualidad sea la abolicion del tráfico de los negros uno de los negocios que mas llaman la atencion de Europa, siendo el objeto de un tratado concluido recientemente entre las grandes potencias, será bien detenernos algunos momentos á reflexionar sobre el contenido de las letras apostólicas del Papa Gregorio XVI.

Es digno de notarse en primer lugar, que ya en 1482, el Papa Pio II dirigió sus letras apostólicas al Obispo de Ruvo cuando iba á partir á aquellas regiones, letras en que no se limitaba únicamente á dar á dicho prelado los poderes convenientes para ejercer en ellas el santo ministerio con el mayor fruto, sino que tomó de aquí ocasion para censurar severamente la conducta de los cristianos que reducian á los neófitos á la esclavitud. Cabalmente á fines del siglo XV, cuando puede decirse que tocaban á su término los trabajos de la Iglesia para desembrollar el caos en que se habia sumergido la Europa á causa de la irrupcion de los bárbaros, cuando las instituciones sociales y políticas iban desarrollándose cada dia mas, formando ya á la sazon un cuerpo algo regular y coherente, empieza la Iglesia á luchar con otra barbarie que se reproduce en paises lejanos, por el abuso que hacian los conquistadores, de la superioridad de fuerzas y de inteligencia que llevaban á los pueblos conquistados.

Este solo hecho nos indica que para la verdadera libertad y bienestar de los pueblos, para que el derecho prevalezca sobre el hecho, y no se entronice el

mando brutal de la fuerza, no bastan las luces, no basta la cultura de los pueblos, sino que es necesaria la Religion. Allá en tiempos antiguos vemos pueblos extremadamente cultos que ejercen las mas inauditas atrocidades; y en tiempos modernos, los Europeos ufanos de su saber y de sus adelantos, llevaron la esclavitud á los desgraciados pueblos que cayeron bajo su dominio. ¿Y quién fué el primero que levantó la voz contra tamaña injusticia, contra tan horrenda barbarie? No fué la política, que quizas no lo llevaba á mal paraque asi se asegurasen las conquistas; no fué el comercio que veia en ese tráfico infame un medio expedito para sórdidas pero pingues ganancias; no fué la filosofia que ocupada en comentar las doctrinas de Platon y de Aristóteles, no se hubiera quizas resistido mucho á que renaciese para los paises conquistados la degradante teoria de las *razas nacidas para la esclavitud*: fué la Religion Católica, hablando por boca del Vicario de Jesucristo.

Es ciertamente un espectáculo consolador para los católicos el que ofrece un Pontífice Romano condenando hace ya cerca de cuatro siglos, lo que la Europa, con toda su civilizacion y cultura, viene á condenar ahora; y con tanto trabajo, y todavía con algunas sospechas de miras interesadas por parte de alguno de los promovedores. Sin duda que no alcanzó el pontífice á producir todo el bien que deseaba; pero las doctrinas no quedan estériles, cuando salen de un punto desde el cual pueden derramarse á grandes distancias, y sobre personas que las reciben con acatamiento, aun cuando no sea sino por respeto á aquel que las enseña. Los pueblos conquistadores eran á la sazon cristianos, y cristianos sinceros; y asi es indudable que las amonestaciones del Papa, trans-

mitidas por boca de los obispos y demas sacerdotes, no dejarian de producir muy saludables efectos. En tales casos, cuando vemos una providencia dirigida contra un mal, y notamos que el mal ha continuado, solemos equivocarnos, pensando que ha sido inútil, y que quien la ha tomado no ha producido ningun bien. No es lo mismo extirpar un mal que disminuirle; y no cabe duda en que si las bulas de los papas no surtian todo el efecto que ellos deseaban, debian de contribuir al menos á atenuar el mal, haciendo que no fuese tan desastrosa la suerte de los infelices pueblos conquistados. El mal que se previene y evita no se vé, porque no llega á existir, á causa del preservativo; pero se palpa el mal existente, este nos afecta, este nos arranca quejas, y olvidamos con frecuencia la gratitud debida á quien nos ha preservado de males mas graves. Así suele acontecer con respecto á la Religion. Cura mucho, pero todavía precave mas que no cura; porque apoderándose del corazon del hombre ahoga muchos males en su misma raiz.

Figurémonos á los Europeos del siglo XV, invadiendo las Indias orientales y occidentales, sin ningun freno, entregados unicamente á las instigaciones de la codicia, á los caprichos de la arbitrariedad, con todo el orgullo de conquistadores, y con todo el desprecio que debian de inspirarles los indios, por la inferioridad de sus conocimientos, y por el atraso de su civilizacion y cultura; ¿qué hubiera sucedído? Si es tanto lo que han tenido que sufrir los pueblos conquistados, á pesar de los gritos incesantes de la Religion, á pesar de su influencia en las leyes y en las costumbres, ¿no hubiera llegado el mal á un extremo intolerable á no mediar esas poderosas

causas que le salian sin cesar al encuentro, óra previniéndole, ora atenuándole? En masa hubieran sido reducidos á la esclavitud los pueblos conquistados, en masa se los hubiera condenado á una degradacion perpetua, en masa se los hubiera privado para siempre, hasta de la esperanza de entrar un dia en la carrera de la civilizacion.

Deplorable es por cierto lo que han hecho los Europeos con los hombres de las otras razas, deplorable es por cierto lo que todavía están haciendo algunos de ellos; pero al menos no puede decirse que la Religion Católica, no se haya opuesto con todas sus fuerzas á tamaños excesos; al menos no puede decirse que la Cabeza de la iglesia haya dejado pasar ninguno de esos males, sin levantar contra ellos la voz, sin recordar los derechos del hombre, sin condenar la injusticia, y sin execrar la crueldad, sin abogar por la causa del linage humano, no distinguiendo razas, climas, ni colores.

¿De dónde le viene á la Europa ese pensamiento elevado, ese sentimiento generoso, que la impulsan á declararse tan terminantemente contra el tráfico de hombres, que la conducen á la completa abolicion de la esclavitud en las colonias? Cuando la posteridad recuerde esos hechos tan gloriosos para la Europa, cuando los señale para fijar una nüeva época en los anales de la civilizacion del mundo, cuando busque y analize las causas que fueron conduciendo la legislacion y las costumbres europeas hasta esa altura; cuando elevándose sobre causas pequeñas y pasageras, sobre circunstancias de poca entidad, sobre agentes muy secundarios, quiera buscar el principio vital que impulsaba á la civilizacion europea hácia término tan glorioso, encontrará que ese principio era

el Cristianismo. Y cuando trate de profundizar mas y mas en la materia, cuando investigue si fué el cristianismo bajo una forma general y vaga, el cristianismo sin autoridad, el cristianismo sin el Catolicismo, he aquí lo que le enseñará la historia. El Catolicismo dominando solo, exclusivo, en Europa, abolió la esclavitud en las razas europeas; el Catolicismo pues introdujo en la civilizacion europea el principio de la abolicion de la esclavitud; manifestando con la práctica que la esclavitud no era necesaria en la sociedad como se habia creido antiguamente, y que para desarrollarse una civilizacion grande y saludable era necesario empezar por la santa obra de la emancipacion. El Catolicismo inoculó pues en la civilizacion europea el principio de la abolicion de la esclavitud; á él se debe pues, si donde quiera que esta civilizacion ha existido junto con la esclavitud, ha sentido siempre un profundo malestar que indicaba bien á las claras, que habia en el fondo de las cosas dos principios opuestos, dos elementos en lucha, que habian de combatir sin cesar hasta que prevaleciendo el mas poderoso, el mas noble, y fecundo, pudiese sobreponerse al otro, logrando primero sojuzgarle, y no parando hasta aniquilarle del todo. Todavía mas: cuando se investigue si en la realidad vienen los hechos á confirmar esa influencia del Catolicismo, no solo por lo que toca á la civilizacion de Europa, sino tambien de los paises conquistados por los Europeos en los tiempos modernos, asi en Oriente como en Occidente, ocurrirá desde luego la influencia que han ejercido los prelados y sacerdotes católicos en suavizar la suerte de los esclavos en las colonias, se recordará lo que se debe á las misiones católicas, y se producirán en fin las letras apostóli-

cas de Pio II, expedidas en 1482, y mencionadas mas arriba, las de Paulo III en 1537, las de Urbano VIII en 1639, las de Benedicto XIV en 1741, y las de Gregorio XVI en 1839.

En esas letras se encontrará ya enseñado y definido, todo cuanto se ha dicho y decirse puede en este punto en favor de la humanidad; en ellas se encontrará reprendido, condenado, castigado, lo que la civilizacion europea se ha resuelto al fin á condenar y castigar; y cuando se recuerde que fué tambien un Papa, Pio VII, quien en el presente siglo *interpuso con celo su mediacion y sus buenos oficios con los hombres poderosos, para hacer que cesase enteramente el tráfico de negros entre los cristianos,* no podrá menos de reconocerse y confesarse, que el Catolicismo ha tenido la principal parte en esa grandiosa obra, dado que el Catolicismo es quien ha sentado el principio en que se funda esa obra, quien ha establecido los precedentes que la guian, quien ha proclamado sin cesar las doctrinas que la inspiran, quien ha condenado siempre las que se le oponian, quien se ha declarado en todos tiempos en guerra abierta contra la crueldad y la codicia, que venian en apoyo y fomento de la injusticia y de la inhumanidad.

El Catolicismo pues ha cumplido perfectamente su mision de paz y de amor, quebrantando sin injusticias ni catástrofes las cadenas en que gemia una parte del humano linage; y las quebrantaría del todo en las cuatro partes del mundo, si pudiese dominar por algun tiempo en Asia y en Africa, haciendo desaparecer la abominacion y el envilecimiento introducidos y arraigados en aquellos infortunados paises, por el Mahometismo y la Idolatría.

Doloroso es á la verdad que el Cristianismo no haya ejercido todavia sobre aquellos desgraciados paises toda la influencia que hubiera sido menester para mejorar la condicion social y política de sus habitantes, por medio de un cambio en las ideas y costumbres; pero si se buscan las causas de tan sensible retardo, no se encontrarán por cierto en la conducta del Catolicismo. No es este el lugar de señalarlas, pero reservándome hacerlo despues, indicaré entretanto que no cabe escasa responsabilidad al Protestantismo por los obstáculos que, como demostraré á su tiempo, ha puesto á la influencia universal y eficaz del cristianismo sobre los pueblos infieles.

En otro lugar de esta obra, me propongo examinar detenidamente tan importante materia, y esto hace que me contente aquí con esta ligera indicacion.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS Y MATERIAS

DEL TOMO PRIMERO.

NOTAS.





A FINE IS INCURRED IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW.
CANCELLED
DEC

